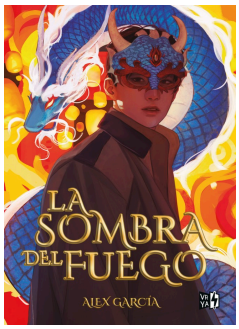

LA SOMBRA DEL FUEGO
ALEX GARCÍA
VR YA



LA LEYENDA CUENTA QUE UN DRAGÓN ARRASARÁ CON TODO.
EL ÚLTIMO ACABA DE DESPERTAR.

Feiyu vive como cualquier adolescente entre clases interminables, cenas familiares y videojuegos. Nada en su rutina parece extraordinario, salvo por un detalle imposible de ignorar: es el último heredero del Tianlong, el dragón celestial, y sobre sus hombros recae la frágil armonía entre el mundo humano y el mágico.

Cuando un grupo de cazadores inicia su persecución para impedir que la profecía se cumpla, una marca surge en su rostro: la prueba de que el dragón está despertando en su interior. Obligado a dejar atrás la vida que conoce, Feiyu debe asumir su herencia y convertirse en el líder que ambos mundos reclaman. Pero entonces ella aparece y, por primera vez, él se cuestiona si debe priorizar su vida o cumplir con su deber.

Elegir entre el legado y el amor tensará los hilos del futuro… porque el destino, cuando se desafía, jamás perdona.



Alex García

Estudió Comunicación e Historia del Arte y se especializó en culturas y estudios humanísticos. Desde muy joven encontró en los libros un refugio y una pasión que terminaron por convertirse en el eje de su vida. Actualmente es profesor de Historia del Arte y Literatura Universal, además de promotor y difusor de la lectura a través de su cuenta **@soyhijodeneptuno**. Esta es su primera novela.

© Ulises Escalante


LA
SOMBRA
DEL FUEGO
VR
YA

NOTA DEL AUTOR

El presente libro está inspirado en múltiples relatos de la mitología y el folclor chinos, adaptados a un contexto diferente. A lo largo de estas páginas se hace referencia a distintos aspectos de la actual China, así como a su historia clásica a partir de mitos y creencias. El municipio de Chongqing, donde se sitúa la historia, existe en la vida real. Sin embargo, algunos elementos de su distribución han sido modificados para efectos narrativos. Este municipio fue seleccionado para contar *La sombra del fuego,* pues su arquitectura es bastante particular: es una ciudad compleja y laberíntica, cuya naturaleza se presta para una historia de dos mundos.

Asimismo, se toman distintos mitos de China, los cuales sufrieron algunas alteraciones para contar de mejor manera la historia de romance prohibido entre los protagonistas de la novela. Se busca mantener la esencia de los personajes y los lugares a los que se hace mención o referencia, aunque el motivo del dragón es el que ha sido mayormente modificado con respecto a sus orígenes y reinados. Feiyu, el protagonista, no busca ser un héroe ni un modelo a seguir. Es un chico que, sin quererlo, terminó cargando con un poder y una responsabilidad demasiado grandes para alguien de su edad. Debido a esto, algunas de sus motivaciones pueden llegar a resultar egoístas.

En ningún momento y bajo ninguna circunstancia se pretende ofender a la cultura china. Estas libertades creativas buscan, mediante esta novela, ser un acercamiento de la cultura y la tradición mitológica oriental a Occidente.

Espero que la disfruten tanto como yo al escribirla.

Alex García



PRIMERA PARTE
EL CHICO

Capítulo I

EL DRAGÓN

Siempre estoy buscando algo, pero nunca sé qué.

Algunas veces he soñado que lo encuentro: observo a la distancia un leve resplandor y es ahí cuando siento que lo logré. Pero cuanto más intento acercarme, simplemente se desvanece.

Me pregunto qué significa, pero cada vez que creo tener la respuesta, termino más confundido que al inicio. Lo único de lo que estoy seguro es de que ese resplandor, por más leve o intenso que sea, se convierte en la luz más hermosa que haya visto jamás.

En mi casa solo hay dos reglas: ir a la escuela y obedecer al abuelo. Claro que esta última tiene más implicaciones de las que me gustaría, pues si el abuelo dice "hazlo", no puedo dudarlo ni un segundo. En cuanto a lo primero, no hay mucho de qué quejarse.

—Long Feiyu —escucho que la profesora grita en medio de la clase—, ¿podría comentarnos qué es lo que entendió de nuestra lectura actual?

Dragones. La lectura actual trata sobre dragones.

—Por muchos siglos se ha usado la figura mítica de los dragones para hablar de riqueza y buena suerte, además de que las antiguas leyendas hacen alusión a dragones benevolentes y no vengativos, pues su poder se relaciona con la sabiduría del mismo mundo, shī Huáng —respondo, luego medito durante una leve pausa antes de

concluir—. Ah, y, a diferencia de los dragones de Occidente, nuestras leyendas muestran seres que respiran nubes, no fuego.

La profesora asiente y me felicita por mi participación antes de hacerle otra pregunta a alguien más.

—Dragones, ¿por qué tenemos que aprender sobre unas lagartijas de tres metros que solo sirven para decorar jarrones y las paredes de la abuela? —escucho al chico sentado a mi lado, que les susurra a sus amigos mientras la clase continúa.

Me gustaría decirle que, por más absurdo que parezca, puede llegar a ser bastante útil en la vida real. Pero la verdad es que hay días en que ni siquiera yo entiendo qué es real y qué es fantasía. Algunas veces hemos hablado sobre criaturas que jamás han existido y son únicamente parte de nuestra cultura, como los *Jiang Shi.* Digo, ¿muertos en vida? Es la cosa más estúpida que he escuchado jamás. Pero hay otras veces en las que hablamos sobre deidades como los *cuatro reyes celestiales* que, aunque su tiempo de gobernar haya pasado, no los hace menos reales.

Decido ignorar el comentario y enfocarme en lo que dice la profesora. Es una clase interesante, hasta podría decir que divertida. Incluso creo que terminé aprendiendo algunas cosas que se contradicen con aquello que mi abuelo me ha enseñado desde pequeño.

—Los dragones pueden llegar a ser criaturas orgullosas —suele decir—. Si haces enojar a uno, ten por seguro que será lo último que harás. Y no vivirás lo suficiente para contarlo.

Creo que jamás entendí por qué me lo contó de esa forma, considerando que soy el último en la familia que heredó un dragón. El problema es que no sé cómo hacerlo despertar.

El resto de las clases transcurre con normalidad. Aunque me gustaría decir que son más interesantes conforme pasa el tiempo, la verdad es que sucede todo lo contrario.

—¿Viste que Hu se volvió a quedar dormido mientras shī Huáng daba clase? —me pregunta Bao, mi mejor amigo, al pararse a mi lado.

Estamos recogiendo nuestras cosas de los casilleros y preparándonos para la salida. No soy de tener muchos amigos, mi familia es bastante estricta con el tema de con quién me relaciono, pero Bao ha sido la excepción por años. Además, él tampoco es de muchos amigos. Creo que podría decirse que nos tenemos el uno al otro y, al menos para mí, eso es más que suficiente.

—Si sigue así, no tardarán en llamar a sus padres —le respondo, y es la verdad, no hay peor castigo que tus padres se decepcionen de ti.

Claro, esto es relativo. Según mi abuelo, el peor castigo es ser exiliado a un terreno lluvioso repleto de *mogwais* y no miento al decir que he visto fotos sobre eso. Créanme, no se ve nada agradable.

Terminamos de guardar nuestras cosas y Bao me ofrece ir a su casa a jugar con su consola. Sus padres son de las personas más asquerosamente ricas en todo Chongqing y, pese a eso, me sorprende que jamás hayan puesto un *pero* en nuestra amistad. No soy exactamente el tipo de persona que alguien llamaría "acomodada" con respecto al dinero. De hecho, eso casi siempre ha sido un problema para mi familia, pues muchas veces hemos tenido que salir adelante con la caridad de algún programa social del gobierno. Sin embargo, aunque tenemos un viejo (muy viejo) negocio de cosas usadas, mi mamá y mi abuelo siempre han intentado mostrarse positivos ante todo esto.

Aunque, para ser honesto, me parece algo más que injusto. La familia Long ha sido un símbolo de poder, fortuna y respeto durante generaciones en el mundo subterráneo, pero justo con mi nacimiento, mi madre creyó más conveniente tener una crianza en el mundo humano para llevar una vida normal hasta que mi dragón decida despertar.

—Me gustaría ir contigo —le respondo a Bao—, pero hoy llega un cargamento con más chatarra para mi abuelo y necesita que atienda el local en lo que recibe la mercancía.

Bao me sonríe y coloca su mano sobre mi hombro.

—Sabes que puedes quedarte conmigo cuando lo necesites, ¿verdad?

Lo sé.

—Además, ambos sabemos que las ventas no han sido las mejores y estoy seguro de que a tu abuelo no le molestaría si te tomas una tarde libre.

Estoy a punto de responderle que me mataría antes de tomarme una tarde libre cuando, justo frente a nosotros, pasa Rose, el amor de mi vida. Claramente, ella no sabe que es el amor de mi vida, así que, en vez de saludarla, simplemente la observo caminar junto con sus amigas mientras ríe de la forma más perfecta posible.

Rose es un año mayor que nosotros, lo que dificulta mucho que sepa quién soy, pero es la chica más hermosa que alguna vez haya visto. Es diferente a cualquier otra persona que asista a esta escuela y estoy seguro de que no se le parece a ninguna otra chica que habite este mundo. Y no hablo figurativamente. Rose llegó a Chongqing hace unos años después de la muerte de su madre, de algún país europeo donde ambas nacieron, por lo que su padre decidió regresar a su natal China para darle una vida nueva a su hija y salir adelante como familia. Los rumores corren rápido, así que incluso antes de que Rose llegara a nuestra escuela ya todos sabíamos quién era, por lo que no fue complicado que encajara.

Y sí, sé que es ilógico decir que la amo cuando ni siquiera sabe mi nombre, pero es imposible no pensar en otra cosa cuando está cerca. Cuando la veo, lo único en que puedo concentrarme es en buscar una manera de acercarme a ella. Pero, seamos honestos, ¿por qué habría de fijarse en alguien que es nadie?

La observo caminar y no me doy cuenta de que Bao me sigue hablando hasta que me da un golpe en el hombro.

—¿Por qué no le hablas y ya? —me pregunta.

—¿De verdad quieres una respuesta?

—Por favor, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—Probablemente, que parezca un maldito acosador.

Enarca una ceja y responde.

—Hermano, eso ya lo eres.

Nos reímos y salimos de la escuela. Ambos sabemos que es un romance imposible, pero al menos resulta un pensamiento agradable.

Me despido de Bao y camino hacia mi casa, donde los pensamientos agradables últimamente no son tan frecuentes.

—¡Long Feiyu! —grita mi abuelo—. ¡Ven aquí ahora mismo!

No han pasado ni cinco minutos desde que llegué a casa y, como ya es costumbre, mi abuelo me empieza a gritar órdenes incluso antes de preguntarme sobre mi día.

No lo digo con mala intención, amo a mi abuelo y sé que él me ama igual. A su manera, claro. De no ser por él, mi madre habría tenido que lidiar con más problemas de los que ya tiene desde que nací. La cosa es esta: el linaje de los Long ha reinado en el mundo subterráneo desde hace muchas generaciones, pero cuando nació mi mamá, comenzó a cuestionarse la autoridad y el poder de la familia, pues ella debía ser la siguiente heredera y, por ende, la actual gobernante allá abajo, pero hubo un problema.

Mi madre nació sin un dragón.

Y para ese mundo, fue una terrible deshonra.

Pese a todo, mi abuelo continuó gobernando como si nunca hubiera tenido un heredero. Jamás permitió que nadie hiciera sentir mal a mi mamá por nacer mortal. Pero, cuando nací yo y descubrieron que era el último portador de sangre de dragón, ambos decidieron que lo mejor sería mantener un perfil bajo y crecer en el mundo humano hasta lograr que mi dragón despertara. El consejo de los cinco emperadores, las máximas autoridades del mundo subterráneo junto con mi familia, acordó que recibiría una educación mortal durante mi infancia y, a la par, una educación en el *fangshi*, la magia que, pese a todas las leyendas y el tiempo, jamás se extinguió. Mi abuelo dejaría su gobierno en pausa hasta que yo estuviera listo para gobernar.

Claro que todo se comenzó a complicar cuando, después de diecisiete años, mi infancia ya había terminado y mi dragón estaba lejos de dignarse a aparecer.

Mi abuelo es un hombre estricto, siempre lo ha sido, además de que es muy sabio. Sabe a la perfección cómo funcionan el mundo subterráneo y el humano, y logra adaptarse sin problema al lugar en el que se encuentre. Pese a vivir entre mortales, con el paso del

tiempo ha descubierto una forma de mantenerse en contacto con su naturaleza mágica a través del comercio de objetos usados.

Bao comentaba que las ventas han disminuido últimamente. Sí, así es…

Entre mortales, claramente. La basura de los humanos resulta bastante atractiva para las criaturas mágicas. Y estas criaturas sí que saben negociar y camuflarse entre mortales.

Dejo mi mochila detrás del recibidor de la tienda y coloco nuestro cartel que dice "Regreso en quince minutos, salí por comida", con una imagen de un gato gordo sonriente, y me dirijo a la trastienda, donde sé que se encuentra mi abuelo junto con su usual proveedor de basura.

—Llegas tarde —dice en forma de saludo mi mamá.

—"Hola, Feiyu", "Gracias por llegar, Feiyu", "¿Cómo te fue en la escuela, Feiyu?" —contesto con sarcasmo, lo cual entiendo fue una mala idea cuando recibo un golpe en la cabeza como respuesta, propinado por mi abuelo y su bastón.

—Esas no son formas de hablarle a tu madre, jovencito —me reprocha él.

—Perdón —respondo, sobándome la cabeza.

El basurero comienza a reír mientras me extiende la mano para saludarme.

—No lo repriman demasiado —comenta—, es parte de crecer. Un poco de rebeldía no le hará daño.

Mala elección de palabras.

—Si no logra dirigirse con respeto ni a su propia madre, ¿qué clase de comportamiento se podrá esperar de él más adelante?

—Ya entendí, abuelo —digo para calmarlo—. Solo quería disminuir la tensión en el aire.

—Hijo —dice mi madre, colocando su mano sobre mi hombro—, ¿qué tal la escuela?

—Bien —suspiro. No sé qué más responder.

—¿Pasó algo? —pregunta, de pronto preocupada.

—¿Cómo puedo hacer que una chica mayor que yo se fije en mí por primera vez a pesar de que tenemos años conviviendo en la misma escuela?

—Ah, no —responde mi abuelo en su lugar—. ¡Sabes perfectamente que tener una relación con una mortal está estrictamente prohibido!

Y, claro, recibo otro golpe en la cabeza. Mi abuelo se acerca a la puerta que da a un callejón del otro lado de la tienda para hablar con el basurero mientras este le enseña su nueva mercancía.

—¿Quién es esta chica? —continúa mi madre.

La observo con preocupación y enarco una ceja.

—Supongamos que hipotéticamente es la hija del señor Gui, ¿eso representaría un problema?

—¡Como si el hecho de ser humana no lo fuera ya! —grita mi abuelo desde el callejón.

Mi madre mira en su dirección, suspira y niega con la cabeza.

—Feiyu, sabes que no se nos permite relacionarnos con seres humanos.

—Pero…

—Además —me interrumpe—, la familia Gui es una familia importante.

—La familia de Bao también lo es —le respondo, tal vez con mayor enfado del que debería—. Y la nuestra igual.

—Lo sé, Feiyu. Pero es diferente —señala hacia la tienda—. Allá abajo tenemos el poder, pero aquí arriba somos…

—Nadie —respondo por ella.

Me mira con tristeza y coloca su mano sobre mi hombro.

Eso es algo que me ha estado molestando los últimos años, ¿no podían haber decidido mantener un perfil bajo sin tener que vivir entre la basura?

—Y esta chica —continúa mi madre, soltando mi hombro y acomodándose un mechón suelto del pelo—, ¿te conoce?

—No, ese es el problema.

Entonces entra mi abuelo con una caja llena de objetos y, con un quejido, la deja sobre una silla junto a la puerta.

—Tal vez para ti sea un problema, jovencito —dice sin voltearme a ver, mientras examina lo que está dentro de la caja. Parecen piezas de refacción de algún auto antiguo—, pero deberías agradecer a los dioses porque esa chica no te conozca.

Suelta una de las piezas y me señala directamente.

—Sabes que es un peligro para los humanos y para las criaturas mágicas relacionarse entre ellos.

—A este paso soy más humano que mamá —digo en voz baja.

—¡Feiyu! –grita mi madre ofendida.

—¡Es la verdad! Por más que lo intento, no puedo hacer que el supuesto dragón aparezca y…

Suelto un grito. Tercer golpe del día y todavía no es la hora de la cena.

—¡Suficiente! —grita mi abuelo, claramente molesto—. Regresa a atender la tienda, y no quiero seguir oyendo esas tonterías sobre ser humano y querer una novia.

Me dirijo hacia la puerta para regresar a la tienda y, cuando salgo, escucho que mi madre le pide a mi abuelo que no sea tan duro conmigo.

—Solo es un niño, padre —dice ella.

—Yinuo —le responde el abuelo—, jamás podrá gobernar si sigue necio en cuanto a conectar con su dragón. Creo —comienza a bajar la voz— que hicimos mal en querer criarlo lejos de su verdadero mundo.

Mi verdadero mundo. Como si haber crecido en el mundo subterráneo hubiera cambiado algo de esto.

Ese es un lugar peligroso. Al menos eso es lo que me han contado mamá y el abuelo. Además, no es tan fácil llegar, no importa si perteneces o no al mundo mágico. A no ser que sepas qué o a quién estás buscando allá abajo, las probabilidades de poder encontrarlo son prácticamente nulas. Nunca me han permitido visitar el otro mundo por ser sumamente riesgoso para alguien que no ha manifestado sus aptitudes mágicas. Solo sé que el único acceso está por el Gran Teatro de Chongqing, cerca de los ríos Yangtsé y Jialing. Más allá de eso, mi contacto con el mundo subterráneo se reduce a algunos de los clientes que vienen con frecuencia a la tienda del abuelo y a las clases que recibo en casa para poder conectar con mi dragón.

La cuestión con los dragones es bastante curiosa: según las creencias populares, solo son criaturas que protegen o representan

la riqueza dentro de las dinastías chinas. Incluso en algunas otras culturas he llegado a escuchar que se refieren a ellos como seres fantásticos e indomables que demuestran poder sobre las personas. Y sí, durante muchos años y en algunos clanes esa ha sido la tradición con respecto a los dragones, pero en mi familia el asunto es distinto.

En el mundo de allá abajo, los dragones han sido los encargados de gobernar y mantener el equilibrio entre seres mágicos y humanos durante siglos. Y mi familia fue la bendecida por los cuatro reyes celestiales hace más de tres mil años con la sangre del Tianlong: el dragón celestial. Una criatura que, en compañía de otros dragones, fue la encargada de proteger el palacio celestial y, al mismo tiempo, de bendecir a la humanidad desde hace muchísimos años. En cada generación Long, siempre ha sido el primer descendiente el que porta la sangre del dragón y, una vez que su dragón se manifiesta, gobierna ambos mundos con justicia y sabiduría.

El Tianlong se manifiesta de forma diferente en cada generación: algunas veces se muestra como un dragón que escupe nubes, otras como un enorme dragón azul. Depende mucho de la personalidad de su nuevo portador y, según mi abuelo, el dragón y el humano se vuelven uno solo al momento en que el Tianlong está listo.

Mi abuelo ha sido el último gobernante de los Long desde que el consejo de los cinco emperadores demostró ante todos que mi madre había nacido sin la magia. Por ello, cuando descubrieron que por mis venas corre la sangre del Tianlong, decidieron apresurar mi entrenamiento, antes de que mi abuelo se quede sin tiempo. No es que esté enfermo ni nada por el estilo, pero cuando digo que mi abuelo ha visto tiempos mejores, estoy completamente seguro de que así ha sido. Sin embargo, resulta bastante problemático sentir una conexión con el dragón cuando jamás he pisado algo más mágico que la tienda.

Llego al recibidor donde había dejado mi mochila y comienzo a rebuscar dentro las tareas que tengo pendientes de la escuela. Así que, mientras espero a que mamá y el abuelo terminen, decido que la mejor forma de no perder el tiempo es estudiando.

—Espero que les guste —dice mi madre mientras nos sirve a cada quien un tazón con arroz y otros guisados—. Es de un nuevo establecimiento en la calle Jingyang, escuché que su comida sabe mejor de lo que dicen en el periódico.

Termina de servir, agradecemos a los dioses y comenzamos a cenar.

—¿Encontraron algo interesante entre la chatarra? —pregunto con la boca llena.

—Termina de comer antes de hablar, Feiyu —dice mi abuelo como respuesta—. No es digno de un gobernante hablar con la boca llena.

Continúa comiendo y, antes de tragar, vuelve a decir:

—Creo que en alguna de las cajas hay algunos discos de esos que usas para perder el tiempo frente a la televisión.

—Videojuegos —lo corrijo.

—Lo que sea —termina de tragar y me señala con los palillos—. Si sigues perdiendo el tiempo con esos juegos en lugar de estudiar, nunca podrás hacer que tu dragón se manifieste.

Suspiro y dejo los palillos sobre el tazón con comida.

—No tengo hambre —me levanto y hago una reverencia ante ambos—. Buenas noches.

Me dirijo hacia mi habitación, con la esperanza de que el sueño llegue lo antes posible para poder disimular el hambre y el mal sabor de boca.

—Papá —escucho decir a mi madre—, no seas tan duro con él. Aún no está listo.

—Yo estuve listo años antes de tener la edad que él tiene —le responde mi abuelo. Luego suaviza su tono de voz y continúa—: Además, no sabemos cuánto tiempo me queda en este mundo, Yinuo. Si Feiyu no está listo para conectar con su dragón, la gente de allá abajo será aún más dura con él que yo. No quiero que mi nieto pase por lo mismo que tú, mi corazón no soportaría ver el mismo rechazo dos veces.

Capítulo II

LA LEYENDA

Mi intento de sueño se vio interrumpido por un gato.

Al abuelo no le gustan las mascotas, dice que son criaturas asquerosas y un estorbo en el hogar. Por ello, digamos que "adopté" a un gato callejero que solo me visita por las noches.

A punto de quedarme dormido, a través de mi ventana escucho un maullido y un ligero golpe en el cristal.

—Mei Mei —llamo a la gata mientras me levanto del *tatami* y me acerco para abrir la ventana—. ¿Por qué tardaste tanto, pequeña usurera?

La gata, Mei Mei, me maúlla como respuesta, da un brinco hacia el *tatami* y comienza a amasar la cobija hasta acomodarse.

Ha estado viniendo sin falta a mi ventana todas las noches desde que comencé la preparatoria. Algunas veces incluso me ha acompañado de camino a la escuela, pero lo más común es que, cuando despierto, la gata ya se haya ido. Me gusta pensar en ella como parte de la familia, aunque solo la vea durante las noches. Sé que mamá y el abuelo me prohibirían quedármela si se los pidiera, por lo que tenerla durante unas cuantas horas a escondidas resulta lo más cercano a tener una mascota en mi vida. Regreso al *tatami* y me siento junto a ella mientras la observo relajarse.

—A veces quisiera ser más parecido a ti —le digo a Mei Mei. Sé que no me entiende, pero podría jurar que en este momento

parecería que sí, porque levanta sus orejitas y gira la cabeza para observarme—. Desearía no preocuparme por cumplir las expectativas de otras personas.

Me acerco más a ella y le rasco entre las orejas. Como respuesta, cierra los ojos y ronronea.

—¿Creerías que estoy loco si te digo que eres mi Peter y yo soy tu Wendy? —le pregunto mientras frota su cabeza sobre mi mano—. Todas las noches te espero sin falta en mi ventana.

Regresa a su posición circular para dormir y, poco a poco, su respiración se hace más lenta y profunda. Me acomodo nuevamente entre las sábanas y observo el techo. No se escucha más que los leves ronquidos de la gata.

—Creo que no quiero que el Tianlong despierte —susurro.

Sé que es una bendición y que soy sumamente afortunado de haber nacido en estas condiciones. Puede que, cuando era niño, estuviera impaciente por que mi dragón se manifestara, pero con el paso de los años dejó de ser un sueño y empezó a convertirse en una rutina que, poco a poco, dejé de disfrutar. En ocasiones me pregunto si, de haber nacido como mamá, algo hubiera sido diferente. ¿Seguiríamos viviendo entre los Long? ¿O habríamos iniciado una vida como mortales en la superficie? ¿El abuelo me habría aceptado así, como lo hizo con mamá? ¿Qué habría pasado con su poder?

Probablemente sea egoísta querer rechazar un don por el que miles de criaturas darían su vida, pero tal vez eso es lo que soy al final de cuentas: egoísta. Tener sangre de dragón me ha impedido una vida normal entre los humanos y, al mismo tiempo, no he podido conocer la vida que podría haber tenido allá abajo por culpa de sus prejuicios. Simplemente estoy aquí, entre dos mundos, sin pertenecer realmente a ninguno. Nunca se me permitió tener amigos hasta que conocí a Bao y tampoco he podido hacer algo para que una chica se fije en mí. Mucho menos si esa chica es Rose. Y toda la educación que mi abuelo me da sobre el *fangshi* parece aún más inútil que antes, porque si realmente fuera un heredero digno del Tianlong, ya se habría revelado hace mucho.

Es algo que me ha rondado por la mente desde hace años. Con cada intento fallido y cada reproche por parte del abuelo, estoy más convencido de que no quiero a este dragón. Sé que él tampoco me quiere a mí.

Siento un movimiento sobre el *tatami* y observo que Mei Mei se dirige a la puerta de la habitación y se sienta dándole la espalda. Podría jurar que me está pidiendo que la abra.

Confundido, me quedo observando a la gata. En todas las veces que ha dormido aquí y que le he hablado, nunca se había levantado así nada más. Entonces se da la vuelta y comienza a rascar la puerta, maullando con insistencia.

—¿Qué pasa, Mei Mei? —le pregunto mientras me pongo de pie y camino hacia la puerta—. Es tarde, necesitamos descansar.

Me agacho para cargarla y, en cuanto la toco, se desliza de nuevo hacia el piso y vuelve a maullar y rasguñar la puerta con insistencia.

—Oye, tranquila. Vas a despertar al abuelo.

Normalmente es una gata dócil, no comprendo cuál es la necesidad de salir del cuarto.

—Está bien, pero solo un momento —le digo y abro lentamente la puerta. No he terminado de hacerlo cuando la gata sale corriendo hacia las escaleras que conectan el departamento con la tienda del abuelo. Se detiene ante los escalones y me observa fijamente.

—¡Mei Mei! —grito en un susurro y le indico con el brazo que regrese al cuarto—. ¡Vuelve acá!

Pero Mei Mei se da la vuelta y baja aún más rápido hacia la tienda del abuelo.

No puedo permitir que entre ahí. Si el abuelo descubre que estuve en la tienda por la noche, sería como sellar mi tumba. Peor aún si se entera de que el motivo por el que entré fue un gato.

Bajo las escaleras corriendo lo más silencioso posible y, una vez abajo, busco a Mei Mei. No la encuentro por ningún lado hasta que escucho un maullido y veo su larga cola dirigirse a la trastienda.

Definitivamente estoy muerto si el abuelo se entera de esto.

—¡Mei Mei! —susurro al entrar a la trastienda. Está aún más oscura que el local y es difícil ver bien entre todos los objetos y las cajas del abuelo. Cuando finalmente mis ojos se acostumbran a la

penumbra, Mei Mei suelta un ligero maullido y la observo mientras intenta entrar en una de las cajas nuevas del abuelo. Me dirijo hacia ella. Quizá entre toda la basura había desechos de comida para gato y eso fue lo que captó su atención.

Cargo a Mei Mei en mis brazos, que regresa a su comportamiento dócil, y abro la caja, esperando encontrarme con alguna bolsa de comida, pero no hay más cosas que libros.

Bajo a Mei Mei al suelo y empiezo a inspeccionar la caja en busca de lo que sea que haya llamado su atención, pero no veo más que los libros. Todos parecen ser tomos de *Wuxia: la guía definitiva en el heroísmo*. Una serie de libros que, en el mundo de los humanos, son novelas de ficción sobre guerreros que luchan por la justicia en China y cuya única arma son las espadas. Sin embargo, en el mundo subterráneo, son considerados los libros de más alto valor educativo, pues muestran distintas técnicas que permiten a cualquier criatura del mundo mágico explorar todas sus habilidades y hacer florecer sus poderes en el *fangshi*. El abuelo ha utilizado casi todos los tomos existentes de esos libros para hacerme conectar con el dragón.

No hace falta explicar por qué no funcionan.

Estoy a punto de cerrar la caja cuando un leve brillo llama mi atención. Observo de nuevo para asegurarme de que no me lo imaginé y, en efecto, algo vuelve a brillar al fondo de la caja. Normalmente suelo alejarme de las cosas del abuelo, por más llamativas que me parezcan, pero ese brillo es diferente.

Al verlo con detenimiento, se parece al de mis sueños.

Contengo el aliento mientras saco los libros de la caja hasta llegar a la fuente del resplandor y descubro que es una carta. Le doy vueltas al sobre sellado y veo que está dirigida a mi abuelo. No tiene remitente.

¿Alguien habrá sido lo suficientemente descuidado para dejar una carta al abuelo perdida entre la basura?

O quizá todo lo contrario.

Me siento en el piso con la carta entre mis manos, inseguro de qué hacer a continuación. Mei Mei se coloca sobre mi regazo y observa con detenimiento el envoltorio.

—¿Era esto lo que buscabas?

Solo me observa.

—Está bien, veamos qué hay aquí adentro.

Sí, estoy consciente de que puede considerarse ilegal revisar la correspondencia de alguien más, pero nadie tiene por qué enterarse. Además, el sello del sobre es bastante sencillo y estoy seguro de que podré dejarlo como estaba y nadie sabrá jamás que se abrió.

Puede que simplemente sea una carta de alguno de los clientes del abuelo para solicitarle algún encargo, pero necesito estar seguro de qué hay ahí dentro.

Tal vez sea lo que he estado buscando en mis sueños.

Abro el sobre, asegurándome de mantener intacto el sello, y saco la carta.

Su señoría Long Heng:

El consejo de los cinco emperadores ha dictaminado su respuesta.

Solicitamos su regreso al Long Men.

No olvide su deber hacia su gente.

Atentamente,

Huang Di, el emperador amarillo

Resulta muy decepcionante, a decir verdad. Este tipo de mensajes han llegado con frecuencia en los últimos años y, cada mes, el abuelo recibe al menos dos de las formas más inusuales posibles. Sé que el mensaje pide su regreso tras tantos años de ausencia y me pregunto qué pasará primero: que ellos dejen de insistir o que el abuelo se dé por vencido conmigo y regrese allá abajo.

Con resignación, vuelvo a cerrar el sobre y lo coloco al fondo de la caja, acomodando los libros encima para que todo quede igual que como estaba. Supongo que el abuelo usará esos libros nuevos para

mejorar mi enseñanza en el *fangshi*. Tomo a Mei Mei en mis brazos y nos dirigimos en silencio hacia mi habitación.

Una vez dentro, nos acomodamos nuevamente para dormir, esta vez sin interrupciones.

No puedo contener la emoción de pasar un fin de semana entero aprendiendo de los mismos libros escritos con diferentes palabras.

Espero que se note el sarcasmo.

Como lo supuse, durante el desayuno se acerca el abuelo con la caja llena de libros y la coloca a mi lado.

—Durante hoy y mañana yo me haré cargo de la tienda —dice mientras se sienta y comienza a comer—. Tu deber será estudiar todos esos libros.

Seguramente es una broma. Y, si lo es, solo confirma que el abuelo no tiene futuro como comediante.

—¿Qué pasará con los entrenamientos? —pregunto con verdadera curiosidad.

Los entrenamientos han sido la única parte entretenida de todo este asunto. Consisten en aprender a luchar cuerpo a cuerpo y defenderme sin usar armas. El abuelo dice que un dragón que lucha con un arma que no es su cuerpo no es un portador digno. Normalmente me lo tomaría como una ofensa de no ser porque sus técnicas me han ayudado alguna que otra vez a salvarme de los buleadores de la escuela. Además, son lo más cercano a otras actividades humanas, además de la escuela, que se me permite hacer.

—Los libros primero —responde—, los puños después.

Estoy a punto de responder que es inútil utilizar los mismos libros de siempre con la esperanza de que el resultado sea diferente cuando entra mi mamá y se sienta a la mesa con una expresión de desagrado.

—¿Alguien dejó una ventana abierta en la noche? —pregunta y sacude su ropa con asco—. Todo está lleno de pelo de gato.

Definitivamente, esa es mi señal de salida. Apuro mi plato y tomo la caja con los libros para dirigirme lo más rápido a mi habitación.

—¡Gracias por el desayuno! —les grito mientras llego a las escaleras—. ¡Tengo mucho que estudiar!

Escucho que el abuelo le dice algo a mi mamá, pero no logro distinguir exactamente de qué hablan. Tal vez sea sobre mis tareas o quizá de lo mucho que le desagradan los animales. Sea como sea, tengo asuntos aparentemente más importantes que atender durante todo el fin de semana. Me siento frente a una pequeña mesa que tengo junto a la ventana y abro el primer libro que se encuentra en la caja: *Wuxia: la guía definitiva en el heroísmo.* Hoy toca el tomo 14: el *fenghuang*.

Serán dos días bastante entretenidos…

El domingo casi termina y lo único que hice estos dos días fue leer sobre aves de nueve cabezas o con un solo ojo, serpientes que comen elefantes y vampiros (sí, también me sorprendí al saber que son reales). Es de noche y ya pasó un rato desde que mamá y el abuelo se fueron a dormir, mientras yo sigo estudiando. Mei Mei se encuentra acurrucada en el *tatami* y lo único que se escucha en el cuarto es su leve respiración.

Cierro el último libro sobre quimeras y cómo identificarlas cuando me doy cuenta de que solo queda uno más en la caja. Es más pequeño que los otros y se ve más viejo, como si estuviera usado. Lo tomo con cuidado para no romperlo y entonces reparo en que no tiene nombre en la portada. Lo abro y la cantidad de polvo que sale de entre sus páginas es sorprendente para su tamaño. Con una letra muy gastada, se alcanza a leer: “Propiedad de Huang Di”.

El emperador amarillo.

Nunca lo he conocido en persona, pero sé que él y mi abuelo han mantenido una amistad que va más allá de su relación de poder. Sin embargo, desde que abandonamos el mundo subterráneo para vivir entre los mortales, su comunicación se ha basado únicamente en las cartas formales del emperador. Así que no termino de entender cómo llegó uno de sus libros a la tienda del abuelo. Pero, conociendo cómo son todos los que viven en Long Men, no dudaría de que fue algo intencional.

Paso las páginas y descubro que el libro está escrito en chino antiguo. No estoy acostumbrado a leerlo, pero puedo hacerlo si me concentro. Empiezo a leer detenidamente hasta que encuentro una palabra que es imposible no entenderla: *long*.

Dragón.

Es un libro sobre dragones.

Durante todos los años en que el abuelo me ha educado con los *wuxia*, esta es la primera vez que descubro un libro del mundo mágico que habla realmente sobre los dragones. Todo lo que conozco sobre ellos ha sido gracias a la escuela y a los comentarios del abuelo. Pero, hasta ahora, nunca había visto que se hablara sobre estos seres en los libros del *wuxia*.

En realidad, el contenido es bastante breve. Sin embargo, aunque tiene ilustraciones muy lindas, no viene nada que no conociera ya. Habla sobre los distintos tipos de dragones que existen, pero, al igual que siempre, no viene nada sobre el Tianlong.

Estoy terminando el libro cuando noto que, en la última página, hay otra inscripción hecha a mano, pero esta es diferente a la primera. La observo con calma para intentar descifrar qué es lo que dice, pues la tinta es muy vieja y muy difícil de leer, pero logro entender las primeras palabras:

Con el fuego, uno será.
Hasta que en su rostro pueda apreciar.
La verdadera naturaleza del último dragón
de las profundidades de su ser nacerá…

No consigo comprender lo que dice después. Resulta imposible intentar adivinar qué es lo que sigue porque, en cuanto cierro el libro, escucho que unos cristales se rompen en el piso de abajo y unas voces se escuchan al fondo.

Alguien ha entrado a robarnos.

Capítulo III

ROBO A MEDIANOCHE

Oigo otro cristal romperse.

Abro lentamente la puerta y me dirijo hacia las escaleras para averiguar qué es lo que quieren y si será necesario llamar a la policía o, en el peor de los casos, despertar al abuelo. Me acerco lo más que puedo al barandal y escucho con atención lo que dicen, conteniendo la respiración para evitar que me noten.

—Debe estar por aquí —dice una voz masculina y otras le susurran algo en respuesta.

Escucho pisadas que comienzan a ser cada vez más y más fuertes y cercanas, por lo que deduzco que están intentando subir. Estoy a punto de gritarle a mi abuelo cuando siento un brazo que me jala por detrás y coloca su mano sobre mi boca, separándome de las escaleras.

Rápidamente giro la cabeza para ver quién me ha agarrado, pero no logro distinguir su rostro. Lleva una máscara que le cubre toda la cara, menos los ojos. Sé que debería preocuparme por los que entraron a robar y, sin darnos cuenta, lograron llegar al piso de arriba, pero esta persona tiene unos ojos completamente diferentes a cualquiera que haya visto antes en mi vida. Brillan con suficiente intensidad, pese a encontrarnos en un lugar sin luz. Verlos es como observar a través de un mar infinito: son hermosos, pero no por eso menos letales.

Me dirige lentamente a una puerta entreabierta que da a un pequeño armario y nos encierra ahí. Se lleva un dedo al lugar donde asumo que se encuentran sus labios y me indica que guarde silencio. La observo, incrédulo frente a lo que está ocurriendo. ¿Quiénes son estas personas? ¿Qué es lo que quieren?

En todos los años que lleva la tienda funcionando, es la primera vez que alguien intenta robarnos. Esto ya es bastante curioso por sí solo. No guardamos nada de valor para los humanos como para ser objeto de atención, además de que hemos vivido en este lugar toda mi vida, conocemos a los habitantes del barrio y sabemos quiénes son nuestros clientes, entonces, ¿qué es lo que quieren?

Observo a la persona con quien estoy encerrado sin saber exactamente qué hacer. ¿Está intentando protegerme de los ladrones o intenta protegerse a sí misma?

Cuando percibo que los pasos de nuevo comienzan a subir por la escalera, el enmascarado me ve con intensidad, vuelve a indicarme que guarde silencio y me arroja al fondo del armario mientras sale con rapidez y cierra la puerta tras de sí.

—*Lièrén!* —escucho que dice la voz que oí desde las escaleras. "*Cazador*", ¿qué es lo que está ocurriendo aquí?—. ¿Lo encontraste?

—No, señor —le responde el cazador. Su voz es menos agresiva que la del primer hombre, pero igual de inquietante.

Trato de contener la respiración para evitar que me descubran, pero la intriga por saber qué es lo que están buscando entre tanta basura usada, que incluso les hizo llegar al piso de arriba, me consume por dentro. Estoy a punto de salir cuando escucho un grito de sorpresa.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —grita el abuelo. No sé si el que haya decidido salir de su habitación es algo bueno o malo.

Abro la puerta y me asomo con cuidado para no ser visto.

—¡Feiyu! —me grita el abuelo. Mi intento de pasar desapercibido no tuvo el éxito que esperaba—. ¡Agáchate!

No necesita decirlo dos veces porque, en cuanto lo hago, siento la descarga de calor proveniente del abuelo. Hace muchos años dejó de transformarse en dragón, pero todavía conserva algunos de sus poderes, aunque con menos intensidad de lo que fueron. En su

tiempo, el abuelo era capaz de lanzar ondas de calor que podían destruir una ciudad entera si lo deseaba, pero hoy solo puede lograr ondas pequeñas que, si bien no son de gran tamaño, con los elementos necesarios podrían ocasionar alguna que otra quemadura de segundo grado.

Por ello, sentir esas descargas de calor, incluso tras la protección de una puerta, revela un gran esfuerzo de su parte para protegerme. Por lo mismo, cuando percibo ese fuego, caigo en cuenta de algo más: los ladrones no son humanos. El abuelo jamás, sin importar las circunstancias, haría uso de un poder que demuestre la existencia del *fangshi*, a menos que sea con criaturas pertenecientes al otro mundo.

Distingo golpes en el piso, levanto la mirada lo necesario para ver que los dos hombres salen corriendo por las escaleras y escucho más vidrios rotos que indican que han salido nuevamente de la tienda. Me incorporo, asegurándome de que la temperatura regresó a la normalidad, y salgo rápidamente del armario para dirigirme hacia la única ventana en el pasillo. No sé cómo no había notado que esa ventana también estaba abierta. Me asomo a través del marco, pero no veo a nadie salir del edificio. El abuelo se acerca a mi lado y observamos juntos las calles vacías. No decimos nada, pero su respiración agitada me dice lo suficiente.

Estoy a punto de darme la vuelta para regresar al pasillo cuando, de reojo, noto entre las sombras una silueta negra que mira hacia donde estoy. Contengo la respiración y cierro los ojos con fuerza, esperando que solo sea una mala broma de mi mente.

Sin embargo, estoy completamente seguro de que esa sombra me observaba con un par de ojos de la misma intensidad del mar.

Capítulo IV

LA VERDAD

—¡Asquerosos, mercenarios! —grita el abuelo mientras recogemos el desastre ocasionado en la tienda—. ¡¿Cómo se atreven a venir aquí?! Como vuelvan a pisar este lugar, ¡juro por la Diosa Luna que los mataré!

Creo que nunca había escuchado al abuelo tan enojado. Tampoco haría falta que siguiera con sus amenazas, era más que notorio su enfado: tenía el rostro encendido. Y no lo digo como metáfora. Literalmente le salía humo.

—¿Qué estarían buscando? —pregunta mi madre, que despertó gracias a todo el alboroto. Puede decirse que tiene el sueño pesado.

Demasiado.

El abuelo deja de lado la escoba con la que estaba recogiendo los vidrios del suelo y suspira pesadamente.

—Esas personas son estúpidas, no trabajan por voluntad propia. No está en su naturaleza saber ser independientes —coloca su mano sobre la frente y vuelve a suspirar—. Alguien los envió.

Mi madre suelta una ligera exclamación de sorpresa y nos mira con confusión a mi abuelo y a mí, lo que no tiene sentido, porque estoy seguro de que me encuentro mucho más confundido que ella.

El abuelo vuelve a agarrar la escoba y barre mientras, en voz baja, continúa soltando maldiciones. Yo sigo recogiendo algunas de las cosas que tiraron de los estantes, preguntándome exactamente lo

mismo que mamá. ¿Qué buscaban? Y, si es como dice el abuelo, ¿quién los pudo haber mandado?

—Solo hay una persona con el poder suficiente para enviar a un grupo tan grande al mundo humano —dice él, como si me hubiera leído el pensamiento.

En lugar de terminar la oración, se dirige hacia la trastienda a paso veloz, se escuchan algunas cajas caerse y el abuelo sale de nuevo a la tienda. Mi madre y yo vamos al mostrador para ver qué es lo que hace.

—¡Maldito Huang Di! —suelta el abuelo mientras coloca una de las cartas del emperador en el mostrador.

—¿El emperador? —pregunto.

—No tiene sentido —dice mi madre—. ¿Por qué enviaría el emperador a un grupo de mercenarios a nuestro hogar?

El abuelo niega con la cabeza y entonces me mira, como si nunca antes me hubiera visto. Abre la boca con una exclamación de sorpresa que jamás le había visto, la cual pronto se ve opacada por una sonrisa que eclipsa sus ojos rasgados.

—¡Feiyu! —me grita, pero curiosamente suena bastante alegre para ser el abuelo—. ¿Cómo lo hiciste?

Probablemente esperaba más de él tras tantos años de conocerlo, pero no creí que el presenciar un robo en su tienda sería suficiente para hacerlo perder la cabeza. Mamá lo observa igual de confundida que yo y pasa su mirada del abuelo a la mía, como si ambos compartiéramos un mismo secreto. Solo que no estoy seguro de conocer cuál es el secreto.

—¿Cómo hice… qué? —pregunto después de lo que parece una larga pausa.

—¡No seas modesto, hijo! —dice el abuelo, completamente eufórico. En serio ¿qué le está pasando ahora? Al ver que no respondo y solamente niego con la cabeza, finalmente grita—: ¡Tu dragón, Feiyu! ¡Has despertado al dragón!

No estoy completamente seguro de que este haya sido el mejor momento para haber despertado al dragón, ni siquiera de cómo lo hice. El abuelo sigue insistiendo en saber qué fue lo que ocurrió

antes de que llegaran los ladrones, así que le resumo todo mi día lo mejor que puedo. Parece no tener interés en nada de lo que le relato, hasta que llego a la parte del último libro. Le explico todo lo que había visto antes y cómo ese libro parecía diferente a los demás.

—Feiyu —me interrumpe. Su semblante ahora demuestra preocupación, sustituyendo la emoción que lo embargaba hace tan solo unos momentos—, ¿podrías enseñarme el libro?

Subo corriendo a mi habitación. Todo se encuentra justo como lo dejé, como si este lugar hubiera permanecido inmune a todo lo que ocurrió fuera de él. Tomo el libro del escritorio, la vela que estaba utilizando para iluminarme casi termina de consumirse. Pronto todo quedará en completa oscuridad y no creo poder soportar la soledad de la noche sin pensar en la última mirada que me lanzó el cazador antes de desaparecer entre las sombras.

Me doy la vuelta hacia el *tatami,* esperando ver a Mei Mei durmiendo allí, pero ya no está. Claro que no está.

Bajo de nuevo por las escaleras y le entrego el libro al abuelo, quien lo observa con extrañeza, dándole vueltas y abriéndolo lentamente.

—No recuerdo haber visto este libro entre las cajas —dice mientras observa con detenimiento la primera página en la que se encuentra escrito el nombre del propietario—. Yinuo —llama a mi madre—, ¿tú pusiste este libro?

Mi madre se acerca, lo toma entre sus manos y lo observa con la misma curiosidad que el abuelo. Frunce el ceño y niega con la cabeza. Probablemente sea el hecho de que es la mitad de la noche y todos estamos despiertos después de un trago amargo, pero parece como si de repente hubiera envejecido diez años. Ella es una mujer hermosa, siempre lo ha sido, pero en estos momentos hay algo en su rostro que la hace ver mayor.

—No, padre. Nunca había visto un libro como este.

—Dice que es del emperador —suelto en voz alta. Quizá no leyeron bien la inscripción del inicio, así que es mejor revelarlo a esperar a que terminen de analizarlo.

—Eso es imposible —el abuelo me mira con preocupación—. No hay registro escrito sobre la existencia de los dragones.

Comienza a pasar todas las páginas del libro, olvidando el cuidado con el que lo manejó en un inicio.

—Además —continúa—, está incompleto.

Me acerco a observar con atención el libro y, en efecto, cerca del lomo hay unos pequeños bordes dentados de papel. Le han arrancado hojas.

—Yo no…, no me había dado cuenta.

Pasa sus dedos sobre los bordes del papel arrancado y su ceño se frunce aún más.

—Hay algo más —señalo, para sacarlo de su trance. Alza la mirada y me mira con los ojos completamente abiertos, a la espera de lo que vaya a decirle—. Al final del libro hay algo escrito con tinta.

El abuelo pasa rápidamente las hojas hasta llegar a la última página. Mi madre se asoma para observar lo escrito mientras el abuelo comienza a murmurar:

—"Con el fuego, uno será. Hasta que en su rostro pueda apreciar. La verdadera naturaleza del último dragón de las profundidades de su ser nacerá…".

Entonces ocurre algo que no me esperaba: mi madre se cubre la boca con los dedos al mismo tiempo que ella y él terminan de recitar el texto.

—"Bajo el sol de la nueva luna el último dragón se alzará. Y bajo la luz de las estrellas se sembrará la oscuridad, y el mundo entero perecerá" —dicen al unísono.

Levantan la mirada y me miran alarmados. Mi madre, con lágrimas en los ojos. Y mi abuelo, con un profundo dolor.

Los veo confundido. ¿Qué es eso que leyeron y cómo es que se lo saben de memoria?

—No comprendo —les digo—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué actúan como si el mundo se estuviera acabando?

En lugar de responder, mi madre se acerca a mí y me sostiene la cabeza contra su pecho, en una especie de abrazo bastante incómodo.

—Una antigua leyenda del Long Men —me responde el abuelo—. Algunos la ven como una profecía sobre el fin de los tiempos —se encoge de hombros y simula una explosión con las manos—. El apocalipsis, si lo vemos en otros términos.

—No lo entiendo —me suelto del abrazo de mi madre para acercarme al mostrador y mirar de nuevo esas palabras—. ¿Qué tiene que ver una vieja leyenda conmigo?

—Feiyu —se acerca ella, toma mi mano y la sostiene entre las suyas—. Hay muchas razones por las que no vivimos en el Long Men. Por muchos años, cuando nuestra familia era sinónimo de fuerza y prosperidad, cada vez que un nuevo Long nacía se escuchaba por las calles la leyenda acerca del fin del mundo. Un fin del mundo que era ocasionado por un dragón. Cuando tu abuelo nació, dejó de escucharse ese rumor y todos parecieron olvidar esa absurda leyenda. No hace falta decir que, al descubrir mi falta de poderes, se alegraron al darse cuenta de que por años habían tenido miedo en vano, pues pensaron que aquel último dragón era tu abuelo. Pero cuando naciste y el consejo demostró que la sangre del Tianlong vive en ti, empezaron otra vez los rumores y regresó el terror entre todos. No hay otro dragón en la Tierra además del tuyo. Tú eres el último dragón.

—Creía que decidieron criarme aquí para que pudiera conectar con el dragón —*y no ser la burla de todo el mundo mágico al fracasar*, pensé.

—Lo que tu madre quiere decir —interrumpe el abuelo— es que siempre habrá más de una versión de la verdad. Para nosotros, la decisión de criarte aquí fue para educarte mejor. Para el pueblo, una muestra de cobardía.

Toma el libro y lo cierra con fuerza, levantando una nube de polvo a su alrededor.

—Además —continúa—, todas las leyendas son una completa estupidez.

—Nosotros provenimos de una leyenda —le respondo con cierta duda. Estoy empezando a pensar que tenemos conceptos muy diferentes sobre lo que puede ser real y lo que no.

—¡Te equivocas! —el abuelo me apunta con el dedo, señalando firmemente mi rostro—. Nosotros y nuestro mundo somos igual de reales que todo lo que ves aquí. Pero esto —levanta el libro y golpea la portada—, esto no son más que cuentos y mentiras para espantar a cualquier ingenuo que se atreva a leerlas.

Se da media vuelta y se dirige con premura a la trastienda. Mi madre y yo nos miramos y caminamos tras él, pero antes de cruzar el umbral, regresa con un cesto en una mano y el libro en alto en la otra.

—Esto —dice mientras presiona el libro y un leve vapor sale de él — no son más que mentiras —pone el cesto en el suelo y tira el libro adentro. Las llamas surgen del interior—. No hay libros sobre dragones. No existe ninguna profecía, ¡y tú no eres el último dragón! Ahora, ¡todos a dormir! Ya hemos perdido suficiente tiempo aquí.

Mamá y el abuelo suben las escaleras para regresar a sus habitaciones, pero yo me detengo un momento frente a las llamas. Observo cómo el fuego consume el libro. No sé si es por el sonido del papel al quemarse, pero pareciera como si el libro estuviera llorando.

Capítulo V

EL AMOR ES UNA MARCA

No tuvo sentido intentar dormirme.

En cuanto regresé a mi habitación, me di cuenta de que no faltaba mucho para que el sol saliera y, con ello, diera inicio otra semana de escuela.

Qué emoción…

De mala gana me levanto del *tatami* y me dirijo al baño. Podré no haber dormido en toda la noche, pero al menos no llegaré a la escuela pareciendo un muerto viviente. Cuando termino de asearme, me paro frente al espejo y mi reflejo me saluda con algo diferente a lo normal. No logro identificar qué es y un golpe en la puerta me distrae.

—¡Feiyu! —grita mi madre desde el otro lado—. ¿Te importaría apurarte? ¡Llevas ahí toda la mañana!

—¡Ya voy! —grito de vuelta.

Le doy un último vistazo al espejo sin poder distinguir qué es lo distinto y salgo del baño.

—¡Por la Diosa Luna! —dice mi madre por lo bajo cuando me ve salir—. Feiyu, parece como si no hubieras dormido en años.

—Gracias por el recordatorio, mamá —probablemente sea eso lo que me molesta, no haber descansado lo suficiente y la manera en que mi cara lo refleja.

No es que tenga un mal hábito del sueño, pero cuando el abuelo insiste en que aprenda sobre el Long Men y el mundo que lo rodea, es bastante complicado dormir tranquilo.

Termino de alistar mi uniforme y mi mochila, y salgo del edificio. Cierro la puerta con llave, pero al dar la vuelta, alguien choca conmigo y me tira al suelo.

—¡Fíjate, pedazo de…! —no logro terminar la frase cuando, la persona menos esperada, se pone en cuclillas y me ofrece una mano para levantarme.

—¡Por Dios, cómo lo siento! —me dice Rose mientras me tiende la mano—. ¿Te hiciste daño?

Me quedo sin palabras.

Rose.

Está.

Aquí.

Y está hablándome.

A mí.

—Estoy bien —creo que le respondo. Aunque, por la expresión en su rostro, quizá dije algo como *babababa*.

Rose centra su mirada en mí y agradezco a los dioses que estoy en el suelo porque no sería capaz de sostenerme en pie. Ella se encuentra igual de perfecta que siempre, pero esta es la primera vez que observo su rostro tan de cerca, de tal modo que me doy cuenta de cualquier minúsculo detalle, como las pecas sobre sus mejillas y alguno que otro punto rojo cubierto bajo una ligera capa de maquillaje.

Tiene las pestañas del mismo color brillante que su pelo, pero las oculta con un poco de color negro. Sus labios son pequeños y delicados, y uno de sus dientes sobresale ligeramente sobre otro. También puedo notar que las puntas de su pelo están teñidas de un leve tono púrpura, como si buscara llamar la atención, pero sin hacerlo demasiado evidente. Ese detalle contrasta con el uniforme, que le queda un poco más grande de lo debido. Tal vez su padre pensó que, al comprar una talla mayor, le serviría por más tiempo, aunque está a punto de salir de la escuela y no fue así. Me doy

cuenta, sobre todo, por el tamaño del sombrero en comparación con su cabeza.

Todo esto son detalles insignificantes, pero lo suficientemente reales para hacerme caer en cuenta de que Rose es real.

Pero, sobre todo, que es aún más perfecta de lo que creía.

Ante mi falta de respuesta, Rose sonríe y suelta una pequeña, pero increíblemente armónica, risa. Creía conocer todo sobre las criaturas más hermosas de la galaxia, pero ningún ser que exista o haya existido puede compararse a ella.

Me pongo de pie y sacudo el polvo del uniforme, mirando cómo se coloca un ligero mechón de su pelo detrás de la oreja.

Es perfecta.

—Creo que no te había visto antes —me dice con alegría. Su voz es como el sonido de la mejor melodía compuesta por el mejor compositor de la historia. Me tiende la mano, esta vez como un saludo—. Me llamo Rose. Rose Gui.

Noto que se presenta primero con su nombre de pila y no por el apellido de su familia. Pese a llevar unos años viviendo en Chongqing o, para ser más generales, en China, advierto que todavía no se ha desprendido de algunas de sus costumbres occidentales.

Le extiendo la mano.

—Feiyu —le respondo—. Long Feiyu.

Continúo estrechando su mano hasta que Rose se ríe y me suelta. No es que hayamos pasado mucho tiempo en contacto, pero puedo sentir cómo mi mano ya siente la ausencia de la suya. ¿Será que realmente hay una conexión o estoy exagerando de más las cosas?

—*Feiyu* —dice de vuelta con un ligero acento al final. Escuchar mi nombre con su propia voz es como debe sentirse el paraíso—. Es muy bonito.

En verdad no sé qué responder. ¿Acaso es un elogio o solo es demasiado amable?

No sé con exactitud qué hacer. Mi única interacción con una persona que me resultara más o menos atractiva se había limitado a observarla fijamente hasta que se diera cuenta y se alejara con incomodidad. Así que tener a Rose frente a mí, hablándome

directamente, es en verdad un conflicto. ¿Por qué los libros del abuelo no tienen algo de información al respecto? Estoy seguro de que me sería más útil saber cómo interactuar con alguien y no las medidas a tomar para evitar un ataque de *baihus*.

Ahora que estoy frente a ella, reparo en que es más alta que yo. Me imagino que aquella postal debería ser un tanto graciosa, podría llamarse algo así como "El niño enamorado".

Rose carraspea y se mueve, visiblemente incómoda. Estoy arruinando mi primer encuentro real con ella y no tengo idea de cómo mejorarlo.

—Bueno… —dice, sin estar segura de hacia dónde ver, por lo que termina posando su mirada sobre el edificio casi en ruinas que es mi hogar—. ¿Vives aquí?

—¿Quién? —pregunto de repente, sin saber de dónde salió el valor para contestarle— ¿Yo? ¡Para nada!

¿Por qué estoy mintiendo?

—Yo… —continúo sin saber qué decir—. ¡Trabajo aquí!

De acuerdo, eso no es del todo mentira.

Mi respuesta parece tomar desprevenida a Rose, pero me sorprende aún más notar que me está prestando atención.

—¿Tu familia te obliga a trabajar los domingos por las noches?

—¿Qué? ¡No! —me río con nerviosismo—. En absoluto.

Rose me observa enarcando una ceja, como si supiera que estoy mintiendo.

—Lo que pasa es que tuve mucho trabajo el fin de semana y no tuve tiempo de regresar a casa —me apresuro a decir.

Técnicamente no estoy mintiendo, aunque tampoco esté contando del todo la verdad. Sí fue un fin de semana ocupado, ¿y la noche? Ni siquiera quiero recordar cómo fue imposible dormir después de lidiar con semejante espectáculo.

Rose entrecierra los ojos ante mi comentario. Claramente se da cuenta de que no le digo la verdad, pero al menos no me deja en evidencia como el mentiroso que estoy siendo. Ante su silencio, decido continuar con mi farsa.

—Yo vivo en el otro extremo del río —quizá me crea si le digo que vivo donde Bao. Tal vez así se interese en mí y no piense que soy

patético.

O probablemente lo haga, pero en todo caso será mejor esperar a que ella lo descubra.

Entrecierra un poco más los ojos y su ceño se frunce ligeramente.

—De acuerdo, Feiyu del otro extremo del río —dice, imitando mi voz al hablar. Es evidente que no cayó en mi mentira, pero fue lo suficientemente amable para ocultarlo—. Nunca te había visto por la escuela, ¿estamos en el mismo grupo?

No es que en algún momento me hubiera hecho ilusiones creyendo que Rose sabía de mi existencia, pero descubrir que, en efecto, no lo sabía, me baja un poquito el ego.

Solo un poco.

Sin embargo, lo pregunta con un interés genuino que me indica que realmente quiere tener esta conversación conmigo.

—Soy un año menor —respondo. Espero no sonar como un acosador que sabe sobre la vida de una chica a la que nunca le había hablado, pero sería imposible asistir a la misma escuela y no saber sobre la única persona que ha dado algo de qué hablar desde que llegó—. Tal vez por eso nunca me habías visto.

Estoy bastante seguro de que soné demasiado patético, más de lo que debería. Pero, por alguna razón, Rose sigue aquí y aún me sonríe con dulzura.

—Pues es todo un placer conocerte, Feiyu —dice, y por la manera en que lo menciona puedo percibir que en realidad lo siente. Realmente es un placer conocerme.

Sin embargo, parece fijarse en algo en específico porque frunce el ceño levemente mientras acerca su mano debajo de mi ojo izquierdo.

De inmediato retrocedo ante su tacto y Rose aleja con cuidado la mano. Me resulta extraño que esté intentando tocarme. Probablemente sea algo normal de donde viene, y no es que me incomode tenerla tan cerca, pero el contacto más allá de las manos con alguien que acabas de conocer no es algo con lo que estemos tan acostumbrados en mi familia.

—Lo siento —dice de pronto con timidez. Entonces pregunta, intentando acercar de nuevo su mano—. ¿Puedo?

No sé qué está pasando aquí. Puede ser que algo así no vuelva a ocurrirme jamás en la vida, así que trago saliva, cierro los ojos y asiento rápidamente.

Puedo sentir la punta de su dedo arriba de mi mejilla, es un tacto delicado, como si temiera que al acercarse más pudiera explotar.

Si mi abuelo viera lo que está pasando justo afuera de su casa, olvidaría todo el entrenamiento del *fangshi* y me enviaría directo al ejército.

Me dejo llevar por la sensación y trato de asimilar todo lo que ha ocurrido en cuestión de minutos: choco con Rose, me habla como a cualquier persona y es la segunda vez en el día que siento su piel contra la mía.

Todo parece un sueño hasta que ella dice:

—¿Es una marca de nacimiento o fue algún accidente?

Abro de golpe los ojos y la miro con incredulidad. ¿Marca de nacimiento o accidente? Sé que no soy el sujeto más atractivo del distrito, y la falta de sueño tampoco ayuda, pero ¿qué tan mal me veo después de anoche que parece que tengo una marca en el rostro?

Inmediatamente me llevo la mano al lugar que Rose está tocando y ella retira la suya con rapidez.

—Perdona, ¿te hice daño? —pregunta, como si en realidad tuviera una herida en la cara.

Pienso en lo ocurrido durante la noche y, por lo que logro recordar, nadie me hizo daño. Pasé casi todo el tiempo encerrado en el clóset hasta que volví a ver por la ventana al cazador que me observaba fijamente.

Busco alguna superficie reflejante para entender a qué se refiere Rose. Encuentro un pequeño charco de agua cerca de la calle y me inclino.

Tiene razón, en mi cara hay una gran quemadura que se extiende por todo mi ojo izquierdo, como si hubiera recibido un golpe. Toco con fuerza mi piel, intentando percibir dolor o algo similar, pero no siento nada. Es como si fuera una mancha, pero muy notoria.

—Feiyu —se acerca Rose y coloca su mano sobre mi hombro—. ¿Estás bien?

Me incorporo de golpe y trato de evitar su mirada. Es increíble que estuviera tantos años intentando hacer que me notara y ahora lo último que quiero es que me vea.

—Lo siento, yo… Tengo que irme. Adiós.

Corro en dirección a la tienda mientras me cubro el ojo con la mano. Estoy seguro de que esto hará aún menos creíble mi mentira sobre vivir en el otro extremo del distrito, pero necesito saber qué tiene mi cara. Y sé que el único que podrá responderlo será el abuelo.

—¡Adiós, Feiyu! —grita Rose cuando me alejo—. ¡Espero verte otro día!

Yo también lo espero.

Pero sé que hoy no será ese día.

Capítulo VI

UN AMIGO DE VERDAD

—Explícame. Qué. Es. Esto.

Señalo la marca roja sobre mi rostro, que ya se extendió más de lo que estaba hace unos momentos. Miro fijamente al abuelo.

Coloca su mano en mi barbilla para girarme el rostro y observa con detenimiento.

—Qué curioso —dice—. Nunca había visto que una marca se extendiera tanto y tan rápido.

Pasa sus dedos sobre mi cara, justo como lo hizo Rose hace unos minutos.

—¿Entonces? —me aparto y lo observo, cada vez más molesto, pues evade mi pregunta—. ¿Me dirás qué es esto que tengo?

Suspira. Se quita los lentes y se frota el entrecejo.

—Verás, Feiyu —responde, colocando los lentes sobre la mesa de la cocina—. Es normal que, cuando un dragón comienza a manifestarse, haya ciertas… irregularidades, por decirlo de alguna manera, en el cuerpo del portador.

—¿Irregularidades?

Mi madre se acerca a la mesa y coloca una taza de té frente al abuelo y otra frente a su asiento. Por un lado, me alegro de que haya hablado a la escuela para decir que estaba enfermo y no podría asistir, pero, por otro, no estoy nada contento con el verdadero motivo por el que no pude ir.

—Cuando el portador del Tianlong demuestra estar preparado para la transformación —dice mi madre mientras se sienta—, su rostro es el principal reflejo de aquella apariencia que tomará el dragón.

—Aunque no siempre es el caso —continúa el abuelo—. En algunos portadores, la marca ha aparecido en lugares como el brazo o la mano. Lo que me llama la atención es la rapidez con la que se está extendiendo.

—¿Rapidez? —pregunto.

Yo diría que es mucho más que rápido. Esta mañana, al verme en el espejo, no tenía nada y, de repente, tengo la mitad de la cara como si hubiera deshonrado a mi padre.

—Feiyu, no es natural que haya pasado tanto tiempo sin que el Tianlong diera alguna señal de vida. Sin embargo, de un momento a otro, en tu rostro pareciera que han pasado años desde que el dragón despertó.

Lo miro aún más confundido. Me resulta muy difícil creer que el dragón al fin se ha dignado aparecer, después de casi dieciocho años, pero la prueba está aquí, literalmente, en mi cara.

El abuelo me termina de explicar que la marca es en realidad piel de dragón, pero que, al estar conectada directamente con mi cuerpo, hace que sea imposible sentir alguna diferencia. Por fortuna, es un proceso indoloro. Sin embargo, al ser la primera vez que alguien del clan Long reside en el mundo humano, no había forma de saber si era visible tanto para humanos como para criaturas mágicas. Hoy descubrimos que es igual para ambos.

No tuve mucho que hacer durante el día. Estuve jugando videojuegos en la tienda mientras mamá y el abuelo salían a comprar cosas para el almuerzo. Recibí algunos mensajes de Bao en los que me preguntaba por qué no fui a la escuela y para decirme que pasaría más tarde a la tienda para prestarme las tareas.

Atiendo a muy pocos clientes durante la mañana. Debe resultarles raro ver a un chico en el negocio a estas horas en lugar de estar en la escuela, pero al menos no dicen nada al respecto, más allá de

mirarme fijamente la cara. Así que lo único que hago es jugar y jugar. Por lo regular, con el viejo Arcade me distraería, pero cada que finaliza una partida solo veo mi reflejo en la pantalla de la tele y esa estúpida mancha roja sobre mi ojo.

¿Por qué tuvo que aparecer ahora? Pasé gran parte de mi vida intentando encontrar a un dragón para, más tarde, descubrir que no es algo que quiera en realidad. ¿Qué sentido tiene?

Intento recordar las palabras exactas de la leyenda, pero no logro hallarle ningún sentido. ¿Qué tiene que ver conmigo todo eso si ni siquiera vivo en el Long Men? Pese a todo, hay una parte que sí comprendo. Algo importante ocurrirá en la noche, bajo la luz de las estrellas. Pero ¿bajo qué estrellas? Es básicamente imposible encontrar alguna estrella en medio de la ciudad.

Sigo dándole vueltas al asunto cuando escucho que la campana suena y un nuevo cliente entra. Pauso la consola y doy media vuelta para atender a quien llegó, mientras digo:

—Bienvenido al emporio de antigüedades del señor Long, donde encontrará toda clase de artículos para su día a día, ¿en qué le puedo ayudar?

—¡¿Qué carajos tienes en la cara?! —grita Bao, golpeando el mostrador con los libros del colegio—. Eso ni de broma es una quemadura —se inclina sobre el mostrador para acercarse a mí lo más que puede y me observa con ojos entrecerrados, intentando descifrar mi nueva adquisición.

—Te juro que lo es —respondo en mi defensa.

Trago saliva sonoramente. Una cosa es intentar mantener una mentira con la chica que me gusta, pero otra muy diferente es mentirle a mi mejor amigo. Bao ha estado presente en mi vida en todo momento. Ha sido bastante complicado ocultarle todo el asunto mágico de mi familia, pero casi siempre el abuelo se encargaba de eso con algún melodrama que veía en televisión y simplemente le cambiaba los nombres para hacerlo pasar por nuestra historia. Así que, en teoría, nunca me había visto en la necesidad de mentirle a Bao, por lo que ahora no sé qué hacer al respecto.

—Feiyu —se acerca aún más y comienza a golpearme en el pecho con un dedo índice claramente acusador—, es imposible que hayas

tenido una quemadura de tercer grado durante el fin de semana y estés como si nada hubiera ocurrido un lunes por la tarde. Podré no ser la mente más brillante de nuestra generación, pero tampoco soy estúpido.

Me mira con fijeza y puntualiza.

—Dime la verdad.

Qué complicada puede ser la verdad cuando has vivido bajo una farsa durante toda tu vida.

Bao se aleja y vuelve a colocarse del otro lado del mostrador, cruzando los brazos en espera de mi respuesta. De mi verdad.

Puedo mentirle de nuevo y decirle que es alguna clase de maquillaje o una estrategia de venta del abuelo para conseguir más clientes. Pero he pasado toda mi vida ocultando esta parte de mí que, ahora que tengo la oportunidad de poder compartirla con alguien que no sea mi abuelo o mi madre, se siente como poder respirar por primera vez después de mucho tiempo. Así que opto por decirle la verdad.

Le cuento que mi abuelo tenía la capacidad de convertirse en dragón y que yo la heredé. Por muchos años intentaron que aquel dragón apareciera, hasta que el fin de semana un grupo de cazadores entró a la tienda a buscar quién sabe qué cosa y ahora tengo una marca que se está extendiendo sobre mi rostro. Le digo que es algo aparentemente fuera de lo común (como si el hecho de ser un dragón no lo fuera) y que tengo que vivir mostrando la piel del dragón extendiéndose sobre mi rostro hasta que esté por completo listo para transformarme en uno.

Bao me observa con atención y con completa seriedad. Por un momento pienso que todo ha salido bien y que cree lo que le he contado, hasta que dice:

—Hermano, lo que sea que te hayas metido, yo quiero un poco.

¿En qué momento pensé que decirle la verdad iba a significar que me creyera?

Lo tomo del brazo y lo jalo hacia mi lado del mostrador para dirigirnos a la parte trasera de la tienda, donde está la oficina del abuelo.

—¿A dónde me llevas? —pregunta. Muchas veces ha estado del otro lado del mostrador conmigo, incluso ha subido a mi habitación y ha comido con mi familia, pero nunca ha entrado a la oficina del abuelo. Es como un lugar sagrado, donde se guardan las cosas que realmente son mágicas. Y peligrosas.

Sé que me estoy jugando demasiado al llevarlo. Primero, ganarme la ira del abuelo y la decepción de mamá al saber que Bao entró allí; segundo, su seguridad, y de paso la mía, por entrar a un lugar donde hay distintos objetos que poseen magia y pueden ser peligrosos. Incluso mortales.

—¿Feiyu? —pregunta Bao en cuanto ve hacia dónde lo estoy llevando—. Tu abuelo nos matará si descubre que estuvimos en su oficina.

—No tiene por qué enterarse —respondo mientras abro la puerta y le cedo el paso.

Duda un instante en el marco y observa a su alrededor con verdadera curiosidad. Pone un pie dentro de la habitación, lo suficiente para poder cerrar de nuevo la puerta, dejándonos completamente solos en donde no deberíamos estarlo.

Bao suelta una exclamación de sorpresa y, por un momento, me permito creer que significa que me cree.

—¡Tu abuelo es igual de friki que tú! —es lo que dice en cambio mientras se acerca a una de las repisas que tiene el abuelo y comienza a tocar uno a uno todos los objetos.

—¡No toques eso! —me apresuro a quitarle una piedra y la coloco nuevamente en su lugar—. Puedes invocar a su espíritu.

Bao enarca una ceja y me mira con escepticismo.

—Feiyu —me dice, esta vez con mayor seriedad—. No existe la magia.

Claro que existe, solo que no pensaba que fuera tan difícil de convencer a alguien de que es real.

A ver, existen criaturas mágicas que habitan en el mundo humano, también distintos espíritus y fantasmas que siguen rondando por aquí. Además, casi toda nuestra mitología consiste en criaturas mágicas. No esperará que todo lo que cuentan las leyendas sea falso, ¿o sí?

Observo a mi alrededor en busca de algo que me ayude a mostrar mi punto. Detengo mi vista en los libreros del abuelo y tomo uno de los libros de *wuxia*.

—Toma —le digo, colocándolo en sus manos—. Mira esto. ¿Alguna vez habías visto algún libro que hablara realmente de criaturas mágicas como si fueran parte de nuestro mundo?

Bao lo abre y comienza a hojearlo. No se detiene en ninguna parte más que en las imágenes y solo lo ve con desinterés. No me cree.

—Feiyu —dice, pasando las páginas con rapidez—. No te ofendas, pero todo lo que estás diciendo me parece una completa estupidez.

Cierra el libro y una pequeña nota sale volando. Bao no le presta atención; ya está colocando el libro encima del escritorio, pero probablemente sea la única pieza que me ayude a demostrarle que esto es real.

—¿Por qué no vienes a mi casa? —dice mientras me arrodillo para recoger la nota del suelo—. Mis padres conocen a varios especialistas de otros países que pueden ayudarte con las alucinaciones.

Dejo de prestarle atención y miro la nota. Es justo lo que pensaba: una de las múltiples notificaciones de regreso para el abuelo. Me pongo de pie y se la extiendo a Bao.

—Mira esto y, si no me crees, no insistiré.

Bao la observa y alarga su mano para tomarla, sin embargo, sus dedos se detienen a escasos milímetros del papel.

—Ah…, ¿Feiyu? —dice, retirando con cuidado la mano y dejando el papel colgando de mis dedos—. El papel se está quemando…

Bajo la mirada y veo cómo una leve columna de humo, casi imperceptible, comienza a salir del papel. Arrojo la nota al suelo y la piso para evitar un incendio. Quizá la hoja estaba ardiendo más de lo que pensaba, porque se empieza a sentir calor en la habitación.

—Feiyu… —vuelve a decir Bao con un hilo de voz— Tu mano…

Dejo de pisotear el papel y dirijo mi vista a la mano que lo sostenía.

Mi mano no está echando humo.

Está en llamas.

Bao comienza a buscar en la habitación algo con que apagar el fuego, soltando ligeras expresiones de preocupación y tirando varios objetos a su paso. Tener la mano en llamas hubiera sido algo que la noche anterior me hubiera preocupado, pero ahora, en cierto sentido, me lo esperaba.

—Bao —lo llamo, pero en su euforia no logra escucharme, así que vuelvo a gritarle— ¡Bao!

Voltea para verme con el rostro lleno de preocupación y unas perlas de sudor rondan su frente. Quizá por el esfuerzo o tal vez por el calor cada vez más abrasador.

Le devuelvo la mirada con calma y, tal vez, le esbozo una sonrisa triunfante.

—Tengo poderes —le digo con emoción.

Esta es la primera vez en toda mi vida que he podido decir esas palabras y sentirlas como una verdad.

Tengo poderes. Al fin comenzó a despertar mi dragón.

Apagamos el incendio de mi mano con mayor facilidad de la que pensábamos, pero, pese a haber presenciado mi primer acto de piromancia en persona, ni Bao ni yo decimos una palabra. Simplemente nos sentamos en silencio en el piso, observando fijamente un mapa de Chongqing que se encuentra colgado sobre la pared opuesta a los libreros.

No estoy seguro de cómo iniciar una conversación. En todos los años que tengo de conocer a mi mejor amigo, esta es la primera vez que no sé cómo hablar con él.

Creía que se alegraría de saber que la magia existe y que está más cerca de lo que pensaba, o que correría a felicitarme por haber descubierto mis nuevos poderes. En cambio, me mira como si fuera un completo desconocido y se sienta en el piso.

Ya ha pasado bastante rato desde entonces.

—¿Qué clase de poderes? —pregunta de repente y el sonido de su voz hace que me estremezca. Nunca antes lo había escuchado hablar de esa forma. Con completa seriedad, pero a la vez con un dolor que es muy difícil de ocultar.

—No lo sé —respondo, esperando sonar sincero—. Hasta hace unos momentos no sabía que podría controlar el fuego.

No contesta nada, así que me aventuro a seguir hablando.

—Mi abuelo también podía hacerlo, pero dice que los poderes son diferentes para cada portador.

Frunce el ceño ante la mención de mi abuelo. Quizá sea la luz o la falta de sueño esté jugando en mi contra, pero puedo ver una pequeña gota resbalar por su mejilla que se limpia rápidamente con la manga del uniforme.

—¿Tu abuelo también es mago?

—Dragón —lo corrijo—. Y no, ya no lo es.

Bao asiente y gira la cabeza para mirar lo que el abuelo guarda en su oficina.

—Y todo esto, ¿tiene magia?

—En su mayoría, sí.

Entonces me observa como si fuera la primera vez que lo hace. Y tal vez sí sea la primera vez: ahora ve al Feiyu real y no al disfraz que por años le mostré.

—¿Por qué? —me pregunta. Puedo notar el dolor en su voz, lo que no ayuda a sentirme menos culpable de haberle ocultado la verdad —. ¿Por qué nunca me lo contaste?

—No lo sé —respondo.

Y es la verdad.

Vuelvo la vista al mapa y, como no me dice nada más, continúo:

—Desde que era pequeño, mi madre y el abuelo me hablaron de lo importante que era haber nacido con un poder como el mío. El Tianlong, se llama. Siempre me dijeron que debía agradecerle a los dioses haber sido bendecido por el mismo cielo con una magia tan especial y poderosa como la de un dragón celestial. Durante años pasé el mayor tiempo posible intentando aprender todo sobre ese mundo —señalo el punto en el mapa en el que creo que se encuentra la entrada al Long Men—. Traté de hacer lo mejor que podía para demostrarle a mi abuelo que los dioses no se equivocaron al elegirme, que sería un portador apto para el dragón y, más adelante, un gobernante justo para su mundo. Mi mundo. Y siempre me advirtieron que sería un camino difícil y muy solitario.

Cuando tomaron la decisión de criarme lejos de aquel mundo y vivir entre los humanos, también tomaron la decisión de crecer en soledad, sin poder decirle a nadie la verdad que se esconde tras esta tienda y debajo del suelo que pisamos todos los días. Decidieron por mí qué sería lo mejor desde antes de que incluso pudiera hablar.

Volteo para ver a Bao y me doy cuenta de que me está mirando con atención.

—Me prohibieron hablar sobre la realidad y la magia con cualquiera. Siempre hice todo para complacerlos y jamás decepcionarlos —continúo y puedo notar cierta confusión en sus ojos—, pero creo que ya me cansé de ocultar la verdad.

Bao me observa y abre lentamente la boca para hablar.

—Feiyu, yo… —comienza a decir, pero una voz en el exterior lo interrumpe.

—¿Hola? —dicen en la tienda—. ¿Hay alguien que atienda aquí?

Capítulo VII

UNA NUEVA VISITA

—¡Es Rose! —le susurro a Bao y me mira con incredulidad. Como si el hecho de que ella estuviera aquí resultara incluso más sorprendente que la existencia de dragones.

Es entendible.

Nos ponemos de pie al mismo tiempo y, sin quererlo, chocamos nuestras cabezas y comenzamos a discutir en silencio sobre quién golpeó a quién.

—¿Hay alguien aquí? —vuelve a preguntar Rose desde la tienda.

Observo a Bao y niega con la cabeza.

—¿Qué hago? —susurro.

Responde que no lo sabe y hace ademanes en dirección a la puerta, indicándome que salga.

—¿Hola? —otra vez Rose.

Estoy completamente inmóvil. Hace apenas unas horas intercambié mis primeras palabras con Rose y no pensé que, en el mismo día, volvería a verla, pero esta vez bajo el mismo techo. Es normal que no sepa cómo reaccionar, ¿no?

Me dispongo a hablar, pero Bao se me adelanta y grita, en un tono bastante amistoso pese a su actitud de hace unos momentos, que enseguida salimos a atenderla. Lo miro con incredulidad y, sin darme cuenta, me toma por la espalda y me dirige fuera de la oficina del abuelo.

Cruzo el marco de la puerta y me detengo en seco. Ahí está, viendo con atención entre los anaqueles que tenemos en la tienda, inmersa en sus pensamientos. Pareciera como si de pronto resultara irrelevante que alguien la atendiera y no fuera más que una distracción de lo que realmente la trajo hasta acá.

La observo con detenimiento, intentando asimilar la sorpresa de haber coincidido con ella dos veces en el mismo día. Siento cómo Bao se coloca a mi lado y sigue mi mirada. Al parecer, no se ha percatado de nuestra presencia, o si sí, es como si no le interesara o diera por hecho que iba a haber alguien para ella. Seguramente siempre hay alguien allí cuando lo necesita.

No sabría si considerarlo una broma cruel del destino o una triste casualidad, pero la atención de Rose se centra en los artículos de decoración. Específicamente, los que para una persona normal no son más que seres mitológicos. Seres que forman parte de su cultura, pero que jamás ha pensado que podrían convivir al mismo tiempo, en el día a día.

Toma en sus manos la figura de un ave con las alas extendidas y una serpiente entre sus garras. El *fenghuang*. Virtud y gracia. La unión entre lo bueno y lo malo. La observa con detenimiento. Es una figura muy linda, de las pocas cosas en la tienda que no son usadas, pero también de las que menos se venden. Probablemente, hoy no solo sea mi día de suerte con Rose, sino también del pequeño *fenghuang,* que quizá también consiga un hogar.

—Es una pieza muy linda… —comienzo a decir, pero Rose me interrumpe con un sobresalto. Supongo que esto confirma que no es que nos estuviera ignorando, simplemente no se había dado cuenta de que la estábamos viendo.

Suelta un grito ahogado y la figura cae a sus pies, estrellándose contra el suelo. Por un momento solo se escucha el cristal partiéndose en pedazos, pero de inmediato Rose recobra la compostura, como si fuera más importante parecer tranquila que mostrar alguna otra emoción.

—¡Qué susto me diste! —exclama ella, pasando su mirada de Bao a mí, y de regreso.

—¡Lo lamento! —respondo, inclinando la cabeza en señal de disculpa—. No era mi intención hacerlo. Por favor, ¡perdóname!

Estupendo, segundo encuentro no intencionado con la chica de mis sueños y segundo encuentro que termino pareciendo un tonto.

Continúo con la cabeza agachada cuando una leve risita me hace levantar la mirada. Rose me observa con la mano sobre la boca, ocultando su sonrisa y emitiendo los sonidos más delicados, dulces y alegres que jamás haya escuchado. Me enderezo lentamente y sonrío con timidez. Tal vez no sea la mejor segunda impresión del día, pero al menos no ha sido la peor.

—Pero si es el chico del otro lado del río —dice Rose y Bao me susurra al oído.

—¿Del otro lado del río?

—Larga historia —le susurro de vuelta.

—Qué sorpresa verte por aquí —continúa ella—. Me da gusto encontrarte.

No sé qué es lo que me sorprende más: que me recuerde o que suene genuinamente gustosa de verme otra vez.

—Lo mismo digo —respondo con una sonrisa y un tono que estoy bastante seguro de que suena todavía más desesperado de lo que debería.

Entonces ocurre un nuevo problema.

El silencio.

No sé qué decir, simplemente la observo y suspiro. Me quedo en silencio y ella también. ¿De qué puedes hablar con el amor de tu vida cuando no sabes qué decirle y esa persona tampoco? Y, además, si ni siquiera está enterada de que es el amor de tu vida.

El silencio se comienza a prolongar y Rose lo nota. Estoy seguro de que Bao también, pero es lo suficientemente amable como para no decir nada.

Gracias por la ayuda.

Rose gira la cabeza y mira al suelo con el entrecejo fruncido.

—Yo… —empieza a decir mientras mueve la cabeza y se encoge de hombros, como si no supiera qué decir—. Lamento lo del muñeco. Lo pagaré.

Al decir esto último, alza de nuevo la mirada hacia mí. Lleva un bolso cruzado sobre su pecho, lo abre y comienza a buscar en su interior.

—No hace falta —le digo. Doy media vuelta y, por fortuna, encuentro una escoba y un recogedor cerca. Los tomo y me dirijo al lugar donde acaba de sufrir su muerte el único *fenghuang* que teníamos en exhibición. Barro las piezas y las coloco sobre el recogedor.

Me dirijo al cesto de basura y vacío los pedazos en su interior.

—Era más basura que decoración —termino de decir.

Bao sigue tras el mostrador, pero estoy muy seguro de que logro escuchar un murmullo bastante sarcástico de su parte.

—Aun así, déjame pagar por él —Rose se acerca al mostrador y le da un par de billetes a Bao, claramente mucho más de lo que esta figura pudo valer alguna vez, quien de inmediato los acepta y los guarda en la registradora. Ella gira la mirada al lugar donde me encuentro y me vuelve a decir—. Era un ave muy hermosa.

No sé qué responder, así que me dirijo de nuevo al mostrador y, ahora sí, estamos los tres juntos. Una imagen que nunca creí ver en mi vida, pero que, sin duda, debería ser guardada para la posteridad.

Entonces, cuando el silencio resurge de nuevo, Rose decide romperlo.

—Entonces, ¿trabajan aquí? —ve primero a Bao y después a mí.

—Podría decirse que sí.

Es Bao el que responde, y lo agradezco mucho porque, de no ser así, estoy seguro de que habría salido con alguna tontería que no viene al caso.

—¿Y qué te trae por esta tienda? —me animo a preguntarle.

Rose voltea para verme directamente y sus ojos se arrugan con una sonrisa.

—Podría preguntarte exactamente lo mismo.

Claro, era de esperarse.

Así que lo mejor será manejarme con honestidad. Ya fueron suficientes mentiras por un día.

—Mi abuelo es el dueño.

Una verdad, vamos bien.

Rose abre los ojos y se ve bastante sorprendida. ¿Es algo bueno o algo malo?

—¿De verdad? —pregunta, girando en dirección a Bao, quien asiente con una sonrisa de satisfacción.

—El abuelo de Feiyu es fanático de las antigüedades.

Rose mira de nuevo las repisas llenas de objetos.

—Son hermosas.

Sé que no lo dice por decirlo. Todo lo que el abuelo tiene en su tienda es realmente admirable. Me atrevería a decir que puedes conocer gran parte de la historia de China con el simple hecho de entrar aquí. Quizá para algunos ojos menos creyentes se podría considerar una China ficticia, pero para alguien que se atreva a mirar más allá descubriría incluso que hay más de lo que se puede ver a simple vista.

—Vine porque mi tío me mandó a buscar unos aparatos para reparar una televisión muy vieja que tenemos —dice Rose, mirándome.

—No sabía que tuvieras un tío cerca —le responde Bao.

Definitivamente, con este comentario todos nuestros intentos por parecer menos acosadores se han ido por el escusado.

Para mi sorpresa, Rose suelta una leve risa que suena más a un lamento. ¿Será que no sabemos tanto sobre ella como pensamos?

—Lo lamento, nosotros pensamos que… —comienzo a decir, pero Rose me interrumpe.

—No, tranquilo. Sé que no ha sido tan sencillo pasar desapercibida desde que llegué aquí —suspira y baja la mirada—. La verdad es que vivo con mi tío. Mis padres murieron cuando era una niña.

Esa sí que es una noticia nueva.

—Perdona, no… —respondo, sin saber exactamente qué decir—. No lo sabíamos.

Rose sonríe, pero es una sonrisa triste. Distinta de las otras que me ha dedicado.

Y sí, porque me ha dedicado más de una el día de hoy.

—No es su culpa. La mayoría piensa que vivo con mi padre y, como casi nadie se molesta en preguntar, los dejo creer esa historia.

Para este punto, me siento como un completo estúpido. Una parte de mí piensa que se equivoca, pues nunca ha hecho nada para contradecir la historia que se cuenta de ella. Pero tampoco puedo evitar darle la razón. En cierto sentido, he hecho lo mismo toda mi vida con la gente que me rodea. Oculto la verdad de mi historia porque nadie se ha molestado en preguntar. ¿Cuántas personas no se sentirán igual, viviendo una versión de su propia vida solo porque los demás piensan que es así, sin que nadie se preocupe por saber si hay algo más de lo que mostramos?

—De cualquier forma —continúa Rose—, si las cosas hubieran sido diferentes, no estaría hoy aquí.

¿Lo dice como algo bueno o añorando la vida que pudo haber tenido?

Viéndolo en perspectiva, hace mucho sentido lo que nos acaba de contar. Nadie la ha visto nunca salir de paseo en familia y su tío (a quien todos confundíamos con su padre) nunca se ha mostrado en público de la forma más paternal que digamos. Aun así, debe ser bastante solitario.

Me gustaría decir que entiendo cómo se siente, al final de cuentas, yo nunca tuve un padre. Y no lo digo en el sentido de un padre ausente, sino que jamás tuve uno. No sé exactamente cómo funciona el tema, pero en el mundo mágico no es necesario que haya dos personas para poder tener un hijo. ¿Es extraño? Sí. ¿Me ahorré muchos problemas al no tener un padre? También. Sin embargo, sé que no puedo comparar mi situación con la de Rose porque, para bien o para mal, jamás tuve que estar solo, ni pasar por alguna situación que me hiciera sentir menos apoyado o acompañado. Sé que no siempre nos entendemos, pero también sé que siempre podré contar con que mi madre y mi abuelo estén conmigo.

Estoy a punto de responder algo más cuando la campana de la puerta vuelve a sonar y escucho a mi abuelo entrar a la tienda. Regresó más pronto de lo que me hubiera gustado.

—¡Long Feiyu! —grita, como si la tienda fuera lo suficientemente grande para tener que alzar la voz para escucharlo.

De inmediato, Rose mira a mi abuelo y lo saluda.

—Mucho gusto, señor Long.

El abuelo camina hacia nosotros, mira a Rose con el entrecejo fruncido y después centra su atención en mí.

—Feiyu —dice con un tono más relajado—, sabes que no puedes tener visitas mientras estamos fuera.

—Lo lamento, señor —responde inmediatamente Rose, captando la atención del abuelo—. No sabía que estaban fuera. Vine a comprar algo para mi tío y Feiyu me estaba atendiendo.

No hizo falta que dijera algo más, porque el rostro de mi abuelo cambió por completo al escuchar la palabra "comprar".

—En ese caso —dice mientras se acerca a Rose para llevarla a los objetos en venta—, permíteme mostrarte algo que nos acaba de llegar.

Conforme ella se aleja del mostrador, mi madre se acerca a donde estoy y nos indica a Bao y a mí que vayamos a la cocina a poner la mesa. Le dirijo una última mirada a Rose. Para mi sorpresa, también me está viendo, ignorando lo que el abuelo le dice sobre sus productos nuevos. Gesticula algo con los labios que parece un "hasta pronto" y yo le respondo igual. Algo me dice que no será la última vez que nos veamos.

Mientras comemos, les confieso a mamá y al abuelo lo ocurrido con Bao. Al principio temo que no se lo tomen a bien y hagan alguna especie de ritual mágico para que mi mejor amigo olvide todo lo acontecido durante el día o, incluso, en los últimos años de nuestra amistad, pero, para mi sorpresa, solo asienten y el abuelo es el único que habla.

—Tienen que entender que esto no es un juego.

Bao asiente lentamente y le responde:

—Lo sé.

El abuelo continúa hablando, sin mirarnos.

—Y que, al estar enterado, pones tu vida en riesgo.

Creo que eso es un poco dramático de su parte, sin embargo, a Bao parece no importarle demasiado.

—Lo sé, señor, pero Feiyu es mi mejor amigo.

Dice esto último mirándome fijamente.

—Y haré lo necesario para que esté a salvo.

Capítulo VIII

UN VIAJE INESPERADO

El resto de la tarde pasó como si fuera un sueño. El abuelo y Bao intercambiaron más palabras respecto a mí y a toda esta nueva situación como si yo no estuviera presente. Antes de que Bao se fuera, me dijo en voz muy baja, de manera que era imposible que mamá y el abuelo pudieran escucharlo:

—Prométeme que, pase lo que pase, pondrás como prioridad al Tianlong antes que nuestra amistad.

Fue una petición muy extraña, sin embargo, después de haberle ocultado la verdad por tanto tiempo, sentí que aceptar lo que Bao me pidiera era lo mínimo que podía hacer por él. Así que se lo prometí.

Se despidió de mí con un abrazo. Al sentirlo cerca, también pude sentir que no me había equivocado en contarle la verdad. En ese momento supe que Bao siempre estaría allí. Así como mamá y el abuelo, él también se había vuelto parte de un secreto. De mi secreto, y ya no hay vuelta atrás.

Al caer la noche, hago una lista mental de todo lo ocurrido en este día:

1. Rose me habló por voluntad propia.

2. Apareció una cicatriz en mi rostro, señal de que el dragón está despertando.
3. Bao descubrió la existencia de dicho dragón.
4. Rose me habló por voluntad propia (por segunda ocasión).
5. No sé cómo ocultar la cicatriz en mi rostro.

Sé que el abuelo tiene pensado algo, pero no me quiso decir qué. Dijo que lo averiguaría pronto, pero no sé exactamente cuánto tiempo es *pronto*.

Me veo de nuevo en el espejo para ver si ha habido algún cambio en la cicatriz, pero todo sigue igual. Me dirijo a mi habitación y abro la ventana con la esperanza de que mi gato entre en algún momento, pero no lo hace. Así que resulta ser una noche bastante tranquila en comparación con todo lo ocurrido durante el día.

A la mañana siguiente, me dirijo a la cocina para tomar algo antes de irme a la escuela, pero el abuelo me detiene y me dice que tenemos otros planes.

—¿A qué te refieres? No puedo faltar tan seguido a clases.

No es que me interese demasiado asistir a la escuela, pero de cualquier forma es un privilegio que no puedo permitirme desaprovechar.

—Tenemos una cita importante en el otro mundo —me dice como única respuesta antes de dirigirse nuevamente a su cuarto.

Lo sigo.

—¿Una cita? ¿Por qué no me avisaste antes?

Camina a su armario y empieza a buscar entre sus cosas.

—Porque no lo sabía hasta hace unas horas.

—¿Y esperas que me crea que vamos a viajar por primera vez en mi vida allá abajo sin haberlo planeado con anticipación?

Continúa buscando en el armario.

—Oh, pero claro que fue con anticipación —encuentra lo que estaba buscando, una caja forrada en tela roja que parece haber estado guardada por muchos años dada la cantidad de polvo que tiene encima—. Tu madre y yo planeamos este viaje desde tu nacimiento.

No estoy entendiendo nada.

—Si lo planearon desde hace tanto, ¿por qué nunca me habían llevado?

—Porque —dice, sentándose sobre el *tatami*— no había un motivo real para hacerlo.

Al decir esto, señala mi rostro. En tan solo unas horas, la cicatriz ha duplicado su tamaño y ahora me cubre todo el ojo y media mejilla. Me llevo instintivamente la mano al lugar de la marca tratando de cubrirla con los dedos, pero resulta casi tan imposible como intentar tapar al sol.

El abuelo da unos leves golpes en el *tatami*, indicándome que me siente junto a él.

—Feiyu, sé que las cosas no están saliendo exactamente como quisieras, pero hay mucho que tienes que aprender a sobrellevar. Esa marca es una de ellas. Comprendo que es difícil, pero es parte de quien eres y, te guste o no, no puedes ocultarlo ni negarlo para siempre.

Lo sé, y esa es la peor parte.

Y es que, por más que lo intento, me es imposible. Estuve toda mi vida tratando de conectar con mi dragón, incluso hubo un tiempo en que hubiera estado dispuesto a dar mi vida por la suya, pero lo único que he conseguido han sido fracasos tras fracasos y no estoy seguro de querer seguir así. Sé que debo estar agradecido por esto, sé que para mi madre esto representa un gran triunfo después de que ella misma fue rechazada por el dragón, pero ¿por qué yo?

¿Por qué tuve que dar todo en mi vida para preservar un linaje sobre un mundo al que, hasta el día de hoy, jamás he visitado? ¿Por qué tengo que cuidar todo para que el dragón se encuentre bien a costa de mi propia juventud? No es algo que me parezca del todo justo. Y lo peor de todo es que muy en el fondo sé que el abuelo tiene razón y, me guste o no, no es algo que pueda elegir. Así que no tengo otra opción más que emocionarme, aunque sea un poco, porque por primera vez en casi dieciocho años iré al mundo de abajo.

Hoy visitaré el Long Men.

—¡Feiyu! ¡Apresúrate! No podemos estar mucho tiempo expuestos.

Normalmente haría caso a lo que mi madre me dice, pero esta podría considerarse la primera experiencia real de mi vida. Más allá de los acontecimientos de los últimos días, no me imaginaba que esta semana iría al mundo del que provengo. Mucho menos haber faltado dos días seguidos a clases.

La vida da vueltas muy raras.

Y, no voy a mentir, me encuentro muy intrigado por conocer al fin la "famosa" entrada al Long Men. Sabía que estaba considerablemente lejos de casa, pero no me imaginaba el punto exacto de su ubicación.

Chongqing es una ciudad bastante curiosa. Muchas personas consideran que debajo de la ciudad, de toda esta infraestructura casi futurista, se encuentra la otra ciudad: un Chongqing diferente del que acaban de salir, pero sin salir realmente de él. Es como si la propia ciudad tuviera vida y conciencia propias, y no sabes exactamente en qué momento deja de ser Chongqing para convertirse en algo más. No es otra cosa más que un juego de perspectiva. Una ciudad diseñada para atraer. Sin embargo, cuando alguien dice buscar "otro Chongqing" dentro de Chongqing, probablemente esté buscando en realidad otra ciudad. Y aquí ya no me refiero solo al diseño del lugar, sino a algo más literal.

Cuando alguien en Chongqing busca otra ciudad, puede referirse a dos cosas: al mismo Chongqing o a la entrada a otro mundo por completo diferente. Al mío, el que se supone que debería conocer, pero del cual no conozco absolutamente nada. No aún.

Debajo del distrito de finanzas se encuentra la entrada, no a la otra ciudad, no al "otro Chongqing", sino al otro mundo. En esta zona hay un viejo teatro más que abandonado. La razón por la que está así es muy curiosa. Durante años, mucho antes de haber quedado por completo a su suerte, en este lugar se presentaban obras de todo tipo, pero las que más llamaban la atención del público eran las historias de amor. Como siempre, claro está.

Las había por montones y de todo tipo, pero las favoritas eran las de amor en tiempos de guerra. Esas obras llenaban el teatro por completo y tenían que presentarlas constantemente. Hubo una

historia en específico que era la más vista y, en cierto sentido, la razón por la que el teatro terminó abandonado: la de un soldado enamorado de una princesa. Gustaba tanto porque no era cualquier historia de amor, era una de romance prohibido: la princesa pertenecía a un reino enemigo mientras que el soldado tenía como única misión derrocar al emperador de ese reino para así instaurar la paz en la región. Sin embargo, cuando conoció a la princesa, no pudo terminar su misión porque prefirió escuchar a su corazón. Al final, la historia concluye en un desenlace bastante trágico. El soldado, al no llevar a cabo su deber, es asesinado por el ejército del emperador mientras, con su último aliento, observa a la princesa de la que se enamoró, pero que resultó ser su perdición.

Una historia digna de todos los premios que, por más extraño que parezca, nunca ganó.

Pese a ser la obra de mayor popularidad del recinto, fue irónicamente la causa de su abandono, pues los artistas cometieron el peor error de sus vidas: hacerle caso al público. Y todos saben que darle a la gente lo que quiere puede jugarte por completo en contra. Sin embargo, al parecer, ellos no lo sabían. Se enfocaron en solo presentar esa obra, dejando de lado todo su demás repertorio. Así continuaron por un tiempo, pese a que estaban en muy malos términos con los productores de las demás obras, hasta que las personas se cansaron. Querían algo nuevo y la historia de un amor trágico ya no era suficiente para cumplir sus caprichos. Por eso, haber dado básicamente todo por una sola obra no fue su jugada más inteligente.

La versión más resumida: se fueron a la quiebra.

Así que, desde ese fatídico acontecimiento (que es más común de lo que muchos negocios se atreven a admitir), el lugar ha estado completamente abandonado. No obstante, eso resultó en la oportunidad perfecta para el mundo mágico (o al menos es lo que me cuentan mi mamá y el abuelo en el camino).

Resulta que la mala suerte del teatro no se debía únicamente a los problemas económicos, sino a la gran concentración de energía mágica en el lugar. La cuestión es que la magia no es buena ni mala,

sino algo completamente neutro, pero dependerá de las intenciones de quien la use.

Lo que no se puede negar es que el lugar se quedó lleno de toda esa energía mágica que hacía a las personas ajenas a este mundo más… susceptibles, por decirlo de cierta forma, a encontrarse con personajes del mundo de abajo. Esto les causaba un poco de terror porque pensaban que eran fantasmas. Gracias a todo esto, el teatro se ganó la fama de estar embrujado.

Lo que sí es que, al estar completamente abandonado y sin rastro de seres humanos, el espacio resultó ideal para contener una gran cantidad de energía mágica acumulada. A su vez, esto permitió un balance más orgánico con el mundo humano, pues el teatro se encuentra en un punto donde coexisten los ríos Yangsté y Jialing. Algunas personas, entre ellas el abuelo, afirman que es un espacio ideal para el desarrollo de la magia.

Aunque, la verdad, no sé qué le ven de mágico a este lugar.

Está aún más abandonado y descuidado que la zona donde vivimos.

Caminamos por lo que parece ser el vestíbulo del teatro, pero el lugar está tan sucio que se puede constatar cómo el tiempo no ha estado para nada a su favor. Además, huele espantoso.

Para ser el punto de encuentro entre dos mundos, alguien debería considerar darle una limpiada cada cierto tiempo. Si esta es la imagen que allá abajo quieren dar a los humanos, no es una para nada favorable. Eso sin contar que, por obvias razones, el lugar está sumergido en una oscuridad casi absoluta, solo interrumpida por los pequeños espacios de luz que vienen de algún hueco en el techo o la pared.

Caminamos hacia el interior del teatro. Miro a mamá y al abuelo ir entre los asientos, donde se ven restos de envolturas de comida o alguna golosina, quizá de vagabundos que decidieron pasar una noche resguardados en el interior, pero que fueron lo suficientemente listos para no pasar otra más.

Pese a esto, sí puedo sentir que el lugar transmite cierta… energía. No sabría decir exactamente qué es, pero puedo sentirla. Es como si algo dentro de mí supiera que estamos cerca de casa,

aunque sea una que jamás haya conocido o tan siquiera imaginado. No, más bien es como si algo estuviera despertando…

Y no sé si es una sensación buena o no.

El abuelo es el primero en llegar al escenario. Sé que no lo dirá, pero estoy seguro de que este lugar también ha tenido cierto efecto en él. No se ve tan viejo y cansado como en casa. Cuando mamá y yo llegamos a las escaleras para subir a la tarima, el abuelo, para nuestra sorpresa, suelta su bastón y se arrodilla en el centro del escenario. Posa su mano sobre la superficie sin llegar a tocarla del todo.

—Es aquí —murmura, más para él mismo que para nosotros.

Nos colocamos frente a él, yo no del todo seguro de qué prosigue, simplemente siguiendo lo que mi madre hace. Al final de cuentas, ella sí conoce el Long Men.

El abuelo se acomoda y extrae del bolsillo de su abrigo una de las muchas cartas que ha recibido por años y la caja roja que sacó esta mañana del armario. Las coloca frente a él y les hace una reverencia.

Volteo para ver a mi madre, por completo extrañado, y ella me susurra al oído:

—Son ofrendas.

Al parecer, no basta con llegar al teatro abandonado para poder pasar al otro mundo, se debe seguir todo un ritual.

Y yo que pensaba que sería una visita bastante fácil. De nuevo, me equivoqué.

El abuelo se incorpora y toma con sumo cuidado la caja. Empieza a recitar algo que estoy seguro de que es en un chino muy antiguo. La abre, pero no logro distinguir qué tiene adentro. Con mucho cuidado, saca el objeto del interior y finalmente veo lo que es: un mechón de cabello.

De manera instintiva, dirijo mi mano a la nuca, como si quisiera asegurarme de tener todo mi cabello. Al hacerlo, puedo sentir como si un pedazo faltara. Nadie me lo ha dicho, y no creo que sea el momento para confirmarlo, pero podría afirmar que ese mechón es mío. El abuelo lo sostiene con firmeza entre sus dedos y, de repente, se enciende. Uno pensaría que, con el calor del fuego y la fragilidad

propia del pelo, después de estar guardado quién sabe cuántos años, se haría polvo de inmediato, pero no es así. Solo se queda dentro de la flama, como si fuera su corazón.

Asimismo, a pesar del fuego, el aire en la habitación se comienza a enfriar considerablemente.

Estoy asimilando todo al mismo tiempo cuando, detrás de mí, en lo que serían los bastidores del teatro, escucho el golpe de algo que golpea el piso.

Volteo para ver qué ocasionó el ruido y me sorprendo al encontrarme con ella aquí. No me lo esperaba.

—¿Quién dejó entrar a ese maldito gato? —el abuelo, claramente enfurecido, mira a Mei Mei.

La gata se acerca a donde estamos y se coloca junto a mí, restregando su cabeza contra mi pantorrilla, como si esperara a que la acaricie. ¿Así que aquí es donde viene todas las mañanas? La distancia explica mucho por qué siempre llega con hambre y cansada.

Estiro mi brazo para rascarle la cabeza y el abuelo suelta un suspiro mucho más que exagerado.

—Feiyu… —dice, cerrando los ojos con fuerza—. Por favor, dime que ese no es el mismo animal que metes a tu cuarto por las noches.

Me quedo como piedra. No es posible que lo sepa. He sido más que precavido en todos los aspectos, me aseguro de que nunca queden rastros de comida ni de deshechos todas las mañanas antes de salir de mi habitación. Además, exceptuando algunas veces, nunca ha hecho ningún ruido por las noches y…

—Toda la ropa está llena de pelo blanco, claramente de gato —responde ante mi silencio. Estoy seguro de que mi cara me delata lo suficiente.

De acuerdo, tal vez no fui tan precavido como creí.

Mei Mei voltea para ver al abuelo, como si supiera que está hablando de ella. Como única respuesta, se aprieta más contra mi pierna, ronroneando más sonoro que de costumbre.

El abuelo suspira pesadamente y regresa su atención al fuego entre sus dedos. Cierra de nuevo los ojos y va calmando su

respiración. No pasa mucho tiempo hasta que vuelve a mencionar mi nombre.

—Necesito que me escuches muy bien —dice, todavía con los ojos cerrados y el cabello en llamas entre sus dedos—. Para poder continuar, debes estar completamente seguro de a dónde tienes que ir.

—¿No es así para ir a cualquier lado?

Frunce el ceño, quizá le resultó más irritante mi comentario de lo que en realidad era.

—Hacer un intercambio de mundos no es tan sencillo como parece. No puedes acceder, a no ser que sepas a dónde irás.

—De lo contrario, podrías perderte en un espacio que no existe. Una vez ahí, es prácticamente imposible salir —concluye mi madre por él.

Los observo uno a uno.

—Entonces…, ¿a dónde iremos?

El abuelo suelta el mechón que sostiene entre sus dedos y, en lugar de caer, se mantiene fijamente en su sitio, como si flotara. La llama crece. Pese a eso, el frío se siente mucho más intenso cada vez.

Se pone de pie y observa el fuego crecer, hasta que las sombras se comienzan a perfilar en su rostro.

—El Long Men no es único en su especie, sino que es uno de los muchos reinos en los que coexisten seres y criaturas mágicas.

De acuerdo, eso no venía en los libros. ¿Acaso solo estuve aprendiendo farsas?

—Si bien no es el único —continúa el abuelo—, sí es el más importante de todos. Es el lugar donde se gobierna el mundo entero.

Lo observo en silencio.

—Y no hablo de solo allá abajo —puntualiza.

Sin haberlo notado, la flama se acerca al suelo, casi tocándolo. Casi como si esperara.

El abuelo toma del suelo la carta amarilla y la rompe. Coloca los pedazos de papel en una mano y la aprieta en un puño que sostiene por encima del fuego, y me mira.

—¿Lo entiendes? —me pregunta.

Asiento sin decir una sola palabra. Siento la presión de Mei Mei sobre mi pierna y la mano de mi madre sobre mi hombro. Por un momento había olvidado que estaba al lado mío.

El abuelo tira los trozos de papel al fuego y este finalmente toca el suelo, esparciéndose sobre él, dentro de un círculo perfecto, como si fuera algún combustible. Estamos dentro del círculo en llamas. Entonces, el abuelo dice, con el tono de voz más fuerte que le he escuchado jamás:

—¡Long Wang! ¡Permítenos cruzar el mar para poder llegar a la tierra!

De repente, la oscuridad es absoluta y el frío cala hasta los huesos. Siento que el corazón me da un vuelco y algo me dice que ya no estamos en la superficie.

Capítulo IX

LA CASA DEL DRAGÓN

Cuando era pequeño, seguido fantaseaba sobre cómo sería este lugar. Al final de cuentas, aquí es donde mi madre creció con mi abuelo y, me guste o no, es donde nací. Pero, a decir verdad, ninguno de los escenarios que creé en mi cabeza se le asemejaba en lo absoluto a como es el Long Men. Es mucho más oscuro de lo que imaginé.

No sabría describir con exactitud este lugar.

Cuando el fuego en el teatro se extingue, no se ve nada de nada. Espero unos minutos a que mis ojos se acostumbren a la falta de luz, pero parece ser inútil. O tal vez me quedé ciego por completo. Cualquiera de las dos opciones.

Tampoco se escucha algo, ni siquiera un ruido lejano. ¿Me habré equivocado y al final resulta que no sabía a dónde ir y por eso terminé en otro lugar?

Intento moverme para ver si logro percibir algo, por más mínimo que sea, cuando siento una mano sobre mi hombro que me sujeta por detrás.

—Aguarda —susurra el abuelo a mi oído—. Algo no está bien.

No necesita repetirlo dos veces porque justo en ese instante todo el espacio se ilumina como si fuera la luz del sol, solo que no es la luz del sol, sino antorchas. Nos encontramos en un patio exterior cercado por cuatro muros, considerablemente altos, de los que

cuelga una serie de antorchas a lo largo que son nuestra única fuente de iluminación. Es un espacio bastante grande, cubierto de pasto y sobre el que atraviesa un camino en forma de serpiente que lleva al interior. Pese a estar afuera y sin un techo, el cielo está negro y no muestra ninguna señal de algún astro o algo que indique una leve presencia de luz.

El problema es que, a diferencia de lo que uno esperaría en su primera llegada a un mundo extraño, no estamos solos. Alrededor de nosotros se encuentra un grupo de hombres vestidos con unos atuendos negros hechos con algo que parece piel. En los bordes de la ropa tienen grabados, en un rojo tan oscuro que, a primera vista, parecería sangre. Pero eso no es lo más inquietante, lo que más me angustia son las espadas con las que nos apuntan.

Nos colocamos más juntos, espalda con espalda, y al momento de hacerlo veo cómo Mei Mei sale corriendo de entre mis piernas, siguiendo el camino de piedra que tenemos enfrente.

—¡Mei Mei! —grito, inclinándome un poco al frente para tratar de alcanzarla, sin éxito.

Cuando lo hago, uno de los hombres coloca su espada sobre mi muñeca, haciendo que levante la vista para verle la cara.

Es un rostro normal, con una expresión muy seria. No se ve mucho mayor que yo, pero tampoco tan joven. Quizá esté en sus veinte. Sin embargo, entre más lo observo, hay algo en él que me parece familiar, aunque no logro identificar qué.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —dice una voz detrás de mí.

Lentamente giro la cabeza en dirección a la voz. Veo a un hombre demasiado viejo caminar hacia nosotros, con un atuendo muy similar al de los otros, solo que trae puesto lo que parece ser un *hanfu* sin cerrar, como si nuestra visita sorpresa lo hubiera tomado, efectivamente, por sorpresa.

No, hacia nosotros no. Está caminando hacia el abuelo.

—El hijo pródigo ha regresado —dice con una sonrisa en el rostro, pero su tono no es para nada alegre.

—Chen Jun —le responde el abuelo. ¿Quién es este señor y por qué no parece muy feliz de vernos?—, ha pasado un tiempo.

El viejo se acerca hasta llegar al abuelo. Chen Jun es más alto, por lo que se inclina un poco para quedar cara a cara los dos y, de un momento a otro, coloca una daga en el cuello del abuelo. Para ser un hombre tan viejo, es sorprendentemente veloz.

Intento acercarme al abuelo para defenderlo, o al menos ayudarlo un poco, pero la espada del hombre sobre mi muñeca se apoya con más fuerza, indicándome que no me mueva.

—Pero no lo suficiente —responde Chen Jun ante el saludo de mi abuelo. Mueve con delicadeza la daga, haciendo que el abuelo alce por completo el cuello en una postura muy tensa—. Dime, Long Heng, ¿a qué debemos el honor de tu visita?

Con un movimiento rápido de ojos, el abuelo hace un breve contacto visual conmigo, pero regresa la mirada de inmediato al hombre.

—El Tianlong —responde— ha despertado.

Los hombres comienzan a bajar lentamente las armas, dudando de cuál debe ser su siguiente paso. Chen Jun no baja su daga ni aparta la vista del abuelo cuando ordena, en un tono tan frío que hubiera sido mejor no decir nada:

—Escolten a los prisioneros al palacio. El emperador estará ansioso de verlos.

Estoy bastante seguro de que esto de llevarme una sorpresa tras otra no tiene nada que ver conmigo. Así ha sido año tras año como para que, de un momento a otro, las cosas cambien repentinamente.

Los hombres de negro nos escoltan (como prisioneros, no como realeza) dentro del castillo. Si el exterior se caracterizaba por su oscuridad, el interior es todo lo contrario. Todo es sumamente brillante, de un color amarillo que, sin duda, lo hace parecer como el interior del mismísimo sol.

Sin embargo, no resulta muy acogedor. Las paredes están desnudas y no se ve más decoración que las enormes puertas cerradas y los pedestales que sostienen el techo, además de una enorme alfombra roja que corre por todo el camino en una misma dirección: la misma que estamos siguiendo.

En lo personal, no pienso que esta visita esté resultando como el abuelo esperaba que fuera. No es que esté saliendo precisamente como yo lo hubiera imaginado, pero desde hace mucho tiempo renuncié a la fantasía de que las cosas sean como a mí me gustaría.

—¿Qué es este lugar? —le pregunto al abuelo por lo bajo.

Uno de los hombres me indica que guarde silencio, pero el abuelo lo ignora y me responde:

—Creo que lo sé…

No dice nada más, pues de inmediato nos vuelven a callar.

Continuamos avanzando en silencio por lo que parecen ser kilómetros hasta que el camino llega a su fin. Nos detenemos ante dos puertas de madera que miden lo mismo que todo el edificio, suficientemente pesadas para que una sola persona pueda moverlas. Chen Jun, quien va a la cabeza, se separa del grupo y camina hacia las puertas, pero, en lugar de intentar abrirlas, hace algo mucho menos asombroso y más normal de lo que uno esperaría.

Toca la puerta y retrocede con calma.

El golpe retumba en todo el espacio. No es como un golpe normal, no sé si se deba al tamaño de la puerta o si sea algo más, pero suena con la intensidad de un gong. Para mi sorpresa, y pese a haber sido un solo golpe, el sonido truena con intensidad. Sin embargo, cuando deja de vibrar por la estancia, de inmediato se escucha otro golpe igual, pero de menor duración. Todavía puedo sentir mis oídos vibrar ante el estruendo cuando las puertas se abren en su totalidad, dejando ver por completo su interior.

No sé qué es lo que más me aterra. El hecho de que no haya nadie detrás de esas puertas o que no se vea más que una profunda oscuridad.

Chen Jun se da la media vuelta y nos dedica una sonrisa que dista de cualquier calidez, y nos dice:

—Adelante, *su majestad* —clava su mirada en mí, arrastrando las últimas palabras con sumo desprecio.

Así que hacemos lo que nos ordena y entramos al vacío.

Capítulo X
UN CORAZÓN DESINTERESADO

Está completamente oscuro. Aunque debería ser algo imposible, ni siquiera puedo ver la luz que dejamos atrás. Todo rastro de las paredes brillantes de color amarillo desapareció, como si jamás hubiera existido.

Tampoco puedo escuchar nada, ni siquiera mi propia respiración. Por un instante me pregunto si no habré muerto, pero sé que no es así. De alguna manera estoy seguro de que al morir sabré que ya no estoy vivo. Y me siento vivo porque tengo miedo. Sé que el sentir temor es algo que demuestra que no has muerto.

Y, la verdad, no le temo a la muerte. Sé que es algo inevitable, pero por alguna razón no me da miedo morir. Estoy consciente de que algún día llegará ese momento, pero en realidad no es una idea que me quite el sueño.

A diferencia de ahora, que me encuentro realmente aterrado.

No sé si debo continuar caminando o esperar a que alguien o algo pase por nosotros. Si es que todavía hay un nosotros. Sé que yo estoy aquí, pero no siento la presencia de mamá ni del abuelo. Sin embargo, deben estar aquí, entramos todos juntos y al mismo tiempo, es imposible que hayan desaparecido si básicamente seguimos el mismo camino.

Un sonido interrumpe el silencio. Un aplauso. Dos aplausos. Y todo el lugar estalla en llamas.

Más que un cuarto, se asemeja a una cámara. Cuatro paredes y un techo infinito. O eso parece, porque lo único que se ve arriba es más oscuridad. Aunque eso es lo de menos. Mire hacia donde mire, todo está rodeado de un fuego azul. Un fuego que al parecer es controlado, pues no se mueve más allá de su lugar, como si fuera parte de la decoración.

Además, a pesar de estar en un espacio que en apariencia solo es habitado por el fuego, no se siente calor en lo absoluto. Igual que en el teatro, se siente un frío que llega hasta los huesos. Me resulta increíble pensar que no ha pasado ni una hora desde que abandonamos nuestro hogar en la superficie.

Justo en ese momento me doy cuenta de que, tal como lo sospechaba, mamá y el abuelo no están conmigo. Me encuentro completamente solo.

Cuando estoy terminando de reparar en esto, escucho a alguien llamarme por mi nombre:

Long Feiyu.

Intento encontrar de dónde proviene la voz, pero no puedo ver nada más que las llamas azules. Giro sobre mí mismo y me doy cuenta de que no solo no está mi familia conmigo, sino tampoco los hombres de negro, ni Chen Jun.

Long Feiyu. Repite la voz, y esta vez logro identificar de dónde viene. Pero es imposible.

No, no lo es.

Continúo observando a mi alrededor. El fuego no hace más que bailar ante una brisa que únicamente las llamas parecen sentir. Sigo buscando, pero la respuesta está en mi cabeza. Literalmente.

Tardaste mucho en venir. Dice, articulando al fin algo más que mi nombre.

—No sabía que me esperaban… —respondo en voz alta, inseguro de que en realidad me escuchará o si es algo que solo está en mi imaginación.

No te esperaban.

Escucho un movimiento a mi espalda y rápidamente me doy la vuelta para ver quién o qué está junto a mí, pero es muy veloz y no veo nada.

¿A qué viniste exactamente?

Otro movimiento, pero no soy lo suficientemente rápido para verlo a tiempo.

—¿Quién eres? —respondo, evadiendo la pregunta.

¿No lo sabes aún?

Estoy muy confundido. ¿Será posible? Después de tantos años, ¿será real?

—¿Tianlong? —me aventuro a preguntar.

Vuelvo a escuchar otro movimiento, esta vez frente a mí, y ahora puedo observar qué es. Una silueta se encuentra entre las flamas, como una enorme mancha negra que resalta entre el color azul del fuego.

¿De verdad?

Comienza a acercarse. La silueta sigue viéndose borrosa, por lo que no logro distinguir con claridad una forma en concreto, pero su movimiento es bastante rítmico, casi como si fuera un…

—¿Mei Mei?

La gata salta a través de las llamas, como si no fuera gran cosa, y camina lentamente hacia mí sin dejar de mirarme. Me pongo en cuclillas para quedar lo más cerca posible a su altura, pero es una gata muy pequeña, así que la diferencia aún es muy grande.

Ahora que la tengo tan cerca, y con una luz azul bajo la que nunca antes la había visto, se ve diferente. Sé que es mi gata, la misma que ha ido por varios años, pero al mismo tiempo parece como si no fuera ella. Incluso sus ojos son distintos, bajo esta luz parecen de un tono violeta que no le había visto antes… Sin contar, claramente, el hecho de que puede hablar.

¿Por qué has venido, Feiyu?

Acaricio su cabeza y suelta un leve ronroneo. Justo como lo hace al estar en mi cuarto, como si no estuviéramos en otro lugar y en otras circunstancias.

—¿Desde cuándo puedes hablar? —nuevamente, evado la pregunta.

Siempre lo he hecho.

Dejo de acariciarla para mirarla con curiosidad.

—¿Desde siempre?

Levanta su cabeza hacia mí y me observa con sus ojos grandes.

Sí.

—¿Y por qué nunca antes me habías hablado?

Abre aún más los ojos, como si eso fuera posible, inundándome con el color violeta de su iris.

Nunca me escuchaste.

Ante mi silencio, la gata continúa hablando.

Todas las noches intentaba hablar contigo, pero no me permitías hacerlo.

La observo, aún más confundido que antes. Hasta este momento me doy cuenta de que, cuando habla, no mueve la boca, sino que la escucho dentro de mi cabeza. Pero eso pasa a segundo plano porque trato de comprender a qué se refiere con que no es la primera vez que intenta hablar conmigo.

—No te entiendo —le digo, bajando la voz, como si alguien pudiera escucharnos, aunque no hay nadie más aquí.

Se da la media vuelta y camina de nuevo hacia el fuego. Se detiene a unos cuantos pasos de las llamas y gira su cabeza hacia mí, soltando un maullido, como si me invitara a acercarme.

Me pongo de pie y voy hacia ella para alcanzarla antes de que se vuelva a alejar. Cuando llego a su lado, dirige su mirada hacia las llamas. Pareciera observar algo más que el simple fuego. Guarda silencio por un rato, que parece una eternidad. Yo sigo observándola hasta que vuelve a hablar.

¿No lo recuerdas?

Dirijo la mirada hacia el fuego y veo lo que Mei Mei mira con tanta atención.

Pese a ser una superficie imposible de mostrar algún reflejo, logro verme tal como me encuentro en ese mismo momento. Observo mi ropa y mi rostro, casi como si estuviera frente a un espejo. Soy yo, pero hay algo que no consigo distinguir bien. Incluso tengo la cicatriz en el ojo, con la cual no llevo ni dos días, y puedo sentirla como si fuera una parte de mí. Pero hay algo más. Me acerco lentamente a las llamas, sin preocuparme por la falta de calor que se siente o si en algún momento el fuego me reclamaría sin piedad, y descubro qué hay distinto.

Detrás de mí, casi imperceptible, me encuentro yo mismo, solo que ese yo sí es diferente al del primer reflejo que observo. Ese yo no tiene la cicatriz en el ojo, además de que se ve un poco más limpio y menos desaliñado, como si nada le faltara en la vida. Se ve tranquilo y, podría decir, incluso feliz. Sin miedos ni preocupaciones.

—¿Quién es él? —pregunto, mientras acerco levemente la mano para tocar el reflejo en el fuego. Giro mi cabeza hacia el punto donde se encontraría el otro sujeto, pero no hay nada, solo las paredes de fuego. Regreso la mirada al frente y ahí sigue, ahora observándome con una sonrisa de satisfacción.

¿No lo ves aún?

Le pongo más atención a sus detalles: su pelo está peinado y un poco más corto que el mío, su postura es firme y segura, y su ropa se ve más costosa de lo que la mía podría serlo. Lo veo mover los hombros, como si estuviera respirando. Acerco mi oído al fuego, pero no escucho el crepitar de las llamas. No. Escucho una respiración pesada, como de un animal muy grande a punto de rugir.

Me separo del fuego con rapidez, pero solo me regresa la mirada un Feiyu asustado. El otro yo desapareció.

—¿A dónde se fue?

Bajo la mirada hacia Mei Mei, a la espera de una respuesta. Definitivamente, el día de hoy no está saliendo para nada como lo había imaginado; jamás se me habría pasado por la mente estar esperando soluciones de parte de un gato.

Por más extraño que parezca, me regresa la mirada y niega con la cabeza. No sabía que los gatos podían hacer eso.

No se ha ido aún.

Silencio.

No se ha ido aún porque todavía no ha llegado.

Frunzo el ceño y niego lentamente con la cabeza. ¿A qué se refiere con eso?

Feiyu, ¿a qué has venido aquí?

Regreso la mirada al fuego para seguir viendo mi reflejo. El reflejo real, con el chico lleno de imperfecciones y lejos de una vida de ensueño y, sobre todo, con una gran cicatriz en el rostro que marca su destino.

—Yo… no lo sé.

Me dejo caer sobre las piernas y me siento, ahora más cerca de Mei Mei. Agacho la cabeza y, por más que me duela admitirlo, siento una pequeña gota resbalar sobre mi mejilla.

Percibo el peso de la gata caer sobre mis piernas mientras emite un sonoro ronroneo y restriega su cabeza contra mis manos, invitándome a acariciarla.

No nos queda mucho tiempo, tu abuelo y tu madre te necesitan. Así que pon atención.

Me limpio la lágrima con el dorso de la mano y asiento en silencio. La gata se acurruca sobre mis piernas y respira lenta y pausadamente con los ojos cerrados.

El Tianlong está despertando, pero hay algo que lo está frenando y eso no le gusta.

—¿Lo está frenando?

Respira con fuerza y se acomoda más sobre mi regazo, como si se estuviera quedando dormida.

Tú lo estás frenando. Por eso te ha marcado.

Me llevo la punta de los dedos a la cicatriz. ¿Yo me hice esto?

—¿Se puede quitar?

Aunque parece que la gata está dormida, puedo jurar que la veo negar con la cabeza mientras la acomoda entre sus patas.

No. Pero puedes ocultarla a los humanos.

—Lo que sea, lo tomaré.

Mei Mei suelta un suspiro entre sueños y continúa.

Nos están buscando. Cruza el portal, detrás de las llamas encontrarás una puerta cerrada. Detrás de ella están tu madre y tu abuelo esperando. Pero date prisa, la flama se extingue.

Levanto la vista con rapidez hacia el fuego y veo que tiene razón. Está brillando con menor intensidad y su altura empieza a disminuir.

Déjame aquí. Yo regresaré.

Me duele tener que hacerlo, pero con sumo cuidado la quito de mi regazo y la coloco sobre el suelo frío. Su respiración es aún más lenta y su peso es igual al de una pluma.

Cuando regreses allá arriba, yo te encontraré.

Sé que dice la verdad, pero algo en mi interior siente que esta será la última vez que podré contemplar a mi pequeña gata dormir en paz.

—Te quiero —susurro y la beso en la coronilla.

Me dirijo hacia la pared de fuego, cada vez más disminuida, y comienzo a correr. Las llamas me abrasan, pero no con calor, sino con un frío que puedo sentir hasta los huesos. Duele, siento cómo me cortan los brazos, como si de filosas navajas se tratara. Aumento la velocidad, pero no logro ver nada frente a mí, solo unas llamas cada vez más y más pequeñas, hasta que lo consigo.

Un leve marco resalta entre la oscuridad. Una puerta. Agarro la perilla con fuerza y empujo para abrirla, dejándome caer de nuevo en la oscuridad.

Capítulo XI

EL EMPERADOR AMARILLO

Vuelvo a estar en el mismo espacio que antes de entrar con Mei Mei, un lugar oscuro y sin eco.

De la nada, la habitación se ilumina, mostrando todo lo que hay alrededor. Lo primero que noto es que no queda ningún rastro de la puerta que acabo de cruzar. Creo que me estoy cansando de los espacios secretos.

La habitación es bastante sencilla, pero parece muy reservada. Las paredes están desnudas, salvo que en cada una se encuentra un par de puertas, y no hay ningún mueble de decoración, a excepción de un recuadro que sobresale en el centro. Hay una especie de tarima cubierta por una alfombra de color rojo brillante.

Mamá y el abuelo están de nuevo junto a mí, pero no me preguntan dónde estaba ni por qué tardé tanto en reunirme de vuelta con ellos. Dudo de si se habrán dado cuenta de que no estuve a su lado todo este tiempo.

—¿Qué estamos…? —comienzo a preguntar, pero el abuelo me interrumpe.

—No hables, a no ser que te lo indiquen. Al emperador no le gusta que alguien que no sea él tenga algo que decir.

¿Se referirá a Huang Di? ¿Al emperador amarillo?

Con solo pensarlo, una melodía comienza a sonar muy fuerte por la estancia. Al inicio no le encuentro el ritmo, ni mucho menos un

lugar de origen, pero poco a poco empiezo a darle sentido a lo que mis oídos están captando. Es una marcha imperial. Alguien importante está llegando. ¿No se suponía que debía ser así como tendrían que habernos recibido?

Las puertas de los extremos se abren, dejando entrar a un gran número de mujeres vestidas como concubinas. Todas traen atuendos muy decorados, igual que sus rostros y peinados, como si ocultaran todo rastro de humanidad en ellas, que más bien parecen muñecas. Perfectas pero frías y carentes de alma.

Caminan en una ceremoniosa procesión frente a nosotros, ignorándonos, como si fuéramos parte de la nula decoración. Todas terminan de entrar. Soy incapaz de contarlas, pero podría jurar que veo al menos a treinta mujeres aquí. Se colocan en una doble fila, dándonos la espalda y quedando frente al espacio elevado. Entonces se arrodillan y ponen sus frentes sobre el piso, dejando todo en silencio.

Nos quedamos de pie, no creo que sea nuestra responsabilidad hacer una reverencia, ¿o sí?

Inseguro de a dónde mirar, centro la vista en mis pies. Cuando escucho un gong, similar al que habíamos oído anteriormente al entrar a la estancia, las puertas del fondo se abren y dejan pasar una nueva procesión, ahora con menos gente.

Del interior salen dos hombres vestidos completamente de blanco y uno vestido de negro. Los tres usan ropa similar a la de Chen Jun, pero se ven un poco más elegantes, por decirlo de alguna manera. No parece un tipo de atuendo que uno utilizaría en su día a día.

Sin embargo, lo que más llama la atención está detrás de ellos: un hombre robusto, de estatura baja y una larga barba, vestido completamente de amarillo, entra después de los otros hombres y se coloca sobre la tarima. Se sienta sobre sus piernas, mientras observa con detenimiento al frente. Las mujeres pronuncian más su reverencia, como si su vida dependiera de ello, y todas al unísono sueltan un: “Esta concubina saluda al emperador”.

Pero el emperador no responde, mantiene la mirada fija al frente, aunque tiene los ojos tan apretados que incluso podría parecer que

está durmiendo. No me sorprendería si en algún momento comienza a roncar.

Nadie habla ni emite algún sonido durante, al parecer, varios minutos, aunque quizá solo haya pasado uno, hasta que el emperador, o al menos pienso que es él, habla.

—Ha pasado mucho tiempo, Long Heng.

Mi abuelo no responde de inmediato, sino que antes se pone lo más erguido posible, como si no necesitara un bastón para mantenerse de pie y aún fuera la máxima figura de autoridad en el Long Men. Una parte de mí piensa que todavía lo es, pero otra no está muy segura de la verdad.

—No lo suficiente —responde mi abuelo, sin ninguna muestra de temor o respeto. Al menos él no ha olvidado quién es y todo lo que representa para este lugar.

El emperador suelta una pequeña risa, que parece más bien un quejido, y dirige su mirada hacia mí.

—Así que —comienza a decir— ¿este es el famoso heredero del dragón?

Decir *famoso* me parece algo exagerado, pero prefiero ahorrarme el comentario y simplemente observarlo. El abuelo me dijo que mantuviera la boca cerrada y, por esta ocasión, me parece que lo más sensato es hacerle caso.

Sin embargo, el emperador se queda callado, así que me aclaro la garganta y digo lo más serio posible:

—Sí, señor.

El emperador suelta una vez más esa risa tan peculiar y, sin dejar de mirarme, le dice al abuelo:

—No lo has educado muy bien, Long Heng.

El abuelo simplemente ignora aquel comentario y se limita a responder:

—¿A quién crees que estás engañando, Huang Di?

La forma en que dice su nombre suena más a una acusación que a una llamada. Todos en la habitación, principalmente las concubinas, sueltan un grito ahogado ante la rebeldía de mi abuelo de llamar al emperador por su nombre. Pero al emperador parece no

importarle demasiado, solo eleva la cabeza y me mira con mayor intensidad.

—No, Long Heng. ¿A quién crees tú que estás engañando? Este niño no es más que un patético e insignificante mortal. No es digno de heredar al gran dragón —hace una pausa antes de continuar y enfoca su atención en mi madre, quien ha mantenido la mirada baja todo este tiempo—. Como tampoco lo fue tu preciada hija. Una deshonra para tu linaje.

Mientras dice estas palabras, puedo observar a mi mamá encogerse, como si cada una fuera un cuchillo clavándose en la piel, recordándole todo lo que por años debió dejar atrás. El abuelo está a punto de replicar, cuando me descubro respondiéndole al emperador.

—Mi madre no es una deshonra.

Esto llama la atención del hombre, pues voltea en mi dirección y entrecierra todavía más los ojos. Hace algunos ademanes para indicar que quiere ponerse en pie y, a su vez, siento las puntas metálicas y afiladas de las armas de sus hombres sobre mi espalda. Me quedo por completo inmóvil mientras el emperador baja lentamente y se acerca a mí, hasta que quedamos frente a frente.

—*Long Feiyu* —dice con el tono más ácido que he escuchado en mi vida—. *El dragón celestial…*

Nunca había tenido a alguien tan cerca de mi rostro. Honestamente, esperaba que la primera invasión a mi espacio personal no proviniera de un hombre que parece estar viviendo su doceava vida, sino de alguna otra persona que se viera menos cerca de la tumba. Pero supongo que no todas las cosas son como uno espera. Además, esta es la primera vez en toda mi vida que alguien me llama así. Dragón celestial. Sé que la razón de mi nombre y el del Tianlong derivan de ahí, pero, por alguna razón, el que este hombre lo diga, como si fueran palabras llenas de veneno, me hace sentir como si estuviera mal. Como si el nombre fuera demasiado para mí y no al revés.

—Puede llamarme Feiyu —le respondo. No voy a permitir que alguien como él se dé el lujo de intimidarme.

Observo su cuello tensarse y sus dientes rechinar, claramente molesto.

—Maldito insolente…

Entonces siento un ardor en la mejilla y me doy cuenta de que acaba de golpearme. No sé qué hacer o cómo se supone que debo reaccionar, pero escucho a mi madre y a mi abuelo gritar al mismo tiempo:

—¡No te atrevas a poner un dedo sobre mi hijo!

—¡No te atrevas a volver a tocar a mi nieto!

En el momento en que ambos gritan, escucho que salen más espadas apuntándome no solo a mí, sino también a mamá y al abuelo. Mi respiración se empieza a agitar cuando oigo al emperador, finalmente, soltar una carcajada. Aunque, pese a ser una risa, carece por completo de la alegría con la que suele venir acompañada.

—Qué tierno retrato —dice el emperador mientras camina frente a nosotros y nos mira a los ojos a cada uno—. Un traidor, una bastarda y el niño más estúpido que he conocido.

Se detiene frente a mi abuelo y vuelve a colocarse cara a cara frente a él. ¿Será que no conoce lo que es el espacio personal?

—Dime, Long Heng, ¿a qué has venido aquí?

Mi abuelo lo observa, devolviéndole la mirada con el mismo desprecio que el emperador suelta sus palabras.

—El dragón ha despertado.

Lo que sea que el emperador estuviera esperando, estoy completamente seguro de que no era eso. Con gran velocidad, imposible para alguien de su tamaño, se acerca de nuevo a mí y me aprieta el rostro con su mano.

—No es posible —dice en lo que parece un susurro, haciéndome respirar su aliento amargo.

Muevo la cabeza para que me suelte. Al menos tengo la satisfacción de que la sorpresa en su rostro es genuina.

—Cuando el consejo reconoció la existencia del Tianlong en el chico —escucho decir al abuelo—, decidimos mantenerlo alejado de todo esto.

—El último dragón existe —vuelve a susurrar el emperador, esta vez con mayor temor e incertidumbre.

No soy tan patético ahora, ¿cierto?

Justo cuando estoy pensando que las cosas no pueden salir peor, escucho las puertas abrirse y el grito de una mujer.

—¡Son ellos! ¡Ellos son los asesinos del Tianlong! —grita una de las concubinas señalándonos.

Maldita sea. ¿En qué momento desaparecieron del cuarto?

De inmediato, el lugar vuelve a llenarse, pero esta vez por unos hombres con ropa negra que ya he visto anteriormente.

Un grupo de mercenarios.

Cazadores.

Y todos se ven dispuestos a matarnos.

El emperador vuelve a mirar a mi abuelo y lo escucho susurrar: "Perdóname".

Veo cómo los cazadores tiran a mamá y al abuelo contra el suelo y, dentro de mí, escucho la voz de ambos.

Corre.

Los dos me miran y, sin pronunciar palabra, despegan sus labios para decirme cosas muy diferentes.

Te amo. Dice mamá.

Despiértalo. Dice mi abuelo.

No puedo reaccionar, pero no hace falta, alguien más lo hace por mí. Mientras intento procesar todo lo que está ocurriendo, el emperador amarillo me toma entre sus brazos con fuerza, haciéndome sentir cada vez más calor, hasta que me doy cuenta de que estamos envueltos en un fuego azul como el de antes, y me susurra al oído.

—Vive. Vive y no regreses jamás.

Entonces el fuego me consume con más fuerza y puedo sentir cómo desaparezco.

Capítulo XII

UN HOGAR VACÍO

Abro los ojos y me encuentro en mi habitación. No en el teatro, no en el palacio. En mi cuarto. En mi casa. No comprendo qué es lo que está pasando. No entiendo qué es lo que ha pasado. Me asomo a través de la ventana y me sorprende ver un cielo despejado, idéntico al de antes de cruzar al otro mundo.

Voy a mi escritorio y miro el reloj. Es imposible, es antes de la hora que salimos hacia el teatro.

Corro hacia el cuarto de mi abuelo, pero no lo encuentro ahí. Me dirijo a la cocina, pero tampoco hay nadie. Le grito a mi mamá y al abuelo para ver si están en algún lugar, pero no obtengo respuesta.

Bajo las escaleras hacia la tienda y reviso la oficina del abuelo, pero está igualmente vacía. Me encuentro solo.

No están.

Mi familia no está.

Salgo a la calle corriendo, intentando hallar alguna señal que me indique dónde están mi madre y el abuelo, pero no encuentro nada. Es como si jamás hubieran estado aquí.

Corro en el sentido del río hasta que me quedo sin respiración. Es inútil, ellos no están aquí. ¿Estarán bien? ¿Qué les habrán hecho?

Me detengo un momento, agitado, cuando, a mi espalda, escucho unos pasos acercándose con rapidez y a alguien gritando mi

nombre.

—¡Feiyu!

Mi corazón se acelera un poco, indeciso ante qué sentir. ¿Qué debo hacer?

Sin pensarlo dos veces, doy media vuelta y alcanzo corriendo a Rose para aferrarme a ella en un abrazo que, en otras circunstancias, no me hubiera atrevido a darle.

Percibo su reacción sorprendida por el contacto y me pregunto por un instante si está bien lo que estoy haciendo. Pero dejo de lado toda pena y orgullo para dejarme llevar por lo que necesito en ese momento. Un abrazo.

Rose suelta una exclamación y tarda un poco en reaccionar. Sin embargo, por fortuna, no me rechaza. Siento cómo sus brazos se deslizan lentamente sobre mi espalda, devolviéndome el abrazo, y puedo percibir su tacto y calidez como algo reconfortante, como si fuéramos conocidos de muchísimo tiempo atrás y esta no fuera la primera vez que nos tomamos entre brazos.

—Tranquilo, Feiyu —dice, acariciando mi espalda. No sé en qué momento comencé a temblar y a respirar con dificultad—. Todo estará bien.

Si tan solo ella supiera.

—Aquí estoy contigo —me aprieta con más fuerza y, por un momento, esto es lo único que deseo y que necesito en el mundo. Sentir que alguien me quiere.

Rose decidió que fuéramos juntos a la escuela. Como si lo que necesitara en esos momentos fuera pasar horas sentado en un mismo lugar, escuchando la misma lectura aburrida de todos los días.

Al ser de un grado mayor, ella no pudo acompañarme a mis clases, pero se aseguró de dejarme en mi pupitre, no sin antes prometerme que en nuestro tiempo libre compartiría su almuerzo conmigo.

Sin duda, Rose es un ángel aquí en la tierra.

No ha pasado ni un cuarto de hora desde que comenzó la clase y escucho a Bao hablarme por detrás.

—¿Qué demonios? —me pregunta en un susurro.

Y sí, exactamente me pregunto lo mismo.

—Feiyu, ¿qué ocurrió? —pregunta con insistencia—. ¿Por qué no tienes la marca?

Eso es suficiente para llamar mi atención. Doy media vuelta y lo miro con completa seriedad.

—¿No está? ¿La marca ya no está?

Bao niega con la cabeza sin despegar los ojos del punto donde antes se encontraba la gran mancha roja.

Funcionó. Pero, si la cicatriz en mi rostro desapareció, significa que todo fue real.

—Bao… —comienzo a decir, cuando un golpe interrumpe mis palabras.

—¡Joven Long! —grita con fuerza la profesora—. ¿Le molestaría compartir con el resto de la clase lo que al parecer es más interesante?

Me acomodo de nuevo en mi asiento y bajo la mirada.

—No, shī Huáng, disculpe mi interrupción.

La profesora me mira un momento más, asiente lentamente y continúa con la clase. Puedo sentir sobre mi hombro cómo Bao se acerca de nuevo a susurrarme:

—¿Estás bien?

Yo niego con la cabeza lentamente, lo suficiente para saber que Bao lo nota. Y, pese a su silencio, sé que me entiende.

El resto de las clases transcurre con relativa tranquilidad. No sé qué me imaginaba en realidad, pero después de haber pasado tantas cosas en tan poco tiempo, no esperaba que hubiera un día que terminara con tanta calma.

Rose cumple su palabra y, en la hora libre, se reúne con Bao y conmigo. Por lo regular, él y yo nos alejamos de todo el ruido de la escuela, pero al estar con Rose y su mejor amiga (de quien desconozco su nombre), por primera vez nos encontramos entre un grupo más "selecto" de estudiantes.

Por obvias razones, el lugar al que me refiero es la cafetería.

Nos sentamos a la mesa mientras un grupo de chicos del mismo grado que Rose nos observa a Bao y a mí con desagrado. Es evidente que somos una especie nueva para ellos y no nos consideran lo suficientemente interesantes como para preguntarnos nuestros nombres. Solo nos miran y nos ignoran, como si no existiéramos en su entorno.

—Entonces —dice la amiga de Rose—, ¿quiénes son estos dos? ¿Estás haciendo un acto de caridad?

Bao se atraganta con lo que está bebiendo y Rose suelta una pequeña risa incómoda.

—¡Xin Yi! —Rose le da un leve empujón con el hombro. Entonces, así se llama su amiga—. No digas eso. Son unos amigos.

Intento no emocionarme demasiado, pero justo cuando dice eso último, puedo notar cómo sus mejillas se ruborizan un poco más de lo habitual al verme.

Xin Yi la mira, enarcando una ceja, y regresa su atención hacia nosotros con una expresión que no sabría distinguir si es de curiosidad o molestia.

—Amigos —dice, como si la palabra fuera nueva en su vocabulario.

—Además —respondo sin pensar—, no podemos ser un acto de caridad.

¿Qué estoy diciendo?

Esto parece captar la atención de ambas. Se quedan completamente calladas, esperando que continúe.

—No podemos ser un acto de caridad porque…

No sé qué decir, pero, por fortuna, tengo un amigo que sí.

—Porque, de hecho, estábamos invitando a Rose a una fiesta en mi casa este fin de semana.

¿Lo estamos?

—¿En serio? —preguntan las dos al mismo tiempo. Se podría decir que me leyeron la mente.

—En serio —responde Bao con total seguridad y una sonrisa de satisfacción.

Rose y Xin Yi se miran con complicidad y se levantan de la mesa.

—¿Nos disculpan un momento?

En cuanto se alejan de nuestra vista, volteo hacia Bao y le susurro.

—¡¿Una fiesta?!

—¡No sabía qué esperabas que dijera!

Vale, en eso tiene razón. Pero, aún así, me parece una decisión demasiado apresurada y drástica, considerando las circunstancias actuales.

Me aseguro de que nadie pueda escuchar la conversación. Por fortuna, somos igual de invisibles que siempre, no importa que estemos aquí sentados. Mientras no haya alguien más interesante, nadie se fijará en nosotros.

—Bao —le dijo con mayor calma esta vez—. Desaparecieron.

Puedo sentir cómo mi voz amenaza con quebrarse, pero me obligo a mantenerme firme. No me puedo permitir llorar tan seguido en un mismo día.

Bao niega con la cabeza, sin entender a qué me refiero.

—No están —susurro.

—¿Quiénes? —me pregunta. Se ve realmente desconcertado. Eso es algo que siempre he apreciado de nuestra amistad, que nunca damos nada por sentado.

—Mamá y el abuelo. No están.

Frunce el ceño y se le ve completamente confundido.

—¿A qué te refieres?

Me acerco un poco más a él para evitar que alguien pueda escucharnos.

—Fue al mismo tiempo que la cicatriz desapareció.

Levanta un dedo con timidez, acercándolo a mi rostro.

—¿Puedo? —pregunta y yo asiento con la cabeza, dejando que toque el punto donde alguna vez estuvo la cicatriz—. Es como si nunca hubiera estado ahí.

Suelto un suspiro. Sí, como si nunca hubiera estado ahí. Pero ¿a qué costo?

A punto de decir algo más, veo cómo Rose y Xin Yi aparecen de nuevo en mi campo de visión y le digo a Bao que dejemos el asunto para más tarde en mi casa.

—Así que —retoma Xin Yi la conversación desde donde se quedaron—, ¿una fiesta?

—Una fiesta —confirma Bao—. Este fin de semana. El tema son máscaras. Lleven a sus amigos, será una noche para recordar.

Es sorprendente la habilidad de Bao para poder escapar de una situación completamente improvisada. Mientras sigue hablando con Xin Yi, puedo sentir la mirada de Rose sobre mí, así que se la regreso junto con una sonrisa.

Mi mundo se detiene un instante cuando ella me sonríe de vuelta.

Al terminar las clases, Bao me acompaña a mi casa, justo como lo prometió. Caminamos todo el trayecto en silencio. Las palabras no podrían ser suficientes para expresarme y sé que Bao también lo entiende. Quizá para algunas personas, momentos como este son muy ordinarios: solo dos chicos caminando juntos, sin nada especial entre ellos y sin dirigirse ni una sola mirada. Pero, para mí, este instante representa el mundo entero, ahora que el mío se ha caído a pedazos.

Llegamos a casa y entramos por la tienda. Nunca había visto este lugar así a esta hora. Vacío. Sin vida.

Tomamos las escaleras y subimos directamente a mi habitación. Continuamos en silencio, pese a no haber nadie para decirnos qué hacer o qué no. Tal vez para algunos tener un momento así podría ser como encontrarse agua en el desierto. Una oportunidad única en la vida y que solo se es joven una vez. Sin embargo, ¿qué pasa entonces cuando necesitas a alguien que siempre ha estado para ti y, de repente, desaparece del mapa, como si nunca hubiera existido, pero tampoco como si nunca se hubiera ido? Simplemente, no está. ¿Qué ocurre entonces? ¿O qué pasa cuando, en efecto, se es joven una sola vez, pero llevas toda tu juventud esforzándote por conseguir algo que sabes que jamás llegará? ¿Fue una vida desperdiciada?

Aventamos nuestras mochilas al suelo. Si el abuelo lo viera, no dudo de que ya estaría gritando hecho una furia. De nuevo caigo en cuenta de que no está aquí.

Me dejo caer sobre el suelo, sin molestarme en quitarme el uniforme del colegio, y agacho mi cabeza, abrazándola con los brazos entre mis rodillas.

—¿Qué ocurrió? —pregunta mi amigo, sentándose a mi lado en el piso.

Suelto un largo suspiro y le cuento todo.

Luego de lo que pareció una eternidad, Bao se queda en silencio otro tanto. Levanto la mirada de vez en cuando para asegurarme de que sigue aquí, pero solo lo veo observando un punto fijo en el suelo, perdido en sus pensamientos, dejándolo que lo consuman por completo. Finalmente se pone de pie y me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

Hago lo que me indica sin mucho ánimo y me coloco frente a él. Pero lo que hace después es lo que me toma por sorpresa, pues me jala contra sí y me envuelve en un abrazo. Al inicio me resulta extraño y un tanto incómodo, no porque un chico me esté abrazando, sino porque sea él quien lo hace. Sin embargo, lo que más me sorprende es reconocer que no sabía que necesitaba ese abrazo. Así que simplemente se lo regreso.

Estoy comenzando a acostumbrarme a su calidez, cuando me separa, me toma por los hombros y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Quiero que me prometas una cosa —me dice muy serio.

Sé que no debería estar en posición de aceptar este tipo de intercambios, pero aún así le respondo:

—Lo que sea.

Porque yo por él sé que haría lo que fuera, sin necesidad de hacer una promesa o un juramento. De cualquier manera, lo cumpliría.

—Si en algún momento tienes que elegir entre tú y yo, elígete a ti.

Claro, no esperaba que lo que me pediría sería algo así.

—No —le respondo.

Me mira con mayor intensidad.

—Feiyu… —empieza a decir, pero logro soltarme de su agarre y doy vueltas en el cuarto.

—¡No, Bao! ¡No! ¿No entiendes lo que estás diciendo? —puedo sentir cómo las lágrimas amenazan de nuevo con salir—. ¡Yo nunca quise nada de esto! ¡Nunca! ¿No te parece demasiada carga todo

esto y más que desde niño se me impuso? ¡No! Lo único que me han dicho siempre es que tengo un deber que cumplir y una prioridad, pero no es lo que yo quiero. ¿Y lo peor? Que ahora que sé lo que tengo que hacer justamente empieza a pasar todo. ¿Por qué no pudo ocurrir hace un año o dos? Todo, todo comenzó a pasar de un momento a otro. Es como si algún dios hubiera decidido que tuviera una vida tranquila para después, en el momento adecuado, soltar todo de una buena vez y que fuera parte de mi deber mantenerme en pie y, si caigo, volver a levantarme yo solo.

Me quedo quieto, intentando controlar mi respiración, y continúo:

—Estoy solo, Bao. No sé qué es lo que ha pasado con mi familia y no tengo forma de averiguarlo. Es imposible llegar allá abajo si no sabes a dónde vas. Menudo héroe sería si corro a buscarlos para salvarlos y termino fracasando incluso antes de entrar —volteo a mirar a mi amigo a los ojos. No se ha movido desde que nos soltamos, pero me observa con detenimiento—. Ya los perdí a ellos, Bao. No puedo perderte también a ti.

Me tiro al suelo sobre mis rodillas y comienzo a sollozar con el rostro entre las manos. Nunca esperé que fuera a haber algún cambio en mi vida, pero, de repente, ocurre todo al mismo tiempo. ¿Quién sería capaz de orquestar alguna broma así de cruel?

—Feiyu —dice en voz baja, tomándome de las manos para quitarlas de mi rostro—. Feiyu, mírame.

Hago lo que me dice, pero por las lágrimas lo veo como una silueta un tanto difusa.

—No me vas a perder —me asegura.

—Eso no lo sabes.

—No, no lo sé —dice, sin soltarme las manos y apretándolas con mayor fuerza—. Lo que sí sé es que mientras tú así lo elijas, estaré contigo. Siempre.

Sé que no lo dice solo por decirlo. Estoy a punto de responderle, pero Bao continúa.

—Ambos sabemos que esto es algo mucho más grande. Tú más que yo. Y no hay forma de saber qué es lo que ocurrirá después, pero, por favor, prométeme que, sea lo que sea, primero te elegirás a ti.

No respondo, no soy capaz de hacerlo.

—Feiyu —insiste—. Prométemelo.

Con la voz entrecortada, logro decir muy bajo:

—Lo prometo.

Y sé que, dicho esto, no hay marcha atrás. Porque un juramento o una promesa no puede quedar vacía. No puedo decepcionarme a mí, no puedo fallarle a él. Así que acepto. Lo único que espero es que no haya un momento en el que me arrepienta de esto.

Más tarde, Bao habló con sus papás para convencerlos de quedarse a dormir en mi casa. Sin embargo, al no estar mi mamá para darles un motivo convincente de hacerlo en días de escuela, tuvo que partir antes de que oscureciera.

—Por favor —dice antes de irse—, lo que sea que necesites, no dudes en buscarme.

Me da un último abrazo para despedirse. Es extraño, nunca me he considerado una persona que sintiera la necesidad de expresar lo que siente mediante el contacto físico, pero la cantidad de abrazos que he recibido el día de hoy es incomparable con los que había recibido durante toda mi vida, y debo admitir que se sienten bien. No sé exactamente cómo ayudan, pero me hacen creer que lo que estoy sintiendo no será para siempre.

—¿Estarás bien? —me pregunta después de soltarme.

—Sí —respondo, con lo que parece un hilo de voz y asintiendo lentamente con la cabeza—. Estaré bien.

Pero no es verdad. No estoy bien, y no sé cuándo volveré a estarlo. O si alguna vez lo estaré.

Intento conciliar el sueño durante la noche, pero es inútil. No puedo dormir, así que espero hasta que amanezca, intentando mantenerme positivo ante la idea de un nuevo día como un nuevo comienzo. Aunque tampoco puedo.

Toda la semana transcurre con relativa normalidad, pero, a su vez, con una tranquilidad inquietante. Regresé a una rutina que no sabía que podría llegar a extrañar: yendo a la escuela, comiendo, haciendo mis deberes y estudiando para entender al dragón. Pese a no tener a nadie que esté constantemente detrás de mí para decirme qué

hacer, es raro que aún sepa qué es lo que se espera de mí y qué es lo que tengo que llevar a cabo. Si mi familia ha dado siempre todo por mí, no puedo permitirme pagarles dejando de lado todo el sacrificio que han hecho. No es exactamente lo que quiero, pero si con eso puedo honrar su trabajo, entonces lo haré.

Continúo con mi vida justo como estaba antes de aquella noche.

Antes de hacer ese viaje.

Antes de que todo se derrumbara.

El día antes del fin de semana, mientras estamos en el colegio, Bao me da un regalo.

—¿Qué es? —le pregunto mientras tomo la bolsa y saco lo que contiene.

—Tu disfraz de mañana. Pensé que no tendrías nada y me pareció que este sería el más apropiado.

Saco la máscara del interior de la bolsa, que está envuelta en un papel blanco muy delgado. Al quedar descubierta, me encuentro viendo fijamente la cara de un dragón, con sus ojos vacíos encima de mí.

Lo peor de todo es que sí es lo más apropiado.

Capítulo XIII

LA FIESTA

Decidí pasar la noche en casa de Bao. Sus padres no hicieron muchas preguntas al respecto, más que las usuales sobre cómo están todos y qué tal va el negocio. Pude responder a ellas con naturalidad, pese a que no estaba contándolo todo.

Tenía mucho tiempo que no dormía fuera de casa. No era algo que al abuelo le gustara, por lo que se siente como si lo estuviera traicionando, pero no soportaría pasar otro día más solo conmigo mismo. En estos días, Rose se ha pasado a dar alguna que otra vuelta por la tienda para ver cómo estoy, incluso ayer me llevó algo de cenar para compartirlo juntos. Fue una cena sencilla y no hablamos de nada importante en realidad, pero tener su compañía fue más que suficiente para no caer por completo en la locura y la desesperación. Además de que, hasta esa noche, no había probado ningún tipo de alimento. Mi estómago no lo toleraba.

Y no lo puedo negar, no esperaba que Rose fuera a visitarme. Ella sabe que algo ocurrió, pero no qué cosa. No tuve el valor de contárselo y verme vulnerable, pero el hecho de que, aun así, tuviera la intención de ir conmigo en un momento tan cruel, me demostró que mi corazón no se equivoca al haberla elegido.

La casa de Bao es grande. Demasiado. Su familia nunca se ha tenido que preocupar por el dinero. Al contrario de lo que uno pensaría, sus padres son muy amables y están totalmente

involucrados e interesados en la vida de su hijo. Bao no tiene hermanos, por lo que llegará un momento en el que, al morir sus padres, será el heredero de todo. Pese a eso, Bao nunca ha sido una persona superficial. La prueba más evidente que tengo es su amistad. Sus padres también siempre han sido de lo más amables conmigo y nunca han cuestionado mi amistad con su hijo, ni el hecho de que yo viva en una zona menos acomodada que la suya o que solo seamos mamá, el abuelo y yo.

Bueno, éramos.

Pasamos toda la tarde y noche en la habitación de Bao, que es un espacio mucho más grande que el mío, tratando de despejar la mente jugando videojuegos y comiendo pizza. No hablamos de nada en realidad, pero el silencio no es incómodo, además de que estar ocupado intentando ganarle a toda costa me ayuda un poco a no pensar en otras cosas que debería estar haciendo o en las que debería preocuparme.

Por fortuna, Bao tiene una habitación muy al estilo norteamericano, por lo que resulta una ventaja que cuente con camas separadas para poder dormir. Cuando nos estamos preparando para la noche, le pregunto a Bao sobre la fiesta de mañana.

—¿Seguro que no hay ningún problema con tener una fiesta en tu casa?

Escucho cómo Bao se acomoda entre sus sábanas antes de responderme, ahogando las palabras con un bostezo.

—Seguro —me dice—. Sabes que mis padres no tienen problema. Además, confían en nosotros. Me dijeron que mientras tenemos la fiesta saldrán a cenar, como antes de que naciera.

No sé si la idea me parece muy romántica o una completa locura dejar a un grupo de adolescentes sin supervisión.

—Todo estará bien, tranquilo —me asegura. Y le creo, pero me sigue pareciendo increíble estar organizando una fiesta en medio de lo que está pasando justo debajo de nosotros.

Sin embargo, decido cerrar los ojos y descansar por primera vez en varios días, pensando que, si algo llega a salir mal, al menos será una preocupación para otro momento.

Pasamos toda la mañana intentando dejar el lugar lo más apropiado para una fiesta. El problema es que nunca habíamos estado en una, así que no sabemos exactamente cómo se ve un lugar para este tipo de eventos. En algún momento, los papás de Bao nos dieron consejos sobre cómo ser "más populares" entre los chicos. Fue gracioso, y en parte tierno, ver que se preocuparan más que nosotros por que esta fiesta saliera bien.

—Pero lo más importante —nos dice su mamá previo a irse con su esposo por el resto de la tarde— es que se diviertan y sean ustedes mismos.

Antes de que se vayan, Bao y yo decidimos ponernos nuestras máscaras y un traje de gala para diferenciarnos del resto y así todos sepan quiénes son los anfitriones. La máscara de Bao es blanca y le cubre la mitad del rostro de manera vertical, inspirada en alguna obra de teatro musical que vio hace algunos años y de la cual estuvo completamente obsesionado por mucho tiempo. Le sienta bien, pero se ve que no es más que eso: un disfraz.

En cambio, cuando me veo al espejo con mi máscara, siento un nudo en el estómago. Para ser el rostro de un dragón, es bastante sencilla, no cubre más que los ojos y parte de la nariz. Parece más un antifaz. No me sienta mal, pero, a diferencia de Bao, en mí no parece tanto un accesorio sino una extensión de mi cuerpo. De mi propio rostro. Al verme en el espejo, puedo sentir al dragón devolverme la mirada, pero no distingo todavía si es de amistad o de odio.

Alcanzamos a los padres de Bao antes de que partan y su madre nos da un abrazo a cada uno, y se detiene unos momentos más con Bao para darle un beso en la frente.

—Diviértanse —dice, despidiéndose con una sonrisa de complicidad, como si fuera parte de una especie de secreto que hace mucho no la emocionaba.

Entonces nos quedamos solos. No pasa mucho tiempo y comienzan a llegar las personas.

No sé qué esperaba de mi primera fiesta, pero en definitiva no imaginaba que ocurriera nada de lo que está pasando. Repito: ¿quién carajos piensa que es una buena idea dejar sin supervisión a un grupo de adolescentes en una fiesta, un sábado por la noche?

¿Quién pensaría que los estudiantes de una de las escuelas más preocupadas en fomentar valores y educación de calidad tendría por alumnos a semejante grupo de delincuentes juveniles?

Si el abuelo los viera, estoy seguro de que le daría un infarto de la impresión.

De alguna manera, alguien consiguió tener acceso a unas bocinas gigantes y en todos lados suena música de todo tipo, principalmente en inglés. Aun así, la música se escucha baja en comparación con los gritos de todos los demás, como si gritar en una fiesta se hubiera convertido en una especie de terapia colectiva de la que nunca antes había formado parte. Pero debo admitir que me está encantando.

Otra cosa que me sorprende es cómo pudieron conseguir tanto alcohol, debieron haber vaciado todas las estanterías de la ciudad.

Creo que es evidente que, en cuanto tuvimos oportunidad, Bao y yo también nos dejamos llevar por el ambiente. Quizá sea porque las máscaras nos hacen sentir como otras personas, más libres. O quizá sea simplemente el alcohol.

Ha pasado un rato y, entre las bebidas, la música y la falta de luz, es muy complicado intentar hallar a alguien. He estado bailando con distintas personas y en diferentes círculos, pero de repente perdí de vista a Bao y ahora no lo encuentro por ningún lado. Ahora que lo pienso, tampoco he visto a Rose o a Xin Yi por aquí. ¿Habrán venido después de todo?

Me tambaleo un poco y me alejo del grupo con el que estoy bailando. No conozco sus nombres, quizá ellos tampoco el mío, pero no es algo que sea importante. Al final de cuentas, son personas que, si supieran quién se encuentra bajo la máscara, nunca me habrían hablado por voluntad propia.

Escucho que me llaman para que regrese y les hago señas de que solo serán unos momentos, necesito pasar al baño. Pero todo está demasiado oscuro y hay tantos cuerpos sudados que no sé a dónde estoy yendo. No puedo escuchar ni mis propios pensamientos, hasta

que finalmente alcanzo una puerta cerrada y entro, esperando con todas mis fuerzas que sea el baño.

Mi sorpresa no es que no lo sea, sino que más bien se trata de uno de los cuartos para invitados. No miento cuando digo que este lugar es enorme. Solo que las habitaciones de invitados son más pequeñas que las del resto de la casa, aunque hay demasiadas en todo el lugar que no me sorprende tanto haber terminado por error en una de ellas. Conozco la casa de Bao, pero no tan bien como me gustaría. El problema es que aquella habitación no se encuentra vacía. Hay dos personas en la cama y, para terminar de empeorar la situación, ambas están desnudas una encima de la otra.

Todavía no se han dado cuenta de mi presencia, el ruido de la música y los gritos es exactamente el mismo aquí que afuera. Además, la nula iluminación juega a mi favor. Observo en el piso la ropa tirada junto con las máscaras y no sé si es el alcohol en mi interior o lo rápido y repentino de la situación, pero caigo de rodillas y vomito en la alfombra.

Escucho más gritos, aunque ahora suenan más cerca, así que estoy seguro de que ya me vieron.

—¡Feiyu! —grita Bao, tapándose de inmediato con la sábana—. ¿Qué carajos estás haciendo aquí?

Levanto la cabeza del suelo y trato de enfocar a mi amigo, pero solo veo a otro chico levantándose de la cama, por completo desnudo, cubriéndose la entrepierna con las manos y alcanzando rápidamente su ropa.

—Creo que alguien vomitó en la alfombra —digo y suelto una risa que no sé de dónde proviene.

—¡Largo de aquí! —grita Bao, arrojándome una almohada y obligándome a salir del cuarto antes de que el chico con el que se encontraba lo hiciera.

Salgo a trompicones y, al cerrar la puerta, choco con alguien que ahoga una exclamación mientras derrama toda la bebida sobre su vestido.

— Pero ¡¿qué te pasa?! —me grita la chica y, en cuanto escucho su voz, mi cerebro se pone aún más tonto, si aquello fuera posible.

—¡Rose! —le grito, intentando tomarla por los brazos—. ¡Rosie, Rosie! ¡Rose!

—¿Feiyu? —responde, dejando de lado la molestia y pasando a un tono más preocupado—. ¿Estás bien?

—¿Quién? ¿Yo? —doy un golpe al aire con la mano—. ¡Pero claro que estoy bien! ¿Quién no estaría bien teniendo a la mujer más hermosa frente a él?

La máscara de Rose es similar a la mía en cuanto a tamaño, pues deja al descubierto sus labios y sus mejillas, y puedo observar que de inmediato se ruboriza por mi comentario. Bien ahí.

Comienzo a reírme por lo bajo y agacho la mirada entre risas.

—¿Pero sabes quién no estaría bien?

Continúo riéndome mientras le indico a Rose que se acerque a mí para susurrarle en el oído.

—El chico que se acostó con Bao —me río con mayor fuerza, quedándome casi sin aire—. ¡Pobre chico! ¡Casi se caga del susto cuando me vio!

Me sigo riendo y recargo mi cabeza y mi brazo sobre el hombro de Rose, quien se pone tensa ante mi contacto.

—¿Tomaste algo? —me pregunta, quitándome de su hombro y obligándome a mantener contacto visual con ella.

Entrecierro los ojos, o eso creo, y le hago caras para demostrarle que estoy pensando.

—¿Tal vez?

Noto cómo se ruboriza cada vez más. De repente pierdo la vista por unos segundos, todo me comienza a dar vueltas y ahora la veo mucho más sonrojada que antes. Está a punto de decir algo, pero la interrumpo cuando vomito sobre ella.

Capítulo XIV

EN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE

Tengo un sueño extraño. Me encuentro en una habitación oscura, sin saber por qué o cómo llegué ahí. Estoy acostado sobre una superficie metálica, plana y muy fría. Siento que mi respiración se agita. ¿Dónde estoy? Tengo las manos y las piernas libres, así que me siento, pero sigo sin ver nada. Los pies me cuelgan, por lo que supongo que estoy en un lugar alto, pero todo es tan oscuro que me es imposible confirmarlo. Solo tengo la sensación de que estoy lejos de algo firme. Giro la cabeza con calma para ver si mi vista logra acostumbrarse a la falta de luz. Y no me equivoco, noto algo, una sombra que se mueve entre la oscuridad.

—¡Espera! —le digo, sin importar si es alguien bueno o no.

La veo con más claridad, está corriendo, pero no me arriesgo a soltarme de la superficie, es lo único que me mantiene seguro de lo que sea que está ahí. Sin embargo, puedo percibir como si algo detrás de mí me estuviera observando. Giro la cabeza y me acomodo sobre la mesa para poder enfrentar a quien sea que me esté viendo, pero solo me encuentro con unos ojos mirándome fijamente. Unos ojos que ya he visto antes. La frialdad y la crueldad con que me miran me hiela la sangre. Me ven como si no fuera más que un juguete para coleccionar.

Me despierto de golpe al sentir un sudor frío recorriéndome por la espalda. A diferencia del sueño, mi vista se acostumbra con mayor rapidez a la falta de luz. Me cuesta un poco intentar recordar dónde me encuentro, estoy recostado sobre una cama un poco húmeda por el sudor. La cabeza me duele y oigo música y mucho ruido que vienen de afuera del cuarto, y, entonces, lo recuerdo. Estaba con Rose. Pero no la veo por ningún lado. Escucho agua correr, como si alguien se estuviera bañando, pero no me puedo arriesgar a suponer que es Rose. ¿Qué ocurrió? Mejor dicho, ¿qué está pasando? Sé que estar con Rose a solas, en medio de la noche, en una habitación, debería considerarse como el máximo punto de felicidad que en algún momento de mi vida podría alcanzar, pero no logro recordar cómo fue que llegamos aquí. Y tampoco puedo recordar si es exactamente Rose la que se encuentra conmigo.

Algo huele muy mal, pero no distingo qué. Intento encontrar la fuente del aroma, cuando me doy cuenta de que viene de un pequeño bulto cercano a mí. Me pongo de pie para acercarme y un viento frío recorre mi espalda. Entonces descubro que aquella pila de ropa sucia que apesta es la mía. Está completamente manchada de vómito, no estoy seguro de si es mío o de alguien más, y tampoco estoy dispuesto a averiguarlo. Además de que está por completo empapada. ¿Habré sido tan ridículo que me oriné encima? Quiero pensar que no y que solo es sudor, pero, dado el estado en el que me encuentro, no estoy seguro y tampoco quiero conocer la respuesta. Pero eso no es lo peor del asunto. Estoy desnudo, lo que explicaría mejor la sensación de frío. Acerco mi nariz a otras partes de mi cuerpo, pero, para mi alivio, el desagradable aroma solo está en la ropa. Yo estoy completamente limpio, pero, si no estoy cubierto en vómito y mi ropa sí… ¿Habrá sido Rose quien se encargó de limpiarme? No, no puede ser posible algo así, no puedo caer tan bajo, ¿o sí? No, me niego a creerlo. No hay otra justificación lógica a esto, pero aun así me niego a creerlo. No puede ser que la primera vez que ella me haya visto desnudo haya tenido que ser para bañarme como un bebé.

Trato de no pensar en eso y me enfoco en lo más importante: vestirme. Sin embargo, no termino de identificar por completo en

qué habitación me encuentro, pero conozco como la palma de mi mano la vida de Bao, así que sé en qué lugar puedo encontrar algo con que cubrirme. Por fortuna estoy solo, por lo que puedo ahorrarme la vergüenza de que alguien más me vea. Rápidamente encuentro lo que busco, un viejo pijama que quizá haya sido de Bao o de su papá, pero ahora es lo suficientemente insignificante como para terminar en una habitación de huéspedes.

El agua continúa corriendo en el baño, por lo que imagino que debe faltar todavía un rato para que salga quien sea que esté adentro, así que me pongo a merodear por la habitación. Es muy sencilla, pero a la vez elegante. Con un toque occidental más moderno, todo lo opuesto a mi casa, el claro ejemplo de un lugar conservador. Las luces están apagadas, pero no me molesto en prenderlas, estoy seguro de que su brillo no haría nada por mi vista. Pero, aun así, está demasiado oscuro para seguir como si nada, así que me acerco a la ventana y corro la cortina para dejar entrar un poco de luz de la noche.

En cuanto lo hago, suelto un grito y caigo al suelo sobre mi trasero.

Hay una persona al otro lado de la ventana y me esta viendo. No se queda ahí mucho tiempo, pues, en cuanto hacemos contacto visual, sale corriendo y se pierde en la oscuridad. No pude distinguir bien su rostro, lo llevaba completamente cubierto con una máscara negra, dejando sus ojos al descubierto, brillando como estrellas en medio de la noche más oscura.

Sigo gritando cuando siento unas manos cálidas sobre mis fríos hombros.

—¡Feiyu! —dice Rose, en un tono bastante alarmado— ¡Tranquilo! ¿Qué ocurre?

Con la respiración agitada, intento procesar lo que está pasando.

—¡Calma! —continúa Rose, soltándome de los hombros y colocándose en cuclillas frente a mí— ¡Mírame! Por favor, mírame.

Continúo viendo hacia la ventana, justo donde estaba aquella otra persona, pero desvío la mirada hacia Rose y comienzo a calmarme.

—Tranquilo —me susurra—. Tranquilo.

Me observa fijamente a los ojos, con el cabello un poco húmedo y sin rastro alguno de la máscara que traía. Pongo mi atención únicamente en sus ojos. Nunca, más allá de mi familia, alguien me había mirado fijamente como ella. Nadie me había visto como si realmente se preocupara por mí. Nadie.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento lentamente, bajando la mirada y cayendo en cuenta de que estoy con ella, en medio de la noche, solos, en una habitación, y yo me encuentro con el torso desnudo.

Suelto un grito ahogado, de nuevo por sentirme observado, pero en esta ocasión porque es Rose quien lo hace. La ventaja es que, pese a estar sobre el suelo, caí cerca de la cama, así que tomo con la mayor velocidad posible la sábana y me cubro el pecho con ella.

Rose se ríe ante mi exceso de pudor, así que la miro confundido y le pregunto:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Continúa riéndose, pero su risa disminuye cuando empieza a hablar.

—¿No quieres que esté aquí?

Tener este tipo de interacciones con ella me resulta a la par emocionante y confuso. Emocionante, porque nunca había vivido una experiencia similar en mi vida, de hecho, es algo completamente ajeno a cualquier cosa que haya vivido antes. Y justamente por eso, me resulta muy confuso. Rose es diferente a lo que se supone que debe ser normal. No sé si es por la educación que yo tuve y la manera en la que ella creció, pero hay algo que nos hace muy distintos. Sé que si el abuelo o mi madre se enteraran de que estuve en la misma habitación que una chica, sin supervisión de algún adulto y con menos ropa de la que debería, no viviría para contarlo.

Tal vez por eso lo encuentro demasiado… atractivo.

Mi respiración se calma y observo fijamente a Rose, que todavía tiene un rastro de risa sobre sus labios y me mira con intensidad, pero no una intensidad que sofoca o que dan ganas de desviar la mirada. Más bien con una que te invita a no apartar un solo segundo la mirada porque no quieres perderte ningún detalle, por insignificante que sea, porque no sabes si pueda cambiar tu vida por

completo y a partir de eso no vuelvas a ser el mismo. Básicamente, porque ella representa un cambio que no sabías que necesitabas, pero sin el cual no puedes vivir ahora. Una intensidad que viene a acabar con cualquier paz o tranquilidad que se pueda encontrar, como un campo de ensueño envuelto en llamas, pero no de una mala manera, sino de la forma más hermosa que pueda existir jamás. Rose es esa intensidad, una que no quiero perder de vista jamás.

—¿No quieres que esté aquí? —vuelve a preguntarme, esta vez más calmada, pero sin dejar de lado la sonrisa más hermosa que he visto en la vida.

La observo, sin estar seguro de cuál sería una respuesta adecuada. Por mi mente pasan mil escenarios, algunos más esperanzadores que otros. Sin embargo, al ver que Rose se levanta, con un dejo de decepción en el rostro y se dispone a irse, la tomo de la mano, sin importarme dejar caer la sábana que mantiene mi cuerpo cubierto, y le digo:

—No te vayas.

Ella me mira y, sin soltar mi mano, se sienta en el suelo junto a mí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza. Sabe que hay algo que no le estoy contando, lo puedo ver en su mirada, pero de cualquier forma no hace más preguntas y le agradezco enormemente por eso.

Hay un silencio entre los dos, pero no estoy seguro de si es un silencio incómodo o uno de dos personas que saben demasiado pero no se animan a decirlo. Entonces ambos decidimos hablar al mismo tiempo.

—¿Qué ocurrió? —pregunto.

—¿Recuerdas lo que pasó? —pregunta Rose.

Ambos soltamos una leve risa de satisfacción, al menos el momento no es tan incómodo como me temía. Ninguno de los dos dice nada, hasta que Rose vuelve a tomar la iniciativa y pregunta de nuevo.

—¿No recuerdas lo que pasó?

Niego lentamente con la cabeza. Los movimientos bruscos me hacen sentir mareado.

—Me vomitaste encima.

¿Que hice qué? Maldita sea, no es así como se supone que debo conquistar al amor de mi vida. ¿Estoy pensando en ella como "el amor de mi vida"?

—Perdón —le digo, bajando la cabeza, esperando que me diga que no pasa nada y que todo fue un simple malentendido, pero las palabras que salen de su boca son algo completamente distinto.

—Y me dijiste *linda* —puedo notar cómo se ruboriza al decir esto y a mí se me encienden las mejillas al escucharla.

Entonces la observo, pero ella no me regresa la mirada. Puedo sentir que está avergonzada, pero debería ser al revés. Quien debería estar completamente avergonzado soy yo. Pero, por alguna extraña razón, no me siento del todo extrañado. Al contrario, es como si fueran las palabras que por mucho tiempo había intentado decir, pero no tenía el valor para hacerlo.

—Y también… –continúa hablando, sin devolverme la mirada. Pero, esta vez, duda de sus palabras. ¿Acaso hice algo peor que haberle vomitado encima que ni siquiera se atreve a decirlo directamente?

Me cambio de posición para quedar frente a frente, aunque no pueda ver más que su coronilla. Noto que empieza a temblar un poco. Me preocupo, en verdad no puedo imaginar qué pudo haber pasado que sea peor que haberle vomitado.

—Me besaste —dice en un susurro, casi inaudible, por lo que tengo que pedirle que repita lo que dijo.

—¿Qué dijiste? —le pregunto.

Entonces levanta la mirada y puedo jurar que nunca había visto a una persona ruborizarse a ese extremo.

—¡Me besaste! —grita, completamente desconcertada. No puedo juzgarla, yo estoy igual.

La besé. Besé a Rose.

—¿Te refieres a beso… en los…? —no me atrevo a preguntarlo.

Rose me mira, enarcando una ceja. Parece como un tomate molesto.

—¿Labios? —termino de preguntar, lo que hace que Rose se exaspere.

—¡Por supuesto que fue en los labios, idiota!

Me sorprende lo rápido que cambia su humor, considerando que hace tan solo unos momentos me estaba hablando muy amable. Junto con su grito, también me arroja una almohada que estaba a su lado. No hago ningún intento por esquivar el golpe, simplemente dejo que choque contra mí. No es que sea un golpe muy duro, de todas maneras, pero después de enterarme de lo que hice, me parece que lo mejor es no resistirme para poder arreglar las cosas.

—Lo siento —digo en voz baja, agachando la cabeza.

La verdad, el problema es que no estoy realmente arrepentido. Sí, me siento culpable de haber hecho algo tan estúpido y más aún sin estar por completo consciente de lo que hacía. De eso sí me siento culpable. Pero no me arrepiento de haber tenido, aunque sea por un instante muy breve, sus labios junto a los míos. En absoluto. Sin embargo, sé que para ella no significó lo mismo que para mí.

—Lo siento —vuelvo a decir, sin levantar la cabeza—. En verdad, lo siento.

No responde, pero puedo percibir su mirada sobre mí. Al ser esta mi primera interacción oficialmente romántica, no puedo decir si está siendo efectiva o si hay algo que haya hecho mal. Además del hecho de haberla besado sin su consentimiento y sin estar del todo consciente, pero, fuera de eso, no tendría forma de saberlo.

Sigue sin decir nada, así que me atrevo a levantar la mirada y ahí sigue. El rojo de su piel ha disminuido un poco, pero puedo notar que su respiración está agitada por la forma en que sube y baja los hombros. No logro distinguir del todo su expresión, parece de tristeza, aunque no está llorando. ¿O sí? Es casi imposible notarlo con tan poca iluminación, así que intento ponerme de pie para encender una lámpara, pero Rose sujeta mi mano y me impide levantarme.

—Por favor —susurra, bajando la cabeza—, no te vayas.

Vuelvo a arrodillarme y quedamos de nuevo frente a frente. No sé bien cómo proseguir, entonces hago lo que me parece más sensato.

Tomo su barbilla y muevo lentamente su cabeza para que nuestras miradas vuelvan a encontrarse. No está llorando, eso es un alivio, pero su expresión es la más triste que he visto en mi vida.

—Lo lamento —vuelvo a decir, esta vez más fuerte y sin perder contacto visual con ella—. De verdad, lo lamento.

Ante la falta de respuesta, comienzo a sentirme derrotado. Era lógico, cualquier posibilidad de que una persona como ella estuviera con alguien como yo era mínima. El simple hecho de conocernos resultó una mera casualidad que no estaba destinada a algo más grande. Puede que para ella este poco tiempo de habernos conocido haya sido solo eso: un poco de tiempo. Pero para mí no, desde el momento en que por primera vez puso su atención en mí, ya nada volvió a ser igual. Ya nada lo será.

Siento un poco de presión en el pecho, no sé a qué se deba, pero quizá tenga que ver con hacerme a la idea de que nunca hubo posibilidades y haberla besado arruinó por completo cualquier rastro de amistad que pudiera surgir entre nosotros.

Con este dolor, suelto su barbilla y comienzo a levantarme. Una vez de pie, vuelvo a inclinarme para pedirle perdón y, de nuevo, no obtengo respuesta, así que me enderezo y camino hacia la puerta cuando finalmente me responde.

—¡Espera! —dice con lo que parece ser un hilo de voz—. Por favor, no te vayas.

No puedo creer que sea la segunda vez en el mismo día que alguien me pide que no me vaya, y que ambas veces hayan sido de Rose.

—Por favor —vuelve a susurrar.

Me quedo de pie, sin saber exactamente a qué dirección ir. No termino de entender qué es lo que está pasando y mucho menos de entender qué se supone que debo hacer.

—No lo entiendo —le respondo, sin saber de dónde saqué el valor para decirlo—. Te ofrezco una disculpa y no me contestas, pero tampoco quieres que me vaya. No lo entiendo, ¿qué hice mal?

Claramente sé qué hice mal, pero no puedo asimilar toda esta situación yo solo.

Doy media vuelta para mirarla, sigue sentada en el suelo, pero sus hombros tiemblan un poco. Finalmente, levanta la cabeza y puedo ver que las lágrimas que amenazaban con salir ya están libres.

—Nunca antes me habían besado —dice, con la voz temblorosa, como si le escurriera por las lágrimas.

Con esa simple respuesta me doy cuenta del terrible error que he cometido. Así que comienzo a acercarme de nuevo a ella, intentando ofrecerle mis disculpas.

—Rose, yo… —pero no sé qué decir.

También para mí fue mi primer beso. El problema es que no recuerdo nada de lo que pasó, pero estoy seguro de que ella lo recuerda todo muy bien.

—Perdóname —es lo único que digo, mientras me tiro al piso sobre mis rodillas y con la cabeza colgándome sobre el cuello, como si no tuviera vida—. Lo arruiné todo.

Esta vez, Rose es la que se mueve. Siento sus dedos con delicadeza sobre mi barbilla, indicándome con el gesto que vuelva a mirarla. Las lágrimas siguen ahí, solo que ya no están cayendo sobre sus mejillas. Están completamente secas, como si no quisieran sentir la vergüenza de volver a salir por mí. Al observar sus ojos, aún puedo notar tristeza en ellos, pero los acompaña algo más, algo que no logro terminar de comprender.

No puedo evitar perderme en la inmensidad del mar que esconde su mirada, incluso sin nunca haber visto algo tan profundo. Con solo verla a los ojos sé que con Rose lo tengo todo. Incluso si no es lo que ella quiere, estoy seguro de quererla lo suficiente por ambos y, también, sentir que todo lo ocurrido ha valido la pena, aun si lo eché a perder.

—No arruinaste nada —me tranquiliza con dulzura. Incluso sin merecerla, no ha dejado de ser la persona más increíble conmigo. Hasta ese momento me doy cuenta de que su mano ya no está sobre mi barbilla, sino en mi mejilla, acunando mi rostro contra su palma—. Nada.

Lentamente, sus labios vuelven a transformarse en esa sonrisa a la que me he acostumbrado en tan poco tiempo.

—Gracias por haber sido tú —dice, tranquilizándome con sus dedos sobre mi piel. Ya no hay rastro del enojo o la tristeza de hace un instante, más allá de su piel humedecida por las lágrimas.

Me armo de valor y paso mi pulgar por debajo de sus ojos, limpiando lo que quedó del dolor de hace un momento. No puedo evitar pensar en lo irreal de la situación, como si fuera un sueño. Incluso la música que sale del pasillo parece como de otro tiempo. De otra vida. Y en esta vida solo nos encontramos ella y yo, sin nadie que nos interrumpa. Y, pese a todo lo que pueda parecer, no se siente incorrecto.

—Lástima que no me acuerde de nada —digo con una ligera risa, que suena más a un quejido, quitando mi mano de su cara y observándola de nuevo.

—Sí, es una pena —me responde, con la sombra de una sonrisa asomándose entre sus labios.

Suelta mi rostro y siento un poco de frío ahora que su mano está lejos. Observo cómo la dirige para juntarla con la otra sobre su regazo. Es ahora o nunca. Puede que diga que no he arruinado nada, pero, si estoy a punto de tirar nuestra amistad por la borda, habrá valido la pena con solo tocarla.

Rápidamente envuelvo su mano con las mías, ignorando cualquier regla de etiqueta entre los dos. Si ya estamos rompiendo las reglas al estar ahí nosotros dos, ¿qué más da si rompemos unas cuantas más?

Presiono su mano con suavidad, haciendo que vuelva a mirarme, y le pregunto:

—¿Podrías ayudarme a recordar?

Noto que se pone tensa y su rostro se vuelve a enrojecer. Intenta decir algo, pero las palabras no encuentran el camino hacia su boca. Así que la suelto, coloco una mano sobre su mejilla y me inclino hacia ella para besarla.

¿Lo mejor de todo? Puedo sentir cómo me regresa el beso.

Al inicio se siente raro. Es más húmedo de lo que imaginaba. Tampoco sé si lo estoy haciendo de la forma correcta. ¿Sentirá mis dientes contra los suyos? ¿Cuándo nos debemos separar para respirar? ¿Debemos separarnos para respirar? ¿Tendrá los ojos

cerrados? ¿Será incómodo si abro los míos para comprobar si los tiene cerrados? ¿Y si me ve observándola? Un momento, ¿eso que siento es presión contra mis labios? ¿Está intentando abrirlos?

No logro escuchar nada más que los latidos de mi propio corazón, que está amenazando con salir explotando de mi pecho. Nunca creí que besar se sentiría así. Es raro, pero no me molesta para nada. Por alguna razón, el que nuestros labios estén juntos hace que todo se sienta normal. Como si ese hubiera sido su lugar todo este tiempo y hasta ese momento descubrimos cuál era su propósito.

No sé cuántos minutos pasamos de esta forma, pero sé que ninguna cantidad de tiempo será suficiente para un momento como aquel.

Es entonces que Rose se separa, dejando mis labios pidiendo un beso más. Abro los ojos y veo que aprieta sus labios. No sé si es una buena señal o no.

—¿Te ayudó a recordar? —me pregunta.

Solo sé que hizo más que eso. No podría vivir una vida sin este tipo de recuerdos.

Capítulo XV

DESPUÉS DE LA TORMENTA

La fiesta continuó sin ningún otro contratiempo y, en cierto punto de la noche, todos se fueron a sus casas. Todos menos yo, que tenía permiso de los padres de Bao de quedarme a pasar la noche con ellos, completamente ignorantes de la realidad en mi casa.

Sin embargo, la noche no está resultando muy bien que digamos. Hace un par de horas que todos se fueron y los padres de Bao regresaron, pero Bao no me ha dirigido la palabra desde ese momento, más allá de pedirme que apagara las luces una vez que nos acostamos.

Sé que no está dormido. Ninguno de los dos lo está.

—Fue una buena fiesta —digo al aire.

Pero no responde. Así que lo intento de nuevo.

—Para ser la primera fiesta de ambos, creo que salió bastante bien.

Nada. Probablemente sí esté dormido.

—Era un chico apuesto —suelto, con la esperanza de que esta vez sí haya una respuesta.

Sigo sin obtenerla, así que decido dejar morir la conversación. Me doy media vuelta sobre la cama para taparme con las sábanas cuando logro escuchar una voz por lo bajo. Al parecer no está dormido, pero tampoco parece estar de humor para hablar conmigo, pues de forma casi inaudible logro descifrar algunas palabras.

—Vete al infierno.

Por el simple hecho de escuchar a mi mejor amigo decir algo así, creo que está de más asegurarle que ya me encuentro ahí.

Todavía es de noche. Por más que lo intenté, no logré conciliar el sueño, así que opté por la única opción que me pareció más razonable: irme.

Mi casa está un poco lejos de la suya, no voy a mentir, y caminar solo en medio de la noche para nada me tranquiliza los nervios. Las calles de la ciudad son relativamente tranquilas, incluso muchos podrían decir que es preferible estar de noche en este lugar para evitar todo el bullicio (sin embargo, la ciudad no está por completo abandonada a estas horas), y puedo entender a lo que se refieren. El problema está en que es justo en estos momentos cuando me doy cuenta de las vidas tan diferentes que tienen otras personas en comparación con la mía. Y, para empeorar aún más las cosas, siento que acabo de perder también a mi único amigo.

Estoy caminando sin fijarme en realidad en lo que tengo a mi alrededor, hasta que el sonido del río empieza a asomarse entre el silencio de mi hogar. No sé qué es lo que esperaba que pasara, pero tampoco me imaginaba que las cosas terminaran de esta manera. Pero ¿en verdad han terminado? ¿O es únicamente la sensación de que algo que siempre estuvo ahí ya no lo está más? Ni siquiera logro encontrarle sentido a lo que estoy pensando, así que lo mejor será llegar lo más pronto a casa.

Escucho un rayo caer y el viento se agita, no tardará mucho en comenzar a llover. Recuerdo varios momentos de cuando era pequeño: mamá y el abuelo se quedaban cerca de mí cada vez que comenzaba a llover. Era natural, a cualquier niño le da miedo un ruido así en la oscuridad. Las noches de tormenta no eran algo común en la región, pero al vivir tan cerca de una fuente de agua, inevitablemente terminábamos atrayendo más la lluvia que en otras regiones. Con el paso de los años, mamá y el abuelo dejaron de acunarme entre ellos para calmarme en noches como esta, pues el miedo no era una cualidad digna de un chico. Pero tomando en cuenta los días que he tenido últimamente, no sé si el abuelo sea

capaz de seguirme llamando chico, pues lo único que he sentido ha sido miedo.

Las primeras gotas empiezan a caer y el olor a tierra mojada se hace presente. Me apresuro a llegar a la puerta, pero, al intentar ingresar la llave, me doy cuenta de que el cerrojo no está puesto.

Debe ser solo una pequeña confusión; la falta de sueño y el alcohol deben estar jugando en mi contra. Así que no le doy importancia al asunto y decido entrar a la casa, esta vez asegurándome de colocar el seguro.

Avanzo entre los estantes, cada vez con más polvo acumulado. Han pasado varios días desde que estoy solo y no he hecho el mínimo intento por hacer que este lugar aparente estar habitado por alguien más que por mí. No me molesto en encender la luz, de tanto tiempo caminando en la oscuridad mis ojos ya se terminaron de acostumbrar a ella. Un rayo vuelve a caer, iluminando el espacio, y las sombras se hacen presentes por un leve instante.

Cuando llego a las escaleras, otro rayo vuelve a caer, pero esta vez hay algo diferente. Miro sobre mi hombro, pero no soy lo suficientemente rápido para ver qué ha cambiado, porque de inmediato el cuarto vuelve a estar en total oscuridad. Le resto importancia y sigo mi camino, ya tuve suficientes problemas en una sola noche y casi todos fueron ocasionados por mi culpa. Lo único que necesito ahora es intentar dormir un poco.

Con esto en mente, mis planes, de nuevo, se ven alterados. Por encima del ruido de la lluvia al caer contra el río, escucho cómo una puerta se cierra. Eso, en definitiva, no es parte de la decoración de la casa.

Recorro nuevamente mis pasos, esta vez intentando hacer el menor ruido posible, y salgo de regreso a la calle. La lluvia me recibe sin piedad y dificulta aún más mi visión. Dejo de lado cualquier tipo de precaución. Alcanzo a escuchar unos pasos, pero en el frenesí no puedo distinguir si son los míos, la lluvia contra el duro piso o los de alguien más. No. Tienen que ser los de alguien más.

Sé que no estoy solo, puedo jurar que había alguien más conmigo en casa. Avanzo con mayor rapidez, lo que no resulta una buena

idea después de todo, pues la lluvia es más fuerte y me dificulta la vista.

Resbalo y caigo al piso. La fuerza del golpe me deja inmóvil por unos instantes e intento recuperar la respiración. Tarea difícil, pues la lluvia sobre mi rostro no parece ayudar demasiado. Respiro, pero el agua entra a mis pulmones con demasiada facilidad. Antes de quedarme sin aire, trato de recostarme de lado para tranquilizarme. Estoy terminando de acomodarme cuando, en mi espalda, siento un golpe que me termina de dejar por completo sin aire y, como si la tormenta hubiera desaparecido, ya no escucho nada.

Despierto con una fuerte inhalación, como si no hubiera respirado algo puro en años. No ha pasado mucho tiempo, de eso estoy seguro. El cielo continúa oscuro y la lluvia parece no haber disminuido.

Empiezo a toser mientras me incorporo sobre mis codos y expulso el agua que entró a mi cuerpo.

—Cobarde —escucho un susurro tras de mí.

¿Realmente escuché bien o ya estoy alucinando?

Vuelvo a recibir un golpe que me deja tirado otra vez en el suelo. Definitivamente no estoy alucinando.

—¡Levántate! —me grita. Pero es un grito extraño, como si no tuviera demasiada fuerza.

Logro incorporarme para ver quién es el responsable de tantos golpes y, al verlo, se me hiela por completo la sangre.

El chico de negro está parado junto a mí, observándome con el mayor odio posible.

—¡Levántate! —vuelve a gritar, amenazándome con un hilo de voz. Habla con seguridad, pero al mismo tiempo como si tuviera miedo de que su voz le fuera a fallar en algún momento. De hecho, ahora que lo pienso, es la primera vez que lo escucho hablar.

Intento entender lo que me dice, pero tardo demasiado y ya estoy nuevamente en el piso, sintiendo el fantasma de sus botas sobre mi piel. El dolor se vuelve cada vez más punzante.

—¡Levántate!

—¡Deja de golpearme!

No sé cómo conseguí el valor para hablarle, considerando que es evidente que no soy un sujeto de su agrado. Para nada. Y creo que no fue la mejor decisión, porque vuelvo a sentir una patada en mi espalda que vuelve a dejarme tirado en el piso. Para ser un chico con voz tan delicada, golpea con mucha fuerza.

Una vez leí un poema sobre el odio reflejado en el viento y la forma en que el odio se disuelve en él. En su momento no lo comprendí, y estoy seguro de que ahora tampoco termino de comprenderlo del todo, pero se siente bastante literal con cada golpe que me da este desconocido, al grado de dejarme temblando de dolor en el suelo.

Me coloco sobre mis codos y comienzo a incorporarme.

—Deja… de… golpearme —digo con lo que puedo conseguir de aire.

Parece no ser suficiente, pues el chico estrella su pie contra mi cara, haciéndome caer de espaldas. De inmediato siento un sabor metálico en mis labios y me doy cuenta de que estoy sangrando. Me duele la cabeza y, para este punto, estoy muy cansado de intentar ponerme de pie para que otra vez me vuelva a derribar. Respiro con dificultad por la sangre mezclada con la lluvia.

Abro los ojos, intentando regresar la misma mirada de odio con la que el chico me observa. Me observa desde arriba, apretando con tal fuerza los puños que hasta tiembla. No sé si está a punto de decir algo o de soltarme otro golpe, pero, sea lo que sea, que lo haga rápido.

Pasan varios segundos antes de que el chico entre en acción, pero esta vez no me recibe con un golpe, sino que me escupe en el rostro.

—Cobarde —susurra.

Se da media vuelta y se retira bajo la lluvia, alejándose de mi vista.

Cobarde. Sí, es lo que soy. Un cobarde.

La garganta me empieza a quemar, pero no le voy a dar el gusto de verme llorar. No cuando sé que yo tuve la culpa de esto. De todo esto. Así que mejor cierro los ojos y solo espero a que la tormenta pase.

Cuando amanece, todavía me encuentro acostado en medio de la calle. No creo que sea una imagen muy agradable, pues no es la salida del sol lo que me despierta, sino los gritos de la gente que pasa. Normalmente no le prestarían atención a un retrato así. Las personas del lugar no son precisamente reconocidas por su solidaridad. Pero imagino que lo que llama su atención es que haya sido alguien joven, que no haya signos de drogas o alcohol, pero sí rastros de violencia. Como si la maldad por si sola necesitara una razón para ser provocada.

Puedo sentir las miradas escandalizadas, así como los suspiros ahogados. Seguramente se preguntarán quién habría sido capaz de semejante atrocidad o qué es en lo que estaba yo metido para que me hayan dejado así. Sea cual sea el escenario que se imaginen, ninguno podría saber realmente la verdad.

Con un dolor que me atraviesa la espalda, logro enderezarme para, con mucho trabajo, ponerme de pie. Siento la respiración pesada y la cara reseca, quizá se deba al cúmulo de sangre debajo de mi nariz. Observo a mi alrededor, no hay más que las caras asustadas de los que van pasando, pero no hay rastro alguno de lo que pasó anoche. El único recuerdo que queda de eso soy yo.

Cobarde. Esa palabra no sale de mi cabeza. No quiere dejarme en paz. Sí, soy un cobarde. Lo único que conseguí con mis actos fue que todos se alejaran de mí.

Comienzo a caminar con pesadez de regreso a casa, pensando en que, de todas las formas que tenía de arruinar aún más las cosas, encontré una nueva. Cuando llego, me tiro en el *tatami* para olvidarme de todo por un rato. La cabeza me palpita, como si tuviera vida propia, pero nada que un sueño no pueda reparar.

Cobarde. Ahí está otra vez, dispuesta a no dejarme en paz. Entonces, como un destello, aparece en mi memoria su rostro. Rose. Ella no me abandonó. Ella sigue aquí, conmigo. ¿Cómo pude olvidarlo? Rose está, y no ha hecho nada para demostrarme lo contrario. Ella sí está.

Me levanto de golpe y siento un leve mareo. Necesito descansar, necesito dejar que mi cuerpo descanse. Pero la emoción que siento

al recordar que Rose es la única persona que sigue aquí es más grande que cualquier otro malestar. Tengo que buscarla. Pero no tengo su teléfono. Tampoco su dirección exacta, más allá de la zona en la que vive. Necesito ir por ella. Tengo que hacerle saber que aquí estoy, con ella, y que ella está conmigo. Tal vez las cosas no sean tan malas como parecen, quizá sea cierto que después de la tormenta viene la calma. Ella es esa calma. Rose es la calma que he estado esperando por años y finalmente ha aparecido.

Tengo que encontrarla.

Capítulo XVI

UN LUGAR AL QUE IR

Estoy a punto de salir de casa, cuando escucho que suena una campana. Bastante extraño, han pasado varios días desde que estoy solo y en todo ese tiempo no ha habido señales de algún cliente. Salgo detrás del mostrador, pero no hay nadie.

Ay, no. Otra vez no.

Vuelvo a escuchar la campana y me doy cuenta de algo. No es la de la tienda. Es la campana del abuelo. Alguien está buscándolo. Pero eso es imposible, si hay quien lo quiera ver, eso significa que todavía no saben que ya no está. ¿Será así?

—¡Un momento! —alzo la voz para hacerme notar y me dirijo al cuarto de atrás.

Todo está como la última vez, ya tenía un tiempo que no entraba aquí. Quizá el simple hecho de haber entrado antes hubiera sido causante de alguna alergia emocional o como sea que le digan al llanto repentino. Y sí, no voy a negar que estar en esta habitación me da un poco de sentimiento y nostalgia por una época que, curiosamente, no es tan lejana. Era algo inevitable, al final de cuentas, la soledad. Solo que no pensé que fuera a ocurrir tan pronto.

—Ya voy —digo al escuchar que vuelve a sonar la campana y abro la puerta que da a la calle de atrás.

Como es natural, esta es la entrada de los clientes que atiende el abuelo que no tienen mucha relación con el mundo humano y más con lo fantástico. Y lo que me encuentro del otro lado del portal no es la excepción. Es un ser pequeño, demasiado, imposible de distinguir su sexo. Con los ojos tan rasgados que son más que una fina línea que divide su rostro. Al acercarme a la criatura, un aroma a flores me inunda.

—Muchacho —dice, con una voz tan delicada como un cascabel—. Pero ¿qué te ha pasado en el rostro?

Al mismo tiempo que habla, se acerca a mí y puedo notar que está flotando. No volando. Flotando. Como si fuera lo suficientemente liviana para poder dejar que el mismo aire la sostenga sin preocuparse por caer. Se dirige a mi rostro y lo acuna entre sus pequeñas manos. Claramente desconoce el respeto al espacio personal.

—¿Te encuentras bien? —vuelve a preguntar y yo asiento con la cabeza, apartando sus manos con delicadeza de mis mejillas.

—Estoy bien —respondo mientras intento sonreír, pero no logro hacer más que una mueca extraña que está lejos de aparentar alegría.

La criatura parece entender mi incomodidad y retira los brazos hacia su cuerpo, haciéndose más chica, si es que ello es posible.

—Perdona, pequeño —se disculpa. Qué curioso que me llame "pequeño" cuando es ella la que no mide más que mis dos palmas juntas—. No quise ser grosera.

—¡No, no! —la tranquilizo, invitándola a pasar—. No hay ningún problema. Es solo que fue…

¿Qué?

—Una noche larga…

Bastante larga.

Asiente. Observa con atención el cuarto y hace una pausa antes de continuar.

—Estás solo —no es una pregunta, aunque tampoco habla mirándome a mí.

No respondo, pero la criatura insiste.

—¿Verdad?

Agacho la mirada para evitar que algo en mi rostro me delate.

—El abuelo regresará pronto —vuelvo la vista hacia ella—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pequeño —se acerca de nuevo a mí, pero esta vez sin intentar tomarme entre sus manos—. No hay por qué mentir.

Lo dice con mucha gentileza. Pero ¿qué más sabe?

—¿En qué puedo ayudarle? —repito con un suspiro. No tiene sentido mentir, pero tampoco le diré la verdad. Después de todo, ella podrá conocerme. No al revés.

La criatura me observa, o al menos eso parece, pues sus párpados están tan apretados que me es imposible saber si los tiene por completo cerrados y se deja guiar por el ruido como un murciélago. Deja caer sus hombros junto con un fuerte suspiro, aparentemente decepcionada por la falta de respuesta de mi parte.

—Venía a buscar a tu abuelo, muchacho —dice, con un claro tono de tristeza.

—Lo siento, él…

Pero me interrumpe antes de poder pensar siquiera en algo coherente que decir.

—No está. Lo sé —echa un vistazo alrededor—. Y al parecer no ha estado por un tiempo ya…

¿Debería preocuparme porque una criatura sepa que estoy solo? Digo, no es por querer sentirme importante, pero, hasta donde recuerdo, lo soy. Al menos un poco.

—Creo que es mejor que venga otro día —me apresuro a decir, antes de que otra vez intente ver más allá de lo evidente—. La acompaño a la salida.

Estoy dándolo todo para no ser grosero con ella (suponiendo que sea una *ella*). Intento sujetarla para dirigirla hacia la puerta, pero comienza a protestar.

—Muchacho, no tienes que portarte así. No voy a…

La interrumpe una voz del otro lado de la tienda.

—¿Hola? ¿Feiyu?

En cuanto escucho la voz de Rose, me apresuro a tomar por los hombros a la criatura y a sacarla de mi casa. Quizá en contra de su voluntad, pero, al final de cuentas, aún es mi casa.

—¡Muchacho, espera! —la criatura trata de soltarse, pero esta vez soy más rápido que ella.

—La hora de las visitas terminó —le digo, empujándola a través del marco de la puerta hacia la calle—. Esperamos que vuelva pronto y no olvide recomendarnos con sus familiares y amigos.

Está a punto de protestar, pero logro sacarla antes de que pueda decir algo y cierro la puerta en su cara.

—¿Feiyu? —escucho a Rose en la tienda, así que me apresuro a salir antes de que decida irse. Qué maravillosa coincidencia que se aparezca por aquí cuando más la necesito.

—¡Ya voy! —le grito en respuesta.

Salgo con prisa del cuarto hacia la tienda y ahí está, viendo las antigüedades como si fuera la primera vez. Como si fuera una cliente común. Se ve igual de maravillada por toda esta basura como siempre. Me pregunto qué es lo que hay aquí que la asombra tanto.

Después de mirarla en silencio por un instante, me animo a hablarle.

—Hola.

Cuando voltea para verme, pareciera como si su naturaleza no fuera otra más que la de ser una modelo. Como si estuviera lista para una buena fotografía en cualquier momento, sin que fuera posible que resultara una mala imagen de ella. Sin embargo, su expresión dulce y pacífica se convierte en una mueca de horror al verme y no sé qué tan buena señal sea eso.

—¿¡Qué te pasó en el rostro!? —su tono preocupado se asemeja más a un grito que a una pregunta.

Es cierto, olvidaba el pequeño detalle de la paliza de anoche. Igual que siempre, Rose se olvida de cualquier clase de educación y se acerca lo más posible a mí para comenzar a revisar mi rostro. Si de falta de modales y no respetar el espacio vital se trata, estoy muy feliz de que sea con ella. Podría acostumbrarme a su tacto sin ningún problema. No sé por qué pudo haberme incomodado en algún momento.

—¿Qué ocurrió? —me gusta la forma en que lo dice, me hace sentir como si realmente hubiera alguien en el mundo que se preocupa por mí.

Toma mi rostro entre sus manos e inspecciona las heridas. Probablemente hubiera sido una mejor idea limpiarme antes de salir a mi encuentro con ella. Aunque, en defensa mía, no pensé que fuera a estar aquí. Porque, ¿qué hace aquí hoy?

—No es nada —le digo con calma sin alejarme de sus manos—. Tuve un pequeño accidente anoche.

Me suelta y me mira con el ceño fruncido.

—¿Anoche?

Le regreso la mirada, confundido.

—Sí, anoche.

Pareciera imposible, pero podría jurar que su expresión se ha vuelto aún más intensa.

—Creí que estarías con Bao.

Por alguna razón, su tono acusatorio hace que deje de parecerme atractivo el momento. Ni que fuera mi madre para hablarme de esa forma.

—Y estaba con él —¿por qué parece molestarle el hecho de que no estuviera donde se supone que debía estar?

Retrocede y me mira confundida.

—No comprendo.

Intento explicarle lo que ocurrió.

—Anoche discutí con Bao —empiezo, pero hay algo que me detiene. Sí, puede que Bao me haya dejado claro su enojo y entiendo que fue mi error querer volver a sacar el tema cuando él no se sentía seguro al respecto. Nunca me dijo algo sobre eso, pero tampoco me dio señales. ¿O sí? No, es imposible que las haya dado. Es mi mejor amigo, pero en ese momento lo sentí como un completo extraño porque, si fuéramos mejores amigos, me lo habría dicho, ¿o no? Habría dicho algo sobre el tema. Sin embargo, no lo hizo, y ahora me culpa a mí por no saberlo cuando fue él quien no me dio ningún motivo para pensar diferente. Entiendo que debe ser algo importante para él, pero si nunca tuvo la confianza suficiente para decirme, ¿qué esperaba que hiciera? Y lo peor de todo, ¿por qué reaccionar así?

No responde, simplemente me mira fijamente, intentando asimilar lo que acabo de contarle, aunque haya sido lo más simple del

mundo.

—Así que pasaste la noche aquí —murmura en una afirmación.

—Bueno, no realmente.

—¿A qué te refieres?

Por la forma en que lo dice, suena más preocupada que molesta. Entonces no sé si contarle lo que realmente pasó sea una buena idea.

—No es nada —le digo, restándole importancia, con la esperanza de que deje el tema por la paz—. Solo…

Pero me detengo, confío en ella, pero ya me abrí una vez con quien pensé que nunca me dejaría. ¿Qué me asegura que ella no haría lo mismo?

—No pasó nada —suelto, finalmente, en un suspiro.

Puedo notar en su expresión que no cree lo que le digo, pero sé que es lo suficientemente lista como para entender que no quiero hablar más del asunto, así que damos por sentado el tema y no lo volvemos a tocar. Pero, antes, pasa con delicadeza sus dedos sobre mi rostro, específicamente en el punto donde tengo la marca. Sé que no puede verse ya, pero no puedo evitar estremecerme ante su tacto en un lugar que, al menos para mí, está prohibido.

Rose se queda conmigo el resto de la mañana y parte de la tarde. Hablamos de cosas sin sentido y tratamos de pasar un buen rato, ignorando el desastre que soy. Incluso en un momento la invito a subir al segundo piso y estamos un rato en la pequeña estancia, en lugar de quedarnos todo el día en la tienda. Vemos televisión sin prestarle mucha atención, es más como un ruido de fondo.

No hablamos en ningún momento de lo que ocurrió anoche. Ni yo saco el tema y ella tampoco parece dispuesta a hacerlo. No sé qué signifique eso para nosotros y nuestra relación, si es que hay alguna relación de por medio. Pero, si en estos precisos instantes estamos pasando un día agradable en compañía del otro, no pienso arriesgar esta felicidad momentánea por querer callar lo que mi corazón está gritando y ansiando por saber.

Pasado el mediodía, Rose tiene que irse, no sin antes prometerme que regresará. Tal vez sea una realidad muy poco fiable, pero pienso que sí disfruta de mi compañía tanto como yo de la suya. Cuando se

va, me deja un vacío en el pecho que no sabría decir si es posible llenar con algo, porque ese vacío necesita a alguien. A quien sea. Sin embargo, toda mi casa ahora está llena de fantasmas y lo único que sigue respirando aquí soy yo. Si bien el tiempo al lado de Rose parece detenerse por completo, la realidad me llega de golpe, como si intentara recuperar todo el tiempo que ha pasado.

Estoy terminando de lavar mis heridas lo mejor que puedo, pero parece que los golpes acentuaron la marca sobre mi ojo. El cruel recordatorio de que, gracias a lo que soy, he llegado a este punto. Pero, si nunca hubiera aparecido esto, ¿Rose habría entrado en mi vida? Puede que sea una broma cruel de los dioses, pero si ese fue el precio, puedo dejar de odiarme por solo un momento y sonreír. Porque Rose está conmigo. Solo espero que nunca se vaya de aquí.

Todas las emociones de las últimas horas hacen que sienta el estómago lleno, pero sé que necesito comer. Me estoy dirigiendo a la cocina cuando, a lo lejos, escucho que tocan a la puerta. De mala gana avanzo hacia la entrada, pero cuando estoy pisando el último escalón, me doy cuenta de que aquellos golpes no vienen de ahí.

Abro la puerta trasera y la pequeña criatura que me estuvo atormentando en la mañana me observa con los brazos cruzados y una cara bastante arrugada.

—Eso fue muy grosero, muchacho —dice, elevándose hasta quedar a la altura de mi cara y señalándome con un dedo acusador —. Tu abuelo estaría muy decepcionado de ti.

Y vaya que lo estaría. Pero, si ya soy una decepción, no tengo otra cosa más que aferrarme a mi papel.

—¿Qué es lo que necesita? —le pregunto de la forma más calmada, intentando no perder los estribos. Sin embargo, en lugar de responderme, simplemente pasea su mirada entre mi rostro y la puerta que da hacia la tienda. Una vez. Dos veces.

A la tercera vez, vuelve a hablar, sin contestar realmente mi pregunta.

—Es una chica linda.

Lo sé, pero no respondo porque, ¿quién se cree que es para estarme espiando?

Pasan unos segundos en los que ninguno de los dos dice nada, así que la criatura decide hacerlo.

—¿Cómo se llama?

Suena con una curiosidad verdadera, por lo que decido dejar de lado que es una completa desconocida. Tal vez eso es lo que ella quiere, un poco de compañía para hablar. Y la verdad es que a mí tampoco me vendría del todo mal.

—Rose —le respondo.

Suelta lo que parece ser un quejido, deja de mirar la puerta y regresa la mirada a mí.

—No es un nombre muy usual que digamos.

Mientras lo dice, podría jurar que hace una mueca similar a una sonrisa, pero con tantos pliegues en su cara me es imposible asegurarlo por completo.

Sé que no es un nombre común, además de que sigue insistiéndole a todos, a pesar de vivir tantos años por aquí, que se le llame al revés: primero el nombre de pila y luego el apellido. Como si el hecho de no vivir con sus padres no le permitiera honrarlos como se debe. No es común, pero no habría mejor forma de nombrarla.

—Sí, le queda el nombre —me responde como si me leyera la mente—. Una rosa.

Ninguno de los dos dice nada durante un momento, sin embargo, ya no se siente tan incómodo como antes. Al menos hasta que vuelve a hablar.

—Muchacho, debes tener cuidado con lo que haces —mientras lo dice, veo cómo se posa sobre una mesa, como si estar flotando le hubiera agotado la energía por completo—. No puedes estar aquí tú solo.

Entonces supongo que ser cordial y amable no está funcionando tan bien como pensaba, así que, si quiere andar con sermones, tendrá que aguantarse que yo también dé mi opinión.

—No estoy solo porque quiera —digo sin voltear a verla.

—Muchacho… —comienza a decir, pero la interrumpo.

—¡No! —ahora sí dirijo mi atención hacia ella—. ¿Cree que estoy así por voluntad propia? Usted no sabe nada, ¡nada!

Su reacción parece más bien indiferente, pues se queda en silencio y me observa con calma, mientras yo, con la respiración agitada, no aparto la mirada. Ya estoy cansado de que me digan qué hacer y qué no, de si hago algo bien o si hago algo mal. En las últimas semanas he perdido a todas las personas importantes en mi vida, todo por cumplir un estúpido rol que yo nunca quise tomar. ¿Ser una criatura inmortalizada en la vida y la magia? Suena increíble, pero no lo es cuando esa maldita criatura termina convirtiéndose en toda tu vida y hace que pierdas todo el control sobre ella. Mis decisiones no son mías, mis actos nunca han sido míos, nunca pude tener una vida normal, nunca pude vivir lo mismo que los demás, todo por estar cumpliendo un papel que yo no quise tomar, pero no tuve opción. ¿Y para qué? ¿Para perderlo todo de la noche a la mañana? ¿Perder a mi familia, a mis amigos? A mi único amigo.

—Feiyu —dice en lo que parece un susurro. Me doy cuenta de que, en algún momento, agaché la mirada. Ahora que la levanto, se me nubla la vista y puedo sentir algo escurrir de mis ojos—. Escucha. No está mal sentir demasiado, pero si sigues sintiendo tantas cosas y únicamente las reprimes, nada bueno saldrá de ahí.

En lugar de responder a eso, me limito a preguntar:

—¿Cómo sabe mi nombre?

Con un gesto, me pide que me acerque a su nivel, así que me pongo de rodillas frente a ella, como si fuera una figura divina a la que tuviera que otorgar mis plegarias. Pero no me consuela lo que me dice.

—Están pasando muchas cosas que todavía no comprendes, muchacho. Eres mucho más importante de lo que crees —estoy a punto de responder, pero alza una mano para impedírmelo—. Lo sé, lo sé. Sé que no eres quien tú quisieras, pero eso en realidad no importa ahora, ¿sabes? Podrás no querer cargar con esto —señala de forma acusatoria la marca sobre mi ojo—, ¡pero esa es tu condena!

No le respondo, a la espera de que diga algo más. Algo que, al menos, tenga sentido.

—Feiyu —continúa, pero esta vez su tono es más severo, menos dulce y más sarcástico—, tu madre no debió ser una mujer muy sabia. Tú no lo eres tampoco. Lo que eres, es un cobarde.

Es entonces que me pongo de pie y le pido que se marche. No estoy dispuesto a escuchar que alguien, a quien ni siquiera conozco, venga directamente a mi casa para insultarme a mí y a mi madre.

—No —niega mientras vuelve a tomar vuelo—. Yo ya escuché tus palabras, ahora escucha tú las mías.

Por alguna extraña razón, y en contra de mi voluntad, me vuelvo a encontrar de rodillas sobre el suelo. Solo que esta vez ya no la veo directamente a los ojos, sino que alzo la mirada para poder mirarla a lo alto.

—¿Crees saber todo lo necesario para asumir el control? ¿Crees que unos simples libros te ayudarán a entender todo lo que conlleva ser lo que eres? Ni siquiera viviste donde se suponía que tendría que estar —de repente, vuelvo a tenerla demasiado cerca de mí—. Y no sabes lo que eso ocasionó.

Trago saliva, podrá ser una criatura muy pequeña, pero estoy sintiéndome amenazado por ella. No me arriesgo a decir nada, quizá la haya molestado lo suficiente como para que me suelte un golpe.

La criatura se aleja lentamente y se sitúa de espaldas a la puerta, dispuesta a tener la última palabra antes de irse.

—Las cosas no son como tú crees, Feiyu. Y es hora de que te decidas de una vez. ¿Cumplirás con lo que eres? —hace una pequeña pausa antes de seguir—. ¿O también los abandonarás a todos, como tu abuelo?

No logro dimensionar lo que está diciendo ni lo que está pasando, pero estoy seguro de que sabe más cosas de las que me atrevería a imaginar. Y, tal vez, no me guste lo que tenga que decirme.

Veo a la criatura abrir la puerta y disponerse a salir, pero decido interceptarla antes de que se vaya.

—¿Qué eres? —le pregunto, alzando más la voz para intentar ocultar el temblor en mis palabras, aunque no estoy seguro de que haya funcionado.

Sin embargo, la criatura no responde. Únicamente se limita a desaparecer a través del marco, dejando tras de sí un leve tintineo,

como unas campanas golpeadas por el viento. No tiene caso intentar seguirla, sé que ya desapareció.

Entrada la noche, sigo pensando en lo que pasó esta tarde. Hay algo que no termino de entender. Sí, me dijo que todo lo que he aprendido por años es básicamente inútil, pero en toda mi vida nunca había escuchado de una criatura como ella. ¿Qué es lo que pasó cuando el abuelo decidió vivir en esta tierra?

Capítulo XVII

OTRA SOMBRA EN LA NOCHE

Ha pasado un par de semanas desde la fiesta. En todos estos días, Bao ha ignorado por completo mi existencia. Ya no me visita, tampoco pasa tiempo conmigo en la escuela. Es como si nunca hubiéramos sido amigos. Estoy seguro de que las personas lo notan, es bastante obvio cuando los chicos solitarios se convierten en desconocidos el uno para el otro. La única que no me ha dejado completamente solo es Rose. Pese a ser de grados diferentes, busca la forma en que podamos pasar un rato juntos. Me hace sentir parte de su grupo, que es mucho más grande de lo que hubiera pensado. Y, no quiero ilusionarme, pero incluso podría decir que actuamos como si fuéramos más que amigos.

Me gustaría poder hablar de esto con Bao, pero al ver las miradas que me lanza cuando piensa que no lo veo, es suficiente para querer quedarme callado.

Los días pasan con relativa tranquilidad, no ha habido más visitas inesperadas en la tienda ni tampoco agresiones por enmascarados en medio de la noche. Sin embargo, hay algo que la criatura dijo que no logro sacarme de la cabeza. Y no solo lo que dijo, sino lo que es. Un hada.

Un hada. Algo básicamente imposible y que no creería de no ser porque estuve junto a ella. Por eso no lograba identificarla en su momento, porque no existen. Al menos, no deberían. Llevo días

buscando en todos los registros y en ninguno se menciona la existencia de las hadas ni su convivencia entre nosotros. Pero, si no existen, ¿por qué apareció una? Y, lo más intrigante de todo, ¿cómo supo quién soy?

Creí que todo lo que sabía era la única verdad y que las cosas seguían su ritmo más allá de lo que pasara conmigo, pero no. Pensaba que todo se había calmado cuando el abuelo decidió traernos a vivir aquí arriba, que todo estaba, de alguna extraña manera, en pausa. Pero desde esa primera visita al Long Men algo no cuadró, no éramos los héroes que el abuelo prometía que seríamos para los demás.

¿Qué fue lo que hizo mi abuelo? ¿Por qué parece que hay más de un enemigo allá afuera?

La semana está por terminar, pero esta es diferente. Bao no asistió a la escuela ningún día y los profesores actuaron como si su ausencia fuera irrelevante. Llamé a su casa varias veces, pero tampoco obtuve respuesta. No es la primera vez que Bao se va por algunos días, ya que por lo regular acompaña a su familia a viajes importantes o suele tener esas "vacaciones inesperadas" de las que la gente rica se suele quejar, sin darse cuenta de lo afortunados que son.

Al terminar las clases, Rose me comenta que tiene que acompañar a su tío lejos por una salida de negocios y que, quizá, no regrese sino hasta dentro de dos o tres semanas, así que no tengo otra alternativa que pasar completamente solo el fin de semana. Justo cuando me estaba comenzando a acostumbrar a la presencia constante de Rose en mi vida, tengo que regresar al vacío y a mi soledad. Sin embargo, tengo dos opciones: hundirme en mis propios pensamientos o buscar respuestas. Porque sé que hay algo que no está bien, algo que nadie se molestó en comentarme, pero que estoy dispuesto a averiguar.

Paso toda la tarde indagando sobre la presencia de hadas en el Long Men y sus alrededores, pero no encuentro absolutamente nada. Tal como sabía, su existencia no puede ser posible. Sin embargo, tampoco es una idea del todo descabellada. Resulta que

las hadas se presentan más en un caso hipotético para intentar explicar algunas disciplinas o incluso mostrar su relación con la naturaleza. Sin embargo, su forma es lo que no termina de hacerme sentido. Las hadas más "reales" que encontré son más bien espíritus, seres incorpóreos y, en caso de verlos mediante una manifestación física, no están muy alejados de los humanos. Pero esa cosa que estuvo aquí conmigo, bajo el mismo techo, no cumple para nada con esa característica física. Además, ¿qué clase de criatura desaparece mediante el sonido de unas campanas?

Desgraciadamente, me quedo sin muchas opciones para seguir investigando. Los libros que tengo en casa son muy limitados en cuanto a esos temas y no es que haya una excelente calidad de internet por aquí, así que tengo que salir a buscar información a la biblioteca.

Aunque realmente preferiría quedarme en casa, la biblioteca está muy cerca de donde vive Bao, así que incluso podría ser una excusa para visitarlo y saber el motivo de su ausencia. Tal vez, al verlo en su casa, no tenga otra opción más que aceptar hablar conmigo.

Estoy a punto de salir cuando un siento un ligero escalofrío recorrerme la espalda. Intento adjudicarlo a los nervios de ver a mi mejor amigo una vez más después de aquella noche que terminó en desgracia y restarle por completo importancia, pero justo cuando estoy cruzando la puerta para salir a la calle, escucho como si alguien me llamara. Es imposible. Hasta donde sé, el único que vive aquí soy yo, a menos que haya estado cuidando a una familia que huye del peligro, como los judíos con los alemanes, pero creo que para nada es el caso.

Sin embargo, y pese a no tener manera de demostrarlo, estoy casi seguro de que alguien me nombró, como si se me advirtiera que no es buena idea salir de casa en este momento. Pero no puedo quedarme aquí sin saber qué es lo que está pasando y en qué problemas nos metió el abuelo intentando alcanzar un bien mayor. Necesito respuestas y no regresaré a casa hasta haberlas conseguido.

Quizá hasta puede ser que regrese a casa con mi mejor amigo. Sea como sea, tengo mucho que hacer esta noche y no puedo

permitir que la paranoia me lo impida.

La paranoia no me detuvo, pero, por desgracia, la distancia sí. Para cuando llegué a la biblioteca, no quedaban más que unos pocos minutos antes de que cerraran las puertas al público. ¿Por qué deben ponerle un horario a un lugar así? ¿Que no saben que el conocimiento nunca duerme? Al parecer, para ellos sí. Así que la primera misión del día resultó por completo fallida. Ahora tengo un segundo objetivo: recuperar a mi amigo.

Camino más despacio de lo normal para llegar a casa de Bao. No sé qué es lo que vaya a suceder, pero supongo que mantener el optimismo debe ser una de las mejores maneras de evitar caer en un círculo caótico dentro de mi propia mente. Además, acercarme lentamente hasta su casa me da tiempo de pensar mejor qué voy a decirle. No sé qué les haya contado a sus padres o si acaso les contó algo, pero me gustaría pensar que al menos ellos sí notaron mi ausencia. Digo, no es por sentirme la persona más importante y que toda su vida gire en torno a mí, pero creo que tantos años de amistad harían que se note cuando algo no está bien, ¿no es así?

Cuando me encuentro cerca de su casa, me acobardo de último momento y espero sentado en la acera antes de llamar a la puerta. No sé qué es lo que me detiene, pero de repente tengo miedo de lo que pueda ocurrir. Bao es mi mejor amigo. Mi único amigo. Y estas últimas semanas sin él han sido horribles. No sé dónde está mi familia, ¿por qué tengo que perderlo a él también?

¿Le gustan los chicos? Qué más da, nunca lo hubiera juzgado por ello. Me duele que no me lo haya dicho, pero su amistad me importa más que una estúpida discusión y estoy completamente dispuesto a dejar todo de lado y comenzar de nuevo, si eso significa que volveremos a estar juntos como antes. Así que me pongo de pie y toco a su puerta.

Hasta este momento no me había dado cuenta de que las luces de la casa estaban todas apagadas. Pero, en cuanto toco, veo cómo una de las ventanas se ilumina en su interior. Espero unos instantes a que el intercomunicador suene y pregunten por mí, pero no ocurre. En cambio, la ventana deja de estar iluminada y la casa

vuelve a sumergirse en completa oscuridad, como si no hubiera nadie en ella cuando yo mismo acabo de ver que la casa no está vacía. Así que vuelvo a llamar. Dos. Tres. Cuatro veces, esperando cada vez más entre cada toque para poder volver a llamar, pero nadie contesta.

No estoy dispuesto a rendirme tan fácil, ya estoy aquí y sé que Bao está en casa, así que no me iré hasta que salga a darme la cara y arreglemos esto de una buena vez. Sin embargo, conforme pasan los minutos, y estos se convierten en horas, creo que no soy del todo bienvenido en esta casa. No más, al parecer.

La noche está más pronunciada, por lo que decido que es mejor regresar a casa y volver a intentarlo mañana.

Cuando me alejo de la casa de Bao, no puedo evitar echar un último vistazo. En definitiva, no fue una de mis mejores ideas, porque puedo ver que, otra vez, hay una luz saliendo a través de la ventana. A diferencia de antes, ahora noto una silueta dibujada perfectamente contra ella, mirando hacia donde estoy. Quisiera negarlo, pero siento cómo el corazón se me estrella dentro del pecho en mil pedazos. Resignado, continúo con mi camino en medio de la noche, esta vez sin importarme mirar atrás.

El regreso a mi casa no es muy rápido, pero lo tomo con calma. Al final de cuentas, no hay nadie esperándome. Las calles están muy tranquilas y, sin darme cuenta, tomo un camino que me parece bastante familiar, pese a que nunca he puesto un pie aquí. Así que avanzo y, cada vez más cerca, veo una casa que podría conocer de otra vida, pero en la que jamás he estado. Es la de Rose.

Comienzo a reducir mis pasos. Entre más me acerco, siento que algo no está bien. Rose y su tío no están en casa. Y, hasta donde sé, no viven con ningún otro familiar. A no ser que sean de esas familias que contratan a personas para que cuiden su casa cuando los dueños no están, no tiene ningún sentido que todas las luces estén prendidas.

Dudo entre acercarme más o seguir mi camino, no sé cuál será la decisión más prudente, pero no termino por decidirme cuando algo más lo hace por mí. Todas las luces de la casa se apagan al mismo tiempo y, en menos de un minuto, una silueta sale por la puerta

principal, la cual no tarda en convertirse en una sombra más de la noche que se aleja de la casa ahora vacía.

Sin embargo, esa sombra no me es ajena. Podría reconocerla incluso en la noche más oscura.

Sin esperar un segundo más, vuelvo a tomar el ritmo y me apresuro para seguir a Rose en medio de la oscuridad.

Capítulo XVIII
LA MARCA

Está caminando sola, parece como si aún no se hubiera dado cuenta de que voy detrás de ella. ¿Será prudente llamar su atención?

No, comienza a caminar más rápido. Algo me dice que no quiere que otra persona la siga. Pero ¿por qué? Nos alejamos cada vez más de su casa, por lo que no parece tener intenciones de estar buscando a algún familiar o algo. Sin embargo, eso no explica del todo por qué su casa está vacía, no tiene ningún sentido. ¿No se supone que se iba a ir con su tío y no regresarían sino hasta después? Y si su tío se fue sin ella, ¿quién en su sano juicio dejaría a una adolescente tan popular en una casa sin supervisión de algún adulto por más de dos semanas? Si mi abuelo estuviera aquí, estoy seguro de que no dejaría pasar por alto el estilo de crianza que el tío de Rose tiene con su sobrina. Por más que no sea su hija, aún es una niña. No tendría ningún motivo para estar sola en casa y menos aún estar dando vueltas tan lejos de ella.

Me ensimismo en mis pensamientos y me doy cuenta de que la perdí de vista. No puedo permitir que esté por aquí sola, mucho menos en medio de la noche. No vivimos en una ciudad insegura, pero tampoco puede considerarse la ciudad más pacífica de toda China. No, no puedo dejarla sola.

Me doy prisa para intentar averiguar el camino que tomó, pero las calles son muy confusas, además de que no sé exactamente si estoy

subiendo o bajando. Comienzo a preocuparme y empiezo a correr. Estoy a punto de darme por vencido, cuando se me ocurre buscar a algún policía que pueda ayudarme a encontrarla. Sé que no está desaparecida, pero que camine sola en medio de la noche cuando, claramente, tendría que estar en casa, no me parece la opción más segura. A lo lejos veo a un policía y me dispongo a acercarme para pedirle ayuda cuando, por el rabillo del ojo, la veo. Un destello rubio en medio de la noche.

Cada vez avanza más rápido, como si supiera que alguien la sigue o como si no quisiera llegar tarde. Pero ¿a dónde?

Aprieto el paso y me vuelvo a encontrar detrás de ella, a una distancia suficiente para no perderla de vista, pero tampoco tan cerca como para que note mi presencia. Hay algo familiar en este lugar, solo que no logro distinguir exactamente qué es. Sé que he estado aquí antes, aunque no sé cuándo ni por qué.

Veo a Rose avanzar, pero hay algo que todavía no tiene sentido. Está caminando como si ocultara algo, aunque la verdad no entiendo qué puede mantener en secreto. Sí, el tema de su familia fue básicamente un secreto, pero no es como si hubiéramos sido cercanos antes de que me contara la verdad; nosotros solo habíamos asumido una versión de la historia que resultaba no ser cierta. Fuera de eso, no hay razón alguna para que Rose esté ocultando algo. ¿O sí?

Quizá tenga un *sugar daddy*, o algo peor. ¿Y si tiene novio? No, Rose sería incapaz de hacer algo así. Digo, no es que seamos pareja o algo por el estilo, pero claramente estamos en un punto en el que somos más que amigos, y los amigos no se dicen mentiras entre sí.

Nos adentramos por un callejón oscuro. Rose se acerca a la pared cerca del fondo para abrir una puerta que está completamente oculta en la oscuridad de la noche. Me apresuro antes de que la puerta se cierre y me hago un espacio para entrar sin ser visto. Una vez dentro, me doy cuenta de dónde estoy y por qué este lugar me parecía tan familiar. A lo lejos alcanzo a escuchar el agua chocar contra la tierra.

Estamos en el teatro abandonado.

Intento aclarar mis ideas y encontrarle algún sentido lógico a lo que sea que estemos haciendo aquí cuando oigo ruido dentro del teatro.

No, ruido no. Voces.

Trato de acercarme a la fuente del sonido para distinguir las palabras, pero se oyen amortiguadas, como si alguien con la boca cubierta estuviera hablando.

En esta ocasión, la entrada al teatro fue tras bambalinas, por lo que no tardo en distinguir la luz en el escenario. Me acerco lo más que puedo y finalmente los veo. Rose está parada frente a un hombre de negro que ya había visto antes. El mismo hombre que hace no mucho tiempo entró a mi casa en medio de la noche y, a partir de eso, toda mi vida se vino cuesta abajo.

Pero no entiendo qué tiene que hacer Rose con él.

—¿Y bien? —pregunta el hombre de negro, continuando una conversación que claramente no pude seguir a tiempo.

—No es él —responde Rose de forma tajante y con un tono que jamás le había escuchado. Suena muy agresiva, no sé si me gusta o me asusta saber que alguien como ella puede cargar con tanto enojo en su interior.

El hombre emite un gruñido de frustración y comienza a caminar alrededor del escenario. De inmediato me escondo para evitar ser visto. Puede que Rose no sepa con quién se está enfrentando, pero si él me ve aquí, estoy completamente seguro de que no dudará en matarme.

—Se nos acaba el tiempo —dice, arrastrando las palabras.

—¿Y crees que no lo sé? —responde Rose a la defensiva. Puedo escuchar cómo sus pies se mueven y también camina por el escenario—. Sé todo lo que está en juego, pero te repito: *no es él*.

Esto último lo dice con menor intensidad, pero detecto cierto dolor en sus palabras.

Logro percibir un movimiento en seco y reconozco que el hombre se ha detenido.

—¡Eso no lo sabes! —grita.

Para mi sorpresa, Rose le responde también con un grito.

—¡Sí lo sé! —sin embargo, el grito se transforma en una súplica—. ¿Crees que no soy lo suficientemente capaz para distinguir una amenaza? ¿No crees que hubiera reaccionado ante la pérdida de su familia? Él no es tu maldito dragón.

¿Qué?

No creo haber escuchado bien. Creo que el miedo y el frío de la noche deben estar jugando en mi contra. ¿Acaso están hablando de mí?

Se vuelven a escuchar pasos y asumo que el hombre retoma su andar.

—Tiene en su rostro la marca del Tianlong. Estás ciega si no puedes verla, ese *muchacho* te ha estado mintiendo.

Rose respira con pesadez. Contengo el aliento porque, por más que odie admitirlo, el hombre tiene razón. Le he estado mintiendo todo este tiempo, pero solo sobre esto. No he ocultado ninguna otra parte ni alterado la verdad. Ya no. No a ella. No podría lastimarla de esa forma. He esperado toda mi vida para ser como una persona normal y con ella finalmente me siento como un adolescente común. Sin una responsabilidad sobre mis hombros ni con la obligación de salvar a un mundo que parece odiar a mi familia. Podré ser un mentiroso con los demás, ocultando mi verdadero rostro, pero no con Rose.

Aunque, ahora que lo pienso, no le he dicho una mentira a ella desde que regresé del Long Men. El fuego hizo que la marca pasara desapercibida para los humanos, pero Rose ha sido la única que puede verla todavía. Pensaba que simplemente recordaba la cicatriz porque fue así que me conoció, pero ¿y si en realidad la ha visto todo este tiempo?

—Yo también estoy marcada —replica Rose, de nuevo con furia, pero soy capaz de distinguir el nudo en su garganta y el dolor en sus palabras—. ¿No lo recuerdas?

Salgo con lentitud de mi escondite para poder ver mejor qué está ocurriendo entre ellos dos y los veo parados frente a frente. Rose, con la mano puesta sobre su hombro opuesto, como si estuviera sintiendo un profundo dolor y necesitara el peso de su mano para calmarlo.

Pero el hombre hace algo que no me esperaba. Toma a Rose con fuerza y le desgarra el suéter por completo, dejando su hombro expuesto y a una Rose intentando con todo empeño mantener su ropa puesta. Sé que no debería estar viendo esto, pero en cuanto su hombro queda visible, entiendo a lo que se refería. Sobre él, cubriendo gran parte de su espalda, ella tiene una cicatriz con la forma de un dragón.

Comienza a sollozar ante la vergüenza de quedar expuesta de esa manera, cuando él habla con frialdad.

—¿Esto? No eres digna de llamarte cazadora.

Suelta el pedazo de tela que todavía sostiene en la mano y le da un fuerte empujón a Rose, tirándola al suelo entre sollozos. Me levanto por instinto para correr hacia ella, pero me detengo en el último momento. No puedo hacer eso, se supone que no debería estar aquí.

Escucho los lamentos de Rose y me maldigo por dentro por no poder hacer nada por ella. Soy un cobarde, prefiero que me gane el miedo a que me maten antes que correr a ayudar a la chica que amo.

Sin embargo, estoy tan concentrado en mi duelo interno que apenas termino de procesar lo que estoy escuchando: *cazadora*.

Y entonces lo recuerdo. Aquella primera vez, cuando un grupo de personas entró a mi casa a buscarme, quien me mantuvo escondido no era un chico como yo pensaba, sino ella.

Sin embargo, sigue sin tener ningún sentido, ¿cómo es que Rose, la misma Rose con la que he pasado los últimos días, haya estado ocultando algo tan grande? Y, por más insólito que suene, eso no es lo que más me sorprende ahora. No. Lo que de verdad no logro concebir es que, desde el primer momento en que nos vimos, Rose ya me conocía. Ya sabía quién era yo. Y nunca tuvo la intención de decírmelo. ¿Acaso algo de lo que pasamos juntos habrá sido real? Sé que para mí lo fue, pero ¿para ella habrá sido igual? ¿O únicamente era parte de su plan para atrapar al dragón? Para atraparme a mí.

—Soy una cazadora —dice Rose, apretando los dientes mientras habla.

El hombre suelta una risa profunda y carente de alegría que me hiela hasta los huesos.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Sin embargo, es la respuesta de Rose lo que me congela por completo.

—Porque yo misma encontraré al Tianlong. Y cuando lo haga, lo mataré.

No puede ser posible. Rose, la Rose por la que daría todo sin pensarlo dos veces, ¿está intentando… matarme?

De repente siento que mi vista se nubla y me es imposible respirar. Necesito aire. Camino hacia atrás sin darme cuenta, intentando procesar todo lo que acabo de escuchar. No hay forma de equivocarme, pero si Rose está segura de que yo no soy el Tianlong, eso debe ser una buena señal, ¿o no? Ya no tengo manera de saber con certeza sus intenciones. Ella lo sabía. Rose sabía quién era yo. ¿Por qué nunca me lo dijo? O, más bien, ¿por qué no me di cuenta antes? La familiaridad de su tacto, de su mirada. Todo me parecía tan cercano, pero no era porque fuera una perfecta coincidencia, no, sino que ya nos habíamos visto y tocado antes. Solo que yo no lo sabía. ¿Cómo pude ser tan tonto?

¿Cómo pude creer lo que me dijo? Claramente, la primera vez que chocamos fuera de mi casa no fue una casualidad, sino algo planeado. Rose estaba buscando algo. Me estaba buscando a mí. Pero dudo que mi apariencia fuera como se imaginaba al último portador de un dragón ancestral. No la juzgo por eso, yo tampoco pensaría en mí si alguien me pidiera imaginar a un ser con cientos de años de antigüedad. De cualquier manera, ¿Rose?

La habitación se siente más y más caliente, pero no sé si es por un ataque de ansiedad o si realmente la temperatura está subiendo.

No puedo pensar, el aire se escapa de mis pulmones y siento mi corazón palpitar con más y más fuerza. Hay algo caliente que escurre por mi rostro. Levanto la mano y las siento. Lágrimas. Estoy llorando.

Comienzo a hiperventilar, necesito salir de aquí lo más pronto posible antes de que descubran que aquello que tantas ganas tienen de matar está a tan solo unos metros de ellos.

Entre más avanzo sobre mis pasos, más me doy cuenta de que no soy yo el que está sintiendo calor. Es el teatro el que está más caliente. Doy media vuelta y veo la razón. Al fondo, cerca de donde debería estar la puerta por la que hace unos momentos entramos, se encuentra un muro de fuego.

Feiyu.

Escucho. Miro a mi alrededor intentando encontrar a quien me habla y pedirle que se calle antes de que alguien nos escuche.

Feiyu.

No encuentro a nadie, pero, al ver el fuego, siento como si me estuviera hablando, incitándome a acercarme y terminar hecho polvo.

Acércate.

Como si supiera lo que estaba pensando, me acerco lentamente al fuego, conteniendo la respiración. A diferencia de las otras ocasiones en que he tenido que interactuar con alguna clase de fuego, este parece más real, pues, entre más me aproximo, más caliente lo siento. Sé que, si me acerco más, habrá algún daño irreparable.

No temas.

¿Quién carajos me está hablando? No hay nadie más aquí, y a lo lejos continúo escuchando la conversación entre Rose y aquel hombre, completamente indiferentes a lo que está pasando aquí.

Controlo mi respiración y hago lo que la voz me indica.

Crúzalo.

Mentiría si dijera que me siento la persona más valiente y segura en ese momento, pero cuando tienes que elegir entre hacerle caso a una voz misteriosa en tu cabeza o ver cómo tu novia no oficial intenta asesinarte a sangre fría, creo que la opción más segura es bastante obvia.

Son solo unos pocos pasos los que me separan de una muerte asegurada, pero al menos bajo mis propios términos.

Inhalo, con la seguridad de que el final está cerca, y cruzo el umbral en llamas.



SEGUNDA PARTE

EL DRAGÓN

El sol aparece. Un lugar donde quedarse aún no surge.
De aquí para después, las cosas irán mal.
Se acurrucan en la cama, sin rezar.
No atienden a la luz que irrumpe,
brutalmente, al poco tiempo, y duermen
con leves sonrisas
como si estuvieran muertos.

Fragmento de *Cohabitando*, de Duo Duo.

Capítulo XIX
EL ENGAÑO

Rose

Han pasado más de tres meses desde que conocí a Feiyu afuera de su casa.

Más de tres meses desde ese día, y no hay momento en el que no me parta el alma saber que hay algo que me oculta.

Me dicen que él es el Tianlong, pero estoy completamente segura de que no puede ser él. Sería una broma demasiado cruel de los dioses haber ocasionado algo así. De lo que sí estoy segura es de que Feiyu es parte del mundo oculto. Eso sí no hay forma de negarlo.

Durante años se me ha dicho que mi único propósito en esta vida es matar al Tianlong, solo así podría llevar una vida normal. Podría incluso formar una familia.

Podría estar con Feiyu.

Me parece increíble conocer a alguien en circunstancias en las que la vida parece estar aferrada a que no haya posibilidad alguna de estar juntos, pero el corazón decide que quiere justamente lo contrario.

Toda la vida me han enseñado que tengo que anteponer la razón a mis sentimientos, pero creo que puede haber un punto medio entre ambas cosas, para poder tener una vida tranquila, en la que pueda tomar mis propias decisiones. Una vida en la que estar con Feiyu no represente un problema.

En tan poco tiempo, se convirtió en la única persona con quien puedo sentirme realmente en paz y sé que esta falta de información puede ser considerada como una mentira, como una traición, pero tengo la esperanza de que, una vez que todo termine, podremos mirarnos a los ojos y reconocer todo el uno del otro. No más mentiras, no más secretos.

Me encuentro en el suelo del escenario, intentando contener toda la humillación del momento. He pasado muchas situaciones por alto con respecto al cazador y su creencia de las jerarquías, pero hay instantes en los que debo admitir que este sujeto está completamente desquiciado.

Solo que, hasta el día de hoy, jamás me había lastimado físicamente. No de esta forma.

Puedo sentir mi cara enrojecer de la vergüenza a la par que noto algo caliente escurrir por mis mejillas. No le daré el gusto de hacerme llorar. No le daré el gusto de verme llorar.

—Yo misma mataré al Tianlong cuando lo encuentre —vuelvo a decirle. No sé qué clase de respuesta estoy esperando, pero cuando el cazador se voltea de nuevo hacia donde estoy, puedo sentir una gota viscosa escurrir sobre mi cara, proveniente de su boca.

Me limpio su saliva con el dorso de la mano, asqueada ante la vulgaridad de sus acciones.

—Ni siquiera puedes separar lo que sientes por el niño.

Y es la forma en que lo dice. *Niño*. Como si nadie más que él fuera digno de ser considerado valioso, o una amenaza.

—Di lo que quieras, pero él no es a quien estás buscando.

Antes de que me dé cuenta, me toma por los brazos y me levanta en el aire con fuerza. El dolor de su agarre es tanto que me sorprende no desmayarme en el acto. El cazador me sacude

mientras siento su fétido aliento sobre mi rostro. Cierro los ojos con fuerza.

—¡Todo esto es culpa tuya!

Cuando termina de decirlo, vuelve a arrojarme al piso y siento que mi piel, cada vez más descubierta, se raspa contra el frío suelo del escenario.

—Tuvieron que pasar dieciocho años para que nacieras. Dieciocho años de incertidumbre para que, finalmente, tu patética madre engendrara a la deshonra en la que te convertiste.

Sin querer hacerlo, empiezo a sollozar. No porque tenga razón, sino porque me duele saber que eso es lo que piensa de mí. Y no solo él, todos piensan lo mismo. Nunca he sido lo suficientemente buena para nadie en el mundo oculto y la tierra humana es el único lugar donde puedo, al menos por un tiempo, fingir que hay gente a la que le importo. Que se alegra por mi existencia. Y el hecho de estar escuchando esas palabras, en el único espacio que se supone debe ser un lugar seguro para mí, me destroza en mil pedazos.

—Feiyu *no es el dragón* —replico nuevamente, ahogándome con mi propia respiración—. *No lo es.*

Ya no sé qué más necesita para demostrarle que es imposible que él sea el dragón.

Me levanto lentamente, con la poca fuerza que me queda para hacerle cara.

—Él no es el dragón y te lo demostraré.

No me regresa la mirada, ni siquiera sé si me está prestando atención, solo puedo ver sus hombros subir y bajar con pesadez al ritmo de su respiración. Tengo que usar esta quietud para decirle la verdad sobre el dragón. La verdad que él no quiere reconocer, después de tantos años.

—El Tianlong está muerto.

No reacciona.

—¿No escuchaste? —le pregunto, reemplazando las lágrimas por un creciente enfado ante su indiferencia—. El Tianlong está muerto. ¡Muerto!

Sus hombros tiemblan, parece como un pequeño espasmo que va creciendo poco a poco. Y su risa resuena por todo el teatro. Es un

sonido de lo más aterrador.

Se tira de rodillas y se abraza el estómago, con una risa que parece más un grito que otra cosa.

—¡Está vivo! —grita entre risas—. ¡El Tianlong está vivo!

Me quedo quieta en mi lugar, con miedo a acercarme y que vuelva a lastimarme. Sin embargo, no lo logro por mucho tiempo, pues un dolor repentino en mi espalda se hace presente. Se siente como si alguien hubiera prendido fuego sobre mi piel y estuviera avivando la llama. Comienza a arderme con más y más fuerza hasta que tengo que reprimir un grito de dolor y caigo de rodillas.

Percibo con fuerza el sufrimiento, cada vez más insoportable, y su risa me taladra los oídos.

—¡Está vivo! —continúa gritando, eufórico.

Intento encontrar una explicación lógica a lo que estoy oyendo, pero estoy tan aturdida por el dolor que no logro concentrarme en nada. De repente, me doy cuenta de que el cazador está frente a mí. Se quita la parte superior de su atuendo y se desabrocha la camisa que tiene por debajo, dejando al descubierto una marca sobre el pecho similar a la mía: un dragón.

Al ver su marca, lo comprendo. El dragón se está moviendo sobre su pecho y, con cada movimiento, su piel se torna de un rojo considerablemente peligroso.

—Yo… —intento decir en un hilo de voz, pues el dolor no deja de aumentar.

Siento cómo me toma por el hombro y me coloca contra el piso, observando la marca sobre mi espalda mientras grita.

—¡El Tianlong está vivo!

Sé que no miente. Pero, si lo que dice es verdad, eso es una buena señal. Si en este preciso momento el dragón está dando señales de vida, es lo mejor que puede ocurrirnos, porque entonces Feiyu es inocente.

El cazador cae de rodillas. Ríe con menor intensidad y sus gritos se convierten en susurros. Lentamente se va quedando sin aire, haciéndose más y más chico contra el suelo.

Con dificultad, me pongo de pie.

—Está vivo —susurra entre risas.

Lo observo desde arriba, segura de mis palabras.

—Está vivo —le confirmo—. Y yo misma lo mataré.

Si es lo que necesito para finalmente estar en paz, no habrá duda alguna. Cuando nací, lo hice con un destino. Este destino.

Yo seré la que asesinará al maldito Tianlong.

Capítulo XX
DE REGRESO A CASA

Feiyu

Sé que debería preocuparme por el lugar en el que me encuentro, uno que no conozco, pero esa no es la verdad. Me duele el pecho y sé que no se debe al cambio de aires. Rose, la persona con quien finalmente pude abrirme como nunca lo había hecho con nadie más, la única a quien le confié todo lo que podía confiarle, me mintió. Todo este tiempo fue una mentira. Y aun así tuvo siempre el descaro de fingir que las cosas entre nosotros eran completamente normales. No quiero ser el dragón, no quiero ser el portador de un maldito dragón que solo ha arruinado mi vida desde el momento en que nací. Perdí a mi familia por su culpa, he perdido todo. Y con Rose sentí, tan solo por un instante, que la vida podría volver a tener sentido. Sé que no soy el mejor partido para alguien como ella, pero hice de todo para demostrarle que puedo valer la pena.

Sin embargo, todo era una ilusión. ¿Acaso hubo algo real? Le entregué mi corazón, sin embargo, para ella no fue más que un objeto sin valor. Me pregunto si Rose también sentirá lo mismo que yo. Porque sé que no era solo yo el que sentía algo. Sí, puede que al inicio únicamente haya sido yo el que estaba enamorado, pero

conforme fue pasando el tiempo estoy seguro de que ella también llegó a sentir algo por mí, ¿o no? No creo que haya sido capaz de algo tan cruel.

Aunque, ahora, creo que sí es capaz de hacerlo.

Me encuentro en un lugar oscuro. Ya no siento las llamas alrededor, pero no percibo nada más. Intento concentrarme en lo que tengo cerca, aunque no logro identificar algo. Respiro agitado, inseguro de si se debe a que estoy en un lugar desconocido o por todo lo que acabo de escuchar. Rose, una cazadora. Después de todo este tiempo, solo ha intentado matarme. ¿Por qué? ¿Por qué fingir sentir algo por una persona cuando en realidad lo único que quieres es verla muerta? Me parece demasiado trabajo para una tarea tan sencilla. Aunque, si me quisiera muerto, ya ha tenido muchas oportunidades para lograrlo, entonces, ¿por qué no lo ha hecho todavía?

Estoy pensando demasiado, necesito calmar mi mente. Poco a poco lo logro y me doy cuenta de algo. Hay aire. No mucho, pero sí una leve brisa que no había sentido antes. O tal vez no puse suficiente atención. Y no solo es el aire lo que noto. Le pongo más atención al suelo y reparo en que es una superficie irregular. No muy plana para ser cemento, pero tampoco tan blanda como para ser algo más. De algo estoy seguro: estoy en el exterior.

Cuando estoy a punto de dar otro paso con cautela para avanzar, algo me hace detenerme. Pasto. Escucho el crujir del pasto. El problema es que no fui yo el que ocasionó el ruido. Hay alguien más aquí. Algo más.

Me quedo lo más quieto posible, aunque claramente estoy en desventaja. Sea lo que sea que está cerca, conoce mejor este lugar que yo. Cierro los ojos y contengo la respiración para tratar de no emitir ningún sonido. No sé si lo que sea que me observa sea un amigo o un enemigo. Por la manera en que pintan las cosas, estoy comenzando a quedarme sin los primeros.

Sigo sin moverme, pero no parece ser suficiente, pues vuelvo a escuchar pasos, solo que esta vez vienen acompañados de un murmullo.

Trato de agudizar el oído para captar algo, pero el sonido es tan bajo que no alcanzo a comprender nada. O, quizá, solo haya sido mi imaginación.

—¿Quién es? —escucho detrás de mí, en un susurro que podría haber pasado inadvertido si no fuera por la quietud del lugar. Así que, en efecto, no estoy solo.

Por el tono de la pregunta, no suena del todo como una amenaza. Incluso hay un dejo de preocupación, como si tuviera el mismo miedo de mí que yo de él. Asumiendo que se trata de un él. No volveré a cometer ese error otra vez.

Me debato entre hacer un movimiento o no para indicar que lo escuché, cuando otra voz se me adelanta y grita:

—¡Revélate!

De repente puedo observar mi sombra en el suelo, pues una fuente de luz aparece de la nada detrás mío, así que imagino que deben estarme hablando.

Giro sobre mis talones lo más lento posible y me encuentro cara a cara frente a dos hombres. No se ven más grandes que yo. Quizá estén en sus veinte. Uno de ellos me señala con una lanza que tiene una punta al parecer lo suficientemente afilada como para animarme a comprobarlo. El otro sostiene una antorcha que ilumina el espacio y proyecta nuestras sombras sobre el suelo. Aunque la forma en que me está apuntando es bastante diferente de aquella primera vez en el Long Men. Noto que duda, la lanza muestra un leve temblor.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta el chico que sostiene el arma mientras el otro de la antorcha guarda silencio—. ¿A quién buscas?

Giro la cabeza sobre mis hombros para ver si hay alguien a mis espaldas, pero no es así. Definitivamente me están hablando a mí.

—No busco a nadie —digo con total naturalidad. Podrán estarme amenazando, pero algo dentro de mí me dice que no me harán daño.

No te van a lastimar.

Otra vez, la voz en mi cabeza. Estoy bastante seguro de que no soy yo el que habla. Además, si esta voz fue la misma que me trajo aquí y me está pidiendo mantener la calma, debe ser por una razón.

—¡Mientes! —dice el chico de la lanza, apuntando con más ímpetu hacia mí.

Levanto las manos instintivamente, con la intención de demostrarles que no vengo armado.

—Digo la verdad —mi voz sale con más intensidad de la que pensaba y lo único que ocasiono es que me apunten con mayor enojo.

Retrocedo un poco y alzo los brazos para que vean mis manos libres. Puedo notar que están dudando, pues el chico que sostiene nuestra única fuente de luz desvía su mirada en otras direcciones. Mantiene el cuerpo firme, pero sus ojos no lo dejan mentir. Se ve que ya no quiere estar aquí.

Y yo tampoco.

—Digo la verdad —repito, esta vez con más calma.

El sujeto del arma comienza a bajarla lentamente y mira a su compañero. Es una interacción silenciosa, pero creo que se están comunicando más de lo que mis ojos pueden ver. A sus espaldas, noto que algo aparece en el cielo.

El amanecer. Un brillante sol comienza a resplandecer, alejando toda la oscuridad que nos rodea. Ellos parecen notarlo también, pues se acercan a mí, esta vez sin dudarlo, y me toman cada uno por un brazo. Su agarre no es muy fuerte, pero tampoco lo suficientemente suave como para soltarme con facilidad.

—No hay tiempo —dice el de la lanza—. Vendrás con nosotros.

Quisiera preguntar a dónde se supone que iremos, pero dudo mucho de que obtendré respuestas, así que solo asiento en silencio. ¿Qué otra opción me queda?

Me dejo llevar por ellos en la dirección opuesta al sol. Avanzamos en silencio, yo delante de ellos, pero con la velocidad suficiente para no tardar en llegar a donde sea que tengamos que ir.

Nadie dice nada. No sabría decir si estoy yendo como su compañero o como su prisionero. La verdad, espero que ninguna de las dos sea la opción correcta.

Continuamos por un sendero desolado, el sol está cada vez más alto, pero, pese a su luz, no irradia suficiente calor. La tierra se

siente fría y sola. Este no es el Long Men, estoy seguro de que estamos lo suficientemente lejos del palacio como para poder ir corriendo al único lugar de este mundo que conozco. Tal como me advertía el abuelo, uno no puede poner un pie aquí si no sabe exactamente a dónde se dirige, de lo contrario, se pierde. Aunque no quiera admitirlo, estoy completamente perdido, dejándome llevar por un par de desconocidos con los que mi primer encuentro fue, básicamente, una amenaza a mi vida.

Aun así, creo que es mejor estar aquí que regresar al mundo de arriba.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —pregunta uno de los chicos, seguramente el de la lanza, aunque no le puedo ver la cara.

—No te lo dije.

El chico suelta un gruñido, creo que no era la respuesta que quería.

—¿Y qué esperas para decirlo?

Vale, no parece ser la persona más paciente.

—¿Feiyu? —exclama cuando se lo digo—. ¿Tu nombre es *Feiyu*?

No me agrada la forma en que lo pronuncia, separando las sílabas en dos, como si mi nombre fuera algo repulsivo de pronunciar.

—Sí —contesto, intentando mostrarme sereno—. Soy Feiyu.

—Feiyu.

De nuevo, no me gusta cómo lo dice. Pareciera que saborea mi nombre. ¿Qué tan raro es este sujeto?

Ninguno de los dos dice nada, incluso olvido un momento que somos tres, porque el otro chico, el más pequeño, no ha abierto la boca para nada.

—¿Y el tuyo? —intento romper el hielo con aquella misma pregunta.

Pero en lugar de responder directamente, siento un leve pinchazo en la espalda. No tan fuerte como para hacerme daño, pero sí lo suficiente como para ignorarlo.

—Primero debemos asegurarnos de que eres de fiar.

Claro, y dejarme a mí como el idiota. ¿Por qué no me sorprende? Así que seguimos caminando en un silencio más pesado que antes. Aunque no dura mucho, porque unos susurros nacen a mis espaldas.

Pese a que se sienten más como una brisa tras de mí, me parece una actitud muy grosera. No le veo la necesidad a no querer hablar conmigo, pero sí a estar manteniendo una conversación secreta como si no estuviera presente. De pronto, sin darme cuenta, el chico de la lanza se pone frente a mí, impidiéndome seguir adelante.

—Espera —susurra, acercándose a mi oído, como si leyera mis pensamientos—. Nosotros también lo escuchamos.

Guarda silencio de una manera tan rigurosa que ni siquiera puedo oír su respiración, es como si todo en el mundo se hubiera detenido. No se oye nada, ni siquiera el murmuro que creí haber escuchado. El chico no mueve un músculo, no parpadea. No respira. Pasa un momento y lo único que se mueven son sus pupilas, que ven a un lado y luego directamente a mí, como si estuviera dudando en besarme o no.

Puedo sentir que mi pecho sube y baja al compás de mi respiración. No sé a dónde dirigir mi mirada, así que termino posándola en el chico que tengo enfrente. Entonces noto que se separa y suelta un leve suspiro, como si hubiera contenido la respiración para no hacer ni el más leve ruido. Vuelvo la cabeza y veo al otro chico detrás de mí, en una posición igual de tensa, todavía a la espera de algo. O de alguien. Alguien no deseado.

—Sea lo que sea —dice el chico de la lanza—, ya se fue.

Justo cuando termina de decir esto, el otro chico, el más pequeño, se da la media vuelta y nos mira directamente a los ojos, con un hilo de sangre escurriendo de sus labios y un mango sobresaliendo de su pecho.

—Corran —logra decir mientras una marea de sangre escapa de su boca.

—¡Shŭ! —grita el otro, dejando de lado toda precaución y acercándose a él mientras este pierde el equilibrio y cae sobre sus rodillas.

Rata. Qué curioso nombre. ¿Quiénes son estos sujetos?

Veo la escena con cuidado de no parecer demasiado interesado en ella, aunque sí lo estoy. No me había percatado de algo, y es que ambos chicos van con lo que pareciera un uniforme muy improvisado o lo primero que encontraron en el basurero. Además,

los dos usan un gorro que les cubre por completo la cabeza. El chico tiene a Shŭ entre sus brazos y le deja la cabeza al descubierto, lo cual muestra una larga melena, como un río de fuego. Tiene el cabello sucio, como si no se lo hubiera lavado en años, y entre el rojo de sus mechones logro ver pedazos de color negro, como si estuviera en su naturaleza esta dualidad. O como si estuviera teñido. Y es aquí que descubro mi primera equivocación sobre estos sujetos: el chico, "la rata", no habló porque no pudiera, sino porque no era un chico.

Era una chica.

Sé que no he estado el suficiente tiempo en este mundo y que tampoco conozco del todo sus reglas, pero recuerdo algo que mamá y el abuelo me llegaron a comentar en más de una ocasión. Aquí abajo no es tan diferente de arriba, ambos mundos funcionan como una sociedad y la existencia de uno depende casi enteramente del otro, por lo que es normal que haya ciertos "rasgos", como los solía llamar mi madre, en común. Aunque, en algunos casos, estos elementos solían llevarse por completo a otro extremo. En clases, principalmente con mi madre, aprendí que la vida de las mujeres no ha sido la más fácil. Siempre llena de prejuicios, etiquetas e impedimentos para poder hacer algo que no fuera una tarea para la que estén asignadas como parte de la sociedad. Cuando mi madre nació, en el Long Men no hubo realmente mucho escándalo; al final de cuentas, seguía perteneciendo a la descendencia del dragón. Pero cuando se descubrió que no había nacido con esta bendición divina, no faltaron los rumores. El más común era que el dragón decidió no otorgarle la bendición por ser mujer.

Por ello, que el primer extraño al que estos chicos se encuentran sea un hombre al que jamás han visto por sus tierras hace muy lógico que la chica, la rata, no haya querido hablar. No es porque no tuviera nada que decir, es porque no sabía cómo iba a reaccionar frente a ella.

Observo cómo lentamente la vida se escapa de sus ojos y me sorprendo al verla con tanta naturalidad. Nunca había visto a alguien morir, al menos no de cerca. No es tan cruel como lo suelen describir, es más bien como ver a alguien quedarse dormido. Noto

que su respiración comienza a disminuir poco a poco hasta que su pecho deja de moverse.

La sangre empapa los dedos del chico que la sostiene. Sigo sin saber su nombre, aunque no creo que me lo fuera a decir de todas formas. Me parece curioso haber descubierto primero el de la chica, pero nunca tendré la oportunidad de usarlo. Noto en su rostro cómo contiene la furia. No logra disimularla muy bien, pues se le escapa una lágrima. Con rabia, suelta el cuerpo de su compañera, arrojándolo al suelo con una fuerza que podría haberla dejado inconsciente de no ser porque está muerta.

—Rápido —dice, sin dejar de mirar el cuerpo de la rata mientras se pone de pie—. Tenemos que llegar antes de que nos alcancen.

Pasamos el resto del camino en silencio, pero con el peso de un fantasma sobre nuestros hombros. Tal vez debería sentirme triste o decirle al chico que siento su pérdida, pero sería una completa mentira. No la conocía, ¿por qué habría de llorar por una muerte de alguien con quien ni siquiera llegué a cruzar una palabra? ¿Por qué habría de llorarle a alguien de quien aprendí su nombre justo en el momento en que ya no le sería útil?

Caminamos durante lo que parecieron horas. Pronto el amanecer se convirtió en un sol brillante que anunciaba la llegada de la tarde. Pasamos por campos y edificios, demostrándome lo poco que conozco este mundo. En esencia, no es muy diferente de Chongqing. Hay edificios, tiendas e incluso logro escuchar el correr de un río a lo lejos. Todo se ve "normal", pero al mismo tiempo puedo sentir que no lo es. Hay algo en el aire que se percibe… pesado. Como antiguo. Aunque no sabría describir exactamente qué es, incluso puedo sentir como si estuviera en un lugar donde el tiempo no pasa de la misma forma a la que estoy acostumbrado.

Terminamos llegando a un punto de la ciudad (no sé si llamarla ciudad) donde las cosas se ven aún más viejas y descuidadas que donde vivo. Hay mucho ruido, pero por más que lo intento, no veo a ninguna persona en las calles. Entramos a uno de los edificios que tenemos más cerca y la nueva oscuridad del exterior se funde por completo con la del interior, dejándonos a merced de nuestros otros

sentidos. Trato de aguzar el oído o enfocar la vista en algo en concreto, pero son intentos en vano. No logro ver ni escuchar nada.

Ni siquiera los pasos del chico que me trajo aquí.

De repente, siento que mis brazos están detrás de mí y mis piernas se vuelven una sola, por lo que pierdo el equilibrio y caigo por completo sobre mi cara. Si ya la tenía lastimada, estoy seguro de que este golpe acaba de arruinar cualquier oportunidad que haya podido tener como modelo. Unas luces se encienden con fuerza, evidenciando que me encuentro en una bodega. Las paredes de ladrillo están desnudas, pero logro ver que hay varias cortinas de metal cerradas, ocultando quién sabe qué. Sin embargo, a diferencia de las paredes, el lugar no se encuentra del todo vacío. Un grupo de personas, todas vestidas igual que el chico y la rata, me observan. No. Me rodean. Alcanzo a ver algunos andamios y cajas de madera a sus espaldas, pareciera que el lugar es una especie de fábrica o algo similar, pero abandonado. Incluso algunas de las paredes tienen algunos dibujos en ellas, como arte urbano. No sabía que eso fuera posible aquí abajo, pero me empiezo a dar cuenta de que hay muchas cosas sobre este mundo que no conozco en realidad.

Levanto la cabeza para ver a mis captores y percibo el sabor metálico de la sangre en mi boca. No termino de alzar la mirada cuando unos pies aplastan mi cuerpo contra el suelo y unas manos vuelven a chocar mi cabeza contra el piso. Escucho que algo truena y siento brotar más sangre, esta vez de mi nariz.

Aquellas mismas manos que me aprisionaron ahora sujetan mi cabello y me obligan a levantar la mirada. Curiosa ironía, pues es precisamente lo que estaba haciendo cuando decidieron golpearme.

—¿Y tú quién eres? —pregunta la persona que me sostiene el pelo. No puedo ver su rostro, pero por la voz distingo que es mujer.

—Se llama Feiyu —responde el chico que me trajo hasta aquí. Otra vez pronuncia mi nombre como si se burlara de él.

No preguntan por mi apellido. Solo mi nombre.

—*Feiyu* —repite la mujer, saboreando mi nombre—. Un nombre muy ambicioso para alguien como tú.

Mientras dice esto, percibo cómo acerca sus labios a mi oreja. Me olfatea y suelta una exhalación silenciosa.

—Dime, Feiyu —susurra en mi oído—, ¿de dónde vienes? ¿Qué haces aquí?

Aprieta más mi cabello y tuerce mi cabeza hacia atrás, haciéndome gemir de dolor. Puedo sentir que mi cuello se tensa en una posición para nada natural.

—Vengo… —intento decir, pero la tensión sobre mí hace que sea una tarea en extremo difícil— de arriba…

Trato de señalar al cielo, pero solo alcanzo a mover un dedo tembloroso. Algo todavía me impide moverme.

Escucho murmullos y veo cómo las personas que me rodean empiezan a verse entre ellas.

¿*De arriba*? Susurran.

La mujer que me sostiene suelta una risotada y, con violencia, libera mi cabello, dejando caer mi cabeza por su propio peso.

—¡Imposible! —grita, claramente divertida ante lo que acabo de decir—. Han pasado años desde que alguien vino del mundo humano.

Vuelve a sostener mi pelo y acerca mi cabeza hasta sus labios.

—Y menos alguien tan patético como tú —escupe las palabras y, esta vez, azota mi cabeza contra el suelo. Termino de escuchar un *crack* y, en efecto, puedo sentir que mi nariz está rota.

Siento que la presión sobre mi espalda se libera, pero también cómo el pie que me tenía aprisionado me da una patada en el costado.

Intento levantarme, pero tengo las piernas inmovilizadas y lo único que consigo es quedar boca arriba. Entonces puedo ver la cara de mi captora que se coloca frente a mí, quedando a contraluz con el techo. No es para nada como la imaginaba. No es una mujer.

Es un mono. Eso o tiene una cara muy peluda y bastante animal.

—Y dime —comienza a preguntar—, ¿qué hace alguien de allá arriba por aquí?

No me da tiempo de responder, pues al terminar su pregunta suelta una carcajada, acompañada por un coro de voces que ríen con ella, y me escupe sobre los ojos. Puedo escuchar sus pasos alejarse y la luz me indica que ya no está frente a mí.

—Idiota —la escucho decir en voz baja, con un dejo de burla en su tono.

Puedo sentir que mi respiración se comienza a agitar, aumentando en conjunto con las risas de fondo. Sigo con los ojos cerrados, pero no hace falta tenerlos abiertos para saber lo que pasa al fondo. Todos, un grupo de desconocidos, se ríen de mí. Me humillan.

Siempre fui un motivo de burlas entre los humanos, ¿por qué aquí abajo es exactamente lo mismo?

Aprieto los dientes y siento cómo mi cuerpo se calienta por la rabia.

Feiyu.

No lo escucho. El ruido a mi alrededor impide que me concentre en algo más.

Feiyu.

No puedo.

Feiyu.

No. Ya no más.

De repente, el lugar se queda en silencio. Completamente quieto. Como si no hubiera ni un alma aquí. Pero no es así, puedo sentirlos. Están a mi alrededor, pero en silencio.

Abro los ojos y los veo cara a cara. Estoy de pie. Mis brazos y mis piernas están libres. Todavía siento un poco de calor dentro de mí, pero se desvanece con lentitud. Todos me miran. Algunos con las bocas abiertas, otros apuntándome con lo primero que encuentran a la mano. Puedo verlos con mayor claridad. No todos son humanos. Y no todos son monos. Entre ellos se encuentran grullas de la altura de un hombre adulto, pero con una mirada completamente humana. Osos, insectos. Incluso noto a un par de criaturas como la que me visitó en casa: hadas.

Pero es a mi captora a quien tengo enfrente. No me mira con sorpresa. Tampoco me está apuntando con algún arma. No. Me ve con odio. Puedo sentir su respiración sobre mí, incluso aunque no la tenga encima. Solo había visto ese odio una vez y no es una experiencia que quisiera volver a repetir. De solo pensar en Rose, en la forma en que me hizo enamorarme al mismo tiempo que buscaba

maneras de matarme, hace que mis piernas tiemblen y amenacen con derrumbarme. Otra vez.

La mujer mono se acerca a mí, toma el cuello de mi camisa y me aproxima a ella. Es alta. Demasiado para ser un mono. Teniéndola tan cerca, puedo ver algo en sus ojos más allá del odio. No sabría decir qué es, pero sé que no lo había visto en ningún animal.

—Te lo voy a preguntar una vez más —comienza a decir en voz baja, sin despegar su mirada de la mía—. ¿Quién eres y qué haces aquí?

Aprieto los puños, puedo sentirlos temblar del coraje. Pero, aun así, respondo:

—Mi nombre es *Feiyu* —digo con una certeza que jamás había tenido. Puede que ni siquiera la sienta, pero no estoy dispuesto a dejarme humillar de nuevo por ella—. Y vengo a buscar a mi familia.

Mi familia. No hay otra forma de explicarlo porque, ¿qué hago aquí? ¿Por qué el Tianlong me mandó aquí, específicamente con esta gente? No es que sea una mejor alternativa, pero, aunque sea en el mundo humano, puedo saber dónde estoy sin perderme en el camino. Aquí estoy en un mundo nuevo para mí. Ni siquiera sabía que había animales que hablaban o que existían edificios y luz eléctrica, o bien, que el grafiti estaba de moda aquí. Hay mucho que no entiendo, por lo que intento hacer que el dragón se vuelva a comunicar conmigo, pero lo único que recibo es silencio. Y ya me cansé de recibir solo eso.

Me encuentro en una celda, recargado contra el frío muro de piedra. Una vez que volví a presentarme, la mujer mono me tomó inconsciente entre sus brazos. No sé si fue el cansancio o algo más, pero no pude mantenerme de pie y me desmayé. Al despertar, me di cuenta de que me encerraron. No hay nadie más conmigo en la celda, ni siquiera un lugar donde dormir o algo que comer. Estoy solo. Ya he intentado gritar a través de los barrotes, pero nadie responde. No sé cuánto tiempo ha transcurrido, pero la sangre en mi rostro ya está completamente seca. Mi única opción en este momento es quedarme sentado, esperando a que alguien más llegue

y me saque. O me mate. En este punto, cualquiera de las dos opciones es buena.

La cabeza me duele y siento mi estómago protestar por el hambre. Ha pasado un buen rato desde que comí algo y el estrés al que me he visto envuelto no parece ayudar mucho para calmarme. Cierro los ojos y me dispongo a dormir, quizá de esa forma el dolor y el hambre desaparezcan. Estoy a punto de lograrlo cuando escucho la reja correrse y a alguien entrar.

—¿No has tenido suficiente sueño? —es la mujer mono. Abro los ojos y avienta una bandeja con comida y agua frente a mí. No lo dudo ni un segundo y me lanzo directamente a ella.

Si quisiera envenenarme, no me importa, esto es lo más delicioso que he comido en toda mi vida. Hay un plato de arroz y otro con distintas frutas, algunas las reconozco, otras no las había visto antes. Me olvido incluso de los buenos modales y termino devorando todo con la rapidez suficiente para que mi estómago me comience a doler y a provocarme arcadas.

—Basta —dice la mujer, alejando el plato de mí—. Vomitarás si sigues así.

Y tiene razón, porque termino sacando todo lo que había comido. Ahora mi estómago está igual de vacío que antes y el hambre regresa, pero las arcadas no se van.

—Qué desagradable —dice, observando el vómito con pedazos aún sin digerir de la comida. Toma un pedazo de pan que había en el plato y me lo da—. Cómelo, pero esta vez más despacio.

Hago lo que me dice, pero no le doy más que un par de bocados. Aunque sigo con hambre, no puedo seguir comiendo.

Con un suspiro, me vuelvo a recargar contra la pared, regulando mi respiración a la par que trato de pensar en algo más que no sea en la comida que acabo de perder. La mujer me mira, pero entonces se acerca a mí y se sienta enfrente, sin importarle estar a escasos milímetros de mi porquería.

—Feiyu —esta vez no dice con asco mi nombre. No digo nada, pero tampoco me molesto en regresarle la mirada—. Ese es tu nombre, ¿cierto?

Asiento, pero sin mirarla. Ya se lo había dicho antes, ¿por qué tiene que volver a preguntarlo?

Nos quedamos en silencio. Entonces vuelve a preguntar:

—¿Dónde están tus padres?

Qué curioso. Lo mismo me pregunto yo.

—No tengo padre —respondo.

Entre todos los pliegues de su cara, logro distinguir que la mujer mono frunce el ceño.

—¿Cómo es eso posible?

No contesto, pero sostengo su mirada para demostrarle que no miento.

—¿De dónde vienes exactamente? —me pregunta de nuevo.

—Del mundo humano.

—No —niega con la cabeza—. Conozco las reglas de ese mundo. Si fueras humano, tendrías un padre. ¿De dónde vienes?

—Ya te lo dije —respondo. Si es tan lista como para ser la líder del grupo, no hace falta que una un par de puntos para darse cuenta de las cosas—. Vengo de arriba.

La mujer mono suspira y se pone de pie, pero no se va de la celda, sino que camina de un lado a otro, como un profesor en medio del aula intentando repasar algo o poner en claro sus ideas.

—Dices que vienes de arriba, pero no tienes un padre. Te apareces de la nada en medio de un prado al amanecer, completamente desorientado y sin saber a dónde ir. Si no tienes un padre, entonces tampoco tienes apellido. Y tu nombre, *Feiyu*, no es un nombre muy común entre los humanos. Pero tampoco pareces ser otra criatura. Dices ser humano, pero solo un grupo muy pequeño de ellos ha sido capaz de entrar a este mundo: al Yuánshǐ. Y sé que no eres uno de ellos. Ellos… están marcados.

Instintivamente, dirijo mi mano a mi ojo izquierdo. Sé que la marca sigue ahí, pero al pasar mis dedos sobre mi rostro, siento dolor. No dudo de que, de poder verme en un espejo, no me reconocería.

La mujer mono ignora mis movimientos, pues continúa hablando.

—Te estuvimos revisando por días, pero no encontramos una marca en ti. Así que no eres humano como dices serlo, pero…

Entonces la interrumpo:

—¿Días? —la observo confundido. No, es imposible que la haya escuchado bien.

La mujer mono se detiene y me regresa la mirada, arrugando aún más el entrecejo.

—Feiyu —dice—, estuviste inconsciente por una semana.

¿Siete días? No puede ser real, aunque claro, quizá eso explique el hambre. Siete días en este mundo. ¿Cómo lo llamó? Yuánshǐ. Eso significa que el Long Men no es el nombre de este lugar, pero no es posible. ¿O sí?

La mujer mono sigue hablando por un rato, pero dejo de prestar atención a sus palabras. Parecen más para ella misma que dirigidas a mí. Está a punto de irse, cuando le pregunto:

—Ese nombre, Yuánshǐ —le digo y la mujer asiente, esperando a que termine de hablar—. ¿Qué significa?

Suelta un leve quejido, como si fuera el atisbo de una risa y me responde:

—Eres demasiado ingenuo para estar aquí. Este es el mundo original.

Tras decir esto, se da la media vuelta y vuelve a dejarme solo, con una barrera separándome de lo que sea que haya en el exterior. Creía saber lo suficiente sobre este mundo, pero ahora me doy cuenta de que podría ser más una bendición que un castigo estar aquí encerrado. Ya no sé con qué más me puedo encontrar allá afuera.

Las horas pasan y no estoy seguro de si se convierten en días. El tiempo tras las rejas se siente diferente, como si no transcurriera. Tampoco tengo luz, más que la proveniente del exterior, pero incluso sé que esa luz no es natural, así que no tengo forma de medir el tiempo. Me dejan un plato con comida de vez en cuando, aunque puedo jurar que hay ocasiones en que entre platos no pasa más que una hora y en otras pareciera que son años. Nadie me vuelve a visitar, pero no me importa. Sigo pensando en lo que último que me dijo la mujer mono. Todavía no sé su nombre, pero no creo que esté mintiendo. En este lugar no hay humanos. Al menos no de

nacimiento. Eso significa que Rose es parte de ese grupo. La mujer dijo que estos humanos están marcados, igual que Rose le dijo al hombre en el teatro. No sé cuál sea la razón exacta por la que estos humanos están marcados en este mundo, pero sí cuál es su propósito.

La mujer mono dijo que yo no tengo apellido por no tener padre. Pero se equivoca, solo que ella no lo sabe. Así que puedo usar eso a mi favor. Si no saben quién soy, quizá me dejen libre incluso antes de que alguno se dé cuenta de que, entre mis moretones, hay una marca. La marca verdadera del Tianlong.

—Despiértate.

Es la mujer mono, pero viene acompañada del chico que me trajo aquí. Ambos me miran desde el otro lado de la reja. La mujer la abre y deja pasar primero al chico para después entrar ella. Cierra la reja, dejándonos a los tres compartiendo un mismo espacio, aislados de todo lo demás.

—¿Dónde está tu familia? —pregunta ella, sentándose frente a mí con el chico aún de pie a su lado.

—No lo sé —y es la verdad.

La mujer levanta la mirada hacia el chico, como si le hiciera una pregunta silenciosa.

—Venía solo —dice el chico.

La mujer suspira y vuelve a mirarme.

—¿Qué pasó? —no es una pregunta muy elaborada, pero sé exactamente a qué se refiere. Pero ¿puedo confiar en ella? No. Algo me dice que no son de fiar. Sin embargo, tampoco son tan peligrosos como los cazadores. Parecen más bien como un grupo de rechazados, aislados de la sociedad, pero ¿cuál será la razón?

—Mi familia desapareció hace más de tres meses —digo, eligiendo con cuidado mis palabras para no dar información de más—. No sé exactamente qué les pasó.

La mujer vuelve a ver al chico y este se sienta a su lado, mirándome con fijeza, aunque esta vez sin tanto odio como antes.

—La gente muere a diario por estos rumbos —dice el chico, quizá refiriéndose a su amiga—. Si por alguna razón que desconozcas tus

padres estaban aquí, no creo que estén con vida.

—No —dice la mujer mono, captando la atención de su compañero—. No tiene padre.

El chico frunce el ceño y vuelve a mirarme.

—No tiene padre —murmura por lo bajo.

Silencio otra vez. Parece que están esperando a que diga algo, pero estoy igual de confundido que ellos, así que no confesaré las cosas tan fácil. Ellos quieren respuestas y yo también.

—Este lugar —comienzo—. Dijiste que se llamaba Yuánshĭ.

—Sí —responde ella—. Ya habías preguntado eso.

—Todavía no termino —la interrumpo—. ¿Qué pasó con el Long Men?

Ambos se dedican una breve mirada de confusión antes de responder.

—¿Qué sabes del Long Men? —pregunta el chico.

En estos momentos creo que nada, pero no sé si esa sea una respuesta apropiada, dadas las circunstancias. Pero ¿qué más me pueden hacer? Estoy encerrado. ¿Matarme? Ya no tengo nada que perder. Sin embargo, no me dejo vencer sin antes conseguir una explicación.

—Sé que es el hogar del dragón —respondo.

Apenas termino de pronunciar mis palabras cuando la mujer mono se pone de pie y me señala de forma acusatoria.

—¡No te atrevas a usar su nombre en vano! —grita con coraje.

¿De qué está hablando ahora? Imagino que la confusión en mi rostro debe transmitirle algo, porque relaja su postura y vuelve a sentarse frente a mí, soltando un largo suspiro.

—El Long Men es un templo sagrado —responde el chico una vez que la mujer mono se coloca de nuevo a su lado—. El único que existe en realidad.

Así me comienza a explicar lo que por años creí que era real, pero no podía estar más equivocado.

El templo del Long Men es grande. Lo suficiente para poder ser considerado una ciudad en sí. Así como el Vaticano en el mundo de los humanos, para los habitantes del Yuánshĭ es un lugar sagrado, pero no el único que existe aquí. Hay ciudades y países en el

Yuánshǐ que se han ido formando a la par que el mundo de arriba. Han evolucionado en paralelo, y tiene su razón de ser que la entrada a este mundo se encuentre en Chongqing. Al ser una ciudad tan peculiar, es fácil perderse ahí, pero también es fácil pasar desapercibidos. La entrada del teatro no es el único sitio por el cual se puede tener acceso al Yuánshǐ, pero sí es como decía el abuelo: si no sabes a dónde ir, terminarás perdido y no sabrás cómo regresar. Este mundo formó sus propias reglas antes de que llegara alguien a vivir aquí. Por fuera podrá parecer un lugar poco especial, pero en el aire se siente algo. Algo vivo. Me explican que la magia aquí es innata a la vez que incomprensible. La han adaptado a su estilo de vida, pero nadie sabe controlarla y mucho menos dominarla.

Por generaciones, el Long Men había sido el lugar principal de este mundo. De ahí la razón de que mi abuelo lo considerara como el único mundo, porque para él lo era. Solo que, como todo lo que he descubierto, ese mundo dejó de ser lo que era una vez que él decidió abandonar el lugar para criarme con los humanos. Una vez que el templo quedó abandonado, las personas comenzaron a hablar. Cuando nació mi madre, se creyó que el poder del Tianlong se había perdido para siempre y, al huir (porque sí, para todos, lo que el abuelo hizo fue huir), el templo cambió por completo. Empezaron a surgir gobernantes y el templo se volvió un lugar lleno de corrupción e injusticia.

El emperador amarillo se encargó de tomar control del lugar con la excusa de supuestamente haber sido asignado de forma personal por mi abuelo, el último portador del Tianlong del que se tuvo conocimiento. Pero lo único que hizo fue derribar lo que por generaciones mi familia se había encargado de construir. Ahora, el mundo de arriba y el de aquí abajo ya no son tan diferentes. Surgieron amenazas de guerra y los conflictos con los humanos comenzaron a volverse más y más evidentes.

No había pasado un mes desde que el Long Men fue dejado a su suerte cuando aparecieron los cazadores. Al principio parecían personas normales, sin manifestaciones mágicas ni alguna característica que indicara que no pertenecían aquí. Se ganaron la confianza de las personas, pero hubo algunos que descubrieron lo

que realmente buscaban: al último dragón. Los cazadores aseguraban que el dragón vivía. Pasaron años buscándolo en cada rincón del Long Men hasta que tuvieron que salir al Yuánshĭ para ampliar su búsqueda, pero sin resultados. Aquellos que se resistieron a este grupo desaparecieron sin dejar rastro alguno. Nunca se volvió a saber de ellos. Algunos dijeron que los mataban, otros que los reclutaban para marcarlos como ellos: con una marca de dragón.

Pero hay algo que no han mencionado aún. ¿No habían dicho mamá y el abuelo que había una profecía?

—¿Y qué hay de la profecía? —interrumpo.

El chico frunce el ceño, confundido.

—¿Profecía? —le pregunta a la mujer mono, quien se ha mantenido en silencio durante todo el relato.

—Una leyenda —le responde—, pero solo es eso. No es real.

La manera en que lo dice, con tanta seguridad y frialdad, refleja que durante toda su vida ha intentado convencerse a sí misma de eso y, finalmente, lo ha logrado.

—¿Y ustedes quiénes son? —me atrevo a preguntar.

—Somos de los que creen en el dragón —responde la mujer mono, en un tono serio—, pero no de la misma forma que los cazadores.

—¿Entonces?

—Creemos en él como el único que nos puede salvar de ser como ellos. Como los humanos.

Están a punto de cerrar la reja para encerrarme otra vez, pero antes de que se vayan me animo a preguntarles:

—¿Saben dónde está mi familia?

La mujer mono me mira fijamente y puedo percibir un leve brillo en sus ojos. Un pequeño atisbo de emoción.

—Para este punto, quizá estén muertos.

No pasa mucho tiempo desde que se fueron cuando escucho un murmullo cerca de la reja.

—Pst…

Probablemente lo esté imaginando, no sé cuánto tiempo me han tenido aquí encerrado, pero estoy seguro de que ha sido más del

que me hubiera imaginado que pasaría tras las rejas (sí, hubo algún momento en que pensé que podría terminar así). Pero no, de nuevo escucho el sonido.

—Pst…

Intento no darle importancia, pero entonces el sonido cambia.

—Pst… Feiyu…

Debo haber escuchado mal. ¿Quién me podría estar buscando aquí cuando los únicos que han cruzado una que otra palabra conmigo son la mujer mono y el otro chico, quienes ni siquiera se han tomado la molestia de decirme sus nombres?

—Feiyu… —repite la voz. Suena como la de una niña—. Hazme caso.

En medio de la oscuridad, del otro lado de la reja consigo ver un par de ojos brillantes que me sorprenden y hacen que suelte un leve grito. Me inclino hacia atrás, adentrándome en la nueva seguridad de mi celda. No sé qué es esa cosa, pero dos puntos brillantes en la oscuridad que dicen mi nombre no me parece para nada un buen augurio, sobre todo en un mundo tan raro como en el que me encuentro.

—¡Calma! —susurran los ojos, acercándose hacia mí y pasando en medio de las rejas. Sea lo que sea, debe ser pequeño—. No te haré daño.

Mientras dice esto y la tengo más cerca, me doy cuenta de quién es.

—¿Mei Mei?

Es imposible, pero no me importa. Me lanzo directamente hacia mi gata y la tomo entre mis brazos. Mientras la sostengo, puedo sentir su garganta vibrar y su espalda encorvarse. La estrujo fuertemente contra mi cara.

—Creí que estabas muerta —digo en un susurro. Temo que si alzo un poco la voz, mis emociones me van a traicionar y terminaré llorando como nunca.

—¿No sabías que los gatos no podemos morir?

Esta vez no es igual que la primera. Mei Mei está hablando, pero no dentro de mi cabeza, sino que está moviendo los labios para articular palabras. Debería estar sorprendido, pero mi único contacto

con alguien que podría considerarse normal ha sido una mujer llena de pelo en todos lados, menos en la cara, y con una larga cola de mono. Ahora me siento un estúpido por haber dado por muerta a mi gata. Entonces lo entiendo. Tomo a mi gata entre mis manos y la cargo para poder vernos cara a cara.

—¿Tú sabes dónde están mamá y el abuelo?

Sé que es imposible, pero ya nada parece serlo. La gata me regresa la mirada y su expresión se convierte en una sonrisa de complicidad felina.

—Creí que nunca lo preguntarías.

Entiendo que a estas alturas no debería sorprenderme que una gata haya conseguido abrir la cerradura de la celda, pero aun así me asombro.

—No sabía que podías hacer eso —susurro mientras cruzo la reja y vuelvo a colocarla en su lugar para que parezca que nadie ha salido de ahí.

—Hay muchas cosas que no sabes de los gatos —responde Mei Mei mientras agita su cola y me indica con ella que la siga.

—Espera, eso significa que todo este tiempo pudiste entrar por tu cuenta a mi cuarto —le reprocho.

No sé cómo, pero la gata se encoge de hombros, aún caminando a cuatro patas.

—Me gusta la atención —contesta, apresurando su andar.

La sigo con cuidado, intentando adaptar mis ojos a la oscuridad del exterior, que se siente incluso más densa que la de mi antigua celda.

—Cuidado —me advierte Mei Mei—. Estamos por bajar.

Entonces siento que el peso bajo mis pies cambia y nos encontramos en una escalinata. Comenzamos a descender con cuidado y en silencio, pero no puedo resistirme más. Mi gata es la única de este lugar en la que puedo confiar y la única que sé que podrá responderme lo que en verdad quiero saber.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

No dejamos de avanzar, pero eso no impide que me responda.

—Tu familia vive, pero no está aquí.

—¿Entonces dónde está?

La gata se detiene y me mira, negando con la cabeza.

—Feiyu, no entiendes nada.

Esperaba una respuesta más acertada y menos agresiva. Estos últimos días parece que todo el mundo se ha empeñado en hacerme ver que soy un completo idiota.

Estoy seguro de que mi cara muestra mi molestia, porque entonces añade:

—Cuando llegaste aquí por tu voluntad, ellos regresaron al mundo humano. A Chongqing. Tu familia está en casa.

—No lo entiendo —respondo, y es verdad. No entiendo qué quiere decir y cómo es que eso pasó.

Mei Mei no deja de andar, seguimos bajando por las escaleras que parecen no tener fin, en medio de una oscuridad absoluta.

—Para recibir algo a cambio tienes que dar algo. Así fue como entraste la primera vez, ¿lo olvidas?

Por supuesto que no. Cómo podría olvidarlo.

—Para salir es un proceso similar. Tu familia dio su libertad a cambio de que tú pudieras regresar sano y salvo a tu casa. Claro, con alguna que otra complicación en el camino.

No, haberme quedado por completo solo no fue para nada una complicación. Haber descubierto que la única persona a quien he amado no es quien dice ser y que pasó meses intentando asesinarme tampoco lo fue. Perder la confianza de mi mejor amigo no es una complicación. Si esto es lo que un sacrificio significa, no estoy dispuesto a volver a dar nada más para seguir con una vida miserable.

—Cuando tú decidiste venir por tu propia voluntad aquí abajo —continúa la gata—, ellos pudieron regresar a casa. Una vida por otra.

—Pero yo no quiero estar aquí —digo con un hilo de voz.

—Lo sé —responde, restregando su cabeza contra mis piernas—. Lo sé.

—Entonces, ¿cómo puedo regresar con ellos?

Mei Mei se endereza y me indica con sus gestos que la levante en mis brazos. Puede que tenga la habilidad de hablar como un

humano, pero aún es un gato pequeño. Así que la tomo y me dice al oído.

—Yo sé que tú no quieres estar *aquí*, pero aquí no lo sabe.

Estoy a punto de preguntar a qué se refiere con *aquí* cuando el lugar se ilumina por completo y suenan unos gritos.

—¿Quién está ahí? —gritan un par de voces a coro.

—¡Es el prisionero! —responden otras— ¡Que no se vaya!

Sostengo a mi gata contra mi pecho. Nos descubrieron. Sin embargo, toda la preocupación que siento en ese momento para ella no parece ser nada. Se retuerce entre mis brazos hasta que logra caer de nuevo al piso y corre por lo que queda de la escalinata, que ya no es mucho.

—¡Corre! —maúlla con fuerza, así que eso hago.

—¡Alto! —escucho a mis espaldas y las voces se van eclipsando por los pasos de todos al intentar alcanzarnos.

Al llegar al final de la escalera, puedo sentir mis pulmones en llamas. Las náuseas regresan y siento mi corazón a punto de explotar.

Estoy intentando regular mi respiración, pero Mei Mei entierra sus garras en mi pantorrilla. Suelto un grito de protesta que la gata interrumpe al presionar con más fuerza.

—¡Muévete! No podemos quedarnos aquí.

Y se echa a correr por un largo corredor que parece no llevar a ningún lado. Pero es seguirla o esperar a que me vuelvan a capturar y encerrar por quién sabe cuánto tiempo más. La opción me parece obvia, así que ignoro el dolor en mi pecho y echo a correr tras mi gata.

El pasillo es de piedra gris y contrasta con el tono ladrillo del resto del edificio, pero se siente igual de vacío. Ni siquiera nuestros pasos se escuchan contra el suelo. Corremos por un largo rato, sin saber si hay alguien detrás de nosotros o si somos los únicos aquí, pero no me atrevo a voltear para descubrirlo.

—Es aquí —dice Mei Mei, deteniéndose frente a una puerta cerrada. La alcanzo y paso la mirada de la gata a la puerta y de regreso. No sé qué espera que haga frente a esa puerta, pero no

hay mucho tiempo para preguntar porque escucho que nos han alcanzado.

—¡Ahí está! —grita un chico, apuntándome con una flecha en un arco listo para disparar—. ¡Que no escape!

—¿Qué esperas? —me apresura Mei Mei—. ¡Ábrela!

Coloco las manos en la puerta y comienzo a empujar. Sé que luchar contra el seguro es inútil, la cerradura está tan oxidada que se rompería antes de siquiera girar la perilla. Al principio no pasa nada, pero entre más fuerte presiono puedo sentir la madera crujir bajo mis manos. Despide un olor a podrido y a humedad. Ignoro lo que haya detrás de la puerta, pero parece haber estado bajo llave el tiempo suficiente como para que se hinchara.

—¡Detente ahí!

Se están acercando, así que presiono con más fuerza y, por fin, la puerta cruje ruidosamente, haciéndome caer del otro lado, rodeado de pedazos de madera y con algunas astillas enterradas en las manos. No hay tiempo para eso, me pongo de pie y veo lo que guardaba este lugar.

Fue una suerte que la presión de la puerta haya cedido gracias a su deterioro, si hubiera sido con más fuerza, quizá no habría salido bien. Frente a mí no hay nada. Me encuentro ante un acantilado, imposible de vislumbrar dónde termina.

Feiyu.

No, esto no puede ser, debo haberlo soñado. Tal vez sea el cansancio, pero no, no puede ser real.

Feiyu.

—¿Mamá?

Sin pensarlo más, me arrastro hacia el borde del acantilado y acerco mi cabeza al abismo. No lo imaginé, es la voz de mi madre, desde el fondo de este lugar.

Siento que Mei Mei se acerca a mí, así que la miro, esperando que me confirme que escuché lo que escuché.

—Sí —dice—. Ahí están.

Siento mis ojos humedecerse, pero el momento es interrumpido por alguien más.

—¡Feiyu!

Es la mujer mono. Está parada en el umbral donde se encontraba la puerta, rodeada de un grupo de personas (y más animales) apuntándome con sus armas, esperando la señal de su líder.

—No lo hagas —dice la mujer mono, observándome con delicadeza—. Por favor, te necesitamos.

—¿Quieres ver a tu familia una vez más? —pregunta Mei Mei y esto termina por confundirme. ¿Qué podrían necesitar estas criaturas de mí si me tuvieron encerrado, sin contacto con el exterior o con los demás? Pero es el "por favor" lo que me hace dudar. Las palabras tienen peso, ¿es tanta su necesidad de tener a alguien del mundo humano entre ellos? Ni siquiera sé exactamente cuál es la lucha que están intentando librar aquí abajo, pero sí sé que yo no quiero ser parte de esto. Nunca quise ser parte de esto y, si tengo la oportunidad de vivir una vida normal, la tomaré.

Mei Mei parece adivinar mis pensamientos, porque coloca su pata sobre mi mano, que sigue aferrándose al borde del acantilado, y me dice:

—Salta.

Vuelvo la vista al abismo y noto algo que no había visto antes. No es un abismo de total oscuridad. Es agua. Puedo ver unas leves vibraciones. Regreso la mirada a la gata, que me indica con la cabeza que salte, pero decido dar un último vistazo a la mujer mono. Tiene el poder suficiente para indicarle a sus compañeros que me capturen, pero no lo hace. Pareciera que está esperando a ver qué es lo que decido hacer. No endurece su mirada, ni la cambia por alguna de las de odio que me dedicó al inicio. Pareciera incluso que estuviera preocupada por lo que vaya a hacer a continuación.

—Por favor —murmura, como una plegaria inocente.

Me pongo de pie, aún a la orilla del acantilado, me doy la vuelta y veo frente a frente a la mujer mono. Por un momento, la tensión parece abandonar su rostro y un alivio surge en su mirada. Está a punto de decir algo más, pero entonces me dejo caer hacia atrás al agua.

Lo último que vi antes de ser tragado por la oscuridad fue su mirada llena de preocupación y unas manos que intentaron

agarrarme, pero no fueron lo suficientemente rápidas para detenerme. Así que caigo hasta chocar con el agua.

Lo natural sería que mi cuerpo flote, pero no lo hace. Me hundo más y más. El agua, antes tranquila, se convierte en un torrente rápido y peligroso. Aguanto la respiración lo más que puedo, pero la corriente me atrapa por completo, llevándome con ella y dejándome inconsciente.

No siento nada. No veo nada. Sé que no he muerto porque sigo pensando. Sigo en el agua, pero no me puedo mover.

—¡Ahí! —alcanzo a oír. El sonido no viene del agua, sino de afuera —. ¡Sujétenlo!

Siento entonces unas manos que me sostienen y me sacan del agua. De repente, la oscuridad que podía observar incluso con los ojos cerrados se convierte en una luz brillante. La más brillante que he visto nunca.

—¡Llévenlo a la orilla! —gritan las manos que aún me sostienen—. Pero ¡tengan cuidado! Tiene el rostro deshecho.

El peso de mi cuerpo cae nuevamente por su cuenta, recargado contra una superficie irregular. No es del todo plana, tiene algunos bultos y puedo sentir pequeñas piedras clavarse en mi espalda. Pero no puedo quejarme. No puedo moverme. No puedo hablar.

Entonces comienzan a golpear mi pecho; no hacen demasiada fuerza, pero tampoco son golpes delicados. Percibo la presión que golpea contra mis pulmones. La velocidad se mantiene, pero la intensidad aumenta. Y finalmente puedo abrir la boca, más no para hablar. Las arcadas que sentí al correr junto a mi gata se transforman ahora en vómito, puedo sentir el agua y la porquería salir por mi boca y nariz, amenazando con ahogarme de nuevo. Intento sostenerme sobre mis codos, pero me fallan. Por fortuna, unas manos sobre mi espalda impiden que me caiga. Parpadeo con fuerza, sin embargo, la luz me ciega por unos momentos. Escucho que me hablan, pero no entiendo lo que están diciendo. Comienzo a nivelar mi respiración y mis ojos se adaptan por primera vez a la luz del sol.

Me encuentro a la orilla de un río, aunque no es un río cualquiera. Hubo un momento en que mentí al decir que vivía al otro extremo

de él y me arrepiento de haberlo hecho.

—Muchacho —me pregunta una voz, no sé si es la que me sostiene y evita que me caiga o alguna otra—. ¿Estás bien?

No logro encontrar las palabras. No contesto. Sin embargo, por primera vez, en lo que me ha parecido una eternidad, sé que estoy bien.

Conozco bien este río. Aquí es donde he vivido toda mi vida. Regresé a casa.

Y mi familia está en ella, esperándome.

Capítulo XXI
SOLEDAD

Rose

Ha pasado más de un mes desde que vi a Feiyu por última vez. Regresé a la escuela esperando encontrármelo para contarle sobre el viaje que le prometí que haría. Ya me las arreglaría para hacer que la historia sonara creíble. Pero al llegar a la escuela, nadie lo había visto desde hacía días.

Traté de hablar con Bao, pero fue como hacerlo con una pared. Por más que lo intentara, no respondía. Ni siquiera me miraba.

Sé que no debería importarme mucho. Tengo mis amigas, una vida acomodada y sé que puedo hacer que cualquier persona a la que quiera se muera por complacerme. Pero todo eso dejó de tener importancia cuando conocí a Feiyu. Y no me refiero al hablar con él, sino cuando realmente me permitió conocerlo. Un chico que no pertenece a ningún lado y que, para todos, siempre ha sido invisible.

Así es como Feiyu se ha sentido durante toda su vida. Rodeado de personas que parecen ser indiferentes a su existencia. Incluso en la escuela nadie se molesta en preguntar por él. Es como si no hubieran notado que no está aquí.

Si así es como se siente la soledad por unos momentos, no quiero imaginar cómo debió sentirla él por tantos años.

Incluso he pasado por su casa, pero el lugar está por completo abandonado. He pensado que lo más prudente sería reportarlo como persona desaparecida, pero ¿qué puedo decir para que me crean?

Capítulo XXII

REENCUENTRO

Feiyu

Cuando entro a la casa, todo sigue igual. Pero no idéntico a antes del Long Men, sino a después del Long Men. Todo está justo como lo dejé esa noche. Incluso el polvo, lo que me parece extraño. Si estuve fuera tanto tiempo como me dijeron, lo normal sería que este lugar fuera una prueba del paso de esos días. Pero no, es como si todo se hubiera congelado.

Comienzo a pensar que en realidad mi casa sigue vacía, pero entonces escucho un ruido que viene del piso de arriba y también una voz que conozco muy bien, pero que creí que nunca volvería a escuchar.

—*Gāisǐ!*

Una mala palabra seguida del golpe de unos platos al romperse. No hay mejor manera de darle la bienvenida a mi abuelo que haciéndolo enojar.

Subo corriendo por las escaleras y veo una escena que hace un año me hubiera hecho suspirar con fastidio. El abuelo está en la cocina, completamente rojo y apretando los puños a su costado. En el piso frente a él hay varios platos hechos pedazos, los últimos que

dejé antes de irme. No es que me haya preocupado mucho por lavarlos, aunque tampoco esperaba que al regresar ya no tuviera alguno para poder comer. Mi madre se encuentra de rodillas intentando recoger los trozos de porcelana mientras mi abuelo grita.

—¡Déjalos ahí, Yinuo! —entonces me señala con su bastón—. ¡Que el muchacho recoja sus platos rotos!

Al momento en que me señala, me dedica una mirada de rabia, pero sé que es momentánea. Todo es momentáneo, nada dura para siempre. Su ausencia me pareció toda una vida, pero finalmente están aquí. Así que hago de lado sus órdenes y me aviento directamente a él, apretándolo contra mi cuerpo en un abrazo que lo toma desprevenido, aunque, a la vez, no me aleja de él.

Tarda un par de segundos en reaccionar. Coloca su mano sobre mi espalda y la acaricia de forma delicada, como cuando era pequeño y necesitaba un abrazo.

—Ya, ya —dice sin alejar su mano. No sé en qué momento comencé a llorar, pero puedo sentir mis hombros temblar con breves espasmos y mi nariz gotea—. Ya pasó.

Sigo pegado a él y siento que otra mano se posa sobre mis hombros, una más delicada y maternal que pensé que no volvería a sentir nunca.

Sí, ya pasó. Finalmente, todo pasó.

Decido no regresar a la escuela. Al menos no en lo que resta del curso. Ya perdí demasiado como para intentar ponerme al día con los deberes. Eso puedo hacerlo después o incluso no y buscar algún empleo. En unas semanas cumpliré dieciocho, seré mayor de edad y ello haría como si nada de los últimos meses o de todos los años de mi vida hubiera existido. Por fin tengo la oportunidad de ser una persona normal y no la desaprovecharé. Ya conocí lo que necesitaba saber del Yuánshǐ. No quiero volver a saber nada de eso. Si no regreso ahí, podré dar por terminado cualquier lazo con ellos, cualquier lazo con el Tianlong. Todo podrá ser normal. Finalmente, normal.

Pasamos los días juntos. La dinámica entre los tres es como había sido siempre, pero al mismo tiempo distinta. Como si nunca nos

hubiéramos separado, pero ni mamá ni el abuelo me presionan para que mi dragón se manifieste. Es bastante normal, aunque diferente. Ninguno de los tres ha hablado sobre lo ocurrido los últimos meses. No sé qué fue lo que les pasó en el Long Men o si siquiera fue el único lugar en el que estuvieron. No sé si les hicieron daño, si los trataron como reyes, si los tenían encerrados como a mí. No sé nada, pero tampoco quiero preguntar. Prefiero que dejemos de lado ese tema, hacer de cuenta que nunca existió.

Sin embargo, hay un par de cosas que todavía necesito arreglar. O, mejor dicho, un par de personas con quienes tengo asuntos que resolver. Una de ellas sé que no me quiere volver a ver y a la otra no sé si yo quisiera volver a verla.

El fin de semana decido dejar descansar a mi familia y tomo el primer tranvía que me deja cerca de casa de Bao. Ha pasado ya suficiente tiempo desde aquella última noche, así que no creo que su disgusto pueda durar toda la vida. Al final de cuentas, somos amigos. Y los amigos, los amigos de verdad, pueden con todo. ¿No es así? Estoy seguro de que juntos podemos solucionarlo, yo sé que podemos.

Bajo cerca de su casa, no exactamente enfrente de ella, pero sí a unas cuantas calles, lo que me da la oportunidad perfecta para ir a la librería por un regalo que sirva de perdón. Le gustan los libros, así que buscaré alguno que no sea tan obvio como un "discúlpame, fui un idiota" de título, pero sí uno que, en su historia, cuente básicamente lo mismo.

Nunca he sido fanático de las librerías, pero no puedo negar que hay algo mágico en ellas. Y no el mágico malo, sino un mágico especial, lindo. A la que entro, parece de otro mundo. La zona comercial de Chongqing es bastante caótica, nunca terminas de saber en dónde te encuentras y, veas por donde veas, siempre hay movimiento. Pero aquí no. Al entrar por las puertas, escucho una campana, como las de tiendas viejas, que anuncian la llegada de un cliente. Nadie sale a recibirme, pero puedo ver que detrás del mostrador hay una chica leyendo una revista de dibujos. Está

completamente metida en la lectura, porque no se da cuenta de que acaba de entrar un cliente.

Mejor así, puedo darme una vuelta por todo el lugar sin que alguien me moleste. Todo el ruido de la calle parece que no existe aquí. En su lugar, a través de unas pequeñas bocinas que están en las esquinas del techo, se escucha música clásica, lo que genera un aura más pacífica. No reconozco lo que están reproduciendo, pero tampoco haría alguna diferencia si lo supiera.

El lugar tiene doble altura y donde uno pensaría que podría haber un techo solo hay más y más libros. Sin duda, es un sitio hermoso. Observo entre los estantes libros de todo tipo, pero no los que sé que le interesan a Bao. Le gusta la ciencia ficción, así que eso es lo que busco. Pero, sin fijarme, termino en las historias que no quería ver. Las de fantasía. Para mi sorpresa, hay un mundo muy extenso en ellas. Sin embargo, ¿cuáles serán solo producto de la imaginación y cuáles completamente reales? Para cualquiera que se pregunte por dragones, estos no son más que un disparate. Para mí, fueron los responsables de arruinarme la vida. Cuando menos me doy cuenta, tengo un libro con una encuadernación más vieja que el resto en las manos y empiezo a leer.

La historia es simple pero muy peculiar. Un hombre tiene un sueño, no está haciendo nada, pero tiene un dragón de mascota. Sin embargo, un día mientras el dragón alza el vuelo, el hombre lo ve desde la tierra y, en un abrir y cerrar de ojos, del cielo caen gotas espesas. El hombre piensa que es solo lluvia, hasta que nota el color rojizo en el suelo. Sangre. Cuando vuelve a alzar la mirada, es sorprendido por la cabeza de su dragón cayendo del cielo, sin vida. El hombre despierta de su sueño completamente aterrado. De inmediato corre por su dragón mascota y lo toma entre brazos, jurándole que nada ni nadie le hará daño. El hombre, que resulta ser un emperador, prohíbe desde ese momento la caza bajo cualquier motivo. No le importa que la economía y los alimentos de su región se vean afectados, no puede permitirse perder a su mascota. Para él no es solo una criatura de compañía, es su mejor amigo.

Luego, un día llega un joven de un reino vecino en una misión diplomática para importar nuevos alimentos debido a las

restricciones de la caza. Todo fluye de la mejor manera, sin ningún conflicto entre reinos. Una tarde, ambos deciden jugar una partida amistosa de Go en el salón del té del emperador. Todo transcurre con normalidad hasta que, por la puerta principal, entra uno de los asistentes del emperador corriendo, con un manto ensangrentado entre sus brazos, como un bebé recién nacido que aún sigue con la placenta encima. Con la respiración entrecortada se acerca al emperador, dejando de lado toda señal de respeto, y coloca el manto sobre sus piernas. El emperador lo abre y descubre, con la sangre aún caliente, la cabeza de su dragón. Sin embargo, no le da tiempo de reaccionar, pues el visitante, al ver la cabeza cortada, suelta una pequeña risa y le confiesa que, en un sueño, él había matado así a un dragón.

Intento asimilar lo que acabo de leer. Sé que es pura fantasía, pero mi sola existencia representa algo imposible, así que, ¿qué hace de esta historia algo diferente de la realidad? ¿Quién decide lo que es real y lo que es ficción?

Aún con el libro entre las manos y la mirada perdida en las palabras que ya no termino de distinguir, escucho la campana de la tienda. Esta vez, la mujer de la recepción da la bienvenida y ofrece su ayuda.

—Solo estoy viendo, muchas gracias.

Entonces dejo caer el libro al suelo. No escucho nada más, ni siquiera la música de fondo, lo único que percibo es mi corazón amenazando con salirse de mi cuerpo por la garganta y esa voz repetirse en un bucle en mi cabeza.

No quiero voltear hacia la entrada, pero no puedo evitarlo. Sus ojos se encuentran con los míos y puedo sentir la sangre subir a mi cabeza con el miedo y la incertidumbre. Pero la mirada de ella es igual de dulce que la primera vez, como si realmente me amara. Como si no hubiera mentido. No más que yo.

Capítulo XXIII
INCENDIO

Rose

No esperaba verlo aquí. He pasado semanas intentando encontrarlo. No respondía a mis llamadas, su casa está aún más vacía que antes y hoy, justo el primer día que decido salir por mi cuenta sin intención de verlo, aquí está. En el lugar más improbable del mundo, porque, ¿qué probabilidades hay de que alguien que no disfruta los libros esté por su voluntad en una librería?

Mi primer instinto es correr hacia él y abrazarlo. Pedirle una explicación de por qué desapareció así, que me diga dónde estaba y por qué no me buscó. Pero, al acercarme y ver que solo yo estoy avanzando, aminoro el paso. No viene a mí. Y no solo eso. Me observa como si no me conociera. Como si tuviera miedo.

—¿Feiyu? —pregunto en voz baja. No responde de inmediato, tal vez no esté bien y se encuentre confundido, puede que no me reconozca. Así que alzo la mano para tocar su hombro, pero al ver mi mano, retrocede bruscamente y se encoge de hombros. Entonces la alejo. No entiendo lo que está pasando con él—. ¿Estás bien?

No me responde, no sé si será prudente preguntar algo más. Está en *shock*, pero ¿por qué? ¿Dónde estuvo estas últimas semanas? O

peor aún, ¿qué vivió en ese tiempo?

Desvío la mirada y veo que a sus pies hay un libro. Me agacho a recogerlo, se ve viejo y es mejor regresarlo a su lugar antes de que se dañe. Cuando lo tengo en mis manos, le echo un vistazo al título. Conozco la historia, pero no me considero fanática de ella.

—No me gustan las historias de fantasía —le digo a Feiyu mientras le acerco el libro, esperando que mi comentario ayude a romper el hielo. Lo toma sin mirarme, como si buscara rehuir mi mirada a toda costa. Entonces coloco mi mano sobre su hombro y puedo sentir que se tensa, aunque no me aparta. Ya es un avance—. Feiyu, ¿qué pasa?

No contesta. Sin embargo, percibo que se tensa aún más. No sé qué le pasa, pero no creo que se encuentre bien. Incluso puedo sentir la temperatura que sube por su cuerpo a través de su camisa.

—Feiyu, ¿estás bien? —lo tomo de ambos hombros y hago que me mire. Su piel está ardiendo, algo claramente no está bien y me empieza a preocupar. Primero me deja sola, se va sin darme ninguna explicación, me trata como si hubiera sido su novia, pero después, simplemente, se va. Y ahora regresa, ¿y no es capaz de decirme algo? ¿De ir conmigo? No, este no es mi Feiyu. Algo está muy mal aquí—. Por favor, dime qué pasa.

Sé que sueno desesperada, pero no sé qué hacer. Lo suelto de una mano y busco en mi bolsillo mi teléfono para llamar a una ambulancia. Marco con rapidez el número de emergencia, pero entonces vuelvo la mirada a Feiyu, quien ahora me observa con detenimiento.

—¿*Cuál es su emergencia*? —suena en el auricular, pero la mirada de Feiyu me deja atónita—. ¿*Hola*?

Dejo que la llamada termine. Los ojos de Feiyu me ven como si lo hicieran por primera vez, pero yo sé cómo es su mirada. Yo sé lo que fue para él verme por primera vez. Lo vi. Esa primera vez, la mirada que me dedicó era… diferente. Más gentil, como si no hubiera una persona más en la tierra que valiera la pena mirar. Pero ahora, toda esa belleza, todo ese cariño, simplemente desapareció. Me ve como si no me conociera. O, más bien, como si le hubiera arruinado la vida.

Jamás he presenciado un incendio, de hecho, odio el fuego. Desde que era pequeña, siempre me mantuvieron frente a hogueras. Incendiaban a toda clase de criaturas, inocentes y culpables. Cuando preguntaba por qué lo hacían, solo me respondían que así debían ser las cosas.

Antes de dedicarse a la búsqueda de dragones, el grupo de cazadores era conocido por acabar con cualquier criatura que estuviera a su paso. No importaba qué fuera (o quiénes). Si se encontraban en su camino o les impedían su cometido, era básicamente una sentencia de muerte segura. No había manera de poder convencerlos de lo contrario.

—*Tus padres fueron responsables de tu castigo* —me repetía él en cada oportunidad que tenía—. *Deberías agradecerles por todo lo que tienes.*

Decir algo así resulta siempre un terrible recordatorio de lo que alguna vez fui. De lo que soy. Nunca conocí a mis padres, pero tengo un sueño recurrente. Uno que, aunque me duela admitirlo, estoy segura de que es más bien un recuerdo. Mi primer recuerdo. Y es el de un incendio. Pero no uno normal. Tampoco uno ocasionado por la naturaleza. Es una casa en llamas. Y en el marco de una de sus ventanas se encuentran dos personas. Un hombre y una mujer, viéndome fijamente desde el interior. La mujer llora. El hombre intenta mantenerse firme, pero su mirada lo traiciona. Se están quemando, pero nadie hace nada por salir de ahí. Han aceptado su destino, pero ¿quién permitiría que ese fuera el destino de alguien?

Después de tantos años, aún puedo sentir el calor en mi piel al recordarlo. Y luego del calor, siempre llega el frío. Llegan la oscuridad y la soledad. Hacer que una niña pequeña sea testigo de cómo incineran a criaturas inocentes, aún con vida, solo para recordarle que sus padres corrieron con la misma suerte, me parece la tortura más cruel que pueda existir.

Sigo con la mirada fija en Feiyu. No ha parpadeado en ningún momento, pero la sombra de sus ojos me recuerda todas esas hogueras, todos esos momentos de muerte. En sus ojos ya no veo

paz. Feiyu es el incendio, y sus ojos son la oscuridad y el frío que amenaza con llegar después. Solo que, en este caso, destrucción y oscuridad coexisten en el mismo lugar.

No dice nada. Tampoco hace falta que lo haga. Con el libro todavía en las manos, pasa a mi lado, sin mirarme, y se dirige a la salida.

La chica en la recepción le grita que regrese y pague por lo que se llevó, pero también decide ignorarla. Me acerco a la caja y me ofrezco a pagar por él.

—Menuda escena —dice la chica contando el efectivo—. ¿El chico es tu novio?

Volteo hacia la puerta por la que acaba de desaparecer. En este punto, ¿qué somos? O más bien, ¿qué fuimos? No lo sé. Me dejó sola antes de poder aclarar la situación siquiera. Pero no importa. Porque si él es la única persona que me ha hecho sentir amada, aunque haya sido un poco, no voy a dejarlo ir tan tranquila.

—Sí —respondo—, es mi novio.

Capítulo XXIV

BAO

Feiyu

¿Qué descaro el de una persona que te traicionó y que se quiere acercar de nuevo a ti como si no hubiera pasado nada? ¿Quién puede ser capaz de semejante acto de cobardía? Yo sé que no ocurrió ayer, pero así se siente todavía. Me parece imposible que finjas amar a alguien, y que hagas todo lo posible porque esa persona te ame de vuelta, cuando en realidad estabas trabajando a sus espaldas para lastimarlo. Para matarlo. Para matarme. ¿Qué consigue con eso? ¿Qué es lo que gana?

Pero, lo peor de todo, ¿qué gano yo con que me importe tanto? ¿Por qué no puedo dejarla ir? Para ella no fui más que un animal al cual cazar. Para mí, ella se convirtió en todo. Y, a pesar de lo ocurrido, una parte en mi interior aún siente que nada es real, que Rose sigue siendo Rose y que yo sigo siendo yo. Y que estamos juntos, y juntos vamos a solucionar cualquier problema, porque lo nuestro no es un cariño normal. Me enamoré de ella y ese es un sentimiento que no es fácil de olvidar. Siento como si no fuera nada sin ella. ¿Y si es verdad? ¿Y si no soy capaz de ser algo más si no es

con ella? ¿En qué lugar me deja eso? ¿Soy un cobarde? ¿Soy patético? No puedo sacármela de la cabeza.

Pasó este tiempo buscando la forma de acabar conmigo, pero para mí todo fue real. ¿Por qué no puedo dejarlo pasar? Me duele el pecho, nunca creí que los corazones rotos pudieran doler, pero me duele. Me asfixia y siento que no puedo respirar. ¿Qué debo hacer?

En cuanto me doy cuenta, mis pies me llevaron frente a la casa de Bao. Podré haber estado fuera un tiempo, pero mi instinto me dirige a este punto, recordando que en algún momento este era un lugar para poder ser y estar sin miedo. Sin la presión de un mundo que mi amigo todavía no conocía y que nunca tuvo necesidad de conocer, pero fui yo quien decidió meterlo ahí. Y me arrepiento de eso.

Toco el timbre. No voy a mentir, tengo miedo de que me vuelva a rechazar, pero ya ha pasado un tiempo, nadie puede permanecer enojado para siempre, ¿verdad?

Pasan unos segundos, pero no hay respuesta. Así que vuelvo a tocar. Nada.

Y otra vez, y otra y otra. Hasta que finalmente una voz responde en el parlante.

—*¿Sí*?

—¡Señora Tóng! —digo más exaltado de lo que debería. Aunque es una buena noticia que sea su mamá quien me reciba, así es menos probable que me rechacen o me cierren la puerta en la cara —. Soy yo, Long Feiyu.

No responde nada, pero escucho el seguro abrirse y lo tomo como mi pase de entrada. Una vez que cruzo el jardín, me planto frente a la puerta principal. No está abierta, aunque no sé si sea prudente entrar como si nada. Después de todo, la última vez que abrí una puerta antes de tocar las cosas no salieron del todo bien. Así que golpeo la puerta para ser recibido. No pasa siquiera un segundo cuando se abre con fuerza y Bao se arroja hacía mí, haciéndome caer de espaldas contra el pasto y apretándome en un fuerte abrazo.

—¡Eres un idiota, Long Feiyu! —dice en voz alta, lo suficiente como para que sus padres lo escuchen y le den el mayor castigo de su vida, aunque no creo que le importe. A diferencia de la última vez que me dijo algo así, puedo sentir un cambio en sus palabras. No las

está diciendo como si realmente lo sintiera, sino como si me hubiera extrañado. Realmente me hubiera extrañado.

Me acomodo sobre mi espalda y coloco un brazo detrás de él, apretándolo más contra mi cuerpo para regresarle el abrazo.

—También te extrañé —susurro.

A lo que Bao me responde:

—No vuelvas a dejarme así.

Sus padres me invitan a comer, lo que resulta un poco incómodo, pues trato de evitar a toda costa mencionar algo sobre haber desaparecido (incluyendo en dónde estaba). Una tarea difícil, ya que ambos son muy insistentes y quieren saber qué fue lo que le sucedió a mi rostro y la razón exacta por la cual no estuve aquí. Quisiera decir algo, pero no sé realmente qué sea lo apropiado en estas situaciones. Al final de cuentas, Bao también tiene un secreto. Pero es un secreto que no me corresponde a mí ni contar ni averiguar si ya lo ha dicho.

Sé que para muchas personas que a mi mejor amigo le gusten los chicos podría considerarse una deshonra por completo, porque es algo que no está bien visto incluso al día de hoy. Pero si yo he ocultado mi verdadera identidad por tantos años, ¿quién soy para juzgar si él también lo hizo? Además, qué más da si le gustan los hombres o las mujeres. Es mi mejor amigo y sigue siendo una de las mejores personas que conozco. Hombre o mujer, yo lo seguiré amando incluso aunque él ya no quiera saber nada de mí.

Después de la comida, pasamos el rato en su habitación. Es ahí que recuerdo su regalo.

—Está un poco maltratado —le digo, sacando el libro de mi mochila—, pero espero que te guste.

Lo observa con emoción. Todo rastro de los últimos tiempos parece haber desaparecido y somos de nuevo lo que éramos. Solo él y yo.

Aunque, cuando abre el libro y ve la primera página, la emoción en su semblante se convierte en un gesto de seriedad y su mirada se oscurece.

—Perdón si ya lo tenías —intento quitarle importancia al asunto, pero Bao niega con la cabeza.

—No es eso —dice—. Ya conocía esta historia.

Guarda silencio por un momento, así que pregunto.

—¿Pero?

Levanta la mirada y me observa con una mezcla de preocupación y miedo.

—Pero no la conocía por haberla leído.

Siento que mi pulso se acelera, no estoy del todo seguro de querer saber qué viene a continuación.

—Soñé con ella —me dice, casi como si estuviera recitando de memoria las palabras del libro. Entonces su voz disminuye en un susurro apenas audible—, pero el dragón eras tú. No sé cómo lo sé, pero eras tú.

Lo dejo que siga hablando, no quiero interrumpirlo, aunque tampoco quiero saber lo que está por decir.

—Solo que en mi sueño era diferente —continúa—. La misma historia, pero distinta. El hombre del cuento, el emperador, seguía estando ahí. No sé si era exactamente el mismo, pero había un hombre. Sin embargo, en el cuarto había más personas, todas vestidas de negro con una máscara que les ocultaba el rostro. Todo menos los ojos. Nadie jugaba, sino que estaban esperando. No sé qué es lo que estaban esperando o si era a alguien. Solo sé que estaban quietos. Nadie hablaba y la tensión se podía sentir en el aire. Entonces llegó otro chico, vestido igual de negro y lo único que lo distinguía del resto eran sus ojos. No eran como los demás, sino más grandes y redondos. Además, brillaban. Eran azules, lo recuerdo bien, pero no era un azul como el del mar, sino uno como el de una tormenta. Cargados de electricidad y, honestamente, daban más miedo que los de cualquier otro que estuviera en la habitación. Se veía más pequeño que el resto, eso sí. Pero no por eso menos temible. En sus brazos, pasando por encima de sus hombros y con la cola arrastrándose en el piso, llevaba el cuerpo sin vida de un dragón. De ti. Pero no llevaba la cabeza.

Entonces tiraba al suelo el cuerpo sin cabeza del dragón. Todos seguían en silencio, pendientes de lo que dijera. Luego, no sé cómo,

pero el chico sacaba de entre su ropa la cabeza y la sostenía en alto, como un trofeo. Es entonces que todos se ponían de pie y estallaban en aplausos y gritos. Todos menos el que parecía ser el emperador.

Cuando termino de escuchar el relato de Bao, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. La habitación parece haberse enfriado, como si estuviéramos en el más frío invierno. Bao se ve tenso, pero no tanto como debería. Su sueño fue bastante real. Todavía no sé quién es el hombre del que hablaba, pero el resto sí sé quiénes son. Y el chico de los ojos azules no es un chico. Es una chica. Y sé qué chica es. Al parecer, está bastante decidida a cumplir su promesa.

—Bao —le digo en un susurro para evitar que me tiemble la voz—. No quiero morir.

Me toma entre sus brazos y me dice:

—Yo tampoco —me aprieta con fuerza, como si así le diera mayor peso a sus palabras—. Por favor, prométeme que nada malo va a pasar.

No le puedo prometer algo que no sé si será verdad. Incluso estando convencido de que las cosas por fin han terminado, los propios sueños de Bao me demuestran que no es así. ¿Qué clase de broma del destino es esta?

Sin embargo, decido hacer caso a mi corazón y le aseguro que nada malo nos va a pasar.

—Te lo prometo.

Capítulo XXV
VACÍO

Rose

No sé qué es lo que le pasa a Feiyu, pero esto no puede seguir así. Arriesgué mi propia vida para demostrarle a otros que él es un chico bueno, no la amenaza mortal de la que tanto nos han advertido. Y, aunque sigan teniendo sus dudas, comienzo a pensar que finalmente me creen. No pienso dejar las cosas así como así.

Cruzo la ciudad hasta que llego al río donde nos conocimos por primera vez y luego me dirijo a su casa. He estado tantas veces con él en ese lugar desde que su familia desapareció que me siento incluso cómoda cuando entro en él, como si estuviera regresando a casa. Sin embargo, cuando intento abrir la puerta de la tienda, la encuentro cerrada con llave. Toco el timbre, pero no obtengo respuesta. Aquel lugar está completamente oscuro. Y, a través de la ventana, todo se alcanza a ver solo. Abandonado. Totalmente sin vida.

Sigo intentando con el timbre, pero nada pasa, así que me dirijo a una banca que se encuentra cerca de aquí. Feiyu debe regresar en cualquier momento y, cuando llegue, no permitiré que se vaya sin que hable conmigo. Sin que me dé una explicación de su

comportamiento. Me encontraré a su lado y él estará junto a mí. Es ahí donde debo estar. Donde ambos debemos estar.

Capítulo XXVI
UNA DECISIÓN

Feiyu

Ya comienza a oscurecer cuando dejo la casa de Bao. Sus padres me ofrecieron que me quede a dormir, como siempre, pero esta vez no puedo aceptar. No dejo de pensar en la promesa que le hice: que nada malo nos pasará. No estoy seguro de poder cumplirla, pero tampoco sé qué puedo hacer para que esté bien. Y no solo él, sino también mi familia. Ya han sufrido bastante como para que las cosas vuelvan a empeorar.

Debe haber algo que pueda hacer, pero ¿qué?

Llego a mi casa cuando la noche ya ha caído por completo, y es entonces que creo encontrar la respuesta, aunque no sea la que quiero. Veo las luces encendidas en el piso de arriba: mamá debe estar preparando la cena. Entro y, al subir las escaleras, el aroma de la comida casera me invade. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que probé comida hecha en casa que no puedo evitar estremecerme de la emoción. Entro a la cocina y ahí están, como una familia normal. Pequeña pero normal. Mamá está sirviendo la cena en los platos mientras el abuelo permanece sentado, esperando

para poder empezar a comer. Es un cuadro tan sencillo que hace que se me haga un nudo en la garganta.

—¡Feiyu! —dice mamá al verme entrar por el marco de la puerta —. Llegas justo a tiempo, la cena ya está lista.

Lo dice con tanta alegría que me pregunto qué necesito para poder vivir esto todos los días. Antes me había cansado de la monotonía, pero, como suelen decir, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Y sí. Hasta que lo perdí todo fue que me di cuenta de lo que tenía, y ahora que lo tengo de regreso, no quiero volver a perderlo.

La cena es sencilla pero tranquila. El abuelo habla y mamá le responde, pero no presto mucha atención a sus palabras. Estoy más concentrado en ver esta dinámica. Ninguno menciona al dragón. Como si eso, la profecía, el Yuánshǐ y el Long Men y todo lo demás nunca hubieran existido.

Cuando terminamos de comer y la cocina está de nuevo limpia, mamá y el abuelo se marchan a sus habitaciones para dormir.

—Descansa, Feiyu —me dice cada uno.

Les respondo igual y, justo cuando están cerrando sus puertas, en un susurro, añado:

—Los amo.

Sé que no me escuchan. También sé que no lo digo tan seguido como quisiera, pero eso no significa que no lo sienta.

Me dirijo a mi habitación y, sin encender la luz, me siento en el suelo y observo la noche a través de la ventana. Siento como si hubiera pasado toda una vida desde el momento en que una pequeña gata entró por mi ventana y ocasionó todo un cambio en mi vida. La noche está tranquila, el cielo sin estrellas y los animales nocturnos comienzan su rutina. Sé lo que tengo que hacer para que todos estén bien, pero no es lo que quiero. No quiero. Pero tampoco quiero morir, y menos aún ver sufrir a la gente que amo. Ni siquiera a Rose. No…, ni siquiera a ella. Ella merece ser feliz. Y yo también. Desde la calle me llega un ruido. No, ruido no. Una melodía. Es música. Un violín. Hay alguien en la calle tocando el violín.

He vivido toda mi vida bajo este mismo techo y nunca en todos estos años había escuchado algo similar. Menos aquí. No es un lugar

tan turístico como para tener este tipo de atracciones a la mitad de la noche. Me acerco al marco para tener una mejor vista de las cosas, pero no veo nada, solo se escucha la música. Es una melodía triste, como si me acompañara a propósito de mi duelo. Me pregunto quién y por qué la estará tocando.

Rose

En algún momento de la noche me quedé dormida cerca del río. Al principio tardo un poco en ubicarme. Nunca había dormido en exteriores, a menos que hubiera sido completamente necesario en el mundo de abajo, pero jamás aquí arriba. Todo está tranquilo, así que me acerco de nuevo a la casa de Feiyu. No sé en qué momento de la noche llegó. Fueron horas las que el lugar estuvo completamente vacío. Pero ya está aquí. La casa está oscura, pero sé que Feiyu está dentro. Tiene la ventana abierta y desde el interior se escucha la melodía de un violín. No sabía que Feiyu tocara algún instrumento. Aunque, siendo honesta, hay muchas cosas de él que desconocía. Y muchas cosas que, de cualquier manera, Feiyu nunca me dijo.

Me detengo un rato a escuchar la melodía, hipnotizada. Es hermosa. Perfecta para una noche oscura. Sin estrellas.

Feiyu

La melodía no deja de sonar. Por más que lo intento, no encuentro de dónde viene. Pero, por alguna razón, sé lo que significa.

Feiyu.

No.

Feiyu.

No, por favor no. Por favor. Por favor, por favor.

Feiyu.

Suena calmado, pero no por eso menos insistente.

Feiyu.

¡No! Grito, pero el ruido se eclipsa por un rayo. Al hacerlo, la voz, *su voz,* se calla por un momento. Cae otro rayo. La música se detiene y el aire comienza a soplar con fuerza, amenazando con una tormenta.

Rose

El violín deja de sonar.

Cerca de la ventana hay un árbol, puedo subir sin problema escalando. Me trepo entre las ramas, a punto de llegar a la habitación de Feiyu, cuando cae un rayo. Y luego otro. No me dan directamente, pero están lo suficientemente cerca y con el estruendo necesario para hacerme perder el equilibrio y caer.

Caigo, como en cámara lenta. Por fortuna, no lo hago sobre el suelo, sino que me dirijo hacia el río. Mi espalda choca contra el agua fría de la noche. En el cielo veo otro rayo, solo que no es un rayo: es un incendio. El cielo parece estar jugando con sus movimientos. Y ahí, entre la oscuridad de las nubes, veo a un dragón escupir fuego sobre la tierra.

Hojas y pequeñas ramas caen sobre mi rostro mientras me hundo lentamente en el agua.

Después de eso, pierdo la conciencia.

Feiyu

Una tormenta se acerca.

Por más que quiera protegerme de ella bajo el techo de mi propia casa, sé que ya no es una opción.

Está aquí. Y no dejará en paz a nadie hasta que le dé lo que quiere. Así que tengo una decisión que tomar. Y si no es ahora,

después será demasiado tarde. Perdí a los que amo una vez, no podría soportarlo de nuevo.

Siento que mis manos queman, como si estuvieran en llamas, pero no tengo tiempo para pensar en eso. Me acerco al escritorio y tomo un pedazo de papel y un lápiz. Escribo, como si mi vida dependiera de ello. No es un mensaje extenso, pero sí necesario. Una vez que termino y separo el lápiz del papel, la madera se rompe, indicándome sin palabras que su vida conmigo ha terminado.

Otro rayo ilumina por completo la estancia, haciendo que mi sombra se proyecte sobre la pared. Solo que no es mi sombra. Ese no soy yo.

El cuarto vuelve a iluminarse por otro rayo, aunque su intensidad es mayor. Y entonces cae otro, y otro más, y no cesan. Como si anunciaran el fin del mundo.

De *mi* mundo.

La habitación parece estar en llamas. En la sombra del fuego puedo verlo. Él soy yo. Y yo soy él. No hay forma de deshacerse el uno del otro. Nuestras vidas están atadas, aunque nunca lo elegimos. Simplemente es así.

Y ya no queda otra opción. Si quiero cumplir con mi promesa, esta es la única manera.

Los truenos suenan con más fuerza, pero no caen más rayos. Así que tomo el papel entre mis manos y salgo de mi habitación, sabiendo que esta será la última vez que lo vea en mucho tiempo.

El viento golpea con fuerza, amenazando con tirar todo el edificio si no hacemos lo que quiere. Intento mantener la calma, no quiero despertar a nadie en casa, pero escucho que algo cruje. Como el papel. Entonces lo veo en mi mano. El papel empieza a incendiarse. No me queda tiempo.

Abro la puerta de mi madre. La veo dormida. Su pecho sube y baja en una melodía invisible que solo ella puede ser capaz de reconocer. La veo, completamente impasible a lo que está pasando a su alrededor. Como si el caos del exterior no estuviera ocurriendo aquí. No con ella. Con ella todo es calma.

Por primera vez en muchos años, me recuesto junto a ella en su cama. La siento moverse y amoldar su cuerpo al mío para

envolverme en un abrazo.

—¿Qué haces despierto, Feiyu? —murmura con la voz adormilada. No puedo verla, pero sé que sus ojos aún siguen cerrados. Quizá no distinga si esto es la realidad o un sueño. Cuánto daría yo por hacer eso.

—Nada —digo, pero la voz me sale ahogada, así que repito—. Nada, mamá.

Siento contra mi espalda que aprieta su cuerpo para abrazarme con mayor fuerza. Entonces percibo que acerca sus labios a mi cabeza y me da un beso. Igual que como solía hacerlo cuando era pequeño. Se separa y vuelve a acomodarse. Me pongo de pie y vuelvo a mirarla.

—Te amo, mamá —susurro para que mi voz no me traicione, y ya puedo sentir las lágrimas quemarme el rostro.

Pero mamá no responde. De nuevo está dormida. Así que me inclino sobre ella y le doy un beso en la frente.

Salgo de su habitación y me dirijo a donde el abuelo. Está tranquilo, dormido sobre su *tatami*. Puedo escucharlo roncar de manera leve y me permito sonreír. Entonces, al lado de su cabeza, coloco la nota para que, cuando despierte, entienda todo. Finalmente, soy yo quien le da una explicación al abuelo.

Lo observo profundamente tranquilo. Ya no tendrá nada de qué preocuparse. Nada. Aun así, hago lo que siempre supe que terminaría haciendo. Junto mis manos y me coloco de rodillas sobre el piso, haciendo una reverencia ante él.

Gracias. Pienso. Gracias por todo.

Un rayo vuelve a caer. Alzo la mirada y por un momento puedo verme, como un reflejo, observándome desde el otro extremo. Sé que soy yo, pero no me reconozco. Mi mirada está oculta por las sombras.

No imita mis movimientos como un reflejo. Solo me observa. Le regreso la mirada, pero no reacciona. Un rayo vuelve a iluminar la estancia y esta vez le veo bien la cara a mi doble. La cicatriz en su rostro es incluso más notoria. Más roja. Pero de su otro ojo, del ojo sin cicatriz, cae una lágrima.

La luz del rayo desaparece y, con ella, desaparezco yo.

Salgo del cuarto del abuelo, el viento es aún más fuerte. No sé si sea una buena señal, pero sé que una tormenta está muy próxima. Me acerco una última vez al espejo del baño. Mi cicatriz ahí sigue, pero resplandece como si estuviera en llamas. Tengo el presentimiento de que, si la toco, podré sentir su calor.

Con delicadeza, poso un dedo sobre ella y, por un instante, estoy en otro lugar.

Al principio no entiendo exactamente dónde me encuentro, pero el sonido de los rayos es sustituido por otro. Pláticas y el chocar de copas entre sí me hacen darme cuenta de que estoy en una especie de fiesta de salón.

—Señor Long —me interrumpe un hombre con traje—. ¿Me permite?

Noto que tengo una copa en la mano. Vacía. Me sorprende tener una copa entre mis dedos, pero aún más el hecho de saber cómo sujetarla correctamente. El hombre de traje, que resulta ser un mesero, me la llena con un líquido espumoso de color amarillo y le doy un trago.

Amargo. Aun así, no dejo de beber.

Miro a mi alrededor. Hay muchas personas. Hombres de trajes negros y mujeres con los vestidos más elegantes que he visto en toda mi vida. No distingo bien ninguna conversación, pero todos parecen estar enfrascados en ellas. Entonces quedo frente a un espejo de cuerpo completo y no me reconozco. Soy yo. Sin embargo, mi pelo está arreglado y estoy vestido igual que los demás hombres de la sala. Con la copa en mano, podría parecer un importante empresario. Tampoco tengo la cicatriz a la que, irónicamente, ya me acostumbré. Me veo sumamente… *normal*.

El ruido de fondo, de repente, se ve eclipsado por el sonido de un grupo de cuerdas y me fijo en una escalera que está en el centro de la sala. Es completamente blanca, con un barandal a juego. En lo alto hay una chica. Solo que no es cualquier chica. Es *ella*. Me mira desde lo alto, como si supiera desde un inicio lo inalcanzable que es para mí.

Lleva un vestido largo, ni siquiera se logran ver sus pies. Y la enorme falda que cae desde su cintura hace que muchas partes de su cuerpo se confundan ante el volumen de su atuendo.

Es completamente negro, lo que contrasta con su piel pálida y el rubio de su pelo. Desciende con lentitud, como si sus pies no tocaran el suelo y flotara sobre el mármol. No sé cómo ocurrió ni en qué momento, pero me encuentro justo a los pies de la escalera. Un hombre con una bandeja pasa a mi lado y coloco la copa semivacía encima, sin decir una palabra. Entonces alzo mi mano, a la espera de que Rose responda con el mismo gesto. Y lo hace. Cuando la toma, todos a nuestro alrededor aplauden.

—Luces hermosa esta noche —le susurro una vez que baja el último escalón. Ella hace una leve reverencia, hasta donde el vestido le permite, y yo beso su mano con delicadeza.

—¿Solo esta noche? —responde en voz baja. Hay algo en su tono que deja claro que no piensa hacerse menos por nadie.

Vuelvo a besar su mano, esta vez sin despegar la mirada de la suya.

—Siempre, *mìtáo*.

Coloco mi mano sobre su cintura y comenzamos a bailar.

Nunca me he considerado un buen bailarín, pero hacerlo junto a ella me resulta tan natural que no puedo pensar en otra cosa más que en dar el siguiente paso. La música ha cambiado y todos a nuestro alrededor parecen estar embelesados con nosotros. Como si fuéramos el espectáculo principal de su velada. Lo único que vale la pena ver. En cierto sentido, así es como se siente. Que solo nosotros dos importamos aquí. Nosotros y nadie más, y así es como debe ser. Por alguna razón, se siente correcto.

Continuamos girando por la sala que ahora es nuestra pista de baile. La música sube de intensidad, siguiendo la velocidad de nuestros pasos. Entonces, con una valentía desconocida, detengo la danza y, con la mano aún en su cintura, acerco a Rose hacia mí y la beso con pasión. Compartimos juntos ese momento íntimo. Da igual que nos estén mirando, solo somos nosotros dos. Ella responde al beso con intensidad y, en algún momento, nuestros cuerpos parecen fusionarse y volverse uno solo. Ella y yo. Yo y ella. Y todo está bien.

No me doy cuenta de que la música es reemplazada por unos aplausos. Sin embargo, no suenan como aplausos, sino como lluvia. Lluvia cayendo sobre el pavimento. Sigo aún con mis labios sobre los de Rose, pero de repente siento un dolor intenso en el vientre. Abro los ojos y puedo sentir que el dolor aumenta.

Rose ya no está besándome. Aún me mira con pasión, pero es una pasión distinta. El brillo de sus ojos ha desaparecido y son completamente negros. Sin vida. Muertos.

—*Mìtáo* —intento decir, pero mis palabras se ahogan por un líquido espeso que sale de mi boca. Sangre. Mi sangre.

Luego, la presión disminuye, aunque el dolor no. Rose alza una mano, roja, cubierta de sangre, y en ella sostiene un cuchillo como un trofeo. Como la libertad.

Me mira directamente a los ojos y una sonrisa desprovista de toda felicidad adorna su rostro.

—Larga vida al Tianlong.

Mientras lo dice, caigo sin vida al suelo.

Rose

Intento respirar, pero solo consigo tragar agua. Por un momento olvido dónde estoy. Entonces lo recuerdo bien.

Feiyu. Estoy aquí por Feiyu.

Feiyu

Feiyu.

Tomo una bocanada de aire. Otra vez estoy en el baño. Más bien, sigo en el baño. Nunca me fui de ahí.

Solo que sí me fui. Bajo la mirada a mi vientre. Todavía tengo las manos sujetándolo con fuerza. Las coloco frente a mí y veo que están cubiertas de sangre.

Rose

La tormenta no cede.

Otro rayo vuelve a caer. Estoy completamente empapada, pero logro salir a la orilla. Frente a mí, la casa de Feiyu me regresa la mirada. Me reta a entrar. Y eso es justo lo que haré.

Feiyu

La sangre está fresca. Incluso puedo sentir el dolor en la herida.

¿Realmente está dispuesta a matarme?

Rose

Golpeo la puerta de la tienda con fuerza, pero el ruido se amortigua por completo por el viento que sopla con violencia.

Golpeo, pero no estoy segura de si puede escucharme.

Feiyu

Feiyu.

Feiyu.

—¡Feiyu! —grita alguien. No sé si fue realidad o parte de las voces en mi cabeza.

La voz, mejor dicho.

Luego de la última mención de mi nombre, escucho cristales que se rompen en la planta baja. O el viento con su fuerza los ha roto o alguien volvió a entrar en medio de la noche.

Rose

Camino con cuidado de no pisar los trozos rotos de la ventana. No había forma de entrar, así que solo me quedó hacerlo con violencia.

Hay algo malo pasando aquí. Algo que no está bien. Puedo sentirlo.

—¡Feiyu! —vuelvo a gritar, pero un dolor intenso surge en mi hombro. No es uno común.

Quema. Y sé exactamente qué es lo que produce este dolor.

Mi marca está ardiendo.

Me tiro al suelo, ahogando un grito de dolor. Siento fragmentos de vidrio clavarse contra mi piel. Nunca me había encontrado en una situación tan lamentable. Empapada, cubierta de sangre y sollozando en el piso. Esta no es una imagen digna de una cazadora. No es una imagen digna de mí.

Intento incorporarme, pero el dolor es demasiado fuerte, así que hago lo único que se me ocurre para salir de aquí.

Feiyu

—¡Feiyu!

Definitivamente es un grito.

Un rayo vuelve a caer, iluminando todo el baño. Miro la puerta, esperando escuchar de nuevo mi nombre. Me encuentro tan atrapado en esos pensamientos que no me doy cuenta de la mirada que me regresa mi reflejo, pese a no estarlo viendo.

—¡Feiyu!

Es *ella*. Está aquí.

Siento que mi pulso se acelera. Está aquí. Vino conmigo. Aun así, después de todo lo ocurrido, viene por mí.

Rose viene por mí.

Por un momento, me dispongo a dejarlo todo. Todo lo que he pensado deja de importar. Porque ella está aquí. Y si ella está aquí, significa que todo estará bien.

Pero cuando estoy a punto de volver a abrir la puerta, me fijo en mi mano. Sigue completamente roja. Empapada en sangre. De mi sangre. Y lo recuerdo todo.

Su traición. Sus mentiras. El engaño. Todo.

¿En qué estaba pensando? Ella me mintió. Pero ¿por qué tengo este dolor en el pecho? No tiene nada que ver con la herida. Ni siquiera estoy seguro de que la sangre sea real o no. No tengo idea de qué está pasando, pero el dolor en mi pecho es real. Se trata de un dolor cercano al centro, aunque del lado izquierdo. Duele. Al mismo tiempo, es como si me dijera que lo que estoy haciendo no está bien y que para eso ha llegado ella hasta aquí, para salvarme.

Pero ¿y si no quiere salvarme? ¿Y si todo este tiempo solo ha fingido y su plan siempre fue matarme?

La cabeza comienza a dolerme con fuerza. Me hace caer de rodillas y apretarla entre mis manos. La siento palpitar. No puedo distinguir si sigue gritando o si el viento se ha calmado. Todo está hecho un caos, un verdadero caos.

Feiyu.

Otra vez. O puede que nunca haya desaparecido, pero ahí está. Sus palabras son como clavos enterrados en lo más profundo de mi mente. Cada letra duele: F-E-I-Y-U. Dolor.

No puedo pensar. No puedo.

Pero tengo que hacer algo.

Ella podrá quererme muerto. Pero no aquí. No. No le daré la satisfacción de hacerlo cuando ella quiera. Si voy a morir, tendrá que ser de acuerdo con mis propias condiciones. Y hoy no es el momento. Hoy no voy a dejarme matar por la mujer que más he amado en la vida. La única, realmente.

Hazlo.

Sí. Sé lo que debo hacer. Al principio no lo entendía, pero ahora sé lo que significa.

En una de las muchas veladas que pasé encerrado, el chico se acercó en secreto para hablarme. No sé qué esperaba conseguir en

ese momento, pero ahora sus palabras tienen sentido.

No iba acompañado, al menos no lo parecía. Pero tampoco entró a la celda. Simplemente se quedó sentado fuera. Del otro lado. Esperando a que me acercara.

—No sé quién seas —dijo a modo de saludo—, pero tienes algo que puede ayudarte.

Me pareció más seguro seguir ocultando mi identidad, así que no lo corregí.

—Cuando lo necesites, solo *vuelve a hacerlo.*

No dijo nada más, pero me dejó pensando a qué se refería. ¿Qué es lo que necesito volver a hacer?

Fuego.

Sé que mi dragón es celestial, pero su afinidad con el fuego me parece extraordinaria. Es como si fuera un dragón incendiario. Comienzo a sentirlo de nuevo en mi interior. Se trata de un calor abrasador que amenaza con salir. Que *quiere* salir. Desea ser libre.

Yo quiero ser libre. Así que lo dejo ser.

Esta vez el fuego no está a mi alrededor. Está en mí. Yo soy mi propio incendio.

Me dejo consumir por las llamas. Y entonces desaparezco.

Capítulo XXVII
SIN RETORNO

Rose

El viento se calma. Es reemplazado por una lluvia que suena con fuerza contra el asfalto de la calle. Pese al sonido de la lluvia, parece que la tormenta no será tan fuerte como se esperaba. Se siente incluso tranquila, como el final de algo que parecía mucho más intenso, pero en realidad no lo fue.

Suspiro con pesadez e intento ponerme de pie. Feiyu no vendrá. Necesito salir de esta situación yo misma.

Con dificultad, logro levantarme del suelo. El espectáculo no es para nada lindo. Estoy bañada en sangre. Al menos, todas las heridas parecen superficiales y no de gravedad. Tal vez llegue a necesitar algunas puntadas, pero no sería un impedimento para el día a día. Me dispongo a llamar de nuevo a Feiyu, pero algo me dice que es inútil.

Avanzo hacia el piso superior, aunque lo único que escucho es la lluvia. La casa está extrañamente vacía.

—¿Feiyu? —digo en voz baja cuando alcanzo el último escalón. Sin embargo, el silencio me responde.

Se siente raro estar aquí, sin él. Cuando se quedó solo y venía a hacerle compañía, su presencia lo abarcaba todo y me hacía sentir en calma. Pero esta ausencia inquieta mi mente y me hace recordar vívidamente la primera vez que estuve en este piso.

Todavía no conocía a Feiyu, aunque no esperaba que las cosas ocurrieran de esa manera.

La primera vez que vine aquí, estaba en busca del dragón celestial, el Tianlong. No sabía lo que encontraría, pero ciertamente no esperaba encontrarlo a él.

Ocurrió en la noche. Habían pasado varios días sin que los cazadores se reunieran. Pero esa noche hubo algo diferente. *Él* apareció por primera vez en meses frente a mi puerta.

—Tenemos trabajo que hacer —fue lo único que dijo. Sabía que tenía que ver con el dragón, de lo contrario, no se habría molestado en decírmelo en persona.

Así que me preparé para salir. Me puse la máscara para cubrir mi rostro. No me gusta usar ese pedazo de tela. Me hace sentir como otra persona. Aunque pasar mucho tiempo fingiendo ser alguien más es algo que se me da natural. Desgraciadamente.

Caminamos juntos en silencio, hasta que me animé a preguntar lo obvio.

—¿A dónde vamos?

No me respondió más que con un gruñido.

Pasó un rato hasta que al final me respondió.

—El Tianlong está aquí.

Me pareció algo por completo imposible.

—¿Cómo lo sabe? —de ser así, todos habríamos sentido su presencia. Pero yo no sentí absolutamente nada. Pero no respondió más—. Imposible.

Viajamos entre las sombras. Es la forma más segura de pasar desapercibidos con el atuendo negro.

Sin embargo, resulta sencillo mezclarse y confundirse entre la multitud en un lugar tan poblado como Chongqing. Hay muchas personas y la mayoría no se detiene a ver a quien pase a su lado. Están más maravilladas con la arquitectura poco convencional del lugar. Algo que también nos ha resultado de mucha ayuda para

escondernos de los normales. Pero incluso entre tanta gente, hay quienes son capaces de ver más allá de lo evidente y se dan cuenta de que el encanto de la ciudad no es precisamente para atraer a turistas, es más bien para engañar a las personas y que no descubran la realidad que se esconde entre ellos.

Y por debajo también.

De cualquier forma, es mejor pasar sin ser vistos. Y viajar en la oscuridad resulta más eficiente que cualquier otro medio de transporte. Al menos así lo es en Chongqing. Para cuando llegamos al lugar, donde supuestamente se encontraba el dragón, ya nos habíamos convertido por completo en sombras.

Mi primera impresión fue que era un lugar muy miserable. Es curioso encontrar lugares así en medio de urbes tan concurridas y ajetreadas, pero sin duda existen. No parecía un lugar destinado a tener muchos visitantes. Se veía, más bien, como algo tradicional. Un sitio en el que las personas llevan viviendo por varias generaciones, sin preocuparse por el constante cambio de la ciudad ni tampoco por cambiar de estilo de vida a uno que ellos consideran modesto. Parecía como si estuviera perdido en el tiempo.

Si el dragón se escondía allí, en ese momento me pareció un lugar poco probable para hacerlo. Si yo fuera el dragón, el último sitio que elegiría para ser mi refugio sería uno tan… *simple*. Nunca he conocido a la estirpe del dragón, más allá de lo que los cazadores me han hecho saber, pero considerando el ego que parece tener esa familia, creí que sería extremadamente ofensivo para ellos.

La calle estaba muy silenciosa, lo único que se podía escuchar era el ruido del río mientras corría a nuestro lado.

—¿Qué buscamos exactamente? —volví a preguntar, arriesgándome a no recibir respuesta.

—Una señal.

No dijo más. Nos quedamos fundidos entre las sombras un rato, con la luna como única acompañante. Ninguno de los dos dijo absolutamente nada. Entonces nuestra soledad se vio interrumpida por alguien más.

—*Miau*.

Al bajar la mirada, vi una pequeña gata blanca a mis pies. Restregaba su cabeza contra mi pierna, así que me agaché para acariciarla un poco.

—Hola, pequeña —le dije en voz baja a la gata, la cual me respondió con un suave ronroneo—. ¿Qué te trae por aquí?

Como si supiera lo que le decía, me respondió en su propio idioma.

—*Miau*.

Sin embargo, el maullido fue interrumpido por un gruñido y un suspiro de desagrado.

—Odio a los gatos.

Una razón más para no despegarme del animal.

En una de las casas, la que parecía más vieja que el resto, se escuchó el abrir de una ventana en la planta de arriba. La gatita parecía provenir de ahí, porque en cuanto escuchó el cerrojo, alzó la mirada hacia ella. Como si la estuvieran llamando.

Soltó un último maullido de despedida y se dirigió hacia la ventana. Cuando llegó al marco, un chico salió de allí para tomarla entre sus brazos.

En ese momento no sabía quién era, pero algo en mí se sintió diferente. No alcancé a distinguirle bien el rostro, pero no parecía ser mucho mayor que yo. Se veía normal, aunque algo dentro de mí se agitó. ¿Serían nervios? ¿Estaba nerviosa por un chico? No, eso no podría ser. Nunca había tenido una pareja, pero sí había habido chicos que intentaron llamar mi atención sin lograrlo. Sin embargo, nunca me permití interactuar con alguien en un sentido romántico porque tarde que temprano terminarían averiguando la verdad. Más que el miedo a cómo reaccionarían ante ella, me aterraba todavía más que me dejaran de nuevo sola. Por eso siempre había estado mejor así, únicamente con mis amistades, pero sin profundizar demasiado en las relaciones de pareja.

Entonces, ¿qué tenía ese chico que me hacía sentir así?

Era como si ya lo conociera. Aunque jamás nos habíamos visto, sentía que nos conocíamos de otra parte.

—Y ahora esperamos —dijo *él*, aunque yo no había hablado. Así que eso hicimos. Esperamos.

No pasó mucho tiempo hasta que escuchamos algo moverse con fuerza en la casa donde la gata se perdió y *él* me dijo que entráramos.

—Por la fuerza —fue lo que dijo, respondiendo a una pregunta que ni siquiera había hecho aún. Así que irrumpimos en una casa en silencio en medio de la noche.

Claramente no fue con delicadeza. Tampoco me fijé en qué momento llegaron otros cazadores, pero debíamos ser aproximadamente doce, incluyéndome. Debían estar bastante seguros de que el dragón se encontraba allí, aunque yo no sentía nada. Así que el atraco sería en vano.

Estaba a punto de entrar, pero con solo poner una mano sobre mi hombro me indicó que no debía ir por allí.

—Tú entrarás por arriba.

Fue una orden, y a mí me correspondía seguirla. Así que, entre las sombras, llegué por la planta de arriba. Y lo vi. El chico de la ventana. Todavía no se percataba de mi presencia, pero yo era consciente de cualquier paso que daba. Entonces sentí en la pequeña estancia la mirada de alguien más. Un hombre mayor que, sin estar segura de cómo, podía observarme en medio de la profunda oscuridad. Me veía fijamente, por lo que me mantuve quieta, sin saber qué hacer.

De pronto, la habitación comenzó a sentirse caliente y la oscuridad más densa. Así que, sin estar segura de por qué, me abalancé rápidamente sobre el chico y nos oculté en lo que resultó ser un pequeño armario.

Al tocarlo, el chico hervía, como si tuviera la fiebre más intensa. Fue ahí que nuestras miradas se encontraron por primera vez. Sus ojos, casi negros, parecían brillar con vida. Un anhelo por estar vivo. Pero también estaban llenos de incertidumbre. Sé que el lugar se sentía mágico, pero la magia provenía del anciano. No del chico. Nos miramos durante un largo momento, pero no lo suficiente, porque entonces intentó hablar. Así que, con cuidado, le indiqué que no lo hiciera. En ese instante me percaté de algo en su mirada. Oculto por las sombras era un poco difícil de distinguir, pero tenía una cicatriz sobre el ojo. Se veía como una quemadura. Aunque no parecía

dolerle, porque el chico ni se inmutaba. Quizá fuera solo una marca de nacimiento, aunque el rojo alrededor de su ojo me indicara lo contrario.

Por un momento sentí como si el chico pudiera ver más allá de mi máscara y estuviera estudiando mi rostro. Solo éramos él y yo. Pero él no me conocía, ni yo a él, así que, ¿por qué me preocupaba mantenerlo seguro?

Pronto, nuestra pequeña paz se vio interrumpida y el anciano nos expulsó con un golpe de fuego. Lo único que recuerdo es que de un momento a otro nos encontramos fuera del armario y comencé a sentir un calor intenso que me cubría por completo. De repente me encontré fuera del pequeño apartamento, huyendo de nuevo entre las sombras.

—Lo conseguimos —le escuché decir. No sé qué es lo que conseguimos, pero sé que no fue al Tianlong. Hay algo más allí. Ellos son algo más.

Di un último vistazo al lugar antes de desaparecer por completo entre las sombras. Y allí estaba. El chico. Me observaba desde una ventana rota, diferente de la que usó para recibir a la gata.

Le dirigí una última mirada, con el corazón amenazando con explotar en mi pecho. ¿Qué era eso que sentía? Pero, sobre todo, ¿por qué lo sentía?

Necesitaba encontrar una respuesta. Por eso me propuse regresar al día siguiente.

Ahora observo el lugar, vacío sin más que el recuerdo de mi primera vez aquí. La lluvia de afuera pareciera incluso pertenecer a otro tiempo. Si hubiera sabido en ese momento que Feiyu se convertiría en alguien tan importante para mí, me habría preocupado por conocerlo más. Era como si mi corazón lo supiera desde antes. Como si mi corazón lo conociera.

Entiendo la razón por la que me ocultó su verdadero origen. Y no lo culpo. Al final de cuentas, yo hice exactamente lo mismo con él, pero ya no quiero fingir. Quiero que se sienta seguro estando conmigo, así como yo me siento segura estando con él.

Me dirijo a una de las habitaciones, pero todo está vacío. No hay rastro de nadie aquí. Así que me asomo a otro de los cuartos, que es más tradicional. Incluso podría decir que se ve menos cómodo. Al entrar, percibo el polvo entrar a mis pulmones y toso un poco al mover las cosas. De repente, algo llama mi atención. Un pedazo de papel, doblado cuidadosamente sobre lo que pareciera ser una alfombra.

El papel resalta entre todo porque no está cubierto de polvo, tiene pequeñas manchas negras a su alrededor, como si alguien hubiera intentado quemarlo, pero se hubiera arrepentido en el último momento.

Lo tomo con cuidado, no vaya a ser que las quemaduras no sean únicamente superficiales. Todavía se siente caliente. Así que esto es nuevo, pero ¿por qué Feiyu dejaría un trozo de papel caliente sobre una alfombra vieja? ¿Para quién?

Lo desdoblo y leo lo que dice. Entonces comienzo a entenderlo. Feiyu.

Oh, Feiyu.

Abuelo:
Lo lamento tanto, pero debo regresar.
Cuando todo esto termine, volveremos a ser una familia. Lo prometo.

Feiyu

Feiyu. ¿Qué has hecho?

Capítulo XXVIII

LA RESISTENCIA

Feiyu

Las llamas se consumen. Sin embargo, como siempre, no siento su calor.

Mi visión tarda en acostumbrarse a la falta de luz, pero poco a poco el espacio vuelve a iluminarse, aunque muy tenue. Ya estuve aquí antes. Las vigas y las paredes de ladrillo me reciben. Frente a mí está una mujer grande, con rasgos simiescos y una larga cola que sobresale detrás de ella.

—Sabía que volverías —dice con una sonrisa en su rostro—. Bienvenido a la resistencia, *Feiyu*.

Sé que ya no hay marcha atrás, pero al menos así todos estarán a salvo.

Todos.

Capítulo XXIX
PROBLEMAS

Rose

No, no, no, no, no, no.

No puede hacer eso. ¿Qué no se da cuenta?

Feiyu sabe de la existencia de los cazadores. Sabe que lo están buscando. Entonces, ¿por qué arriesgarse a regresar allá abajo? ¿Por qué?

Y eso no es lo más extraño. La nota… para su abuelo. ¿Cuál es la razón de dejarle una nota a alguien que lleva semanas desaparecido? Yo misma lo acompañé a buscarlos. Yo misma estuve aquí, día tras día, viendo cómo la casa comenzaba a deteriorarse lentamente. Pese a que Feiyu seguía aquí, estaba más preocupado por otras cosas que por intentar vivir en un hogar decente, así que fui testigo de cómo su hogar, poco a poco, comenzó a verse abandonado.

¿Qué es lo que pasó exactamente?

—*Miau*.

Me quedo quieta. ¿Lo habré soñado?

—*Miau*.

No. No lo soñé. Ahí está, de nuevo. Un gato. Miro sobre mi hombro, hacia la puerta de la habitación, y lo veo. Un pequeño gato blanco me está viendo desde el pasillo. Solo que no es un pequeño gato blanco, es una gata. Y no es la primera vez que nos topamos por aquí.

—Hola, peque… —no termino de completar la frase porque la gata corre hacia otra de las habitaciones. Así que, lógicamente, la sigo.

Entra a una habitación similar a la que acabo de entrar, que imagino debe ser del abuelo de Feiyu, pero esta se ve un poco más… ocupada. También tiene una alfombra, pero al verla de cerca me doy cuenta de que no es un tapete cualquiera. Es un *tatami*. ¿Duermen en un *tatami*? Tiene sentido, considerando lo tradicional que parece su familia, pero no creo que sea el mejor lugar para un rey.

Hay un escritorio con varios libros amontonados y una lámpara vieja, además de una mochila y materiales para la escuela. Esa es la razón por la que este cuarto se ve diferente de los demás, porque está realmente habitado. Aquí es donde duerme Feiyu.

Siento que al entrar estaría violando un espacio muy personal, pero este lugar está tan vacío que no creo que sea un problema.

Pierdo de vista un momento al animal y observo con atención las cosas de Feiyu. No tiene demasiadas posesiones. A diferencia de Bao, Feiyu vive, más bien, sin casi nada. Nunca me animé a preguntarlo, pero siempre llamó mi atención por qué vivir aquí.

Recuerdo cuáles fueron sus primeras palabras cuando se cruzó conmigo.

"Yo no vivo aquí", me comentó. Una mentira piadosa para impresionarme, supongo.

—*Debes regresar y averiguar más sobre el chico* —me dijo *él* al terminar la noche en que entramos a su casa. Precisamente eso tenía pensado, pero no bajo sus órdenes. Aun así, no puedo desobedecer. Bajo ninguna circunstancia. Así que, a la mañana siguiente, decidí volver. Esta vez bajo la luz del día y sin ninguna máscara que me mantuviera oculta.

"Soy Long Feiyu".

Una presentación muy torpe, pero en ese momento supe que no era a quien buscábamos. El Tianlong es un ser vil y despreciable, lleno de oscuridad. Alguien indigno de ser amado. Pero, sobre todo, el mayor problema de nuestro mundo.

La simple existencia de los dragones representa una amenaza para los humanos y seres mágicos, así como un daño irremediable a nuestro ecosistema. Además, es por su culpa que jamás pude conocer a mis padres. Por su culpa vivo completamente sola, a merced de un maldito lunático que quiere restaurar el control sobre el Yuánshǐ.

Por eso debe morir.

Al hablar con Feiyu, verlo tan… simple y tonto, me hizo entender que no era malo. Claro, tampoco contaba con enamorarme de él.

Mi único trabajo era vigilarlo. Vigilarlo y darles razones para matarlo. Sin embargo, entre más lo conocía, más me daba cuenta de que Feiyu no era el sujeto al que buscaban. No podía serlo.

—*Miau*.

La gata me regresa al momento y ahora centro mi atención en el escritorio. Los libros. A Feiyu no le gusta leer. Es más de videojuegos, pero los libros nunca han sido una afición para él. Además, no me parece un chico que se interese demasiado en la lectura. Aunque, la verdad, hay demasiados libros aquí como para ser un chico al que no le gusten.

Me acerco a mirar bien los títulos. Parecen libros viejos. Muy viejos.

Wuxia. Distingo el título. Son libros de historia del otro mundo, del original. Hasta donde yo sé, no son la fuente más confiable para aprender. Están desactualizados por completo y consideran incluso al Long Men como el único lugar en el Yuánshǐ. Además, tengo entendido que se han metido en distintas controversias por la falsedad en su información y que están solo centrados en algunas criaturas.

Principalmente las criaturas que han servido a la dinastía del dragón.

Veo los títulos que tiene, pero no me queda claro por qué Feiyu estaría leyendo estos libros en específico. Si pertenece al Yuánshǐ,

¿por qué pareciera como si se hubiera dedicado a estudiar sobre eso? Sobre todo, ¿por qué con información que únicamente valida al Long Men?

Entonces escucho los pequeños pasos de la gata y veo que se dirige al extremo de la habitación. Me apresuro a seguirla, pero, de entre las sombras, surge una figura. Un chico, vestido con harapos, emerge de la oscuridad. Tiene a la gata enroscada entre sus piernas, como si se conocieran. El chico toma en brazos a la gata, que se restriega contra sus piernas, y comienza a tocarla con una delicadeza nada acorde con su apariencia. Mientras lo hace, la gata comienza a desaparecer lentamente, como si se estuviera evaporando. O mejor dicho, desvaneciendo. Es una ilusión. No podía ser de otra forma, considerando al sujeto que tengo justo frente a mí.

—Tóng Xiao —digo mientras siento mi sangre helarse por verlo aquí.

Nunca me han gustado los mentirosos y Tóng Xiao es uno por excelencia.

—También me da gusto verte, Rosita —me dice mientras se acerca a mí. Odio que cambien mi nombre así. Sé que lo hace únicamente para molestarme.

—Es *Rose* —lo corrijo, a lo que él suelta una pequeña mueca como sonrisa.

De todos los cazadores que he conocido, es con Xiao con quien llevo la peor relación. Es mayor que yo por un par de años, pero, sin duda, es la persona más vil y despreciable que he conocido en la vida. Tiene una habilidad impresionante para hacerle creer a las personas que él es víctima de sus circunstancias, cuando es un maldito desgraciado en realidad.

—Rose, Rosita, cómo sea —tuerce sus labios hasta formar una media sonrisa. Reconozco que es bastante atractivo, pero toda su belleza pierde valor en cuanto abre la boca—. Si estás buscando al muchacho, te aviso que estás perdiendo el tiempo.

Cuando dice esto, sus ojos se iluminan y parecen más los de un zorro.

—Ya les he dicho que él no es su estúpido dragón.

Intento decir algo más, pero se acerca a mí y sujeta mi cara con su mano, la aprieta entre sus dedos, con lo que me impide hablar.

Acerca su rostro al mío. Siento su frío aliento, que contrasta por completo con su apariencia sucia y desaliñada, sobre mi boca.

—¿Realmente estás tan segura? ¿O te quieres convencer de eso? —me muevo, pero tiene la suficiente fuerza como para impedírmelo —. Dime, *Rose*, ¿qué te hace pensar que él no es el Tianlong?

Me suelta y, con fuerza, me empuja hasta que me hace caer sobre el piso.

—Estoy segura —digo mientras me pongo de pie—. Feiyu no es su dragón. Incluso *él* lo sabe. Sabe que la búsqueda es inútil.

Niega con la cabeza y suelta unos ruidos con la lengua que me afirman su negación.

—¿Sabes? —habla sin verme a la cara—, la profecía está cerca de cumplirse. Sea el muchacho o no, el dragón está despertando. Y ambos lo sabemos, así que, no está de más una pequeña precaución, ¿no crees?

Alza la mirada y me observa con una media sonrisa que me provoca un escalofrío por todo el cuerpo. Conozco a este sujeto desde hace un tiempo y, aún así, me sigue impresionando el efecto que puede llegar a tener sobre las personas. Si no fuera por *él*, Xiao sería el responsable de mis pesadillas.

—¿De qué hablas? ¿Qué precaución?

Se ríe sin alegría.

—Ay, Rosita. ¿En serio eres tan ingenua? —de nuevo lo tengo frente a mí. Con uno de sus dedos acomoda un mechón suelto detrás de mi oreja. Por un instante, siento su tacto en mi piel y me estremezco—. Tu pequeño amorcito cree que puede deshacerse del Tianlong, pero el dragón es fuerte. No podemos hacer nada mientras el dragón siga oculto.

Abre los ojos, como si fuera un niño a punto de revelarme un gran secreto.

—Pero podemos apurarlo.

Coloca la palma de su mano sobre mi mejilla y, de repente, lo que veo es distinto.

No tengo a Xiao enfrente. Solo percibo oscuridad, pero no estoy sola. No. Escucho algo aquí. Algo que respira. No, no respira. Llora.

—*Ayuda* —susurra una voz conocida entre sollozos.

Sin embargo, esa voz se ve interrumpida por una risa y vuelvo a tener a Xiao frente a mí, riendo como un maniaco sin despegar la vista de mí. Este tipo está completamente loco.

—¿Sabes qué es lo mejor? —dice sin dejar de reír ni de mirarme —, que cuando tu pequeño novio deje libre al Tianlong, tú tendrás que matarlo.

¿De dónde conozco esa voz? La he escuchado antes, pero ¿de quién es?

—¡Tú tendrás que matarlo! —sigue diciendo Xiao. Sin duda, ha perdido la cabeza.

Esa voz. No, no puede ser posible...

Capítulo XXX
NUEVOS ALIADOS

Feiyu

La mujer mono se llama Longwei, "Guardia del Dragón". Debí suponer que una fanática religiosa tendría un nombre así.

Han pasado unos cuantos días desde que decidí unirme a su grupo: los tài. Muy extremos. No fue una cálida bienvenida, pero tampoco igual de hostil que la primera vez. Al menos ahora ya tengo una habitación propia.

El lugar es muy grande. Mi primera impresión es que era una bodega abandonada. Pero no, en realidad es un espacio muy complejo. Son distintos pisos, además de que hay habitaciones que incluso son más grandes que el exterior mismo. Algunas están techadas y otras se encuentran bajo el cielo abierto (aunque no estoy seguro de que sea el cielo o algo que lo intenta aparentar). Además, he conocido a más personas, incluyendo algunas que no son humanas. Todos aquí me conocen, al parecer no es muy común entre ellos tener un visitante que venga del otro mundo.

Sigo sin revelarles mi verdadera identidad, no creo que aún sea lo correcto. Mi cumpleaños se acerca y solo estoy esperando el momento para poder dar por acabada toda esta tontería del dragón.

Pero si los tài son mis únicos aliados en este momento para poder hacer algo, me quedaré el tiempo que sea necesario.

Sin embargo, no todo es tan malo. Hay alguien aquí que no me trata como si fuera un inútil: Meiying. No sé exactamente cuántos años tenga, es difícil adivinar su edad al ser una cierva. Más allá de Longwei, es de las pocas que me hace sentir bienvenido. No estoy buscando una casa, sé que mi hogar está con mi familia, en Chongqing, pero, por ahora, es reconfortante tener esa sensación de calidez con otro ser vivo.

Desde mi llegada, Longwei me indicó que no puedo volver a salir así.

—Necesitas ponerte en forma —dijo tras recibirme aquella noche.

No es que estuviera precisamente en excelentes condiciones, ni tampoco me encontraba en mi mejor momento gracias a ella. No hacía falta recordarle todos los golpes que me dio al verme por primera vez. Sin embargo, aquí puedo concentrarme justamente en eso. Recuperarme, tener donde descansar, comer y mantenerme ocupado.

Aunque le presencia del Tianlong incluso está en el aire, nadie me asocia directamente con él, lo cual es un alivio.

Claro está que los entrenamientos no se me dan de maravilla. Mi abuelo me mantuvo en forma con distintos tipos de combate y cierto equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu (considerando que dentro de mí hay más de uno), pero nada parecido a lo que hacen lo tài. Se llaman un grupo de rebeldes porque, según Meiying, es lo que son. En el Yuánshǐ, las personas creen que el dragón los abandonó.

Y sí, puede que así hayan sido las cosas, pero yo sé que las personas aquí abajo no están viendo las dos caras de la moneda. La cuestión es que, desde que mi madre nació, las personas comenzaron a dividirse fuera del Long Men. Estaban los que creían que el legado de los Long debía terminar y había que comenzar de cero con un nuevo gobierno, y aquellos que creían que el dragón regresaría y, si lo desobedecían, serían castigados por negar su existencia. Básicamente, lo mismo que cualquier religión. Solo que avanzó considerablemente más rápido en este caso.

Para cuando mi abuelo nos llevó a mi madre y a mí al mundo humano, el Long Men cayó en desgracia y el Yuánshǐ se volvió un poco más caótico. Cada vez más parecido a su contraparte de arriba.

Algo que he aprendido en los últimos días, que ha sido parte de su entrenamiento para estar familiarizado con este mundo y su historia (ya que, al parecer, todo lo que sabía estaba un poco equivocado), es que el Yuánshǐ se extiende mucho más allá del municipio de Chongqing y va más allá de los ríos.

—¿Se limita únicamente a China? —pregunté en una de las ocasiones que se me habló del tema. Lo último que yo sabía es que no había nada más allá, pero ¿y si me equivocaba?

Por desgracia, nadie me supo responder, así que no sé exactamente qué significa eso.

Recuerdo que la última vez que estuve aquí, Longwei sabía de la existencia de la profecía, pero no quiso hablar más de ella. Por ello, una tarde, después de los entrenamientos del día, me encuentro con Meiying en una de las habitaciones reservadas para descansar y le pregunto sin rodeos.

—¿Qué sabes de la profecía?

Suspira. Es curioso ver a un animal hablar y, sobre todo, usar un uniforme igual al de los demás, pero te terminas acostumbrando después de un rato.

—No tenemos permitido hablar de eso aquí —agacha la cabeza, pero la sujeto antes de que se dé la media vuelta y la obligo a mirarme de nuevo.

—Por favor —le suplico —, ¿qué sabes de esa profecía?

Mueve la cabeza, asegurándose de que no haya nadie más entre nosotros, y me indica que me agache hasta estar a su altura.

—Nuestro mundo se construye de historias, al igual que el tuyo. Pero, mientras que para ustedes solo son leyendas y cuentos, te habrás dado cuenta de que las cosas no son exactamente como imaginabas. Antes de la profecía, existía una leyenda. Una historia, si quieres verlo así. Era una historia de amor.

Capítulo XXXI

UNA HISTORIA DE AMOR

Cuando el mundo no era mundo aún, solo existían los dioses. Uno de ellos era Lóngwáng, el rey dragón, que no era igual a los demás, pues ostentaba el título de la realeza. Los dragones, todos lo obedecían.

Sí. Había más dragones. Y eran libres.

Todos gozaban de dicha y felicidad. Sin embargo, los problemas entre los dioses comenzaron a surgir. Entre todo ese caos, el universo empezó a formar nuestro mundo. De ese mundo salió un hombre. Solo uno. Rodeado de los dioses y de su creciente ira, el hombre buscó refugio. Del universo, tomó dos esferas y, usando toda la fuerza que había en él, comenzó a empujar hasta formar dos extremos: el cielo y la tierra.

Los dioses, en su intento por encontrar al responsable de perturbar su paz, lo siguieron hasta el nuevo mundo. Una vez allí se dieron cuenta de que un nuevo caos les esperaba.

Durante milenios había reinado la paz entre ellos, sin ningún problema y, sobre todo, con libertad. Pero al llegar al mundo, repararon en que este hombre se les había adelantado. Ahora, los dioses no eran los únicos en el universo, pues, en el mundo, reinaban los hombres.

Cuando el humano vio el primer avivamiento de una figura sobre el cielo, su primer instinto fue decirles a los demás. Finalmente se

dieron cuenta de que no estaban solos y de que su poder, en comparación con el de los otros, era mínimo. Al ver a aquellos seres, los humanos comenzaron a adorarlos, con lo que se olvidaran por completo de que su paz había sido interrumpida por su culpa.

Fueron alabados por todas las personas. No había una sola que no creyera en su existencia, pues los dioses no eran celosos y mostraban ante todos su presencia. Sobre todo, mostraban sus maravillosos dones. Hacían crecer la tierra y pronto los humanos fueron conscientes de su bondad. Les dedicaron ofrendas, construyeron iglesias y se celebraban fiestas en su honor. Pronto los dioses dejaron de dudar entre ellos y volvieron a ser una sola familia.

Con los dioses sobre la tierra, muchas cosas empezaron a cambiar. Los animales se alzaban sobre sus patas e intentaban imitar al humano, pero el humano los rechazó. Sin embargo, al pasar toda su existencia creyendo ser los únicos, vieron con malos ojos todo lo que resultaba diferente de ellos. Y esto a los dioses no les gustó.

Fue así que los dioses mostraron su naturaleza más colérica y descargaron su furia sobre el humano. Y el humano demostró su verdadero ser caótico.

De todos los dioses, fue Lóngwáng el único que decidió mantener un perfil bajo. Por primera vez en su existencia, dejó de lado su forma escamosa para pasar inadvertido entre los humanos. Los dioses no notaron su ausencia, pues estaban más preocupados en hacer que los mortales los adoraran. Y los mortales tampoco se fijaban en él, pues estaban ocupados complaciendo a los demás dioses.

Lóngwáng sentía una gran fascinación por el mundo que habían hecho los mortales. Le parecía una obra grandiosa, propia de los mismos dioses. Pero lo que más le encantaba era el océano.

—Si está en mi destino la muerte —solía decir—, regresaré por ti.

Se lo decía a las aguas siempre que podía. Estaba enamorado.

Nunca se dio cuenta del caos que comenzaba a surgir entre dioses y humanos. Lóngwáng estaba embelesado por el agua. Entonces una mujer llegó a él: Nüwa.

Nüwa era una mujer especial. Ella no nació junto con el mundo. Tampoco con el universo. Simplemente, un día apareció, sin señal de su origen. Cuando Nüwa y Lóngwáng se conocieron, el mundo presenció su primera tormenta.

La personalidad de Nüwa era enérgica y llena de vida, muy diferente del estilo de vida que Lóngwáng había llevado desde que comenzó a vivir como mortal.

Sin embargo, Nüwa sabía que aquel hombre no era precisamente lo que aparentaba ser. Sabía que detrás de esa imagen pacífica se escondía un ser feroz y temperamental. Así que se empeñó en encontrar a esa persona.

Ambos comenzaron a reunirse en secreto. Lóngwáng no sabía de dónde venía Nüwa, pero tampoco se molestó en preguntarlo. Solo la aceptó. Nüwa, por su parte, no se preocupaba por seguir a Lóngwáng. Únicamente se encontraban cerca del atardecer, justo a tiempo para presenciar el momento en que el agua absorbía al sol. Al dios le encantaba presenciar ese espectáculo.

—Es como si todo aquí supiera su razón de ser y de existir. Todo es perfecto.

Y vaya que era perfecto. Pronto, Nüwa empezó a ver la belleza en la tranquilidad de Lóngwáng y, sin quererlo, se enamoró de él.

Pero Lóngwáng no le correspondió. Él estaba enamorado del océano.

Fueron muchos los atardeceres que pasaron juntos. Aun así, el dios no le regresaba el amor a Nüwa. Entonces ella, en su despecho, decidió desenmascarar al dios para que su verdadera naturaleza saliera a la luz y así el océano rechazara su amor.

Cuando comenzó su tarea, se dedicó a tender distintas trampas para arruinar su relación. Pero toda labor resultaba inútil. El océano complementaba a Lóngwáng de una forma en la que ella no podía hacerlo. Y eso le rompía el corazón a Nüwa.

Así que, una noche, una vez que Lónwáng se había retirado a sus aposentos, Nüwa se dirigió al agua y oró. Pero no fue el océano quien le contestó. De entre las aguas emergió una tortuga con una serpiente enrollada en su cuello y le indicó que subiera a su

caparazón. Nüwa, insegura de lo que pasaría, la obedeció. Y así la tortuga se la llevó.

Pasó varias noches y días en la tortuga. En todo ese tiempo, entendió por qué lo suyo con Lóngwáng no era posible. Entendió que Lóngwáng era un dios, pero Nüwa también lo era, solo que no lo sabía. Esa es parte de la desgracia de los dioses. Si no hay alguien que los adore, olvidan por completo su propósito y su identidad.

Y la unión entre dos dioses no podía ser bien recibida, pues el mundo que los hombres crearon era tan frágil que la sola idea de unir a dos deidades resultaría en una catástrofe.

—Pero yo lo amo —decía Nüwa, incapaz de contener las lágrimas. Por lo que la tortuga le reveló un secreto.

Al haber pasado tanto tiempo viviendo entre los hombres, Lóngwáng había comprometido su verdadera forma. Había comprometido a su dragón. Gracias a eso, los dragones empezaron a perder el control y fueron a vagar por el mundo sin alguien a quien obedecer. Se volvieron independientes. Ya no recordaban a Lóngwáng. Ante su ausencia, ayudaron al humano, dándole prosperidad y buena fortuna. No les importaba si esa era la voluntad de su señor. Ellos eran libres.

Nüwa sabía lo que ocurriría si Lóngwáng pasaba al olvido entre sus propios dragones. Lo que no sabía es lo que ocurriría en el mundo y esa fue la razón por la que la tortuga acudió a ella.

—Lo que ha hecho Lóngwáng, por más inofensivo que lo pensara él, ocasionó un desequilibrio entre el mundo humano y el celestial.

El mundo celestial. Así se refería la tortuga al lugar del que vienen todos los dioses. Negar su naturaleza divina resultó una amenaza para la vida misma. Una amenaza que ya era demasiado tarde para corregir. Entonces, Nüwa preguntó qué debía hacer y, ante el silencio de la tortuga, lo entendió.

Regresó a la costa y, como era de esperarse, Lóngwáng estaba allí. Nüwa le pidió a Lóngwáng que lo acompañara, lejos del agua, y reparó la muralla celestial asesinando a su amado.

De su sangre comenzó a nacer un líquido azul, distinto de cualquier tonalidad roja de la sangre. Se mezcló con la seda de su ropaje y adoptó, de nuevo, la figura de un dragón. El Qīnglóng, el

dios dragón. El dios observó a Nüwa y le agradeció por lo que hizo. Como recompensa, le permitió a la mujer olvidar todo lo que había vivido junto a Lóngwáng, para que de esa forma el peso en su corazón no fuera demasiado.

Pero el destino no suele ser tan benévolo. Y Nüwa tuvo descendientes, al igual que Lóngwáng. Cada que estos descendientes se reencontraban, mantenían el mismo espíritu de Nüwa y Lóngwáng. Al tener el mismo espíritu, su historia siempre terminaba igual: en un amor trágico e imposible.

Capítulo XXXII
REVELACIÓN

Feiyu

Cuando Meiying termina la historia, siento un vacío en el pecho que únicamente había sentido en una ocasión.

La vez que supe que Rose me mentía.

—¿Y qué pasó después? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Muchacho, yo creo en las historias. Sería una tonta si no lo hiciera. Y sé que esta es una de esas que están condenadas a repetirse. Siempre. Por eso, ahora la profecía resulta tan importante. Porque no hay un descendiente del dragón.

La escucho, pero hay algo que no logro entender. Si es una historia cierta…

—¿Qué relación tenía Lóngwáng con el Tianlong? —suelto, temiendo la respuesta.

Meiying me observa como si hubiera hecho la pregunta más estúpida de la tierra.

—Feiyu —dice—, Lóngwáng *era* el padre del Tianlong.

Quiero preguntarle más, pero uno de nuestros compañeros llega de pronto a la habitación y tenemos que dejar de hablar. No es que se

trate precisamente de un tema prohibido, pero estoy al tanto de que Longwei no es la más comprensiva cuando alguien lleva a cabo algo que no le gusta. Y puedo confirmarlo por experiencia propia.

Pasan los días y los entrenamientos empeoran. No puedo seguirles el ritmo a mis demás compañeros y eso ocasiona más y más comentarios de su parte.

"No sé qué hace aquí", "Deberían haber buscado a alguien con talento de verdad", "La jefa está tan desesperada que acepta a cualquier inútil para unirse". He escuchado tantos comentarios que comienzo a preguntarme si regresar fue realmente la decisión correcta.

Sin embargo, si la profecía resulta ser cierta, únicamente hace falta esperar a que pase la fecha de la dichosa profecía y entonces podré regresar a casa. Mientras tanto, en lo que estoy aquí abajo, nada podrá hacerle daño a mi familia. Aunque no sé cuánto falte para que llegue ese día. Solo sé que, una vez que llegue, podré deshacerme yo mismo del dragón y ser otra vez normal.

No obstante, me estoy arrepintiendo.

Mi abuelo me entrenó durante toda mi vida, pero nada de lo que hacía en casa se compara con la intensidad de aquí. Ahora entiendo que me quejaba sin motivo. Mi cuerpo ha estado tan agotado últimamente que, si intento alcanzar los estándares de los tài, terminaré muriendo de cansancio. Sus entrenamientos incluyen combate cuerpo a cuerpo y con armas, y alcanzar una destreza suficiente como para cargar con hasta tres veces tu peso mientras buscas formas de trepar por lugares poco convencionales. Claro, exactamente lo mismo que hacía en casa.

Finalmente, llega el día en que, por más que lo intento, no soy capaz de seguirles el ritmo a mis compañeros y caigo al suelo, inconsciente.

Capítulo XXXIII

SIN SALIDA

Rose

Estoy en su casa. Nunca me ha gustado visitarlo, pero tampoco me agrada que invada mi hogar, así que mejor yo me acerco, por más desagradable que me resulte.

No vengo sola. Xiao también está aquí. *Él* nos observa a través de las sombras. No puedo distinguir sus ojos, pero sé que su mirada está fija en mí, como lo que es: un cazador. Solo que, ante sus ojos, yo no soy lo mismo. Soy una presa. Está esperando un pequeño error de mi parte para acabar conmigo, así como lo hizo con mis padres.

—Entonces, ¿cuándo lo haremos? —pregunta Xiao.

Le responde con un gruñido que hace que todo en mi interior tiemble. Sin embargo, ese gruñido se vuelve insignificante cuando a lo lejos se escucha un grito. Uno de dolor y de agonía. No hay nada que pueda hacer para callarlo.

—Rose —me dice, ignorando por completo a Xiao y hablando como en un susurro, uno lo suficientemente fuerte como para escucharlo con claridad—. Dime, ¿qué sientes por el muchacho?

Su pregunta me toma por sorpresa. ¿Qué siento por Feiyu? No entiendo qué tiene que ver con todo esto. Sienta lo que sienta y diga lo que diga, sé que no cambiará de parecer.

—¿Qué importancia tiene eso? —le respondo—. Ya tomaste la decisión de asesinarlo.

—¿Que qué importancia tiene? —pregunta Xiao, acercándose por mi espalda y colocando sus manos sobre mis hombros para poder aproximarse más a mi oído—. *Rosita, Rosita, Rosita*, ¡tiene toda la importancia del mundo!

Entierro mi codo en su pecho, separándolo de mí con un leve quejido. No soporto tenerlo cerca.

—Eres más tonta de lo que pensaba —el tono de *su* voz, tan frío como el hielo, me paraliza. Habla con odio. Un odio que nunca he sido capaz de entender.

Se acerca a mí. Puedo ver su rostro descubierto, sin ningún rastro de la máscara que siempre lo acompaña, y desprotegido de la oscuridad. Está desfigurado, por completo irreconocible a lo que en algún momento pudo llegar a ser un hombre. Sobre su ojo izquierdo hay una profunda cicatriz que cruza desde la ceja y llega hasta la comisura de sus labios. Nunca ha hablado de ello, pero todos sabemos a qué se debe su malformación. Dragones.

No sé si sea casualidad o una broma cruel, pero recuerdo la cicatriz que tiene Feiyu en su ojo. También el izquierdo. Sin embargo, el cazador no tiene únicamente esa marca profunda. La cicatriz pasa por encima de su ojo, solo que este no tiene nada. Está completamente blanco. Ciego. Su nariz tampoco está como debería. O, más bien, la falta de nariz, pues donde debería estar solo hay dos orificios. Su rostro parece más el de un esqueleto que el de un hombre. Es como un cadáver en vida. Incluso su aliento fétido parece venir del mismo infierno. Aunque su ojo derecho está completamente intacto, es el izquierdo, pese a estar en blanco, el que te atraviesa con su mirada. Te observa el interior hasta descubrir tus más profundos secretos.

Xiao se ríe ante el comentario del cazador. Una risa más parecida al sonido de un zorro. No me sorprendería si, después de todo, fuera

uno. Sé que tienen la mala costumbre de imitar a los humanos en sus peores facetas.

—Niña bobita —dice en un tono agudo—, ¿es que todavía no lo entiendes?

No le respondo viéndolo a la cara, sino que sigo con la mirada fija en *él*.

—¿Entender qué? —digo, apretando los dientes.

El cazador se coloca frente a mí. Es mucho más alto que yo, me hace sentir como si fuera una niña pequeña a su lado. Tenerlo tan cerca me congela la sangre.

—Cuando la bastarda de tu madre te tuvo, no fue una coincidencia del destino. Tampoco un accidente o algo similar. No.

Vuelvo a sentir la respiración de Xiao sobre mi oreja.

—¿Nunca te has preguntado por qué eres la única mujer entre nosotros? No es porque seas una excelente cazadora, no.

Creo que es algo que nunca había pensado. Sí, ¿por qué no hay más mujeres? Entre los cazadores, no somos muchos. Eso lo sé, pero tampoco somos tan pocos como para que no haya al menos otra mujer entre nosotros. Pero no, solo son hombres. Ni siquiera hay animales. Solo hombres. Humanos. Toda mi vida he estado rodeada de ellos y nunca me había cuestionado algo tan simple como aquello. Tal vez sí soy tan estúpida como *él* cree.

—Verás, pequeña —dice el cazador mientras da vueltas por la habitación. Odio cuando me habla con ese sarcasmo, como si se burlara de mí—. Hay una razón muy especial detrás de tu nacimiento.

Existe una vieja leyenda sobre la muerte del dragón. En cada generación, el Tianlong renace en un nuevo portador. Pero este portador debe ser humano, de lo contrario, es únicamente un dragón más. Cuando esto ocurre, nace también una nueva descendiente de su asesino. Siempre es así. Un hombre para el dragón y una mujer para su asesino.

—Lo sé —le digo—. Toda mi vida me has recordado que seré yo quien asesine al dragón.

Coloca uno de sus largos y pálidos dedos sobre mis labios, indicándome con un siseo que guarde silencio.

—No he terminado, preciosa —me susurra—, aún falta lo mejor. Cuando te traje a China, no fue por mera casualidad. Tu padre vivió aquí toda su vida.

La simple mención de mi padre en sus labios hace que un escalofrío me recorra. Solo un cruel recordatorio de su ausencia por la fuerza y voluntad del cazador.

—Hay muchas entradas para el Yuánshĭ. No solo en Chongqing, sino en todo el mundo. Pero la razón de que tu padre viviera aquí es porque esta entrada está más cercana al Long Men. La casa de los dragones.

"Por muchos años, tu padre trabajó como un sirviente para el palacio. Nadie sospechaba que los espiaba para nosotros. Ser una serpiente mentirosa corre por tus venas, pequeña.

"Cuando tu padre no era más que un niño, en el palacio vio el nacimiento de una nueva hija del rey dragón. Pero esta mujer no fue bendecida por ellos, no. Por primera vez en cientos de años, había nacido una humana. ¿Lo imaginas? Una humana en el Long Men. Esos malditos dragones, con su sentido de poder y grandeza. Fue un golpe bajo para ellos. Su ego no les permitió ver más allá de lo evidente. Ellos lo ocasionaron. Y tu padre era testigo de aquello.

"Durante generaciones, el Long Men albergó a los dragones, pero poco a poco estos comenzaron a desaparecer, hasta considerarse prácticamente extintos. Todo por una simple razón: nada que saliera del Long Men podía existir fuera de allí. Se consideraban a ellos mismos como los dioses y únicos gobernantes del universo. Cualquiera que lo negara, no sería digno de tener su bendición y perecería por la mala fortuna. Como es lógico, la gente intentó hacer todo para evitar ese mal augurio.

"Nadie notó cuando los dragones empezaron a desaparecer. Y no solo ellos. Tampoco se dieron cuenta de que muchas criaturas también desaparecieron. Criaturas de lugares lejanos, que antes coexistían en paz en el Yuánshĭ, simplemente dejaron de verse por aquí. Todos en el Long Men se encargaron de ahuyentarlas con el pretexto de que vivir en conjunto arruinaría un delicado equilibrio. Tu padre constató este desplazamiento y fue entonces que solicitó la ayuda de los cazadores para bajar y hacer algo al respecto. No

somos los malos de la historia, pequeña. Nunca lo fuimos. Son *ellos* los que ocasionaron todo. Todo.

"Aunque no todo estaba perdido, porque cuando esta humana nació, las personas se empezaron a portar más razonables y volvieron a hablar. Pero, lo más importante, es que rescataron una vieja profecía. Nadie sabe de dónde vino, pero todos, desde los viejos hasta los más pequeños, juraban recordarla. Una profecía sobre el fin del mundo. El fin del mundo ocasionado por un dragón: *Con el fuego, uno será. Hasta que en su rostro pueda apreciar. La verdadera naturaleza del último dragón de las profundidades de su ser nacerá. Bajo el sol de la nueva luna el último dragón se alzará. Y bajo la luz de las estrellas se sembrará la oscuridad, y el mundo entero perecerá*.

"Muy en el fondo lo sabían. Sabían que los dragones estaban cavando su propia tumba.

"Cuando tu padre nos llamó y llegamos al Long Men, sabíamos que solo era cuestión de tiempo para que renaciera el dragón original y fuera la perdición del mundo. Así que nos pusimos a trabajar. Teníamos que matar a la humana antes de que diera a luz al nuevo dragón. Pero, para cuando habíamos llegado allí, ya era demasiado tarde. La mujer ya estaba cargada con el niño. Y fue allí cuando su padre, el entonces gobernante del Long Men, me hizo esto".

El cazador señala su rostro con furia. Toda esa falta de humanidad que hay en su cara también se refleja en sus ojos. Él *odia* a los dragones. Odia lo que le hicieron, pero debe haber algo más para que ese odio exista.

—¿Por qué lo haces? —pregunto. Por primera vez en mi vida comienzo a cuestionarme por qué hacen las cosas en lugar de solo aceptarlas como se debe. Supongo que, como dice, estar con Feiyu me cambió, pero no creo que haya sido algo malo. No. Más bien es todo lo contrario.

No es el cazador quien me responde, sino que, antes de escuchar alguna palabra, puedo sentir mi mejilla arder.

—¡No te atrevas a interrumpir al maestro, maldita rata malagradecida!

—¡Silencio! —grita *él*, haciendo que Xiao retroceda un par de pasos con temor. Entonces se gira hacia mí y se agacha hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura—. La pequeña merece saber por qué lo hacemos.

Se da la media vuelta y se dirige hacia una repisa que tiene cerca, en la pared. De ella toma un pequeño cofre y lo coloca con cuidado sobre la mesa.

—Acércate —me indica mientras abre el cofre con cuidado—. Ve en su interior.

Lo que veo me parece una aberración y ahogo un grito. Hay una mujer, demasiado pequeña como para ser humana. Unas alas, destrozadas por completo, cuelgan inertes sobre su espalda. Tiene la cara arrugada, e imposible distinguir sus ojos entre todos los pliegues. Pero no hace falta, si pudiera ver su mirada, no habría nada en ella.

—Está… —comienzo a decir, pero no puedo encontrar las palabras.

—Muerta. Sí. Y no es la única. Ven, acompáñame.

Me toma por un hombro y me conduce a un pasillo oscuro. Xiao nos sigue por detrás, pero nadie dice una palabra. Caminamos juntos, en silencio, con una creciente tensión entre nosotros. Al final del pasillo solo hay un librero lleno de libros viejos acumulando polvo. Todos menos uno.

El cazador lo toma y el librero revela una puerta secreta. Oculta a simple vista, pero muchas cosas lo están. Finalmente me doy cuenta de eso.

La puerta nos conduce a una habitación amplia, o al menos esa es la sensación que transmite, pues no puedo ver absolutamente nada. Aunque se siente frío. Demasiado. Entonces suena un interruptor y una descarga de energía irrumpe en el lugar iluminándolo todo. Lo que miro me hace quedarme helada, puedo sentir cómo mi corazón amenaza con subir a mi garganta, pero esta se lo impide porque hay un grito atorado en ella.

—Esto es horrible —susurro, con una lágrima que sale de mí involuntariamente.

La habitación parece una sala de museo, pero sin la parte educativa. Todo, mire hacia donde sea, está lleno de cadáveres.

Humanos con vestidos de cazador, animales, zorros y ciervos, *fenhuangs*, *baihus*, *Jiang shis* y *qilins*. Hay multitudes. Pero no son los únicos. También hay otros que no distingo muy bien, parecieran ser…

—Sirenas —dice, como si estuviera leyendo mi mente.

—Pero eso es…

—¿Imposible? —me interrumpe Xiao—. Dime, *Rosita*, ¿qué es lo imposible para ti? ¿Qué es real y que no? O, mejor aún, ¿quién decide qué es la realidad? ¿Quién tiene ese poder?

—No lo entiendo —susurro. Entonces, por primera vez en mi vida, volteo por mi propia voluntad y veo al cazador a los ojos—. ¿Por qué? ¿Quién sería capaz de algo así?

—Preguntas por qué, sin embargo, no quieres ver lo evidente, niñita —responde y extiende sus brazos para señalar la habitación—. Todo esto que ves, todo, tenía vida. Esa vida *era* el Yuánshǐ. Allí había todo. No solo lo que ves ahora. No solo lo que tus ojos creen conocer. ¿Vas entendiendo?

El frío me cala los huesos conforme comienzo a entender sus palabras.

—No terminaste de contarme la historia —le digo sin mirarlo.

—¿Quieres saber realmente cómo termina? —no respondo, esperando que mi silencio confirme mis palabras—. Bien, aquí va el final que quieres.

"Los dragones alteraron su propia genética. No tenían suficiente con el poder que por nacimiento se les otorgó, sino que buscaban más. Y por esa obsesión deformaron por completo su naturaleza. Ya no eran los mismos seres benévolos. No buscaban dar buena fortuna a cualquier ser que estuviera cerca de ellos. Ya no. Ellos querían poder. Solo poder. Para ellos y nadie más. ¿Logras adivinar lo que hicieron?".

Permanezco callada, pero la sensación en el aire ha cambiado. De pronto todo se siente más… cálido. Como si alguien hubiera encendido un fuego en la habitación. Entonces recuerdo esa noche. La primera en que todo cambió. Recuerdo a Feiyu y a su abuelo. Y hay algo que no había notado en ese momento. O tal vez no le había dado la suficiente importancia.

Fuego.

Abro los ojos ante la sorpresa. Sé que mi expresión me delata, porque el cazador sonríe. Y pese al calor que comienza a sentirse, su sonrisa me deja helada.

—Los dragones no lanzan fuego —susurro.

El cazador sonríe sin rastro de alegría en sus ojos.

—No —confirma—. Los dragones no lanzan fuego.

Pero ellos sí.

—Termina la historia —le ruego.

—Creo que sabes muy bien cómo acaba, pequeña.

Un grito resuena en la habitación. Conozco bien esa voz. Demasiado bien. Un nudo se atora en mi garganta y mi respiración se vuelve más pesada. El cazador tiene razón. Sé cómo termina.

No sé en qué momento, Xiao se separó de nosotros para acercarse a una caja cubierta por una manta. La caja se mueve y de ella sale un ruido metálico. No, no es una caja. Es una jaula. La miro con miedo a descubrir lo que hay dentro de ella.

—Feiyu no es el dragón —susurro, esta vez intentando convencerme a mí misma. Solo que ya no estoy tan segura.

—¿Realmente lo crees? —pregunta el cazador, pero mi atención sigue fija en Xiao y la jaula.

Suspiro. No es la mejor decisión, pero sé que es lo único que puedo hacer para demostrar su inocencia. O morir en el intento.

—Si esta es la prueba que necesitas, adelante.

Mis palabras parecen ser la orden que Xiao necesitaba para retirar la tela que cubre la jaula. Los ojos de Bao, completamente irreconocibles por los rastros de una pelea, me miran con temor. Pero ¿acaso no lo entiende? Solo así Feiyu podrá demostrar su inocencia y ser libre. No había necesidad de huir. Pero lo hecho, hecho está. Ahora solo queda esta manera de demostrar que Feiyu no es a quien buscan y, de una vez, encontrar al maldito dragón y acabar con su existencia para siempre.

—Entonces —digo, sin despegar la vista de Bao—, ¿cuándo nos vamos?

Capítulo XXXIV
INTERVENCIÓN

Feiyu

Tengo un sueño. Odio los sueños. Ya no quiero seguir soñando. Pero este es diferente. Es más… peculiar. Desconozco en qué lugar estoy, pero se siente familiar. No sé si sea el original o la superficie. Pero sin duda es un sitio en el que ya he estado antes.

Solo que, al mismo tiempo, nunca había estado aquí. No sé exactamente cómo funcionan los sueños, supongo que tienen que ver con algo del subconsciente. La forma en que percibes la realidad y cómo tu cerebro intenta procesar esa información. Sin embargo, cuando tu realidad está tan alterada y es tan inestable, ¿qué pasa con los sueños?

Al principio no entiendo nada, pero poco a poco comienzo a ver más a detalle lo que me rodea. Son llamas. Todo se está incendiando. Escucho gritos. La atmósfera está cargada de dolor y sufrimiento. El calor es sofocante. A pesar de todo, la veo allí parada, inmune al caos que la rodea.

La veo acercarse a mí y tomarme de la mano, ignorando el incendio. Nos recostamos junto a una casa en llamas y el fuego nos hace sombra sin lastimarnos. Recuerdo esta sensación. Es amor. Sé

que incluso, de ser necesario, si le pido que regrese, ella lo hará. Aunque nunca tendría una razón para alejarse, pero siempre una para quedarse. Por un momento, somos felices. Creo que lo somos.

—Nunca me iré —me dice, acunando mi mejilla con la palma de su mano.

—Yo tampoco —respondo.

Entonces despierto.

Exhalo una fuerte bocanada de aire. Sigo en el campo de entrenamiento, pero varios de mis compañeros están sobre mí. Observándome. Algunos con preocupación, otros con una evidente molestia. Siento la decepción crecer dentro de mí. El sueño era tan pacífico. Tan real. En este momento estoy en el piso, aunque esta vez no estoy muerto de miedo. Pero la sensación sigue aquí. Como si nunca se hubiera ido. Como si nunca hubiera sido un sueño. Es Rose. Siempre ha sido ella. Creo que me estoy volviendo a enamorar de ella.

No. Nunca dejé de estarlo. Si la vida en algún momento vuelve a ser normal, la encontraré. La encontraré y pasaré el resto de mi vida junto a ella. Aunque el mundo entero esté en llamas, yo la buscaré. Porque siempre ha sido Rose. Me olvido de todas esas tonterías que Meiying dijo. No son reales. Nada lo es. Soy yo quien forja mi propio destino. Y la elijo a ella. Elijo a Rose como mi destino.

—¡Alguien levante al muchacho! —escucho que gritan. Es Longwei. Viene para acá. No me molesto en ponerme de pie. El suelo me parece muy reconfortante en estos momentos—. ¡Feiyu!

A su grito, se unen los de otros. Sin embargo, no son tan amigables como el de Longwei. "Inútil", "escoria" y "basura" son los que más destacan. Incluso algunos me llaman "humano", como si fuera la máxima ofensa. Aunque, entre todos los insultos, hay uno que se vuelve más intenso que el resto: "Deshonra".

Mis compañeros creen que soy una deshonra. De mala gana me recargo sobre mis codos y me siento en el suelo. Las miradas de todos, junto con el filo de sus palabras, hacen mella en mi interior. ¿Por qué tienen que afectarme? No es la primera vez que sus insultos llegan a mis oídos, pero ¿qué tienen de diferente esta vez?

Han pasado días, semanas tal vez, en las que estos comentarios han salido por todas partes y no hago nada por contradecirlos. Porque tienen razón. No estoy haciendo lo suficiente. Sigo sin entender del todo la razón detrás de todo este entrenamiento, pero sé que no estoy dando lo que ellos esperan de mí.

Longwei llega hasta nosotros, yo con medio cuerpo todavía en el suelo, y me observa sin parpadear. Mis compañeros la atacan con ofensas hacía mí, pero Longwei parece completamente inmune a sus palabras.

—Feiyu —dice finalmente, haciendo que todos guarden silencio. Cuando ella habla, nadie más puede hacerlo—. ¿Qué estás esperando?

Siento la mirada de todos encima. Esperan una respuesta. Algo que les demuestre que estoy en el lugar correcto. Sé que debo estarlo, no puede ser de otra forma.

Así que me pongo de pie y hago una reverencia ante la mujer que tengo enfrente.

—Lo siento —le digo—. No se repetirá.

Sigo con la cabeza inclinada cuando un fuerte golpe me tira al piso. No distingo quién es, pero no hace falta porque pronto llegan más golpes. Patadas. Me hacen imposible levantarme.

—¡Ya basta! —escucho una voz femenina, pero no distingo si es de Longwei o de alguien más—. ¡Déjenlo en paz!

Los golpes no cesan y la sangre no tarda en aparecer.

—¡Basta!

Nadie hace caso. Hasta que una voz, diferente de todas, lanza un grito pidiendo la paz.

—¡Deténganse! —es más una orden que un grito. Sin embargo, tiene el efecto deseado. Todos se detienen. Puedo escuchar sus respiraciones, pesadas y llenas de cansancio, pero ¿no debería ser yo quien esté así?—. Ven, levántate.

Alzo la mirada y tardo un poco en enfocar la silueta que tengo frente a mí. Tiene una mano extendida, esperando a que la tome. Dudo por un instante si debo confiar o no, pero al final lo hago. Es un agarre fuerte, que me ayuda a levantarme sin mucho problema.

Todavía no se adapta mi visión a la luz, aunque sí puedo distinguir las voces sin dificultad.

—Es un estorbo, nada más —dice uno, humano o animal, imposible saberlo.

—Todos aquí pasamos por procesos mucho más difíciles que él —responde una voz femenina—. ¿Por qué debemos dejarlo pasar cuando nada más nos está retrasando?

—El tiempo se nos acaba y él… —comienza otro, pero su voz es interrumpida por una nueva orden de guardar silencio del sujeto que me levantó. Entonces todos lo hacen.

—Feiyu —me dice y volteo para mirarlo. Finalmente puedo ver su rostro. Es él. El chico que me ayudó a regresar aquí. No lo había visto en todo este tiempo, pero aquí está. Ayudándome, como aquella primera vez que me trajo a este lugar—. Vámonos.

Se da la media vuelta y lo sigo. Cualquier lugar es mejor que estar aquí.

Una vez que nos apartamos de todos y llegamos a una habitación vacía, me doy cuenta de que Longwei nos ha seguido. Es ella quien cierra la puerta y nos dirige una mirada y un dedo acusador a ambos.

—¿Qué creen que están haciendo?

—¿Perdón? —respondo, todavía incrédulo ante lo que dice y señalo hacia la puerta—. Fueron ellos quienes comenzaron a golpearme.

—¡Y con justa razón! —alza la voz. Su enojo es evidente—. Feiyu, desde que llegaste no has hecho nada por integrarte con los demás. ¡Nada! Únicamente te quejas de todo y te dejas pisotear por tus compañeros, pero no haces algo para cambiar las cosas. Te comportas igual que un niño.

Por alguna razón, sus palabras me atraviesan como navajas. Tiene razón, no he hecho nada para encajar aquí. Sí, soy solo un niño ante sus ojos y mi comportamiento no demuestra lo contrario.

—¡Y tú! —grita, ahora señalando a mi acompañante—. ¿Cómo te atreves a interrumpir así una sesión privada? ¿Sabes lo preocupada que me tenías? ¡No supe nada de ti en semanas!

Sigo pensando en lo que acaba de decirme, pero esto último capta más mi atención. ¿Semanas?

—Le ofrezco una disculpa, shī Longwei —dice, haciendo una leve reverencia ante ella—. Nunca fue mi intención preocuparla.

La mujer mono parece calmarse un poco. Suelta una exhalación y extiende sus brazos hacia él.

—Tóng Xiao, ven aquí y déjame abrazarte, muchacho.

Tóng. Ese apellido lo conozco, es bastante común, sí. Pero hay algo en él que no termina de encajar. Sé que hay muchas personas que comparten el mismo apellido, aunque yo solo había conocido a una familia que lo usara.

Bao.

No puedo creer que me haya olvidado de Bao. No puede ser. La última vez que lo vi estábamos bien y habíamos arreglado las cosas, pero me fui sin darle razón alguna. ¿Qué pensará de mí ahora?

—Maestra —dice Xiao—. Acompáñeme, permítame mostrarle la razón de mi ausencia.

Toma a la mujer mono de la mano y la dirige fuera de la habitación. Ella lo sigue, como hipnotizada ante el chico. De inmediato me dispongo a acompañarlos, pero Xiao, con su mano libre, me lo impide.

—No. Tú no —dice—. Esto es algo que solo la shī puede ver. Enseguida vuelvo contigo, tú espera.

Y así, sin más, me quedo solo en la habitación.

Pronto, los minutos comienzan a pasar y se convierten en horas, que transcurren sin que Xiao o Longwei regresen. Todo está en calma. Completamente pacífico. Nadie se acerca a preguntar si aquí sigo o siquiera para intentar usar la habitación. Nada.

Mi estómago ruge de hambre. Esa es mi señal para saber que han pasado las horas suficientes sin que nadie venga por mí, así que es momento de salir para ver qué ha pasado y por qué nadie ha notado mi ausencia.

Salgo al corredor y lo encuentro vacío. Y no solo eso. Tampoco hay ruido. Nada. Como si todos estuvieran dormidos. Es bastante… extraño.

Sigue avanzando.

Hay algo que en definitiva no está bien. Desde que dejé mi casa no había escuchado su voz. ¿Por qué ahora sí?

Decido hacerle caso y avanzo por el pasillo. Está demasiado oscuro. No recuerdo que estuviera así cuando caminé por aquí hace apenas unas horas. Al fondo, donde se encuentra un espacio abierto, veo una luz. Es muy leve, pero destaca en la oscuridad del lugar. Qué extraño, no recuerdo este camino. Es como si la estructura tuviera vida por sí misma.

Acelero el ritmo para llegar ahí, pero entre más avanzo, más parece alejarse. Hasta que finalmente la luz desaparece y quedo completamente sumergido en la oscuridad. Estoy a punto de dar un paso más, pero algo me detiene. Un sonido.

Una respiración que no es la mía. Hay alguien más aquí. Alguien que me observa.

No muevas ni un músculo.

No te muevas.

Contengo la respiración lo más que puedo. En definitiva, hay algo que no está bien. ¿No tuvieron ya suficiente con los golpes y las patadas de la mañana? ¿Necesitan desquitar su odio aún más?

—*Feiyu.*

Un susurro apenas audible. Pero no, no puede ser. Seguramente escuché mal. No, no, no puede ser.

—*Ayúdame*.

No. No puede ser.

—¿Rose?

Capítulo XXXV
TRAICIÓN

Feiyu

No quiero creerlo, pero no hay forma de negarlo. Es ella. Rose está aquí. Ha venido conmigo. Ha venido por mí.

—¿Rose? —vuelvo a preguntar. Y la respuesta que obtengo es más bien un quejido— ¡Rose!

Avanzo hacia donde está el sonido y una luz vuelve a aparecer. Como si de un reflector se tratara, ilumina un pequeño círculo en la habitación. Y bajo ese halo de luz se encuentra ella. Rose. Siento una mezcla de emociones al verla. Sé que debería estar molesto por su mentira, pero ¿al final de cuentas no hice lo mismo? También sé que debería estar preocupado, porque, ¿qué ha sido tan grave como para que ella venga a pedirme ayuda hasta aquí? ¿Por qué a mí en específico y no a alguien más?

Lo que les gana a esos pensamientos es otra cosa. Es la confusión. ¿Qué está haciendo aquí específicamente?

Ralentizo el paso conforme me acerco a ella y veo que no se mueve. Simplemente me observa, pero no lo hace en realidad. Es como si viera a través de mí. Como si estuviera muerta de miedo.

Cuando estoy lo suficientemente cerca de ella, descubro que no es miedo lo que hay en sus ojos, sino tristeza. Sus ojos están por completo humedecidos, a punto de soltar un mar de lágrimas, y puedo ver que sus labios se mueven en una silenciosa plegaria.

"Perdóname".

Con esa simple palabra dicha en silencio, las luces se encienden por completo y caigo de rodillas al suelo. Siento un dolor punzante en mi espalda y mi vista se torna cada vez más borrosa. Mi respiración se vuelve lenta y siento el peso de mi propio cuerpo sobre mí.

Antes de caer inconsciente de nuevo, observo que un grupo de hombres vestidos de negro se acerca a mí. Hay uno en particular que sobresale de los demás. Lo he visto antes. En dos ocasiones. Aunque no pueda ver su rostro, estoy seguro de saber quién es.

Cazador.

Finalmente tiene a su presa. Y esa presa soy yo.

Coloca una enorme mano sobre el hombro de Rose. El contraste es evidente. Aun así, puedo notar el parecido entre ambos. No sé si serán familia, pero eso ya no importa. Rose siempre tuvo claras sus intenciones. Y nunca estuve en ellas.

En mis últimos momentos de lucidez, el hombre se pone en cuclillas hasta quedar frente a mi cara. Me toma de la barbilla con fuerza y me obliga a alzar la mirada para encontrarme con la suya. Si no estuviera a punto de perder la conciencia, me encontraría paralizado de miedo.

—Por un momento, casi logras que la pequeña olvide su destino, muchacho —dice con una voz profunda y carente de vida—. Ella estaba completamente segura de que en ti encontraría a un simple humano inocente, pero ¿te cuento un secreto?

Sin darme oportunidad de responderle, acerca sus labios hacia mi oído izquierdo, completamente pegado a mi cicatriz.

—Le demostraré que se equivoca —susurra—. Y, si ella falla, seré yo mismo quien se encargue de matarte.

Apenas termina de decir su amenaza, caigo por completo y pierdo el conocimiento.

Vuelvo a soñar. Es el mismo sueño de antes. Como si no hubiera terminado. Todo a nuestro alrededor sigue en llamas. Los árboles lloran ceniza y las plantas se vuelven completamente negras, pereciendo ante el calor.

El aire sopla, pero es un viento que no refresca. Se siente agonizante, como todo a nuestro alrededor. Las aves intentan escapar, puedo ver su silueta en el cielo, formando una perfecta V. Alejándose de todo el terror que las rodea mientras graznan con dolor.

Rose sigue a mi lado, me observa y sujeta mi rostro. A diferencia de la primera vez, su expresión ya no refleja compasión, sino una profunda decepción. Su agarre es suave y firme a la vez, como si no pudiera tocarme con seguridad, pero al mismo tiempo no quisiera dejarme ir. Las lágrimas se asoman en sus ojos y, lentamente, caen en una silenciosa cascada.

De repente, la escena cambia. Ya no tengo a Rose junto a mí. Tampoco estamos en el prado en llamas. Nos encontramos en una habitación oscura, iluminada solo por la luz de la luna. No es cualquier habitación. Es en donde ocurrió nuestro primer beso. Aquí fue donde el plan de Rose estaba en juego. Aunque, para ser honesto, eso ya no me importa. Qué más da si me quiere muerto. Qué más da si estuvo todo este tiempo intentando acabar conmigo. Para mí todo fue real. No hubo un solo momento en que lo nuestro no lo haya sido, al menos para mí. Todo el apoyo. Las conversaciones. El tiempo entre nosotros, todo fue real.

Con esto en mente, miro la habitación, esperando encontrar algo o a alguien en ella. Pienso que está vacía, hasta que, oculta entre las sombras, hay una figura que se asoma. Se balancea, al ritmo de una melodía que pareciera no poder escuchar. Es hasta que estoy frente a la silueta que me doy cuenta de que sus pies no tocan el suelo. Tampoco es una silueta cualquiera. Es Rose. Su cabeza cuelga sin vida junto a su cuerpo, balanceándose en la oscuridad. De pronto, sus ojos parecen enfocarme y su boca se tuerce en un gesto antinatural, y grita.

Suelto un grito y retrocedo tapándome los oídos ante la furia que proyecta la voz de Rose. Doy media vuelta y la habitación

desaparece.

—Feiyu —dice una voz a mis espaldas. Vuelvo la vista hacia atrás, esperando encontrarme con el escenario que acabo de dejar, pero no. Estoy en mi casa. En mi habitación.

—¡Feiyu! —vuelven a llamar. Esta vez con más urgencia.

Salgo del cuarto, todo está justamente como lo dejé la última vez. Escucho ruido en la cocina, así que me dirijo allí y veo a mi madre cocinando. La mesa, aunque pequeña como siempre, está organizada de manera distinta. Como si se esperara a una persona muy importante para cenar. Sin embargo, todo está acomodado para una sola persona.

Mi madre voltea y, en sus manos, lleva una bandeja de plata cubierta con una campana. Ni siquiera sabía que teníamos algo así en casa. Al ver la bandeja, me parece algo destinado para alguien de la realeza.

—¿Dónde habías estado? —pregunta, pero su tono no suena del todo acusador. Aunque tampoco suena como mi madre. Más bien, se percibe vacío, como un cascarón. Intento responder, pero niega con la cabeza y las palabras mueren en mi boca antes de pronunciarlas —. No importa. Ven, siéntate.

Tomo asiento y coloca el plato justo frente a mí, el metal choca contra la madera de la mesa en un leve campaneo.

—Cuidado —dice—. Está caliente.

Miro el plato, pero todavía no levanto la campana para ver su interior.

—¿No esperaremos al abuelo?

Mi mamá se da la vuelta y se dirige al lavamanos.

—Oh, no te preocupes por él, cariño —dice—. Esta noche seremos solo tú y yo.

Sé que es un sueño y que no es real, aunque eso no evita que piense cómo ni siquiera en mis propios sueños puedo tener algo de paz.

Sigo observando el plato frente a mí cuando mi mamá se acerca de nuevo y coloca un pastel cubierto con duraznos en el centro de la mesa. Pone una vela encima y, con un solo toque de su dedo en el pabilo, enciende una pequeña flama. Camina hacia mi silla y se

agacha hasta quedar a la misma altura. Con ambas manos sostiene mis hombros y los dos observamos fijamente crecer la flama.

—Feliz cumpleaños, Feiyu —dice, con su mejilla pegada a la mía. Nunca, desde que era niño, había estado tan cerca de mí. Pero sus palabras hacen eco en mi interior, una y otra y otra vez.

Feliz cumpleaños, Feiyu.

—Pide un deseo.

Dicen que pedir un deseo de cumpleaños a la vela del pastel asegura que se cumpla. Además, no es cualquier pastel. Sé que los duraznos no están por mera casualidad. Longevidad. Incluso en mis sueños, mi madre me desea una vida larga y próspera. Cierro mis ojos y deseo. Deseo que todo esto termine. Deseo poder ser una persona normal. Deseo que el dragón jamás haya existido. Y soplo la vela.

Cuando abro los ojos, la cocina vuelve a estar en completa oscuridad. Miro alrededor y tampoco veo rastro de mi madre. De nuevo estoy solo.

Suspiro con pesadez y veo un brillo metálico. La bandeja sigue aquí. Y el pastel igual, incluso puedo ver el humo salir de la vela, confirmando que sí había estado encendida. Pero hay algo más. Junto a mi plato veo un pedazo de papel doblado a la mitad que no estaba allí antes. Una nota. La alzo y distingo la misma letra que en las notas que recibía mi abuelo, solo que esta vez la nota viene de él.

Long Feiyu:

Cuando estés listo, levanta
la campana de tu plato. Esperamos
que disfrutes este regalo.
¡Feliz cumpleaños!

Tu abuelo,
Long Heng

Coloco la nota a un costado y destapo el platillo que mi madre dejó unos momentos antes. Al revelarlo, un fuerte aroma a carne sale de su interior. Parece un trozo de carne horneado, pero de un olor indescriptible. Mi estómago ruge ante el hambre que no sabía que tenía, así que, sin pensarlo más, como. Regularmente no recibo regalos por parte de mi familia, pero tener un platillo tan delicioso hace que cualquier otra cosa parezca insignificante en comparación. Por un momento, incluso olvido que estoy comiendo solo, en mi cumpleaños.

Es hoy. Mi cumpleaños es hoy.

No tardo mucho en acabar de comer, pero sigo con hambre. La carne me abrió el apetito, así que sigo con el pastel. No sé en qué momento ocurre, pero termino por comérmelo completo yo solo. Veo los platos vacíos que tengo al frente y en eso escucho un trueno y veo un rayo cayendo del cielo que ilumina por un breve momento el espacio. Mis ojos ya se habían adaptado a la oscuridad, pero el rayo fue el recordatorio de que todo aquí está en tinieblas.

De repente me vienen unas arcadas y siento que mi estómago se agita. Así que corro a la tarja y vomito, ignorando el montón de platos que están ahí. Sin embargo, el malestar no disminuye. Siento algo que obstruye mi garganta y empiezo a toser con fuerza para expulsarlo hasta que lo logro. Quizá sea un pedazo de carne que no mastiqué con cuidado, solo que empieza a brillar.

Emite un leve resplandor azul que, poco a poco, se convierte en una luz intensa, casi eléctrica. Ignorando toda la porquería de alrededor, tomo el trozo de carne entre mis dedos. Está caliente y pegajosa, cubierta de baba. La acerco para poder enfocarla bien. No es un trozo de carne. Al menos no uno cualquiera. Es una escama.

Entonces veo el resto de todo lo que acabo de vaciar de mi estómago y, lentamente, más y más trozos empiezan a brillar. Son escamas.

Abro los ojos e hiperventilo. No puede ser posible. Es un sueño, pero ¿por qué se siente tan real? Pronto, las arcadas regresan. Esta vez con más fuerza y el vómito me cubre por completo. Me siento sucio, pero no por el vómito. Me cuesta trabajo respirar, siento que mi garganta se cierra y me impide respirar.

Caigo al suelo y siento mi cabeza temblar de dolor.

Feiyu.

Feiyu.

Feiyu.

—¡Feiyu!

Reacciono. Ya no me encuentro en mi casa, pues el sueño ha vuelto a cambiar. Tampoco estoy cubierto de porquería y puedo respirar con normalidad. Estoy en un prado. A mi alrededor únicamente hay pasto verde y el azul de un cielo despejado. Ya había soñado con este lugar antes, me es conocido.

Pero esta vez algo cambia. Frente a mí está Bao, que me mira con una leve preocupación que, rápidamente, es reemplazada por una sonrisa amistosa.

—¿Estás bien? —pregunta—. Estabas gritando dormido.

—¿Bao?

Me da un pequeño golpe en el brazo y se ríe.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. Actúas como si no supieras dónde estás.

—¿Qué ocurrió?

Bao se sienta sobre el pasto y nos miramos frente a frente.

—¿En serio ya no te acuerdas? —me dice. Yo niego con la cabeza —. ¡Estamos buscando a la chica!

—¿La… *chica*? —¿de qué me está hablando?

Bao suspira y se balancea hacia atrás, recuperando sin problema la postura después.

—¡La chica de tus sueños! —dice, como si fuera algo obvio—. La que siempre has estado buscando.

¿Qué?

—¡Mira! —señala algo a mi espalda—. ¡Allá está!

Giro la cabeza, pero detrás de mí no hay nada.

—Bao, no…

Me callo, porque sí hay alguien detrás. El único problema es que no se trata de Rose. Sí es una mujer. Su piel blanca resplandece bajo el sol y el negro de su cabello parece tan oscuro como la noche

misma. Nunca la había visto, pero siento como si la conociera. No es Rose, aunque algo en su mirada me recuerda a ella.

Me pongo de pie y veo que la mujer desaparece entre los árboles, dejando tras de sí un intenso resplandor y una sensación de vacío en mi interior que no sabría explicar. Así que empiezo a correr detrás de ella.

—¡Espera! —grito, intentando alcanzarla—. ¡Detente, por favor!

—¡Feiyu! —dice Bao, pero no le permito seguirme.

Me interno entre los árboles, sin rastro de la mujer. Lo que sí puedo notar es que, además del ruido ocasionado por el viento en las ramas, escucho un leve siseo, como si algo se arrastrara sobre el piso, seguido de una suave risa de mujer.

—¡No te vayas! —grito al aire y sigo corriendo, esperando que mis pies me lleven en la dirección correcta.

El siseo aumenta y pronto la estabilidad de la tierra cambia. Mis pies se hunden con cada paso que doy, lo que me obliga a ir más lento. Es arena. El siseo se transforma lentamente en las olas del mar que se mueve con calma. El bosque desaparece detrás de mí y solo queda arena. Kilómetros de arena blanca frente al mar más azul que mis ojos hayan visto.

Todo está en paz. Sin rastro de la mujer, ni de Bao ni del bosque. Solo somos la arena, el mar y yo.

No sé cuánto tiempo pasa, aunque no me molesto en buscar más. Aquí todo está tan tranquilo, tan pacífico, que no me mataría quedarme un rato recostado en la arena, escuchando el mar mientras observo el cielo. Además, es mi sueño, se supone que yo puedo hacer lo que quiera aquí.

Mis ojos comienzan a cerrarse y me arrullo con el sonido de las olas. Me voy quedando dormido. Ni siquiera sabía que era posible dormir en tus propios sueños. Pero de repente escucho voces. Una conversación.

Abro con lentitud los ojos y veo que el tiempo no ha transcurrido, al menos no pareciera. Todo se encuentra exactamente igual, solo que, a lo lejos, distingo dos figuras. Un hombre y una mujer, vestidos como si pertenecieran a otra época. No distingo de qué están hablando, pero parecen ajenos por completo a mi presencia.

Me pongo de pie y sacudo la arena de mis pantalones. La pareja sigue ahí, así que me acerco lo más que puedo para escucharlos, pero no demasiado para no interrumpir aquel momento entre los dos.

Tengo la espalda de la mujer a la vista y el rostro del hombre frente a mí. No se han dado cuenta de mi presencia, o si sí, pareciera no importarles. El hombre mira a su acompañante con pesadez, como si estuviera arrepentido de algo. Está triste. El arco entre sus cejas me lo deja claro. Pero ese no es el problema.

Veo la espalda de la mujer y distingo que con una de sus manos acuna el rostro del hombre, pero con la otra, la que tiene por la espalda, sostiene con fuerza lo que pareciera ser un sable. Al moverlo un poco, emite un reflejo contra el sol que me apunta directo a los ojos. Sí, es un arma. Un dao. La agarra con fuerza y noto que está a punto de apuñalar al hombre.

—¡Espera! —grito, pero no parecen escucharme—. ¡No!

Es demasiado tarde. La mujer entierra el dao en el vientre del hombre y este cae de rodillas, su sangre mancha por completo la blancura de la arena que lo rodea. La mujer respira con una agitada pesadez y alza sobre su cabeza el sable. Está temblando.

—Perdóname —escucho que dice la mujer—. Te amo.

Con estas palabras, vuelve a bajar el arma, apuntando esta vez al cuello del hombre y separa su cabeza del resto de su cuerpo. ¿Qué acaso el pasado no puede morir?

—¡No! —grito otra vez, pero algo más me interrumpe.

Risas. Volteo sobre mi hombro y, de nuevo, todo cambió. Las risas se hacen más fuertes. Estoy en la escuela. En el salón de clases.

—¡Señor Long! —dice la profesora y levanto la mirada hacia el frente. Tenía mucho que no estaba por aquí, ¿por qué parece como si no hubiera ocurrido nada en realidad?—. ¿Cuántas veces debo decirle que no interrumpa al resto de la clase?

El salón se queda en silencio cuando la profesora me regaña, aunque logro advertir alguna que otra risa sofocada entre los demás.

—Le ruego me disculpe, shī Huáng —digo, haciendo acopio de todas mis fuerzas para forzar una reverencia—. No volverá a ocurrir.

Me siento en mi lugar y escucho a la profesora continuar con su clase, aunque sin prestarle atención realmente. No entiendo qué está pasando.

Volteo para hablar con Bao, pero él no se encuentra aquí. Su lugar está vacío. Abandonado. Regreso mi atención al frente, no puede ser que Bao no esté.

—Shī Huáng —digo, poniéndome de pie mientras la profesora sigue escribiendo en el pizarrón. No me hace caso. Sigue escribiendo, así que vuelvo a llamarla—. Shī Huáng.

Nada.

—¡Shī Huáng! —le grito, pero no responde.

Sus hombros se tensan y, con fuerza, arrastra la tiza por el pizarrón, ocasionando un ruido ensordecedor que pareciera un grito del infierno.

—¿Sí, señor Long? —contesta, pero su voz suena más profunda y grave.

Una voz poco natural que no corresponde nada con la de mi maestra.

Hay algo en ella que me aterra. Trago saliva para deshacerme del nudo en la garganta que se me hizo al escucharla y le pregunto:

—¿Tóng Bao está aquí?

Un sonido gutural sale de la profesora, como si se estuviera atragantando con su propia lengua.

—¿Tóng… Bao? —pregunta, y su voz suena igual de falsa que antes. Como si intentara hacer todo lo posible para que su tono igualara al de la profesora Huáng—. No sé a qué se refiere, señor Long.

Entonces, todos a mi alrededor murmuran. Los observo, pero no distingo sus rostros. No, ni siquiera veo sus rostros. Todos están vestidos de negro, con la cara cubierta y lo único que distingo son sus ojos. Miradas oscuras que acompañan el murmullo de sus voces apagadas.

—Señor Long —dice la maestra, pero no estoy seguro de que sea ella—. ¿Me podría recordar en qué fecha estamos?

¿En qué fecha estamos?

—Lo siento, pero no entiendo su pregunta —le respondo.

Veo únicamente su espalda, aunque estoy seguro de que su semblante se acaba de convertir en una sonrisa helada.

—No lo… *entiendes* —dice con sarcasmo. Se da la media vuelta y confirma mis sospechas. La profesora no está, sino que es *él*. El cazador.

A diferencia de sus demás cazadores, es el único que tiene el rostro descubierto. Está completamente desfigurado, pero lo que llama más mi atención es su ojo izquierdo. O la falta de, mejor dicho.

—¿Podrían todos recordarle al señor Long en qué fecha estamos? —pregunta, intentando imitar la voz de la profesora, aunque se contradiga por completo con su apariencia.

Todos comienzan a hablar sin sentido y se ponen de pie, arremolinados alrededor mío, como una marea negra. Me aprisionan y terminan llevándome al frente con el cazador, que vuelve a quedar cara a cara conmigo.

—Hoy, muchacho, es la fecha del apocalipsis —me dice y puedo sentir su aliento helado cubrirme por completo—. Y, si ella falla, seré yo mismo quien se encargue de matarte.

La multitud estalla en aplausos y gritos. Espero a que la escena cambie, pero no es así. El estallido sigue, y sigue, y sigue. Sé que continúo soñando, pero esto es un sueño de muerte.

Abro los ojos y me doy cuenta de que el ruido no es un sueño. Y la sensación de estar atrapado, tampoco.

Estoy arrodillado, con las manos encadenadas a mi espalda y las piernas inmovilizadas.

Ya no estoy en el centro de los tài. Tampoco en ninguno de los lugares con los que soñé. Ni siquiera estoy en mi mundo real. Estoy justamente donde se supone que debería estar. En el lugar del que nunca debí haber salido en un principio. Conozco estas enormes paredes desnudas que resplandecen con un brillante color amarillo. Pero lo que una vez fue un palacio vacío, ahora es un lugar rebosante de gente y de emoción.

No soy el único que está prisionero, pues observo que los cazadores tienen a un grupo de tài amordazados y arrodillados en el frío piso. Y no solo eso. También está Longwei, con el rostro

descompuesto. A ella la mantienen de pie, encadenada, como un animal. Es Tóng Xiao quien sostiene su cadena.

Un traidor.

—¡Nuestro rey ha despertado al fin! —dice una voz y reparo en que es el cazador, mezclado entre su gente como si no tuvieran una jerarquía. Entonces se adentra entre la multitud, desapareciendo de mi vista—. No hay tiempo que perder.

Todavía sigue pronunciando sus palabras cuando saca de entre el tumulto de cazadores a un hombre que desentona del resto. Su ropa combina por completo con las paredes del palacio, además de que su baja estatura y complexión robusta le dan un aire más bonachón que al resto, aunque solo sea una fachada.

—Huang Di —dice el cazador, colocando al emperador frente a mí —. Dime, ¿es este el muchacho que esperabas?

El emperador amarillo me observa fijamente, pero noto indecisión en su mirada.

Vive. Me dijo en esa ocasión. *Vive y no regreses jamás*.

Él sabía lo que ocurría. Sabía que me buscaban y aun así no hizo nada para impedirlo. Todas esas notas solicitando el regreso de mi abuelo al palacio no eran más que una trampa para tenernos a todos aquí.

El emperador siempre estuvo a merced de los cazadores.

No digo nada, simplemente lo miro. Aunque mi respiración comienza a agitarse, no dejaré que note mi rabia hacia él.

—*Cobarde* —murmuro, solo para que el emperador vea que le estoy hablando a él.

El emperador suspira y puedo ver la desesperación en sus ojos. Sé que debe estar en un enorme conflicto. Tantos años de mantener una relación con la familia, con el verdadero gobierno, para acabar traicionando a aquellos que alguna vez juró proteger. Y no solo eso, sino que nunca hizo nada por mantener limpio el nombre de los Long. Fue la última persona en quien mi familia confió y los traicionó.

—Lo siento, Jianyu —dice al cazador sin despegar su mirada de la mía—. No es él.

Jianyu. Curioso nombre para un cazador. Sobre todo, para él: "Constructor del Universo". Ahora entiendo por qué ese complejo suyo.

Esto no parece ser del agrado del cazador, de Jianyu, pues tuerce los labios con enfado y grita:

—¡Chen Jun! —la paciencia del cazador parece estarse acabando —. ¡Ven aquí!

Chen Jun. Otro traidor, vendido a la voluntad de Jianyu.

El guardia (si es que todavía lo es) se acerca y se coloca al lado del cazador. Huang Di suspira con resignación y murmura un "lo lamento", pero no le creo nada.

—¿Sí, mi señor? —responde Chen Jun al llamado del cazador. Su postura es firme, contraria a la del emperador. Este último me perdonó la vida, no sé si su guardia sea capaz de hacer lo mismo.

Diga lo que diga, no dejes que te provoque.

La voz del dragón suena en mi interior. Una advertencia. Sabe que hay peligro.

—Dime —comienza el cazador, dirigiendo su mirada de Chen Jun hacia el lugar en el que me encuentro—, ¿cuándo fue la última vez que un ser humano visitó el Long Men?

El guardia se mantiene impasible.

—Hace no más de tres ciclos lunares, señor.

El cazador regresa su atención al guardia.

—Y dime, Chen Jun —*No dejes que te provoque*—, ¿qué le pasó a esos humanos que llegaron al palacio?

No lo dejes.

—Fueron sentenciados por traición, señor.

El cazador sonríe y dirige su mirada hacia mí, mientras hace una última pregunta.

—¿Y cuál fue esa sentencia?

De reojo noto cómo el cuerpo del guardia se tensa ante la pregunta, pero no despego la vista del cazador.

—La muerte.

El cazador sonríe con superioridad.

—Eso es todo —señala, sin dejar de mirarme—. Puedes retirarte.

No reacciones.

Es difícil mantener un rostro sereno ante esto.

Vacilo sobre lo que dice el guardia, pero el dragón no reacciona más, y su silencio es todo lo que necesito para confirmarlo.

Entonces, el cazador se acerca y se agacha hasta quedar a mi nivel. Me toma del rostro y lo examina, soltando alguno que otro sonido de desaprobación.

—Pobre muchacho —dice con evidente sarcasmo—. Tienes el rostro completamente destrozado.

Mueve mi cara hasta que mi lado izquierdo queda de frente y mira con atención, posando lentamente un dedo sobre mi cicatriz.

—No eres un joven muy agraciado —sigue hablando— y esta cicatriz tampoco hace mucho para ayudarte.

Suelta con violencia mi cabeza, haciendo que rebote por su propio peso.

El cazador se pone de pie, saca una daga de su bolsillo y, con la punta, me obliga a alzar la barbilla, viéndolo a lo alto.

—Te voy a dar una última oportunidad, jovencito —dice, apuntando con fuerza suficiente como para sentir una gota de sangre derramarse por mi cuello—. Confiesa.

Su amenaza se ve interrumpida por alguien más.

—¡Ya déjalo en paz! —es Longwei. Xiao jala de la cadena que la sostiene por el cuello y le ordena que se calle—. ¡Es solo un muchacho!

Eso llama la atención de Jianyu. Separa la daga de mi cuello, en la punta veo una mancha color carmesí y siento el líquido escurrir por mi garganta. Se dirige a Longwei mientras Xiao le ordena silencio.

—Longwei, ¿cierto? —dice el cazador y es Xiao quien le confirma el nombre. No sé cuál de los dos ha perdido por completo la cabeza —. Dime, mujer, ¿por qué crees que es… *tan solo un muchacho*?

Me mira de reojo al tiempo que dice esto último y regresa su atención a la mujer mono.

—Por favor —le responde en una súplica—, él no ha hecho nada malo.

Esto hace que el cazador se ría y todos sus seguidores lo imitan.

—¡Que no ha hecho nada malo! —grita el cazador, extendiendo sus brazos para que todos lo vean—. ¡Esta mujer dice que el

muchacho no ha hecho nada malo!

Las risas continúan, pero el cazador las detiene, dándole una bofetada a la mujer mono con la daga. Al principio parece no haberle hecho daño, pero una fina línea de sangre aparece en su rostro.

—Entonces explícame, Longwei, si no ha hecho nada malo, ¿por qué la necesidad de unirlo a tu pequeña rebelión?

Longwei no responde de inmediato, simplemente observa al cazador, retándolo con la mirada. Entonces él vuelve a estallar en una carcajada.

—¿Realmente lo crees tan especial? —le dice, aún entre risas.

—Por algo llegó a nosotros —responde Longwei—. El dragón lo mandó a nosotros por una razón.

Ante la sola mención del dragón, Xiao sujeta con fuerza la cadena, obligándola a callar. Pero Jianyu le indica con un gesto que no lo haga.

—Verás —le dice el cazador a Longwei—, no dudo de que el dragón lo haya llevado hasta ustedes.

—O tal vez solo fue un golpe de suerte —interrumpe Xiao y el cazador lo vuelve a callar.

—Pero creo que no alcanzan a comprender la gravedad del asunto —continúa Jianyu.

—Por favor, Jianyu —dice la mujer mono—, tú sabes mejor que nadie que lo necesitamos. ¿Por qué hacer todo esto?

Noto que la postura del cazador se tensa. Por primera vez, en todo este tiempo, se queda sin palabras. Estoy seguro de que este no es el primer encuentro entre ambos. Por la forma de hablar de Longwei, pareciera que ya se conocían.

—Por favor —vuelve a decir Longwei—, *por nosotros*.

Esto último parece ser lo que el cazador necesitaba escuchar, pues se aparta de ella y, con la cabeza inclinada, suelta una nueva orden.

—Traigan a los prisioneros.

La multitud se dispersa y el silencio se ve interrumpido por unos golpes metálicos que se aproximan.

El cazador vuelve a centrar su atención en mí, como si por un momento se hubiera olvidado de que también me encontraba en esa

habitación.

—Tienes una última oportunidad, muchacho —se acerca de nuevo a mí—. Vamos a hacer las cosas más fáciles.

El sonido metálico retumba cada vez más cerca.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta el cazador.

Estoy muerto. Sea cual sea la respuesta que dé, no acabará bien para mí. Si digo mi nombre, quedaré expuesto como un Long. Si no lo hago, no hay nada que le impida al cazador matarme como lo prometió. Necesito pensar. Necesito ganar tiempo.

—Yo… —comienzo a decir mientras intento pensar en alguna excusa que me ayude a ganar tiempo—. Yo soy…

Nunca me he considerado un fiel creyente del destino, pero por primera vez este decidió jugar a mi favor, pues soy interrumpido por uno de los cazadores de Jianyu.

—¡Los prisioneros, señor! —dice, azotando contra el piso unas cadenas y tirando dos bultos grandes.

Por un momento pensé que el destino estaba de mi lado, pero hubiera preferido confesar por mí mismo antes que ver lo que tengo ante mis ojos.

Apenas son reconocibles. La sangre se mezcla en las cadenas formando manchas de óxido y los cuerpos aún tienen heridas abiertas de las que sigue emanando sangre por montones. Su ropa está hecha jirones, pero sus rostros están prácticamente intactos, solo cubiertos por la suciedad y un llanto seco.

Son Bao y Rose. Ellos son los prisioneros.

Los ojos de Rose me evitan, pero en cuanto la mirada de Bao se cruza con la mía, hace uso de toda la fuerza que le queda para correr hacia mí.

—¡No! —a pesar de estar encadenado, los cazadores no le impiden acercarse a mí. Al llegar conmigo, por el peso de las cadenas termina tropezando y cayendo de frente al piso. Los cazadores se ríen, pero Bao los ignora y se pone de pie como puede —. Por favor…, tú no…

Su voz es más un suspiro que otra cosa.

—Bao…, yo…—comienzo a decir, pero las palabras se quedan atoradas en mi boca y las lágrimas amenazan con salir—. ¿Cómo…?

No termino de formular la pregunta, soy incapaz de pensar más allá de lo que mis ojos ven en esos momentos. ¿Qué hace él aquí? ¿Hace cuánto tiempo que lo tienen prisionero?

—Qué hermoso reencuentro —dice Jianyu. Con gran destreza, toma una de las cadenas de Bao y lo obliga a arrastrarse de regreso con Rose, sin importarle si lo lastima—. Verás, muchacho, las cosas están así. Tú y yo sabemos que el león no es como lo pintan. Tú tienes algo que yo quiero y yo tengo algo que tú quieres, así que te propongo un trato.

Azota con fuerza las cadenas, estrellando a Bao con un ruido sordo contra el piso del salón. Mi amigo deja salir un quejido de dolor.

—¡No! —grito en respuesta—. ¡Déjalos en paz!

Hasta que salen las palabras, me doy cuenta de que las dije en plural. *Déjalos* y no *déjalo*. Esto parece ser del agrado del cazador, pues ensancha una sonrisa y me mira desde lo alto, resaltando la jerarquía establecida entre nosotros.

—Oh, ¿te molesta que haga *esto*? —mientras habla, coloca con fuerza su pesada bota sobre la mano de Bao. Entre los gritos de dolor, incluso se escucha cómo sus dedos se rompen bajo el peso del cazador.

—¡Por favor! —suplico. ¿Es que acaso este hombre no conoce la clemencia? Pareciera que mis gritos lo incitan a seguir, porque sigue pisando con más fuerza y sonriendo como un desquiciado al hacerlo —. ¡Ya basta!

No dejes que te provoque.

¿Cómo no voy a dejar que me provoque si estoy viendo cómo está destrozándole los dedos a mi mejor amigo?

Eso es lo que él quiere.

¡No! Ya estoy harto de hacer lo que los demás quieren. ¿Cuándo podré hacer lo que yo quiero? ¿Cuándo será finalmente el día en que logre pensar por mí mismo?

—¡Jianyu! —es Rose. De alguna forma ha logrado ponerse de pie. No está tan magullada como Bao, pero las heridas son evidentes. Su mirada me evita, pero está pendiente en todo momento del cazador. Algo me dice que debió requerir un enorme valor hablarle por su

nombre, pues, de alguna forma, se siente poco natural saliendo de ella, como si nunca lo hubiera pronunciado en voz alta—. Te ha dicho que pares.

Al cazador pareciera que no le agrada mucho que le digan qué hacer, pero ¿qué papel tiene Rose entonces en todo esto? Primero actúa como si fuera ajena a la situación, luego como alguien más importante, y ahora es una prisionera junto con Bao. No lo entiendo.

—Ah, *Rosita* —dice el cazador, alzando su pie de la mano de Bao y profiriéndole una patada en el vientre que lo hace retorcerse. Por la forma en que dice su nombre, me hago a la idea de que no le gusta que la llamen así.

—Mi nombre es *Rose* —le responde, confirmando mis sospechas.

El cazador ladea la cabeza y se acerca a ella. Es más alto, y eso considerando incluso que Rose no es tan pequeña. Cuando está frente a ella, la toma de la muñeca. Rose no se inmuta, pero puedo ver que el agarre del cazador es firme, pues la piel blanca de Rose se torna roja con la presión.

—*Rose* —dice el cazador, acercándose peligrosamente a su rostro. Con delicadeza la toma de la barbilla y la obliga a girar la mirada hacia mí—. Dime, pequeña, ¿qué ves allí?

Nuestros ojos se encuentran finalmente, sin embargo, no sabría identificar qué es lo que ve ella en mí que la hace estremecerse. Sus ojos se entrecierran y entonces las lágrimas se arremolinan en sus pestañas. No le responde, por lo que el cazador la sacude con fuerza.

—¡Dime qué ves ahí! —le grita, haciendo que ella cierre los ojos y las lágrimas comiencen a caer.

Rose no responde, simplemente aprieta los ojos con más fuerza para que las lágrimas corran sobre su rostro, pero no es lo que el cazador espera, pues la arroja al suelo con violencia.

—Maldita insolente —dice él con odio, agarrándola del cabello y obligándola a estirar el cuello mientras coloca la daga contra su piel. Las cadenas suenan, pero el ruido es incluso más débil que los lamentos de Rose. Bao permanece en silencio, como si estuviera inconsciente, inmóvil sobre el suelo. El cazador presiona con fuerza la daga contra Rose—. Esto es lo que pasa cuando una sucia ramera

se encarga de engendrar a alguien de nosotros. Su maldita bastarda es exactamente igual.

Suelta la daga y azota la cabeza de Rose contra las cadenas. Su llanto aumenta. Sé que las palabras del cazador deben significar algo para ella, pero es como si hubiera una parte de la historia que yo desconociera. Algo de lo que me perdí.

Todos a nuestro alrededor, humanos, tài, cazadores y guardias observan con miedo a Jianyu. Está completamente ofuscado por su sentido de justicia.

Todos menos uno.

—Si se sigue negando, conozco un modo para hacer que hable —dice Xiao, aún sosteniendo las cadenas de Longwei, quien lo mira como si hubiera perdido la cabeza.

Xiao me ve y, de repente, su cara se deforma y su cuerpo empieza a volverse más y más pequeño Su piel comienza a tornarse blanca como la nieve y, de entre sus poros, sale algo parecido a la pelusa. No, más bien, al pelo.

Se recuesta en el piso y extiende los brazos como si fueran otro par de piernas. Abre la boca pero, al hablar, su voz suena más como un maullido. Sus dientes son reemplazados por colmillos y, del otro extremo de su cuerpo, una larga cola comienza a salir.

Todos a mi alrededor están igual de perplejos. Las ropas de Xiao quedan desperdigadas en el suelo.

—¿Mei Mei? —pregunto, incrédulo. Aunque mis ojos acaban de presenciar su cambio por completo, me parece imposible que sea ella.

—Qué gusto volver a vernos, Feiyu —responde con la misma voz que le escuché utilizar la última vez.

El cazador nos mira con interés. No sé lo que perciben sus ojos, pero este es el último acto de traición que puedo soportar.

Capítulo XXXVI

EL ZORRO

Rose

¿Acaba de llamar Mei Mei a Tóng Xiao?

Esto definitivamente no está saliendo como lo esperaba. Él me había jurado que con solo vernos a Bao y a mí encadenados habría sido suficiente para hacerlo confesar. Me aseguró que tan solo necesitaba que Feiyu confirmara su identidad o probara lo contrario para rendirse con él.

—*No soy un monstruo* —fue lo que me dijo al revelarme su plan de usarnos a Bao y a mí como carnada—. *Después de todo, no voy a asesinar a un inocente.*

Pero no, nada está saliendo como debería. Feiyu no hace nada por asegurar su inocencia ni para demostrarse culpable. Es como si no supiera qué hacer. Aunque no entiendo cómo es que conoce a Tóng Xiao, ni tampoco por qué lo llama con un nombre femenino. De mascota.

Todos estamos viendo la escena que se desarrolla frente a nuestros ojos. Para algunos, sé que esta es la primera vez que ven a Xiao usar su poder. Pero a mí ya no me causa ninguna impresión.

Después de todo, Xiao es un zorro. Un *huli jing*, un cambiaformas, un maestro del engaño y la ilusión.

Pero algo me dice que Feiyu no está viendo realmente al embustero de Tóng Xiao.

—Mei Mei —le dice Feiyu al zorro—. No es posible.

Xiao le responde, solo que no distingo exactamente lo que dice, pues al transformarse en zorro pierde por completo la habilidad para hablar. Es diferente de otras criaturas, como algunos que están entre los tài o como la misma Longwei, que son animales. Pese a esto, pueden hablar como un ser humano cualquiera. Xiao no. Cuando regresa a su forma natural, es más animal que humano. Aunque pareciera que están manteniendo una conversación, lo más seguro es que esté ocurriendo únicamente en la cabeza de Feiyu y no sea más que una ilusión.

Sin embargo, Feiyu sí parece entenderle. Estoy segura de que ni siquiera él sabría distinguir lo que está ocurriendo en estos momentos entre ellos dos.

Feiyu

—¿Mei Mei?

La gata me responde asintiendo con la cabeza.

—Verás, Feiyu. Gran parte de lo que te rodea no es más que una vaga ilusión. Un gran sueño, si quieres verlo así. Nada es real.

¿Nada es real?

No lo escuches.

Feiyu, está mintiendo.

—Tus amigos se encuentran en casa, sanos y salvos —se acerca a mí, soltando un leve ronroneo entre sus palabras—. Esto no es más que un mal sueño, pequeño.

—¿Un mal sueño? —repito incrédulo.

La gata asiente con fuerza y restriega su cabeza contra mis piernas. No puedo tomarla entre mis brazos, tenerlos esposados en mi espalda me dificulta esa tarea.

—¿Y qué tengo que hacer?

Feiyu. No.

—Lo único que debes hacer para despertar y poder ver a tus amigos en casa es soltarte de estas cadenas —dice y les da una leve palmada con su pata a mis ataduras—. Solo eso.

—Pero ¿cómo?

La gata retrocede y me mira fijamente.

—Es tu sueño, Feiyu —dice—. Tú sabes cómo hacerlo.

¿Lo sé?

No le hagas caso, Feiyu.

Pero ¿y si realmente solo es un sueño?

¿Realmente estoy viviendo la realidad o es pura fantasía?

ROSE

¿Qué estás haciendo, Feiyu?

¿Estás acaso confiando en un zorro?

Capítulo XXXVII
LO CORRECTO

Feiyu

Observo a la gata alejarse y me doy cuenta de que todos me miran con atención. A mí. No a la gata que se va, moviendo su cola al pasar entre las piernas de todos los presentes.

¿Un sueño? ¿Realmente esto no es más que un sueño del que puedo despertar cuando quiera?

Muevo con fuerza los brazos, intentando soltarme de las cadenas que me atan, pero no pasa nada. Sigo sin poder moverme de donde estoy.

—Bien —dice el cazador, olvidándose de Rose y regresando su atención a mí—. ¿Finalmente quieres cooperar?

Esto no es real. Debo confiar en eso. Esto no es real. Esto no es real. Despierta, Feiyu. Despierta.

El cazador suelta una amarga carcajada. Me toma por el cabello y, con su daga, dibuja una fina línea que remarca el contorno de mi cicatriz.

—Pobre ingenuo —dice mientras siento que el filo de la hoja me corta la piel—. ¿Crees que esto es un sueño? ¿Qué clase de persona

tienes que ser para estar soñando con el sufrimiento de tus seres queridos?

No sé de dónde saco el valor, pero muevo la cabeza, apartándola de la navaja, aunque el corte se profundice, y le escupo en el rostro al cazador. Si bien la máscara parece protegerlo de mi intento de ataque, es la acción en sí lo que hace que se moleste más. Lanza un gruñido y me tira una patada en el estómago. Quiero retorcerme, pero las cadenas me obligan a mantenerme justo donde estoy, sin poder reaccionar más que con un gesto de dolor.

—¡Maldito mocoso! —grita el cazador al golpearme—. ¡Esto te enseñará a respetarme!

Se aparta velozmente y vuelve a tomar a Bao entre sus manos. Gracias a la fuerza con que lo agarra, Bao abre los ojos y comienza a respirar sonoramente.

—¿Sigues creyendo que esto es un sueño? —pregunta. No hay más que furia y odio en su voz.

—Bao… —susurro inaudible.

Feiyu, no dejes que te provoque. Estás cayendo justo en su juego.

No me importa lo que esa estúpida voz tenga que decirme. Si realmente quisiera ser de ayuda, habría encontrado la manera de sacarlos a todos de aquí. Además, ¿no se supone que para eso regresé al Yuánshǐ? Para que nada malo les ocurriera, entonces, ¿por qué?

—Oye… —balbucea Bao en un susurro del todo inaudible para los demás mientras se ahoga con sus propias palabras—. No… lo digas…

¿Decir qué? Carajo, ¿podría alguien hablar con claridad por una maldita vez?

—Lo… prometiste…

La temperatura en la sala aumenta y todo a mi alrededor parece desaparecer. Algo en mi interior intenta encontrarles sentido a las palabras de mi amigo y, en un instante, lo veo todo.

¿*Cuál es tu nombre*?

Feiyu. Long Feiyu.

Eso es lo que está ocurriendo. Mi nombre. Ellos necesitan mi nombre. Por eso los tài y los cazadores parecen no entenderse mutuamente. No saben mi nombre. Sin él, no pueden confirmar

quién soy. Por eso el emperador, Chen Jun y Rose actúan tan extraño. Por eso Longwei exclamó mi inocencia. Solo cuatro personas en esta habitación saben quién soy. Saben lo que yo soy. Y Bao lo entiende. Porque Bao sí es un prisionero. Y estoy seguro de que, de alguna u otra forma, descubrió que el cazador necesita confirmar quién soy para matarme. Hasta ahora todo han sido suposiciones, no soy más que un sospechoso. Y así es como debo mantenerme.

—Lo prometiste —vuelve a murmurar Bao en un susurro que es casi un aliento.

Es el peso de estas palabras lo que guarda la gravedad del asunto. Todo este tiempo me han engañado. Me manipularon para llegar aquí abajo y así poder atraparme. Una escena regresa a mi cabeza. Es como si la estuviera viendo desde afuera, como un espectador de mi propia vida.

Estábamos en mi casa, hablando por primera vez sobre el Tianlong.

—*Prométeme que, sea lo que sea, te elegirás a ti* —me había dicho en ese momento—. *Feiyu, prométemelo.*

Y así lo hice. Sin pensar siquiera que al elegirme también lo estaba eligiendo a él. Dos vidas por una sola. El Tianlong soy yo y yo soy el Tianlong. Finalmente estoy comprendiendo.

Pero es demasiado tarde, pues el cazador toma acción mientras yo me quedo quieto. Observando.

—¡Veamos si esto te parece digno de un sueño!

Con un solo movimiento, pasa su daga por el cuello de Bao, ocasionando que una cascada de sangre brote intempestivamente de su cuerpo. Su cuello desaparece y de su boca mana el líquido más rojo y espeso que he visto.

Contrólate, Feiyu.

No. Esta vez soy yo quien elige qué hacer. Y elijo sentir.

—¡No! —grito con fuerza.

Siento cómo la habitación se calienta aún más. De pronto, todos me ven con miedo. Ya no es al cazador a quien le temen, es a mí. Ahora el cazador es mi presa.

Sin embargo, no me mira con miedo. Todo lo contrario, me ve como si fuera lo mejor que le ha pasado en su vida.

Todo se vuelve negro.

Capítulo XXXVIII

LA VERDAD

Rose

—¡Sí! —grita el cazador, dejando de lado el cuerpo sin vida de Bao —. ¡Sí!

Es un alarido de felicidad pura. El cazador tenía razón. Siempre la tuvo.

Sabía que era él. En ese instante, cuando nuestras miradas se cruzaron en este palacio, con la vista ensombrecida y cargada de odio hacia el cazador, a los cazadores, hacia mí… En ese momento lo supe. Feiyu *es* el dragón. Él es el Tianlong. Probablemente lo sabía desde antes, incluso desde la primera vez que nos conocimos, pero no quería verlo. Estaba frente a mí y aun así no quería entenderlo. Los dragones son malos. Por su culpa, el balance entre los mundos se rompió. Por su culpa, mis padres no pudieron verme crecer. Ellos son los malos. Pero, si así con las cosas, ¿por qué tenía que ser él?

Feiyu no es como los dragones. Un dragón jamás se hubiera preocupado por los demás antes que por él mismo. Feiyu sí lo hizo. Aun así, él es a quien buscábamos. Es él a quien, desde antes de que naciera, se le condenó a muerte. Ya nada tiene sentido.

Porque desde ese primer momento él me lo dijo. Sin pensarlo demasiado, sin darle demasiada importancia, fue *él* quien me había confesado todo. Y yo fui una tonta que no pudo darse cuenta a tiempo.

—*Feiyu* —me dijo esa primera vez que nos conocimos, como si hubiéramos estado en el jardín de infantes—. *Long Feiyu*.

Al final de cuentas, para él siempre había sido normal presentarse de esa forma. Su familia nunca le advirtió del peligro detrás de su nombre. Pensaban que, al estar en el mundo normal, nadie sospecharía de él. Que nunca correría peligro. Qué equivocados estaban.

De haber sabido que Feiyu siempre fue a quien buscaba, ¿algo entre nosotros habría sido diferente?

—*Encárgate de él* —me dijo el cazador después de esa noche—. *Asegúrate de que sea el tipo a quien buscamos y mátalo cuando lo descubras.*

Si el cazador no me hubiera dicho eso, incluso yo misma hubiera ido tras él para averiguarlo. Porque así estaba destinado a ser, ¿no?

Y si así estaba destinado, ¿por qué no pudo ser alguien más?

Bao ha muerto. *Él* me había prometido que no asesinaría a un inocente. Pero lo hizo. Me prometió que solo lo usaría para que Feiyu confesara. Se suponía que Feiyu negaría todo y esa sería la verdad. Entonces podríamos habernos ido de aquí y jamás regresar. Podríamos habernos ido juntos.

Pero el maldito estúpido de Tóng Xiao tenía que abrir la boca. No sé qué fue lo que le dijo a Feiyu, pero debió ser suficiente para convencerlo y así colmar la paciencia de Jianyu, la cual de por sí ya es poca.

Veo con asombro e incredulidad la escena que estoy presenciando. Escucho los huesos de Feiyu quebrarse y su cuerpo deformarse hasta alargarse lo suficiente como para romper las paredes. Su piel se va tornando azul, como si estuviera muriéndose de frío, aunque lo que lo está matando sea otra cosa.

Sigue con la boca abierta, emitiendo un fuerte grito de dolor. Un grito que me cala hasta los huesos y hace que quiera acabar con

todo ese sufrimiento. Pero pronto el grito es reemplazado por un fuerte rugido que hace que todo el lugar tiemble.

La estructura del Long Men debe estar pensada para albergar todo tipo de dragones, así lo ha sido por años, pero parece que esta vez no será así. Feiyu sigue creciendo, mucho más de lo que un dragón normal debería.

Las personas corren con urgencia para salvar su vida. Todos menos los prisioneros, claro está.

Y, en este momento, yo también soy una prisionera.

Observo a los tài, algunos de ellos gritan pidiendo clemencia. Otros, principalmente los no humanos, reverencian al dragón y comienzan a orar. La única que se mantiene imperturbable es la mujer mono. Su líder, según lo que entendí por Xiao. Observa la escena, incrédula. Sus ojos parecen estar a punto de llorar y murmura algo para ella misma. No distingo exactamente lo que dice, aunque tengo la sospecha de que es una mezcla de asombro y dolor.

Los tài deben toda su existencia al dragón. Son el único grupo que se ha encargado de mantener vivo su legado desde que nació la hija del antiguo gobernante dragón. La madre de Feiyu. Haber convivido con él sin saberlo debe ser un completo *shock* para ellos. Sobre todo, para la mujer mono, quien defendió hasta el último momento a Feiyu, jurando que era inocente.

Al igual que yo.

De repente, dejo de sentir la presión en las muñecas. Al principio se lo adjudico al calor asfixiante que se siente en toda la sala, pero no. Es *él*. Jianyu. Me está liberando.

—Corre —me dice con los ojos completamente abiertos—. Sal del palacio y avísale a todos que tenemos al dragón. ¡Corre!

Dudo en hacer lo que me dice. ¿Y si simplemente escapo y lo dejo todo atrás? Sé que soy yo quien debe cumplir con la profecía, pero ¿y si solo me voy de aquí? ¿Qué pasaría?

Jianyu parece notar mi indecisión, pues me toma fuertemente del brazo y me acerca a él.

—Si te atreves a desobedecerme —me dice amenazándome—, seré yo quien asesine a tu amado frente a ti y me encargaré de que tú *jamás* puedas morir.

Me suelta con rudeza y sé que en sus palabras no hay lugar para la mentira. Así que me armo de valor y salgo corriendo del palacio, dispuesta a encontrarme con el mundo exterior mientras Feiyu continúa creciendo.

Una vez que cruzo los jardines, doy con la puerta exterior. El Long Men está en lo alto de una montaña. Sin embargo, en cuanto pongo un pie fuera del palacio, veo todo negro. Pero no es por la falta de luz.

Ni siquiera tengo que bajar a la ciudad para informarles a los habitantes que el dragón ha llegado. Decenas de ellos se encuentran aquí. Todos vestidos completamente de negro, miran hacia el Long Men como si fueran cuervos.

Al verme, escucho algunos murmullos que no logro distinguir. Otros comienzan a rezar una oración dirigida por completo a la oscuridad. Qué diferencia tan peculiar. A unos pasos hay otro grupo de seres rezando por la existencia del Tianlong, mientras que aquí están rezando justamente para acabar con esa existencia.

De entre la multitud sale un hombre que desentona por su falta de negro.

Mejor dicho, por su falta de ropa.

—No te preocupes, princesa —dice Tóng Xiao, colocándose a mi lado. Está completamente desnudo y camina entre las personas sin pudor alguno. Ya no es un zorro, pero es claro que ha dejado de lado parte de la decencia humana—. Ya me adelanté.

Señala a la multitud, que ahora nos mira con atención, expectantes y en silencio.

Xiao extiende sus brazos al cielo nocturno y, como si todo estuviera perfectamente orquestado, un rayo ilumina la oscuridad, seguido por un trueno. Se acerca una tormenta.

—¡Contemplen! —grita, aún con los brazos arriba, como si fuera un antiguo predicador o profeta—. ¡El final de la dinastía Long está aquí!

La multitud rompe el silencio y una fuerte ovación resuena, haciendo temblar el suelo.

—¡Este es nuestro reino! —grita, haciendo una pausa entre cada una de las palabras—. ¡Y esta noche por fin lo recuperaremos!

Un rayo vuelve a caer y la tierra retumba con fuerza por el clamor de la multitud.

—¡Hoy muere el Tianlong!

Termina de decir eso y el suelo tiembla con más fuerza, pero esta vez no es por la multitud de aquí afuera. Los muros del palacio comienzan a derrumbarse y un incendio se propaga por todo el lugar. Todos gritan y se lanzan cuesta abajo despavoridos. Es ahí cuando lo veo.

El Tianlong.

Es más grande de lo que alguna vez llegué a pensar. Su cuerpo es completamente alargado, como una serpiente gigante. Sin duda, es más alto que los edificios que están arriba, en casa. De su cabeza sale una melena, como si fuera la de un león o un *pixiu*, un dragón alado, solo que esta es una serpiente sin alas. Su cuerpo está repleto de escamas de un azul eléctrico. Me recuerda a un rayo en medio de la tormenta. Es hermoso y al mismo tiempo aterrador. Algo en mi interior me dice que así debe ser el final de todo. Un momento trágico, pero maravilloso de contemplar.

—Feiyu… —susurro, aunque sé que él no puede escucharme.

En respuesta, lanza un fuerte rugido y comienza a escalar la montaña.

El viento crece y el fuego se propaga. Miro hacia el palacio, que está completamente en ruinas. Entonces, el Tianlong, con un sonoro rugido, lanza una exhalación de fuego hacia el Long Men, destruyendo por completo su único hogar.

Los dragones no pueden lanzar fuego. Me recuerdo. Pese a eso, aquí está. No solo es su cuerpo el que emana esta temperatura. También lo hace desde su interior.

El fuego impacta el palacio y los gritos de todos los que quedaron atrapados se mezclan con el rugido de las llamas. Una muerte dolorosa y cruel, pues aquel al que tanto veneraban es el mismo que termina con sus vidas.

Junto a mi únicamente queda Xiao, quien observa el incendio con un asombro infantil que contradice por completo su locura.

—Es precioso —dice, aún contemplando el fuego—. Es justo como lo soñé.

Un sueño de muerte y destrucción, a eso se refiere. Y tiene razón. Ni en mis peores pesadillas habría sido capaz de imaginar algo así.

Algo llama mi atención mientras sale de entre las llamas. Una sombra se acerca.

Es *él*, pero no viene solo. Por un momento me hago a la ilusión de que el cuerpo que trae entre sus brazos es el de Bao, pues después de haber roto su palabra, lo mínimo que podría hacer sería darle una sepultura digna. Pero no es el cuerpo del chico el que trae cargando. Es un cuerpo más grande, casi de la misma altura que él.

—No lo creo… —susurra Xiao. Conforme Jianyu se acerca, entiendo mejor su sorpresa. El cuerpo que trae entre brazos es el de Longwei.

Ambos tienen el rostro carbonizado y cubierto de ceniza, además de que el cazador ya no trae la máscara, quizá la decisión más inteligente para poder respirar con todo el humo del lugar. No parecen haber sufrido un daño más allá de eso.

—¿Qué…? —comienzo a preguntar, pero Xiao se me adelanta.

—¿Por qué la trajiste aquí? —no puede ocultar su molestia.

Jianyu deja el cuerpo de la mujer mono sobre el suelo con una delicadeza nada propia de él. No está muerta. Aún no. Pero su respiración es superficial. A no ser que reciba ayuda pronto, su corazón dejará de latir en cualquier instante.

El cazador suspira por el esfuerzo y se arrodilla junto a la mujer. Tiene la cabeza agachada, intentando recuperar el aliento después de sacarla del fuego.

—No podía morir allí —dice mirando el suelo—. Ella no.

Su respiración está agitada, pero hay algo más. Algo que no nos está diciendo.

Un rugido vuelve a sonar sobre nosotros, alertándonos de que el tiempo se acaba. ¿Qué tiene de diferente ella a Feiyu? ¿O a Bao? ¿Por qué a ella sí le respetó la muerte y a ellos dos no?

—Rose —dice el cazador, finalmente alzando la cabeza y mirándome con fijeza. Sé que mi semblante debe transmitirle toda esta sensación y amargura, pero pareciera no importarle—, debes matarlo antes de que baje a la ciudad.

Intenta seguir hablando, pero un quejido de la mujer mono provoca que su atención regrese a ella.

—No… —intenta decir, pero el cazador coloca su mano sobre su rostro, pidiéndole que descanse. Ella se niega y quita la mano con esfuerzo, se ve que le está costando la vida hacerlo—. El muchacho. Feiyu. No sabe lo que hace. Yo… lo sabía.

—¿Qué? —pregunta con incredulidad el cazador.

Intercambio una mirada con Xiao, luce igual de confundido que yo.

—¿A qué te refieres? —continúa Jianyu.

—Yo… —sigue la mujer. El esfuerzo que hace por hablar es evidente—. Sabía que Feiyu era el nieto de Long Heng.

—¿Cómo lo…? —dice el cazador, pero la mujer lo vuelve a interrumpir.

—Cuando Long Heng y su hija abandonaron el palacio, todos sabíamos que sería cuestión de tiempo para que regresaran —exhala con pesadez mientras sigue hablando—. Cuando Huang Di asumió el cargo, habilitó un espacio en el Long Men para su *hòugōng*, su harén personal. Una de sus concubinas no le era del todo fiel al emperador. Ella era mi informante. Sabíamos que necesitábamos a alguien dentro del palacio para poder enterarnos del regreso de los Long. Los tài somos numerosos, pero no lo suficiente como para cubrir todo el Yuánshǐ. Debíamos tener a una de las concubinas de nuestro lado. Por eso, cuando Long Heng y Long Yinuo aparecieron de regreso con un niño, nosotros ya lo sabíamos.

El cazador la mira con el ceño fruncido, intentando darle sentido a lo que está diciendo. Por primera vez, alguien estuvo un paso adelante de él.

—Lo más importante —continúa— es que nos dijeron que lo reconoceríamos por tener su rostro marcado. Así como tú.

Jianyu sigue en su lugar, enmudecido. Sin expresión. Su ego no le permite ver que hubo alguien más inteligente que él.

—Por eso mandé por unos días a Xiao, junto con Shǔ, a esperar la llegada de un intruso —sigue diciendo la mujer, desviando su mirada hacia Xiao—, aunque eso le costara la vida a tu amiga.

Por un momento nos olvidamos del caos que hay a nuestro alrededor. La mujer cierra los ojos y su respiración se comienza a ralentizar. Tiene sentido que haya usado a Xiao. Después de todo, es un traidor y un mentiroso de primera, no le habría supuesto ningún problema jugar para dos bandos distintos. Noto que Jianyu se tensa ante la confesión de que su cazador más preciado haya estado ocultándole información. Honestamente, no sé de qué se sorprende. Un mentiroso es un mentiroso, no importa a quién le esté ocultando las cosas.

—El muchacho no sabe lo que hace —vuelve a decir la mujer, aún con los ojos cerrados—. Hay algo en él que no quiere ser parte de nosotros. Desde un inicio lo supe.

—Además —la interrumpe Xiao—, sabía lo que significaba cuando lo encontré. Ni siquiera tenía que decir su apellido para saberlo. Feiyu. Un nombre ambicioso para un humano cualquiera. "El que vuela a través del universo". No necesitaba ser un genio para saber que eso significaba algo.

—Cuando Tóng Xiao lo llevó a nosotros —continúa ella—, el chico no opuso resistencia. No hizo otra cosa. Simplemente se dejó flagelar por todos, como si no le importara nada. Pero entonces ocurrió un milagro: el Tianlong se manifestó.

Relata cómo, de un momento a otro, Feiyu dejó de ser él mismo para convertirse en un portador.

—El dragón habló a través del muchacho. Fue algo maravilloso. Habló y nos pidió resguardarlo entre los tài —sigue diciendo la mujer —. Nos pidió cuidarlo de todos los peligros del Yuánshǐ y mantenerlo con vida hasta que llegara la fecha esperada. También nos dijo que el chico estaba comenzando a dudar de su naturaleza y llegaría un momento en que haría todo lo posible por rechazarla. Sin embargo, retomó el poder de su cuerpo y pude confirmar lo que el Tianlong había dicho. La voluntad del muchacho es fuerte, así que lo mantuvimos prisionero por un tiempo. Hablamos con él y él con nosotros. Pero con cada día que pasaba, su espíritu se volvía más fuerte. Rechazaba todo lo que tuviera que ver con el Yuánshǐ y nunca dejó de percibirse a sí mismo como un humano.

—Intentamos incluso que tuviera un entrenamiento como tài, pero siempre se negó —agrega Xiao.

La mujer suelta un suspiro pesado y continúa su relato.

—No sabíamos qué hacer para que reconociera su lugar, para que aceptara que debía estar aquí abajo y no entre los mortales, así que por eso mandamos a su gata.

Su gata. Las cosas comienzan a tener sentido ahora.

—Debíamos convencerlo de que aquí abajo era donde pertenecía. El único lugar en el que podría entender realmente lo que significa su poder. Pero nos equivocamos —niega con la cabeza, se nota que está haciendo demasiado esfuerzo únicamente para contarnos su versión de los hechos—. Desde el primer día en que Feiyu regresó, sabíamos que sería inútil. Xiao se había ido y no había señal alguna de dónde estaba, así que estuve completamente sola, intentando hacer que el muchacho diera lo mejor de sí, pero no lo hizo. Seguía con su actitud desafiante y sin darle mucha importancia a lo que dijeran los demás. Claramente comenzó a colmar la paciencia de sus compañeros y en más de una ocasión intentaron ponerlo en su lugar. Para Feiyu, todo esto no era más que un juego, un sueño del cual podría despertar. Algo que, si así lo deseara, podría evitar por completo. Nunca tuvo el valor de confesarnos que era el dragón, pero nosotros ya lo sabíamos.

La mujer mono toma unos segundos para respirar y poder continuar.

—"Solo tiene que pasar mi cumpleaños y me iré de aquí", lo escuchamos murmurar en más de una ocasión. Así que, si su actitud era esa, nosotros también haríamos algo por nuestra parte. Hicimos que su entrenamiento lo preparara para poder convertirse en el dragón y dominar su poder. También le enseñamos sobre el Yuánshǐ, pues todo lo que conocía era el Long Men y pensaba que eso era lo único que existía en este lugar. Nada funcionaba. El muchacho seguía insistiendo en que pronto se iría de aquí. No pudimos hacer nada para que, cuando llegara el momento, supiera controlar a su dragón. Los dragones son temperamentales y orgullosos. No les gusta que alguien les diga qué deben hacer. Y es aún peor cuando el

dragón comparte espíritu con el de un humano. Se vuelven más… inestables.

Puedo ver que su rostro se contrae por el dolor. Ha hablado mucho, pese a no tener la energía suficiente para hacerlo, pero su fuerza de voluntad es admirable.

—No estaba listo para recibir al dragón —continúa diciendo—. Aunque la fecha prometida hubiera pasado, este tipo de cosas nunca suelen ser tan exactas. Podría haber demorado más. Podría haber dominado al dragón y coexistir con él. Hubiera sido el gobernante que hemos estado esperando.

Solo que no fue así. Miro hacia arriba y veo al Tianlong subir lentamente por la montaña. Ese no es Feiyu, y aún así algo dentro de él lo es. Después de todo, su espíritu está conectado y uno no puede existir sin el otro.

Ahora, la mujer se calla, pareciera incluso que duerme. Pese a todo, en el aire se puede respirar un poco de paz.

—¿Por qué no dijiste nada? —le pregunta el cazador, sin importarle ahora su descanso.

La mujer abre los ojos y le regresa una mirada compasiva, como si no notara al monstruo que tiene enfrente.

—Porque sabía que lo matarías —con un esfuerzo más que evidente, alza la mano para acunar el rostro de Jianyu con suavidad —. Tu odio hacia los dragones te dejó completamente cegado, mi pequeño. Ya es hora de que lo dejes ir. No es responsabilidad tuya, hijo.

La expresión del cazador pasa de la incredulidad a la furia y a la tristeza al mismo tiempo. Toma la mano de la mujer entre las suyas, cerca aún de su rostro. Entonces, la mujer suspira y suelta su mano.

En medio de todo el caos que hay a nuestro alrededor, esto pareciera un breve momento de paz.

Jianyu quita la mano de su rostro y la acomoda con cuidado sobre el pecho inmóvil de la mujer.

—Adiós, Longwei —dice Xiao en voz baja.

—Volveremos a encontrarnos —dice Jianyu, pero guarda silencio un momento antes de terminar su oración—, madre.

Quiero decir algo, pero las palabras no salen de mi boca. Decido guardar silencio en honor a la mujer, a Longwei. Y no solo por ella, sino por los demás tài que dieron su vida por salvar a un dragón que, al final del día, terminó por cobrárselas de regreso. Por ellos. Por Bao. Un chico inocente que jamás debió haber terminado aquí abajo. Su vida le fue arrebatada al igual que a todos nosotros.

Las lágrimas amenazan con regresar, pero tallo con fuerza mis ojos antes de que salgan. No puedo permitir que ellos dos me vean llorar. No de nuevo. No aquí.

De repente siento un peso sobre mi hombro. No el de la culpa, sino uno real. Alzo el rostro y veo al cazador. Esta vez sin asco alguno. Me toca como si fuera una hija.

En el cielo, un rugido infernal vuelve a retumbar.

—Rose, escúchame —comienza a decir—. Sé que ya no confías en nosotros. Sé que nunca lo hiciste y tuviste razón. Pero mira a tu alrededor, dime qué de todo lo que existía puedes ver que siga en pie.

Guarda silencio y yo no respondo. Sé que, al pie de la montaña, la población está buscando refugio y protegiendo sus hogares. Pero no se refiere exactamente a eso.

—Ya la escuchaste —continúa—, él no controla lo que hace. Ahora es más bestia que humano.

Intento protestar, no me parece justo que se exprese de Feiyu de esa manera, pero otro rugido estremece mis oídos. Y tiene razón. Esa cosa que está arriba no es Feiyu, aunque tampoco significa que esté todo perdido.

—Tienes que matarlo —dice el cazador—. Por nosotros. ¡Por ellos!

Dice esto último señalando con fuerza al pie de la montaña, donde todos se están preparando para cubrirse y, de ser necesario, atacar.

—Yo… —intento decir, pero no puedo continuar. No puedo.

—¡Rose! —escucho que alguien me grita.

Alzo la mirada y veo el Long Men. Está cubierto por un incendio que no parece tener fin. En medio de las llamas hay alguien de pie que me observa.

—¡Rose! —vuelve a gritar. Y lo reconozco.

Bao. Mis labios murmuran su nombre, aunque es demasiada la impresión como para poder hablar. No es posible. Bao ha muerto. Yo misma lo vi morir.

Y sí, su rostro parece estar radiante, pero sus ojos ya no transmiten vida. No es más que un cuerpo sin vida. Un fantasma. Dicen que los fantasmas y espíritus se aparecen solo cuando necesitan ayuda o quieren cobrar venganza. Bao nunca me pareció un chico vengativo, así que la razón por la que se aparece debe ser completamente distinta.

—Por favor —dice. Su voz suena lejana, como un eco. Un recuerdo de lo que en vida fue—, salva a Feiyu.

A Feiyu. No al Tianlong.

—Por favor —repite y con esta petición la sombra se desvanece, dejándome una sensación de vacío.

—Por favor —vuelvo a escuchar, pero esta vez no es el fantasma de Bao, es él, es Jianyu—, mata al dragón.

Me pongo de pie y veo a Feiyu llegar a la punta de la montaña. Como una imagen sacada de una postal, el dragón le ruge a la luna y lanza una enorme exhalación de fuego. El cielo lo acompaña con rayos y truenos. Feiyu acomoda sus patas, dispuesto a alzar el vuelo. Dispuesto a reclamar lo que es suyo. Dispuesto a matar.

Así que hago a un lado mi corazón y recuerdo mi deber.

—Vamos cuesta abajo —ahora soy yo quien da las órdenes—. Hay un dragón que debemos matar.

Capítulo XXXIX
LIBERTAD

Feiyu

No distingo nada. Solo veo lo que tengo frente a mis ojos, pero no tiene sentido. Es como si mi mente ya no me perteneciera.

Siento que mi interior arde, aunque no es una sensación incómoda. Al contrario, es agradable.

Percibo el viento sobre mi piel, pero tampoco estoy del todo seguro de que sea mi piel. Se siente propia y, al mismo tiempo, diferente. Es una sensación extraña. Aún soy yo, pero no puedo pensar más allá de esto. No tengo control sobre mis extremidades, ni siquiera sé si lo que estoy viendo es real o no. Pareciera como si aún fuera el espectador de mi propia vida. Sin embargo, la voz en mi cabeza ya no está. Ya no hay ningún dolor.

Mientras la fresca brisa nocturna recorre mi piel, por primera vez en toda mi vida me siento libre. Finalmente me siento como un hombre y no como un niño. No, soy un hombre. Un hombre libre. Nada de lo que ha pasado parece importar ya, ni siquiera soy capaz de recordarlo.

¿Así que esto es la libertad?

Capítulo XL
CAOS

Rose

Llegamos al pie de la montaña justo a tiempo. Todos se arremolinan a nuestro alrededor, esperando.

En el cielo, el Tianlong avanza con gran velocidad, como un niño pequeño descubriendo el cielo y el mundo. Es un espectáculo maravilloso, digno del fin de todo.

—¿Y ahora qué? —escucho que pregunta alguien, una mujer roja, cubierta de un espeso plumaje y un par de alas que salen por su espalda.

—Ahora esperamos —respondo.

No pasa nada. El ambiente se siente demasiado tenso, aunque lo que nos rodea es la calma. El dragón sigue sobrevolando el cielo, explorando, ajeno por completo a la multitud de negro que lo observa. Solo el incendio del palacio parece desentonar con la imagen. Una imagen hermosa, pero llena de caos.

El dragón vuelve a soltar una exhalación de fuego y, a mi espalda, siento el peso de una mano en mi hombro. Giro mi cabeza para ver quién es, pero no hay nada. Ni nadie.

Todo está oscuro. No distingo al Yuánshǐ ni a su gente. Tampoco veo el Long Men ni la montaña. Solo miro el cielo nocturno y al Tianlong. Comienzo a caminar, pero mis pies ya no se encuentran con un suelo firme. Un suave oleaje se escucha a mi costado y el aroma salino invade mis sentidos. Más allá del olor del mar, se puede respirar una paz especial.

No sé dónde me encuentro, pero es un lugar agradable.

Me siento sobre la arena y contemplo al Tianlong. Toda mi vida me han enseñado que debo temerle y odiarlo por su sola existencia, pero las cosas se complican un poco cuando la criatura a la que has odiado toda tu vida es la misma persona de quien te has enamorado. Entonces, ¿dónde se dibuja la línea entre lo que está bien y lo que está mal? ¿Quién me puede decir ahora cuál es la decisión correcta? ¿Lo que siento o lo que debo hacer?

No lo sé. Sin embargo, por nada del mundo cambiaría esta vista tan hermosa.

No estoy sola. Al menos no ahora. Escucho la arena moverse con calma detrás de mí. Solo que no quiero hacerle caso y decido ignorarla. No puedo permitir que alguien me arrebate este último instante de tranquilidad con Feiyu.

La persona toma asiento junto a mí y, en silencio, observamos el cielo. Sin decir una sola palabra. Sin hacer nada para arruinar este momento.

—No es tan malo como piensas —dice Feiyu. Sigue sin tocarme, aunque su presencia es demasiado fuerte como para fingir que no existe. Es como cuando sientes que hay alguien contigo. No es desagradable. Pese al silencio, te sientes acompañada y sabes que, cuando se vaya, incluso sin hacer ruido, lo notarás. Así es como me siento ahora.

—Perdóname por no habértelo dicho antes —su tono suena lastimero. Una súplica genuina—. No pensé que las cosas acabarían así.

—No —le respondo aún sin mirarlo. Si lo digo mientras contemplo al mar, tal vez mi disculpa suene más real. Menos patética—. Perdóname, por favor. Yo tampoco fui honesta desde un principio.

No dice nada, al menos no de inmediato.

—¿Desde cuándo lo sabías? —me pregunta.

—Creo que desde que te quedaste encerrado conmigo en el armario. La noche que entramos a tu casa. Solo que nunca lo quise reconocer… —digo, pero Feiyu me interrumpe y comienza a negar.

—No. No me refiero a eso.

Su voz es menos amorosa de lo normal, pero no lo culpo. ¿Cómo podría haberle pedido confiar en mí cuando ni yo misma lo estaba haciendo con él?

Como no respondo, vuelve a preguntar.

—¿Fue real? —esta vez siento cómo su rostro se gira hacia mí. No encuentro el valor para regresarle la mirada.

—¿A qué te refieres? —desvío la pregunta. Como siempre, intento evadir la realidad.

—A todo —sé a qué se refiere.

Tardo un momento en responder. Dejo que el sonido de las olas llene el silencio y el dragón, junto con la luna, iluminen el cielo en un espectáculo divino.

—Lo supe desde esa noche en casa de Bao —digo finalmente, aún sin mirarlo—. Entré en pánico cuando me besaste, así que aproveché que estabas inconsciente para observarte y tratar de entender qué era lo que estaba ocurriendo. No es que todo antes a eso hubiera sido mentira. No. Me mandaron a vigilarte, eso es verdad, pero incluso si no me hubieran enviado, aun así lo hubiera hecho. Sabía que había algo diferente en ti. Tal vez sabía que era el Tianlong, aunque no quisiera admitirlo. Entonces, comencé a conocerte. Conocí a Feiyu, un chico completamente normal que, incluso antes de quedar huérfano, se sentía solo. Me permití ser tu compañera y, sin darme cuenta, te permití hacer lo mismo conmigo. Tu enamoramiento era bastante evidente, pero genuino. Y yo también empecé a sentirlo. Por eso, cuando te tenía inconsciente en mis brazos, me propuse abandonar todo. Pero no podía. No es tan fácil.

—Nada lo es —interviene Feiyu—. Yo también lo entiendo.

—*Él* me había convencido de que todos los dragones son malos —continúo, sin dejar espacio a que Feiyu me corrija—. Incluso ahora mismo lo sigo pensando. Después de ver toda la muerte que han

ocasionado, me es todavía muy difícil relacionarte a ti con uno de ellos.

No dice nada. No sé cómo perciba Feiyu toda la muerte ocasionada por las decisiones de su familia, pero puedo ver que siente mis palabras. Corre una leve brisa que mueve los mechones sueltos de mi cabello. A pesar de lo que se ha dicho, puedo sentir que el odio se lo lleva el viento. Aquí, en este idilio, no hay lugar para remordimientos. No hay lugar para el odio. Lo hecho, hecho está. Y, por más que quiera hacerlo, el pasado es imposible de cambiar. Feiyu tomó sus decisiones y yo tengo que tomar las mías.

—Perdóname —repito. Esta vez mirándolo a los ojos.

Su expresión es seria y calmada a la vez. No transmite ninguna otra emoción, pero yo sé que aun así lo siente todo.

Es ahora él quien regresa su mirada al frente. No ve el mar, más bien, se observa a sí mismo. Debe ser una sensación extraña mirarte a través de tus propios ojos, sin que puedas distinguir si en realidad te estás viendo o es solamente un reflejo que los demás parecen ver.

—Una vez leí un viejo poema —comienza a decir, haciendo que desvíe mi atención del dragón. Ambos vemos un mismo paisaje. Un mismo cuadro que, para los dos, significa algo completamente diferente.

—No sabía que te gustaba la poesía —digo, intentando continuar con la paz entre nosotros. No importa lo que digamos, esa paz parece no desvanecerse.

—No en realidad —responde—, pero me gustó la frase cuando la leí. Decía algo sobre extrañar a alguien y que, aunque tú ya no estés con esa persona, ella seguirá siendo. Incluso si pasa el tiempo, siempre será.

Guarda silencio antes de continuar.

—No pido misericordia, Rose —suspira—. Tampoco espero recibirla.

Vuelve a guardar silencio un momento.

—Nunca quise vivir en un mundo en el que no crecí. Un mundo del que únicamente conocía lo que los demás querían que yo supiera, aunque no fuera ni una cuarta parte de la realidad. Solo

quería una vida normal —suelta una breve y única risa amarga—. Ni siquiera pude vivir más de dieciocho años.

Una parte de mí siente que es un gesto desagradable, pero no puedo evitarlo. Me inclino hacia su cuerpo y lo tomo entre mis brazos, en un abrazo fuerte y sincero que espero le demuestre que, aunque le cueste creerlo, todo fue real.

—Lamento mucho que pases tu cumpleaños así —le digo, pero no sé si puede distinguir mis palabras, pues suenan completamente ahogadas contra su cuerpo.

Feiyu responde a mi abrazo con la misma fuerza y, por un instante, nuestros cuerpos se vuelven uno solo, como si así hubieran sido creados, pese a que no estuvieran destinados a permanecer de esta manera.

—Te amo —susurro, y esta vez sé que sí puede escucharme, pero no dice nada.

En el cielo, el dragón continúa su viaje entre las estrellas, recorriendo el manto celestial en la quietud de la noche. Pero ya no hay quietud. Un trueno resuena en la oscuridad y puedo sentir las gotas de lluvia que caen sobre mi cuerpo. Se siente fría en comparación con la calidez del cuerpo de Feiyu.

Entonces se separa y nos miramos fijamente.

—Prométeme que lo harás —me pide sin dejar de verme—. Prométeme que serás tú la que me mate.

Sus ojos se humedecen y las lágrimas caen, aunque es difícil distinguir cuáles son suyas y cuáles del cielo. Como si él y su dragón estuvieran llorando al mismo tiempo.

—Yo… no quiero morir —pese a su petición, su voz suena más viva que antes—. Las cosas no debían salir así. El dragón no debía tomar el control por completo, pero fui un ingenuo al creer que lo dominaría. Pensé que al negar su poder podría tenerlo calmado. Solo lo empeoré todo. Hice que se molestara conmigo. Se suponía que debía controlarlo y podríamos haber regresado en paz a casa. Incluso mi abuelo me habría enseñado a usar bien su poder y, así, encontrar un mejor gobierno para el Yuánshǐ. Ellos confiaban en mí. Podría haber hecho algo bien, pero lo arruiné todo.

Vuelvo a tomarlo entre mis brazos. Podrá querer comportarse como un hombre, pero aún es un niño. Un niño que tuvo demasiado poder en sus manos, sin pedirlo, y no supo qué hacer con él. Un niño que nunca pudo tener una vida normal.

—Por favor —dice entre sollozos—, no quiero que *él* me mate. Por favor. Quiero que seas tú.

Lo aparto de mí para verlo directamente a los ojos, pero no es a Feiyu a quien tengo enfrente. Al menos no al Feiyu que yo conocí.

A quien veo no es más que un niño. No debe tener más de diez años. Tiene el rostro surcado de lágrimas y su nariz gotea, sin importarle. Está temblando y comienza a hipar por la lluvia.

Tragándome todo el temor de hacerle este juramento a un niño, lo atraigo de nuevo hacia mí. Su cabeza apenas alcanza a llegar a mi pecho. Lo abrazo con fuerza y le doy un beso en la cabeza cubierta de un grueso pelo negro. No sé en qué momento, yo también empiezo a llorar.

—Lo prometo —le digo con un hilo de voz.

Entonces, el niño hace algo que va más allá de mi comprensión.

Siento que su cuerpo se dobla y escucho algo parecido a huesos que se rompen. El niño suelta un gemido y se separa de mi abrazo. Su semblante se ve más tranquilo, aunque las marcas del llanto siguen en sus mejillas. Su ropa está empapada y, contra su pecho, sostiene algo en sus pequeñas manos, protegiéndolo como si fuera un pequeño pájaro.

Entonces extiende las manos hacia mí, indicándome que tome lo que sea que haya entre ellas. Eso hago. Es una sensación extraña, percibo algo pequeño y caliente al mismo tiempo. Bastante viscoso y, pese a su tamaño, pesado. Miro su pecho y veo que, justo en el centro, hay un agujero. Bajo la vista y me doy cuenta de lo que tengo entre mis manos. No es un objeto. Es vida. Su corazón.

—Te doy el honor de acabar con mi vida —dice, su voz incluso suena más infantil. Más aguda. Aún así, sé que es él—. La tienes en tus manos. Tú sabrás qué hacer con ella.

—Feiyu…, yo… —intento decir, pero las palabras no salen. No hace falta. Él ya lo ha dicho todo.

—Lo prometiste —dice, y es su mirada lo que me hace asentir con la cabeza. Después de todo, ¿cómo podría decirle que no si me mira con tanto amor?

La lluvia moja mi rostro mientras sostengo el corazón con cuidado entre mis manos.

—Adiós, Rose —dice y esta vez su voz vuelve a sonar como siempre. Como el Feiyu que yo conocí. Hubiera dado todo por haberlo conocido desde antes. ¿Por qué tuvimos que encontrarnos tan tarde y justo en este momento?

Intento despedirme, pero únicamente puedo verlo.

—Rose.

Aún escucho el eco de su voz. Sus labios no se mueven, pero todavía puedo escuchar su adiós.

—Rose.

El eco se repite.

—¡Rose!

Abro los ojos. No sé en qué momento los cerré, pero estoy otra vez en el Yuánshǐ. Tal vez nunca lo dejé. Solo que no está igual a como lo vi por última vez.

Ahora todo está hecho un completo caos.

La gente está huyendo. Algunos otros se quedan para atacar con lo que tienen a la mano. Todo está ardiendo. El cielo ruge con ferocidad y los mismos rayos han abandonado su lugar, aterrizando de lleno en el duro suelo, acabando con todo a su paso.

Los gritos ensordecen el aire. Intento identificar algún rostro familiar cerca, pero no veo absolutamente nada. Es imposible distinguir incluso lo que tengo enfrente.

Alzo la mirada al cielo, intentando encontrar algún rastro de Feiyu, pero no veo nada. El cielo está cada vez más oscuro.

En la tierra ahora todo es de un brillante color naranja. El juicio final ha comenzado. Lo he esperado durante toda mi vida. Desde pequeña, principalmente entre los humanos, el tema del apocalipsis es muy recurrente. A los humanos les encanta todo aquello que tenga que ver con la muerte misma. La adoran, pero al mismo tiempo son tan cobardes que, cuando se ven cerca de ella, rezan por salvar sus vidas. Algo que agradezco de crecer entre *lièrén* es que

jamás me enseñaron a admirar a la muerte. Siempre fue algo que había que respetar y, claro, también temer un poco.

Nunca logré comprender por qué los humanos siempre han tenido esa obsesión con cualquier cosa que indique que su final está cerca. Si tan solo uno de ellos estuviera aquí en este momento, podría jurar que se cagaría en sus pantalones. Aun así, pese a estarlo esperando por tantos años, no puedo evitar estremecerme. Llevo esperando un momento así desde hace mucho, ¿por qué ahora siento miedo? ¿Por qué ahora duele tanto?

Flechas y piedras llueven hacia el cielo, esperando encontrar algo a qué apuntar, pero solo las desperdician.

Escucho a mi lado a unos soldados del palacio que avanzan firmemente entre la multitud, gritando órdenes al viento sobre cómo atacar desde tierra. En el cielo, un grupo de aves circunda el aire, y entonces lo veo. Jamás creí ver a una criatura celestial tan cerca, pero aquí está. Sigue por encima de todos, aunque se encuentra lo suficientemente abajo para poder apreciar más a detalle su fisonomía. Tiene el cuerpo cubierto por completo de escamas brillantes de un azul eléctrico. De su hocico cuelgan unos bigotes de bagre blancos y, alrededor de su cabeza, una enorme melena de león se mece con el viento.

Sus patas terminan en unas afiladas garras que dañan a cualquiera que se le atraviese, lo que hace que estén rojas por la sangre de quienes se han cruzado a su paso.

Varios siguen atacándolo con todo lo que tienen a su alcance, pero nada logra siquiera rozarlo. El Tianlong sigue rondando el cielo, completamente inmune a lo que hagan. Lo único que han logrado es hacerlo enojar, por lo que ahora descarga su furia sobre todos.

Hay madres protegiendo a sus hijos, mientras una nueva llamarada las cubre por completo, incinerándolas totalmente. De nada sirve el esfuerzo de la gente, no pueden apagar un incendio solo pidiéndolo.

Sé que los habitantes del Yuánshǐ estuvieron esperando por años el fin del imperio del dragón. Pero estarlo esperando no es lo mismo que estar preparados. Y ellos claramente no lo están. Si hubiera sido distinto, habrían tenido un plan de acción. No habrían aguardado a

que un grupo de personas dieran sus vidas para salvarlos. Pareciera que, incluso con toda la magia del mundo, el Yuánshǐ no es tan diferente del mundo humano. Pregonan el deseo de un cambio, pero cuando está en sus manos propiciarlo y que su gente no sufra, es como si se quedaran de brazos cruzados.

Las casas comienzan a caer. El dragón se monta sobre ellas y hunde sus profundas garras en las estructuras, haciéndolas sangrar como si tuvieran vida. El calor se siente tan intenso que presiento que podría morir incinerada en vida.

Sin embargo, percibo algo en mis manos. Siguen justo como las tenía antes, sosteniendo el corazón aún latente de Feiyu. Bajo la mirada y lo veo. Solo que ya no es un corazón. Donde una vez hubo uno, ahora hay un dao. Un sable largo y afilado. Jamás en mi vida había usado uno. Ni siquiera había tenido uno lo suficientemente cerca como para saber qué es. Pero puedo sentir que su afilada navaja me corta las palmas sin piedad. La sangre gotea, cayendo hasta el piso, aunque no la siento. Simplemente me limito a observar mi reflejo en la hoja. Por primera vez no reconozco a la persona que veo. Es una mujer, sé que soy yo, pero no la siento como si fuera yo. La mujer del reflejo es una mujer fuerte. Una mujer que sabe lo que hay que hacer. Pero yo no me siento así. Me siento perdida. Más sola que nunca.

"Lo prometiste".

Escucho su voz, como de un niño, recordándome la promesa. Sí. Se lo prometí. Y, por más que me duela, esta vez no le voy a fallar.

Así que tomo con firmeza el arma y lanzo un grito para llamar la atención del dragón.

Desconozco si tiene orejas, pero debe haber alguna forma en que pueda escuchar. Según lo que sé, los dragones no son criaturas sordas. Sin embargo, con la espesa melena cubriéndolo es difícil saber si podría escucharme.

Parece no surtir efecto, así que grito con más fuerza, desgarrando por completo mis cuerdas vocales.

Nada. Por más que lo intente, el dragón no me hará caso. Necesito pensar en alguna forma de llamar su atención para tenerlo lo suficientemente cerca.

El lugar está cada vez más desolado. No hay rastro siquiera de los cadáveres, todos los que perecieron han sido reducidos a cenizas. No podrán nunca tener un entierro, no son más que polvo en la infinidad del universo.

Entonces, el dragón se vuelve a alzar en el cielo.

Ya no hay más ataques. Todos los que intentaron lastimarlo han perecido. Algunos con quemaduras graves. Otros simplemente hechos polvo en el suelo. La muerte se respira aquí. Y conozco lo suficiente sobre el Yuánshǐ y su gente para saber que no van a olvidar. Feiyu es el último Long, sé que esa será razón suficiente para acabar con él. Una vida por todas las que tomó. Un ojo por ojo que acabará con la vida del último dragón. Un precio justo.

Para lo que importa, el dragón abandonó el Yuánshǐ desde hace casi cincuenta años cuando no le otorgó el don a Yinuo. El pueblo se siente abandonado y, desde entonces, aceptaron un nuevo gobernante. Uno elegido por ellos mismos y no impuesto por la sangre. Así que buscarán justicia por su propia mano. Aun cuando el dragón los deje en relativa paz, ellos no van a parar hasta conseguir lo que se propongan, y sé que aprenderán de este error, de haberse confiado demasiado y no dimensionar la gravedad de un dragón fuera de control en sus calles. Aprenderán y, esta vez, no se dejarán vencer.

Podría hacer eso. Dejar que transcurra el tiempo y, en unos años, que sean ellos los que se encarguen de matarlo. Sin embargo, no hay forma de poder controlar lo que haga Feiyu en todo ese tiempo. El dragón lo consumió por completo y él no sabe controlarlo. Pasaría toda una vida hasta que logren encontrar un equilibrio entre ambos y, finalmente, vivir en paz.

No sé de qué sería capaz hasta entonces. Dicen que los dragones son seres benevolentes y sinónimo de fortuna, pero olvidan que también son orgullosos. Y al Tianlong le han herido el orgullo, no es algo de lo que pueda desprenderse fácilmente, y menos si se controla solo por un instinto animal. No. No puedo esperar tanto tiempo y arriesgarme a más muertes. Tengo que hacerlo yo misma. Además, se lo prometí.

Lentamente, el dragón avanza de regreso a su hogar, al Long Men. Pese a nunca haber vivido ahí, su propio instinto lo reconoce como su hogar. Su templo sagrado en ruinas.

En el cielo veo las nubes arremolinarse en el pico de la montaña. La tormenta no tardará en llegar. El mismo cielo sabe lo que necesita hacer. No pudo evitar el incendio, pero sí podrá hacer algo para apagarlo. Pienso en esto sin saber si me refiero realmente al cielo o a algo más.

El dragón regresa a las ruinas del palacio, pero no está solo. Noto una silueta correr detrás de él. Incluso a la distancia puedo reconocer que me está observando con rencor mientras avanza. Jianyu.

"Fallaste".

Si durante la furia de Feiyu no sentí miedo, ahora puedo sentir el horror recorrer mis venas. Si *él* piensa que fallé, nada lo hará cambiar de opinión. Y yo sé lo que significa que haya fracasado.

"Y, si ella falla, seré yo mismo quien se encargue de matarte".

Eso fue lo que le confesó a Feiyu. Ahora, Jianyu cree que realmente fallé. Cometí el error de no hacer nada, solo observar. No obstante, Jianyu no conoce nuestro acuerdo. Tal vez para *él* yo haya fallado, puede que incluso nada de lo que haga le demuestre lo contrario. Pero lo que él no sabe es que a Feiyu no le fallaré. Este es mi fracaso como cazadora a la luz de la luna. Sin embargo, con mi cuerpo, mi carne y mi sangre haré cumplir la promesa que hice con el último dragón. Seré yo quien acabe con su vida. Solo yo tengo ese poder, así que me apresuro para llegar al palacio antes que Jianyu. El dragón no puede morir, a menos que sea yo quien acabe con él.

Capítulo XLI
LO QUE HAY QUE HACER

Rose

Avanzo lo más rápido que puedo, pero el humo es denso y dificulta mi respiración.

Cuando llego al Long Men, o a lo que queda de él, es demasiado tarde. *Él* ya está ahí. No sé si es muy valiente o muy estúpido para encarar frente a frente a un dragón que acaba de descargar toda su furia sin mostrar resentimiento alguno. Y que, además, acabó con la vida de cientos de personas inocentes, personas que incluso esperaban aún su regreso, creyendo que sería justo y dichoso.

El dragón no ataca. Simplemente observa a Jianyu. Pero Jianyu lo mira con odio y repulsión. Tiene en sus manos dos dagas, demasiado pequeñas para ocasionar algún corte profundo y significativo en la gruesa piel escamosa del Tianlong.

—¡Jianyu! —grito para llamar su atención. Si mi voz no funciona, el hecho de pronunciar su nombre en voz alta debe ser suficiente como para que me dirija al menos una mirada. Pero no funciona. En sus ojos puedo percibir la locura por completo.

—¿Creíste que podrías venir a casa a descansar después de todo? —pregunta, pero sé que no me habla a mí. Le habla al dragón, como

si esperara que le entendiera. No sé si el dragón sería capaz de ello, pero sí parece comprender lo que está ocurriendo. Suelta una exhalación desde su nariz, dejando ir una fuerte fumarola que llena de humo todo lo que está a la vista. Las llamas crepitan a nuestro alrededor, sin extenderse más allá.

De alguna forma, puedo distinguir que la respiración del dragón está agitada. Conozco este juego. Jianyu le está haciendo honor a su título. Finalmente, después de toda una vida, tiene a su presa en las manos. El dragón que tanto estuvo buscando.

—Sabía que ella no tendría el valor para matarte —continúa hablando con el dragón—. ¡Sabía que era mi destino hacerlo!

El tono de su voz es firme, pero al mismo tiempo se siente falso, como si tuviera miedo. Sabe que, si falla, será su fin. Y toda su lucha habrá sido en vano.

—¡Era mi destino! —grita, dejando caer las dagas con estrépito al suelo ceniciento. Con las manos libres, toma su atuendo chamuscado y lo rasga por la mitad, dejando al descubierto su marca. La marca en forma de dragón que cruza por su pecho. Pareciera estar ardiendo junto con el lugar, pero no es fuego lo que sale. Es algo más, algo que no logro identificar hasta que es demasiado tarde.

Jianyu suelta un grito de desesperación, pero este se transforma rápidamente en un rugido feroz y hambriento. Sus manos se transforman y, de la punta de sus dedos, afiladas garras comienzan a nacer, reemplazando sus uñas.

En su rostro, los ojos se oscurecen y se agrandan. Sus dientes pierden por completo la forma y se convierten en colmillos tan filosos como las navajas que dejó caer. La ropa, ya desgarrada, termina cayendo al suelo en pedazos, pero no dejan al descubierto un cuerpo humano desnudo. Jianyu no es un humano. Con una excelente precisión, intercambia su peso de sus cuartos traseros, de donde una larga y curveada cola comienza a aparecer, a cuatro patas. Cuando lo hace, suelta otro rugido. Uno demasiado felino para un hombre.

Su piel atigrada y cubierta de pelo deja en libertad su verdadera forma. Su respiración está agitada y observa al dragón con furia, y el

dragón le regresa una mirada igual. Los dos enemigos. Un tigre y un dragón. Hechos para existir en el mismo mundo, pero no bajo el mismo cielo. Han sido creados para estar lejos el uno del otro, de lo contrario, solo habría destrucción.

Jianyu no se equivocaba. Al parecer, también era su destino.

Miro desde mi lugar, sin moverme, intentando hacer el menor ruido al respirar. Los dos se observan, esperando el primer ataque. A pesar de ser unas bestias, siguen manteniendo el honor.

Rugen y muestran sus afilados dientes, pero ninguno hace algún movimiento para alterar al otro. Entonces, un rayo cae desde el cielo, dispuesto a dar inicio a un conflicto inevitable. Así que ambos se lanzan contra el otro.

Es un espectáculo majestuoso. Las mandíbulas de los dos se lanzan en un ataque, intentando atrapar entre sus fauces al otro, pero ambos son igual de ágiles.

Justo como Jianyu lo dijo: *Ahora es más bestia que humano*. Lo sé. Y entiendo también que no se refería solo al dragón, sino también a *él*.

Con cada impacto, la tierra tiembla. Si continúan así, será la tierra misma la que sucumba ante una catástrofe sin precedentes.

Pero no puedo hacer nada. Intento moverme, sin embargo, es como si una fuerza invisible me lo impidiera. Quiero gritar, aunque de mi garganta no logra salir ni un gemido. Estoy completamente inmóvil, como una estatua presenciando el fin del mundo. Pasiva. Inmune a lo que sea que pase frente a sus ojos.

El tigre y el dragón se enfrentan a muerte. Saben que solo uno podrá salir con vida de aquí. Da igual quiénes sean por dentro, es ahora cuando la supervivencia los domina por completo.

Ensartan sus garras sobre la piel del otro. El dragón con mayor facilidad, pero el tigre no se deja ganar y, de alguna forma, logra atravesar la piel gruesa y escamosa del dragón para hacerle un corte profundo. En ese momento de sorpresa, el tigre toma desprevenido al dragón y hunde sus afilados dientes en una de sus patas, haciendo que el dragón suelte un rugido de dolor.

El dragón mueve su enorme cola, lanzando al tigre por el aire hasta que choca contra una columna en ruinas del palacio,

haciéndola caer sobre su cuerpo en un estruendo que dejaría sordo a cualquiera.

La cola del dragón se retira de las ruinas, pero el tigre es más astuto. Sin importarle estar bajo escombros, hunde las garras en la punta de su cola y arranca parte del pelaje del dragón. Con la fuerza de su movimiento, sale impulsado de los pedazos del palacio y logra caer sobre el lomo del Tianlong.

Contengo la respiración. No es posible, sin embargo, pareciera que Jianyu está realmente a punto de terminar con lo que se propuso.

El dragón ruge, pues el tigre está trepando sobre su lomo, enorme como un camino, dejando sus huellas con cada paso que da. La sangre emana del Tianlong con fuerza. Intenta exhalar más llamas, pero cada intento es más inútil que el anterior. Únicamente consigue llenar de humo el lugar. Por más que siga luchando, la verdad es evidente. Aún no estaba listo para salir, pero lo hizo. Aún es una bestia guiada solo por su instinto, pero acaba de usar todo en un berrinche sin sentido. Está agotado. No como Jianyu, que ha pasado toda una vida preparándose para este momento. No importa cuánto tiempo pase, Jinayu seguirá intentándolo hasta que finalmente lo logre.

Y, si ella falla, seré yo mismo quien se encargue de matarte.

El eco de sus palabras se vuelve más insistente en mi mente. Se repite una y otra vez, como si fuera un bucle infinito, recordándome mi fracaso.

En un instante, siento como si el tiempo se hubiera congelado o todo ocurriera a una velocidad extremadamente lenta. Jianyu se alza al vuelo y se abalanza sobre el cuello del Tianlong en un ataque mortal.

Soy incapaz de mirar, pero no puedo apartar la vista.

El tigre. Jianyu. Aterriza con elegancia felina sobre el cuello del dragón, haciendo que este lance un aullido de horror y sufrimiento. Con un movimiento de cabeza, el Tianlong tira al piso al tigre, pero ya es tarde. El tigre se sostuvo con demasiada fuerza en su mandíbula para, al momento de caer, llevarse consigo un trozo de piel de dragón, dejando a la vista una herida irreparable. La sangre cae a borbotones sobre el ya desgastado suelo. Una enorme cascada

de un fluido escarlata y viscoso sale sin control del cuerpo herido del dragón.

En sus ojos, al inicio completamente negros, empieza a surgir un rastro de humanidad. Un alma. Como si Feiyu y el dragón hubieran hecho las paces y lograran existir juntos en este momento.

Suspira con dificultad, a diferencia de Jianyu, que parece no haber sufrido más que algunos rasguños en el proceso y se coloca con firmeza sobre sus cuartos traseros, como un perro que acaba de hacer algo bueno por su dueño, aún sosteniendo el trozo de piel en su hocico. Un trofeo. Su respiración está apenas alterada, mientras que el dragón está a punto de desvanecerse.

El tigre no se mueve. Está completamente estático. Da la impresión de que incluso no está respirando, pero el dragón no parece darse cuenta. Ni siquiera hace un intento por dar un último golpe a su oponente ahora que tiene oportunidad.

De pronto, ocurre lo que menos esperaba. La cabeza del Tianlong comienza a deslizarse sobre su cuello.

Lentamente.

Hasta que cae al piso.

Aún con los ojos abiertos.

Poco a poco, observo cómo la vida se desvanece por completo de ellos.

Contengo la respiración.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Siento que el aire abandona lentamente mis pulmones, pero no hago el intento de recuperarlo.

—Feiyu… —susurro en un hilo de voz. Estoy temblando. Percibo el filo de mi sable agitarse contra mi pierna y mis ojos moviéndose sin saber a qué punto mirar.

El dragón, el Tianlong, está muerto. Sé que a quien mató fue al dragón, sé que fue al Tianlong al que asesinó. Pero, por alguna extraña razón, no dejo de pensar en el niño pequeño, como si también lo estuviera matando a él.

Su cabeza yace a poca distancia del resto de su cuerpo. Es innegable lo evidente, no hay forma humana o mágica posible de que eso tenga remedio.

Del cuello del dragón continúa saliendo un torrente de sangre, pareciera que no se fuera a acabar nunca. La vida abandona por completo su cuerpo, así como lo hizo con su mirada.

Pero no es lo único que hay. Detrás del cuerpo inerte de la bestia está él. Jianyu. Con las dos dagas que tenía al inicio. Su cuerpo, completamente desnudo y lleno de sangre, se agita en un ritmo acompasado para tratar de recuperar el aliento.

Regreso la vista al tigre, pero este sigue ahí, inmóvil, esperando.

Todavía no comienzo a articular ninguna pregunta cuando el cazador responde, adivinando como siempre lo que pasa por mi cabeza.

—Es un cascarón —dice, su voz se escucha menos grave, más cansada y aguda de lo normal. Siento su aliento incluso con cada exhalación que da entre sus palabras—. Inútil a menos que haya alguien que lo controle.

Me mira, una mezcla de ira y satisfacción cruza su semblante.

—Fallaste —me dice, apretando los dientes con furia—. Fracasaste como cazadora.

Arroja las armas al suelo y el metal choca contra sí.

—Se suponía que debías asesinar al dragón —continúa diciendo mientras se acerca lentamente a mí—. ¡No cumpliste con tu deber!

Cierro los ojos ante sus palabras. Sé que no fue solo a él a quien le falle. No fue el único al que le hice una promesa que no pude cumplir y por eso he perdido el único honor que me quedaba. Mi palabra.

Tal como lo suponía. No soy más que una mentirosa.

—Perdón —digo en un susurro, inclinando la cabeza en una torpe reverencia, pero algo me frena.

El cazador coloca su mano sobre mi barbilla y me obliga a alzar la cabeza y mirarlo a los ojos.

—Tu perdón ya no significa nada —no lo dice con furia, pero puedo sentir el rencor en sus palabras. Él confió en mí a pesar de todo—. A partir de ahora, yo te condeno.

Cierro los ojos con fuerza, esperando a que llegue el golpe letal. La última maniobra del cazador para acabar también con mi vida. Después de todo, ya no tengo miedo de morir. ¿Qué sentido tiene seguir viviendo en un mundo donde ya no hay nadie para ti? Pensé que hacer lo que me correspondía era mi sueño. Que era mi deber. Siempre lo había anhelado porque me enseñaron que eso era lo único a lo que podía aspirar. Pero en realidad nunca fue un sueño mío. Jamás hice algo por mí misma. Por mi propia voluntad. Nada fue mío. Nada lo pensé yo. Siempre fue el sueño de alguien más que quise hacer pasar por mío, pero no es así. Y sé que, al fracasar, lo he perdido todo. Todo.

Sin embargo, el golpe no llega. Abro los ojos y veo nuevamente al cazador, negando con la cabeza.

—No —me dice—. Tu condena no será la muerte.

Guarda silencio. Lo sabe. Sabe que la muerte no sería un castigo suficiente.

—A partir de ahora y para siempre —continúa, esta vez centrando su mirada profundamente en mí, adentrándose en mi ser—, estarás por tu cuenta. Completamente sola. No habrá nadie en esta tierra que recuerde tu existencia. Serás como un fantasma hasta el día de tu muerte.

Cuando termina de hablar, un relámpago cruza el cielo y las nubes se arremolinan, soltando grandes estruendos que indican la llegada de la tormenta.

Entonces extiende sus brazos y suelta una sonrisa, por primera vez en su vida, cargada de alegría y emoción.

—El Tianlong ha muerto —dice en voz baja, pero alegre. Sus hombros se agitan con violencia y me doy cuenta de que se está riendo. Entonces su tono es más alto y grita eufórico—. ¡El Tianlong ha muerto!

Pasa a mi lado, como si yo no existiera, y sale al lugar en el que estaba la entrada al palacio, donde solo quedan ruinas.

Aún con los brazos extendidos, suelta un grito que resuena por toda la ciudad.

—¡El Tianlong ha muerto!

Del cielo comienzan a caer gotas de lluvia. Lentamente borrarán todo rastro del caos presenciado aquí. Aún hay fuego, pero pronto se desvanecerá con el agua. No quedará nada más que el cuerpo sin vida del dragón para demostrar que, en algún momento, sí fue real y regresó como lo había prometido.

Ugh.

Un quejido. ¿Lo habré imaginado?

Miro al cazador, pero ya no está aquí. Me dirijo a la entrada y lo veo bajar, regodeándose con una multitud que celebra la muerte del dragón.

Ugh.

Otra vez. Doy la media vuelta, pero todo sigue igual. Las llamas están disminuyendo con la lluvia. El tigre sigue sentado, esperando. Y el dragón sigue muerto en el suelo, su cabeza a una distancia nada propia de su cuerpo. Todo se encuentra igual.

Hasta que algo se mueve, como si estuviera naciendo del cuerpo decapitado del dragón. Escucho un ruido visceral proviniendo del dragón mismo y, allí, tumbado en un charco de sangre, huesos y escamas, está Feiyu. Intenta mantener el equilibrio, pero cae al suelo, inconsciente.

Feiyu

Siento como si hubiera estado soñando. Era un sueño demasiado largo.

Pareciera que he dormido por mucho tiempo, pues ni siquiera soy capaz de sentir mis propias piernas ni brazos.

El suelo está frío, pero me parece un buen lugar para descansar.

Rose

Un cascarón.

El cuerpo no funciona a menos que haya alguien que lo controle. Alguien con alma humana. No solo para Jianyu, también para Feiyu. El dragón no es nada si no hay un humano que lo domine. Ahora que no hay dragón, Feiyu puede salir. Pero, a diferencia de como lo hizo Jianyu, para Feiyu parece completamente lo contrario.

Corro hacia él y llego a tiempo para evitar que su cabeza choque contra el piso. Tiene sus ojos cerrados y su respiración es superficial. Al igual que Xiao y que Jianyu, él también está desnudo, como si tener la habilidad de transformarse hiciera que perdieran por completo su ropa. Su cuerpo se siente frágil y pequeño en mis brazos. Apenas respira, pero aún está vivo. Entonces noto algo en su rostro. Sus ojos son muy diferentes. Ya no hay una marca cubriendo uno de ellos como un parche. Paso una mano con delicadeza para retirarle el fleco sudoroso de la frente, como si estuviera cuidando de un niño dormido, cuando noto que, sobre su cuello, falta un pedazo de carne. No solo de piel, sino algo más. Es una mordida tan profunda que puedo ver músculos y rastros de algo similar a un hueso.

Palpita. Eso no está bien. No, no, no, no. No está nada bien. Necesito llevarlo con urgencia a un hospital para poder salvarlo. Sin embargo, nadie en todo el Yuánshǐ sería capaz de ayudarlo, no después de lo que ocasionó. Necesito llevarlo al mundo humano, a la superficie. No puedo hacerlo sola, tiene que despertar, debe ayudarme para poder ayudarlo.

—Feiyu, por favor, respira, Feiyu —trato de decir con la voz más calmada que puedo, aunque no sé si es del todo comprensible. Le doy unas palmadas en la mejilla, intentando hacerlo reaccionar, pero son inútiles, su respiración es cada vez más débil—. Por favor, respira. Necesito que respires para que pueda sacarte de aquí.

Las lágrimas se arremolinan en mi garganta. No soy capaz de hablar sin querer sollozar.

—Por favor. No te vayas…

Tú no te vayas.

En un milagroso momento, sus párpados se alzan levemente. Apenas un poco, pero lo suficiente para indicarme que aún está consciente. Me resulta tan extraño verlo así, sin una marca en su

rostro. No obstante, algo me dice que es mejor no mencionarlo. Después de todo, aquella misma marca terminó por arruinarle la vida.

—Feiyu… —susurro, pero no me responde.

Lo observo temblar en mis brazos. Intenta separar sus labios, pero las fuerzas parecen haberlo abandonado por completo.

La lluvia, aunque ligera, es constante. Todavía hay rastros del incendio en el palacio, o lo que solía ser el palacio, pues ahora son más ruinas que otra cosa.

A lo lejos, ajenos a este pequeño momento de soledad, escucho que todos se unen en un mismo canto de alegría.

—¡El Tianlong ha muerto! —gritan voces con entusiasmo.

—¡El legado de los Long termina al fin! —responden otras. Entre ellas, distingo el tono tan característico de Jianyu. Finalmente debe estar feliz con lo que hizo. Cumplió con lo que prometió. Libero al Yuánshǐ de su problema, desde la raíz. Ya no habrá más muertes. Ya no habrá más control de quienes no saben gobernar. Todas las criaturas serán libres de regresar y el Yuánshǐ volverá a ser un lugar próspero, lleno de vida y de todas las especies. Nadie volverá a sufrir por el regreso de un falso salvador.

¿Acaso no se dan cuenta de lo que está pasando aquí?

Coloco la palma de mi mano en la mejilla de Feiyu y paso el pulgar con delicadeza sobre ella. Está sucia y pegajosa, cubierta de lo que parece una extraña mezcla entre sangre y escombros. Entre sangre de gente inocente y la tierra misma que lo vio nacer.

La misma tierra que ahora lo está viendo caer.

Sé que ya no tiene sentido. Está demasiado débil para poder sostenerse por sí mismo. No hay salida. Todo termina aquí.

—Por favor —susurro, pues no confío en que mi voz no me vaya a traicionar al quebrarse con dolor—. No me dejes.

Separa sus labios con evidente esfuerzo. Intenta decir algo, pero no salen más que murmullos y balbuceos, así que, antes de que pronuncie alguna palabra, lo interrumpo.

—No digas nada —le digo con dulzura y una falsa serenidad. Intento tranquilizarlo y paso mi mano sobre su pelo—. Estarás bien. Estaremos bien.

Rose.

Es más una exhalación que una palabra, y aun así no puedo evitar temblar al escucharla. Ya no hay rastros del dragón que era hace unos momentos. De aquel ser tan desesperado. Esta no es la voz de un asesino. Esta voz es suya. Tan calmada como siempre.

Siento presión sobre mi mano que acuna su mejilla y me doy cuenta de que Feiyu la está tomando, presionándola contra sí mismo.

Su respiración se empieza a agitar por el esfuerzo de sujetarme, y de la comisura de sus labios resplandece un brillo carmesí. Nunca he pensado en la sangre como algo hermoso, pero la forma en que el rojo contrasta con la palidez de su piel, reflejando el incendio alrededor y mezclándose con la lluvia, me parece un retrato trágicamente hermoso.

Sus labios tiemblan, intentando pronunciar otra palabra, y su pecho se alza con dificultad, desesperado por alcanzar el aire. Estoy helada, no quiero dejar de verlo, pero tampoco puedo permitir que esté sufriendo así.

Rose.

De nuevo un suspiro, pero suena con tanta debilidad que bien pude haberlo imaginado.

¿Es esto lo que siempre se ha esperado de mí? ¿Ver a la única persona que se ha preocupado por mí morir de esta manera?

Logra separar los labios y la sangre escurre a montones.

—Por… favor —dice en un claro y desesperado intento de poder hablar sin ahogarse—. Lo… prometiste.

Sí. Lo prometí, pero no soy capaz de hacerlo. No cuando, contra todo pronóstico, él sigue aquí.

—Te pondrás bien —trato de calmarlo, pero suena más como un patético intento de convencerme a mí misma de algo que sé que es imposible—. Solo hay que sacarte de aquí y podremos irnos los dos. Juntos. A donde tú quieras.

Pero no responde. Simplemente me sigue mirando igual que antes.

Lo prometiste. El eco resuena en mi cabeza. *Lo prometiste. Lo prometiste.*

Lo observo, su rostro refleja dolor y calma al mismo tiempo. ¿Cómo puede estar tan tranquilo cuando su vida se le está yendo de las manos?

A su lado, en un cruel juego de los dioses, está mi sable. No me di cuenta de en qué momento lo solté. Y aquí está, a nuestro lado, esperando el instante en que finalmente pueda ser usado para su único propósito. Al ver la hoja del dao brillar contra el fuego, entiendo lo que me pide. No solo mi arma. También él. Pese a todo, sabe que aquello que lo puede matar está aquí, justo a su lado. Alarmada, le regreso la mirada y niego con la cabeza.

—No —digo, esta vez sin importarme si los sollozos ahogan mi voz.

El dragón ya está muerto. ¿No es acaso suficiente? ¿Por qué también tiene que morir él?

—Por favor —susurra con más debilidad—, lo prometiste.

¿Por qué me está pidiendo esto? ¿Qué clase de persona tan egoísta puede pedirle a alguien más que haga algo así? ¿Por qué tiene que recordarme lo que hice? ¿No es suficiente ya con lo que *no* hice?

Quiero gritar, quiero que todos paguen por lo que han hecho, esto no es justo. Nada de esto lo es, nunca lo ha sido. ¿Acaso no ha sido suficiente todo lo que por años hemos tenido que cargar? Ninguno de los dos pudo ser feliz, siempre hubo algo que nos alejó de esa meta. Para él, su futuro. Para mí, el pasado. No puede pedirme algo así, no cuando estamos tan cerca de alejarnos de todo esto para siempre.

El dragón ha muerto, ¿no se supone que eso es lo que debíamos hacer? ¿No se supone que eso era lo correcto? Y, si era lo correcto, ¿por qué todo sigue mal? ¿Por qué nada ha cambiado?

—No puedo —confieso.

Sé que no he sido una buena persona, toda mi vida he estado consciente de ello. No obstante, no creo haber sido tan mala como para merecer esto.

Por favor. Murmuran sus labios sin voz y en sus ojos puedo ver reflejada una profunda desesperación.

¿Por qué me pide esto?

Cierro los ojos con fuerza hasta que me duelen. Solo hay una oportunidad y, si no es ahora, no será nunca.

Antes de darme cuenta, tengo mi arma entre las manos. En la punta hay una mancha roja que no logro distinguir qué es, pero sobresale de la hoja, como una gota de sangre a punto de ser derramada, como si ya hubiera sido usada antes, y tal vez así fue. Sostengo el sable en lo alto, sujetándolo con ambas manos y apuntando directamente al corazón. Estoy temblorosa, así que refuerzo mi agarre para que sea lo más firme posible. Solo hay una oportunidad.

Solo una.

Sin darme tiempo de pensarlo más, empuño con fuerza el dao sobre su pecho, dejando que su afilada hoja pase sin dificultad a través de su cuerpo. La falta de ropa resulta más apropiada ante estas circunstancias. Puedo sentir cómo se introduce lentamente en su pecho, justo donde está su corazón.

Alejo mis manos de ahí, más temblorosas que antes, y observo con temor al chico. A mi chico. A Feiyu. Me ve igual que antes, con toda la calma posible, dada su situación. Sus labios están temblando, pero no parece que de dolor, pues su semblante es el mismo.

—Gracias —dice en un suspiro.

Nunca lo había escuchado agradecer, como si antes de esto no hubiera tenido algún motivo para hacerlo. No sé qué responder. No puedo hacer otra cosa más que observarlo y ver cómo, lentamente, su respiración se vuelve más lenta.

No aparta la mirada en ningún momento. Y justo cuando estoy dispuesta a decir algo, Feiyu me interrumpe. ¿Cuándo aprenderá a dejar de hacerlo?

—Te amo —murmura apenas.

Veo que el brillo de sus ojos desaparece por completo. Su pecho ya no se eleva y ninguna parte de él se mueve.

Te amo.

¿No pudo haberlo dicho antes?

Miro el cuerpo inerte contra el piso, coronado por las cenizas que están cayendo del Long Men. Caen gotas que colman sus ojos, como

si fueran lágrimas a punto con salir.

Me acerco de nuevo, con delicadeza, y cierro sus párpados. Una vez que lo hago, escucho el estruendo de una campana.

Luego otra.

Y otra.

Y un silbido roza el aire, que termina en una explosión. Fuegos artificiales. Como si todos supieran que son libres al fin. Yo también soy libre al fin. Pero ¿qué libertad puedo perseguir si nunca tuve nada? No tengo familia. No tengo amigos. No tengo a nadie. ¿Qué clase de libertad es esta?

Serás como un fantasma, hasta el día de tu muerte.

¿Acaso no lo he sido ya toda mi vida?

Otra explosión ilumina el cielo y la lluvia cae sobre la hierba muerta. Todos los días alguien desaparece. Alguien pierde la vida. Al igual que en el cielo, todas las noches una estrella se extingue. Hoy fue Feiyu.

El viento y la lluvia avanzan y, con ellos, las llamas comienzan a extinguirse. Esta noche es para siempre y esa eternidad se siente en el viento, que va más allá del viento mismo. Ahora la tranquilidad ya no es un engaño, ya no es algo a lo que deban temerle. Simplemente es su realidad.

Ya no hay que temer. Ya no hay dragón que aceche en mitad de la noche.

El legado Long ha caído. Y Feiyu cayó con él, cerrando así por completo las puertas de un palacio en ruinas que alguna vez acogió a los más grandes gobernantes. El final de un legado.

El final de una vida.

Capítulo XLII
DESPUÉS

Feiyu

Abro los ojos y todo es blanco.

No hay nada. O eso parece.

No. No todo es blanco. Estoy viendo una luz. El sol, directamente a los ojos. El dolor en la vista hace que la desvíe y así mis ojos vuelvan a acostumbrarse a ver. Estoy en casa, en Chongqing. Solo que no estoy como tal en mi casa. Al menos no aún. Me encuentro junto al río. Sin embargo, todo está demasiado tranquilo. No hay ningún rastro de los vecinos como tampoco del ruido de los vendedores. Nada. Únicamente me acompaña el sonido del río.

A mi lado, veo al dragón en el suelo, recostado sobre la hierba, descansando. Su respiración es lenta y acompasada, pero sé que no sufre. Nunca fue así.

Todo este tiempo intentó cuidarme, advirtiéndome y tratando de guiarme para hacer lo correcto, pero nunca lo escuché. No quería escucharlo. ¿Este es el precio por mis acciones? ¿Pagar con mi propia vida mis errores? Y ella. Rose. Ni siquiera hubiera podido despedirme de ella de no ser por el Tianlong. Al final de cuentas, sí resultó ser un ser bondadoso.

Me acerco a él y lo acaricio por la melena. Es suave, muy diferente de la rigidez del resto de su cuerpo. Puede que sea un gesto no muy reconocido por los demás, pero este dragón es mío, así que inclino mi cabeza hacia la suya y, justo en la cresta, le doy un beso.

—Gracias por cuidarme todos estos años —murmuro mientras acaricio el pelaje y dejo al dragón descansar.

Sé que he estado vivo. Al menos una pequeña parte de mi vida lo estuve. A pesar de todo, nunca supe exactamente qué significa estar vivo. ¿Acaso es un corazón latiendo el único indicio de vida? Si así es, ¿cómo podemos saber lo que es la muerte? ¿Qué es estar muerto? Si lo único que conocemos es la vida, no deberíamos obsesionarnos con la idea de la muerte. Sabemos que es el final de la vida, pero ¿realmente todo acaba allí? ¿Sin más?

Todos estos años he sentido que viví mi vida completamente fuera de ella. Siempre condicionado por los intereses de alguien más. De algo más. Jamás me preocupé por vivir por mí mismo y como yo era.

—Oh, ya déjate de estupideces —escucho que dice alguien. Doy la media vuelta y, parado en medio de la calle, se encuentra mi abuelo.

Se ve normal, pero también se veía así las otras veces. Me acerco a él con cautela, intentando mantener una distancia prudente entre los dos. No sé lo que es real y lo que no, al parecer, jamás lo supe. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Ya deja de comportarte como un niño y aclara tu mente —dice el abuelo cuando estoy lo suficientemente cerca como para no gritar. Tiene su bastón en la mano. Y, con él, me da un fuerte golpe en la cabeza.

—¡Auch! —digo mientras me masajeo donde me pegó.

—Aclara tu mente —repite el abuelo—. Tus tonterías no me dejan en paz.

—Pero no he dicho nada —respondo, lo que me hace ganarme otro golpe en la cabeza—. ¡Ay!

—¡No es lo que dices o no dices! —me reprende, moviendo su dedo mientras me señala como solía hacerlo siempre—. ¡Es lo que no deja de perturbar tu cabeza lo que no me deja en paz!

Suspira y deja caer su peso sobre su bastón.

—Ven, hijo, vamos a casa.

Lo sigo. Con cada paso que damos, el sol aumenta su brillo, dejándonos prácticamente ciegos para el momento en que llegamos a la puerta de la tienda. Durante estos minutos, ninguno de los dos ha dicho absolutamente nada. Solo nos acompañamos en silencio.

—¿Es esto un sueño? —le pregunto directamente antes de pasar por la puerta. Me observa en silencio y con una mirada pacífica—. Dime, ¿estoy soñando?

Suspira de nuevo.

—Sí, hijo —me contesta—. Lamento decirte que sí estás soñando.

Supongo que mi cara muestra alguna señal de confusión o alegría, porque de inmediato niega con la cabeza.

—Pero que estés soñando no significa que no hayas muerto —sentencia.

Muerto.

Estoy muerto.

—Sí, hijo —afirma. No me doy cuenta de que estaba pensando en voz alta.—. Ya has muerto.

Así que estoy soñando, pero estoy muerto. Es el sueño de un hombre muerto.

Y esta vez sí soy un hombre.

—El sol se está poniendo —dice mi abuelo, pese a que se ve más brillante—. Será mejor que pasemos.

Abre la puerta y entramos a la casa.

Todo yace bajo el polvo, abandonado igual que yo.

Paso los dedos sobre la fina capa polvorosa que cubre los estantes, esperando reducir con ello un poco el deterioro del lugar, pero cuando levanto la mano, no hay diferencia.

—No tiene sentido que intentes cambiar algo —dice mi abuelo. No me está mirando, pero aún así sabe lo que estoy haciendo—. Por más que lo intentes, no va a cambiar nada.

Me resigno y avanzo con él hasta llegar al mostrador.

—¿Mamá está aquí? —pregunto de repente.

—Oh, sí —responde mientras asiente con la cabeza—. Yinuo está aquí. Nos está esperando.

Guarda silencio un momento antes de volver a hablar.

—Y ese amigo tuyo también nos está esperando.

Al escuchar eso, lo recuerdo todo. El dolor, la tristeza y la desesperación. Las ansias de acabar conmigo sin importar hacerle daño a un inocente y todas las vidas perdidas en el proceso.

—Entonces, ¿fue real? —pregunto, haciendo que se detenga antes de cruzar al mostrador.

—Oh, por supuesto que lo fue —contesta viendo al piso y asintiendo. Entonces alza la cabeza y me mira—, pero, al mismo tiempo, no.

—No te entiendo.

El abuelo suspira y regresa a la tienda para acercarse a una de las ventanas con vista hacia el río. Allí sigue el dragón, tomando el sol y descansando sin que nadie lo moleste.

—Nuestro mundo es… —empieza a decirme— complicado. A veces tiene que ocurrir una cosa para que otra pueda pasar, porque así es como está escrito que sucederá. Sin embargo, otras veces se pueden cambiar las cosas para hacer que algo completamente diferente suceda. Verás, Feiyu, cuando tu madre nació, era muy evidente que una vieja leyenda se cumpliría, y tú sabes bien que nuestro mundo se compone de ellas. Creíamos que, si hacíamos lo suficiente, podríamos evitar que tuvieras un trágico final como… *este*. Pero nuestros intentos fueron inútiles, porque siempre hubo alguien más intentando cumplir con tu destino, por más que nosotros tratáramos de cambiarlo.

Entonces me mira y, por primera vez en dieciocho años, lo veo soltar una lágrima.

—Perdóname, Feiyu —dice y puedo sentir cómo la tristeza emana de su voz—. No pudimos cuidarte como teníamos que hacerlo.

Me acerco a él y, con toda la quietud del mundo, lo envuelvo en un abrazo como nunca lo había hecho. Siento su cuerpo tensarse ante la sorpresa, pero no me aleja, solo me toma entre sus brazos y me abraza de vuelta.

Aunque finalmente estamos juntos, hay algo que no puedo dejar de pensar sobre todo esto. Cuando el abrazo se rompe, decido arriesgarme a perturbar la nueva paz con mi pregunta.

—¿Hicimos el bien?

Mi abuelo sonríe y suelta una pequeña risa.

—Ay, muchacho —me responde, aún con la sombra de una sonrisa en la comisura de sus labios—. A veces olvido lo que hay en tu corazón.

Su sonrisa desaparece, niega con la cabeza y continúa.

—Las personas siempre van a tener una percepción diferente de lo que está bien y lo que está mal. ¿Hace más daño una persona que ocasionó dolor y sufrimiento a otros por beneficio propio que aquella que lo hizo para salvar a los demás? ¿Es más bondadosa una persona que apenas está conociendo el mundo que aquella que ya lo conoce? ¿Acaso tus acciones son correctas únicamente porque te lo dice alguien que así lo considera? El bien y el mal no son más que conceptos que usamos sin entender, muchacho. Nos sentimos capaces de juzgar las acciones de los otros, pero cuando llega el momento de que las nuestras sean juzgadas, sentimos miedo de que lo hagan de la misma manera que lo hicimos nosotros.

Regresa la mirada hacia afuera, al dragón. Guarda silencio por unos momentos antes de volver a hablar.

—Puede que para nosotros hayamos hecho algo bien —continúa —, pero puede que para alguien más hayamos hecho algo mal.

Dirijo la mirada también hacia fuera de la casa, al dragón que duerme plácidamente frente a nosotros.

—Dime, muchacho —prosigue mi abuelo—, ¿temes ser juzgado, acaso?

No respondo de inmediato. Y no hace falta que lo haga, al menos no con él.

—No —respondo al fin. Eso parece ser lo que el abuelo necesitaba escuchar. Asiente con la cabeza y se dirige de nuevo al mostrador, cruzándolo y acercándose a las escaleras para subir al hogar.

—Hay alguien que quiere verte antes de irte —dice el abuelo, mirándome desde la escalera—. No tardes mucho. Tu mamá preparó la cena.

Sin decir nada más, sube y desaparece por completo.

Me deja solo, pero, esta vez, no me siento así. Sé que hay alguien esperándome una vez que me vaya. Miro por la ventana al dragón durmiendo sobre la tierra. La misma tierra que lo ha de recordar es la misma que, pronto, lo olvidará. Sin embargo, no todo se pierde

para siempre. Será la misma tierra que lo hizo olvidar la que lo ha de recordar. Más allá de la tristeza, más allá del sufrimiento. Ellos avanzan lento, como si montaran por primera vez a caballo, pero eventualmente llegarán a un final. Eventualmente, todo volverá a comenzar.

Pronto, la quietud se ve interrumpida por el sonido de un cristal roto. Vuelvo la mirada hacia la tienda y allí está ella. Como aquella primera vez, rompiendo de nuevo la misma figura.

—Descuida —le digo mientras voy a su encuentro—, ya estaba rota desde antes.

Ella me sonríe. Recuerdo un tiempo en el que solíamos hablar de todo. Lo bueno. Lo malo. Hablábamos sobre el dolor, nuestras pérdidas y nuestras quejas. De nuestros planes y todo lo que hacíamos para dejar de lamentarnos, pues lo único que añorábamos era nuestra compañía, y con eso bastaba. Con eso era suficiente. Incluso más. Pasamos toda la vida buscando algo que no estaba en nosotros, nos olvidamos de ver realmente quiénes éramos y lo que teníamos. Ahora ya es tarde.

Ya no soy nada.

Veo a Rose sonreír mientras toma los pedazos rotos de aquella pequeña figura y trata de colocarlos de nuevo en su lugar. Ninguno habla. No hay nada más que decir. Ya todo se dijo. Ya todo se hizo.

—Gracias —le digo, pues solo queda agradecer.

Ella asiente en silencio.

Entonces, en un último gesto, tomo su mano entre las mías. Siento el cálido tacto de sus dedos y los acaricio con ternura. Ella observa nuestras manos en silencio.

—Sé que he pedido demasiado —agrego, haciendo que alce la mirada por unos instantes para verla—, pero, por favor, espero que me extrañes.

No lo digo como algo egoísta. Más bien, para saber que, al final del día, ambos tomamos la decisión correcta.

Con cuidado, acerco su mano hacia mis labios y le doy un gentil beso de despedida.

—Adiós, Rose.

Le dedico una última reverencia y me dirijo hacia el mostrador. Cuando lo cruzo, puedo sentir que algo en el aire cambia. Irónicamente, hace que todo se sienta más vivo.

Escucho voces que provienen del piso de arriba. Distingo a Bao y a mamá hablando, poniéndose al tanto de sus vidas en los últimos meses. El abuelo habla y también ríe. Pero hay más voces que no reconozco. Algunas no suenan del todo humanas. Supongo que lo único que puedo hacer es subir por las escaleras para conocer a estas nuevas personas.

Subo el primer escalón, pero antes de continuar, regreso la mirada hacia la tienda. Allí sigue ella. Observando, con una sonrisa triste en el rostro. Le digo adiós con la mano. Sin separar los labios, su voz me llega con claridad a los oídos, como si estuviera junto a mí.

—Adiós, Feiyu.

Regreso la mirada a las escaleras y comienzo a ascender, mientras me pierdo por completo entre todo el ruido y alboroto del lugar.

Capítulo XLIII
UN MES DESPUÉS

Rose

Las cosas han cambiado desde que Feiyu murió. Él nunca quiso ser parte de este mundo, así como yo tampoco. Nunca fue un héroe. Tampoco el salvador que algunos esperaban con ansias, ni por asomo.

Pero tampoco fue el villano que todos se empeñaron en creer.

Feiyu murió solo. Eso es lo que más me duele y no puedo sacármelo de la cabeza. Pasó solo gran parte de su vida debido a la presión de lo que era. Lo poco que vivió después de eso, lo pasó rodeado de un grupo de gente que amaba la idea justamente de lo que era, pero lo odiaba a él.

Hoy es el día del funeral. Decidí realizarlo en el mismo sitio que me quebró. Me acerco al muro trasero del palacio, el único lugar que parece no haber sufrido demasiados daños durante el incendio. Coloco contra la pared la única fotografía que pude conseguir de él y enciendo dos velas, una por cada parte de él.

Feiyu no era un chico que viviera las cosas de forma normal. Anhelaba la vida, pero este anhelo fue lo que terminó acabando con ella. Así que la única fotografía que encontré de él es un retrato

familiar con su madre y su abuelo. Una imagen sencilla de cuando era pequeño y todavía no dimensionaba lo que estaba por venir. Y, aunque no lo conocí en esa época, me pareció más adecuada esa fotografía, pues fue a este niño pequeño a quien pude ver aquella noche.

A lo lejos, logro escuchar a una multitud estallando en ovaciones. Hoy también es la toma de protesta del nuevo emperador. Huang Di resultó no ser el candidato más apto para gobernar este mundo, pues sus intereses solo prevalecían para el Yuánshǐ. Y eso no bastaba. El nuevo emperador deberá ser alguien que cuide realmente el equilibrio entre los mundos y pueda asegurar la paz entre todas las criaturas.

Después de tantos años, la jerarquía del dragón se acabó. Y, al igual que con Feiyu, su legado.

Me arrodillo frente a la imagen, levantando una plegaria silenciosa por su alma.

No sé si un dragón tenga alma, pero sí creo que Feiyu la tuvo.

No fue un héroe, pero a mí me salvó en más de una ocasión, y ahora nunca podré regresarle el favor.

Las ovaciones se hacen más estruendosas, aunque se eclipsan un poco por los sonidos del cielo. Se avecina una tormenta. ¿Qué buen presagio deparará esto en el destino para un nuevo gobierno y su respectivo funeral?

Observo la nieve caer a mi alrededor, pero no la termino de sentir. Tal vez eso pasa cuando pierdes aquello que ni siquiera era tuyo en un principio. Dejas de sentirlo todo.

El frío comienza a ser más fuerte. Me recuerda la tormenta de la noche en que me enamoré de él sin saber quién era en realidad. ¿Puedes en verdad amar a alguien así? Amar a una persona de la que no sabes absolutamente nada. Una persona que mantuvo oculta la mitad de su vida, no por quererlo, sino para protegerse a sí mismo. Y, sin saberlo, odiar por completo a esa otra mitad. ¿Acaso eso es posible? ¿Cómo puedes amar a una persona y odiarla al mismo tiempo? Si en un inicio hubiera sabido que Feiyu era el tan temible dragón, ¿aun así lo habría querido?

Creo que sí. O tal vez no. ¿Por qué tiene que cambiar tanto tu perspectiva acerca de una persona una vez que descubres algo nuevo sobre ella? ¿No es más simple dejarte llevar por la persona a la que conociste y no por la que acabas de conocer?

Puedo sentir cómo la nieve empieza a derretirse sobre nosotros. Sobre mí. El cielo, cada vez más oscuro, parece querer decir algo más. Como si él también estuviera a punto de despedirse en medio de una interminable procesión.

La nieve termina por apagar las velas. Otra cruel ironía del destino. Es como si este lugar no fuera capaz de conocer más que el humo y las cenizas. Más que el fuego y el dolor. Cuando la luz de las velas se extingue por completo, los aplausos y los gritos estallan de nuevo. El destino de ambos mundos ha sido sellado y todos parecen alegrarse por ello.

La oscuridad del cielo se intensifica y, con ella, también los aplausos y los gritos ahogados por el sonido del hielo que cae en el pasto muerto. No queda más que rastros del humo alrededor de la familia de Feiyu.

El festejo continúa, no parece que la oscuridad vaya a ser un impedimento para que no pueda seguir adelante. Todos, sin darse cuenta, están festejando que el dragón murió. Que Feiyu murió.

Nadie parece sufrir por él. Nadie llora por él.

Dejo que el frío caiga sobre mí, no tiene ningún sentido preocuparme por eso. El ardiente hielo ayuda a cubrir el rubor en mi rostro.

Pese a todo, sigo sin entender por qué lo hizo. ¿Por qué, si se enamoró de mí, nunca tuvo el valor de decirme quién era hasta que fue demasiado tarde? Tal vez no hubiera cambiado nada. Tal vez yo hubiera muerto por él. ¿O acaso ya no era divertido para él? Si Feiyu supo antes que yo quién era, ¿por qué siguió fingiendo que no lo sabía? Son preguntas que ni hoy o en cien años podré responder. No ahora que la única persona que podría aclararlo ya no está.

La fiesta sigue. Nadie llora por el dragón. *Nadie llora por Feiyu.*

Solo yo.

FIN

MEMORIAS DE BAO

Sabía que Feiyu era raro, pero hoy sobrepasó mis límites. ¿Un dragón? Digo, siempre pensé que su rostro era un poco de reptil, pero no creí que fuera algo tan literal. Me hubiera resultado más creíble pensar que está en el espectro autista o algo por el estilo, pero ¿dragones? ¿En serio?

Más allá de la impresión inicial, hubo algo en Feiyu en ese momento que me hizo saber que no estaba mintiendo. O al menos ya no. Pero entiendo por qué lo hizo. No soy fan de las mentiras. No creo que alguien lo sea, pero puedo entender que fue por un bien mayor. Al final de cuentas, todos tenemos secretos. Si él acaba de ser sincero conmigo, ¿por qué no puedo serlo yo con él? Es mi mejor amigo, pero ¿y si deja de quererme por quien soy? ¿Y si ya no me vuelve a aceptar? Sé que después de todo lo que me confesó esta tarde sería prácticamente imposible que pueda juzgarme, pero ¿cómo estar seguro?

El mundo está lleno de misterios y de secretos, los suficientes como para que todos los que vivimos aquí seamos capaces de crear nuestros propios secretos. Y así como Feiyu guardó por tantos años el suyo, simplemente llega un punto en el que es imposible seguir ocultando lo evidente. ¿Será igual conmigo? ¿En qué momento una persona está por completo segura de que alguien más no le va a

juzgar por ser quien es? Somos diferentes, Feiyu y yo, pero así como Feiyu no eligió ser un dragón, yo tampoco elegí ser quien soy.

Llevo años intentando ser honesto con Feiyu. Es mi mejor amigo, solo él podría apoyarme, pero ¿y si no? Si mis padres se enteran, no solo les arruinaría la vida, sería una deshonra para ellos. ¿No es suficiente acaso el hecho de ser su hijo? ¿También tengo que ser una desgracia por mí mismo?

Son tantas las preguntas que rondan mi cabeza en estos momentos que el asunto del dragón pasa a segundo plano. Aunque no puedo dejar de pensarlo, ¿y si este es el momento que he estado esperando para poder ser sincero con Feiyu? ¿Valdrá la pena intentarlo?

Esta noche sueño algo sumamente extraño.

Dragones. Soñé con ellos.

Siempre conocí lo más básico de esas criaturas. Seres de alto orgullo, abundancia, pero al mismo tiempo muy temperamentales. Gran parte de la historia de mi país se basa en ellos, además de que se encuentran estampados de ellos en casi todos lados (y más si tienen tantos turistas como Chongqing). Pero en el sueño no solo estaban ellos, sino que había más criaturas. Seres que jamás había visto ni siquiera en los libros de fantasía más bizarros, pero que, de alguna forma, parecían coexistir sin ningún problema entre ellos. Un mismo ecosistema. Un mismo mundo. Los dragones sobresalían más que el resto, claramente, pero no se sentían fuera de lugar. Se sentía… paz.

Sin embargo, la paz no duró mucho, al menos no dentro de mi sueño. Pronto, las criaturas empezaron a perecer y, con ellas, el humo comenzó a exhalar de sus cuerpos como si hubieran sido quemadas en vida. El único que permanecía intacto era el dragón.

Solo uno. Todos los demás desaparecieron. Solo quedó uno. De su nariz comenzó a salir, con profunda fuerza, calor. ¿Cómo es posible que un dragón pueda arrojar fuego así?

De repente, el dragón me miró, como si estuviera viendo en mi interior. No pudo haber sido posible, pero puedo jurar que en ese momento mis huesos se helaron con la mirada tan profunda y

penetrante del dragón. Ya no había rastro alguno de la paz que reinaba tan solo unos instantes atrás. Ahora solo había frío. Un frío que podía sentir en mi interior y que me impedía pensar con claridad.

Un frío de muerte.

Despierto sobresaltado, el frío aún se siente en la habitación, pero ya no es un sueño nada más. Por alguna extraña razón, la ventana se quedó abierta.

Algo imposible, a decir verdad. Yo jamás dejo una ventana abierta.

Poco a poco, el sueño se aleja y se apodera de mí una nueva sensación: pánico. La ventana está abierta.

No puede significar otra cosa más que alguien estuvo aquí, conmigo, mientras dormía, y no me di cuenta de nada.

Me levanto con rapidez. Quizá debería ir primero con mis padres, pero no estoy seguro de que estén en casa, así que no pierdo el tiempo y me acerco directamente a la ventana. Luego de echar un rápido vistazo, compruebo que no hay peligro. Tal vez fue un descuido mío. Demasiadas emociones por hoy que me hicieron olvidar cerrar bien la ventana.

Justo cuando me doy la vuelta para regresar a mi cama, noto por el rabillo del ojo una sombra escurrirse por los jardines. No es una sombra pequeña, pero, pese al tamaño de su cuerpo, se mueve con demasiada agilidad.

Quiero pensar que solo son mis emociones por toda la intensidad del día. Por esta ocasión, lo dejo pasar. Después de todo, Chongqing es una de las ciudades más seguras de China. ¿Qué podría estar mal?

XXX

No estoy seguro de qué tan prudente haya sido de mi parte ser tan leal a Feiyu.

Sí, es mi mejor amigo. Daría mi vida por él. Sin embargo, los últimos días no han sido los más pacíficos para mí. Claro está que no se lo he dicho a nadie, pero hay algo que me inquieta.

Mierda, ni siquiera he podido dormir bien estos últimos días.

Recuerdo las palabras que le dije al señor Long:

"Haré lo necesario para que esté a salvo".

Carajo, ¿en qué estaba pensando? Ni siquiera puedo decirle la verdad a Feiyu sin sentir miedo al rechazo. Desde ese día he intentado mantener la calma mientras estoy con él, incluso he sentido la necesidad de decir la verdad. Mi verdad.

Me gustan los chicos.

Por años, ese ha sido mi mayor miedo. Que la gente descubra que soy… diferente. ¿Acaso no soy normal? ¿O es más normal el chico que se convierte en lagartija que yo?

No tengo a nadie con quien hablar de esto, no sin dañar la seguridad de Feiyu y no sin dañar la reputación y el honor de mi familia. Su único hijo… Si tan solo supieran verme en verdad.

Y luego está el asunto de la sombra. Creí que esa primera noche sería la única vez que la vería, que no era más que una alucinación. Pero no. Desde ese momento puedo jurar que siento como si alguien me estuviera observando en todo momento. ¿Acaso enloquecí? ¿Realmente Feiyu y su familia son dragones o todos padecen la misma enfermedad mental y ahora yo soy parte de ella? ¿Esas cosas se contagian? Ni siquiera puedo pensar con claridad. Sin embargo, sé que no he estado solo.

Lo he visto. Puedo asegurar que es un "él". La silueta es demasiado robusta como para pertenecer a un "ella". Además, juro que lo he visto esconderse a una velocidad sobrehumana. ¿Qué quiere de mí?

En las noches pierdo el sueño ante cualquier ruido, por más insignificante que sea. Ni siquiera el crujir de los muebles me permite estar en calma. Feiyu salió con su familia, pero eso no me tranquiliza de que otras *cosas* también se hayan ido. Porque ahora pienso que Feiyu y su familia no son los únicos seres que no pertenecen por completo aquí. No, no lo pienso. Estoy seguro.

Esa sombra que se aproxima a mí todos los días es la prueba de ello.

¿O estaré volviéndome loco?

Es una posibilidad al final de cuentas, pero no. No puede ser ese el caso. Lo importante es mantenerme en calma. Puedo seguir con mi vida como si nada hubiera cambiado en ella. Como si de repente mi mejor amigo no me hubiera confesado que no es humano, sino que es una lagartija gigantesca que está esperando el momento adecuado para poder transformarse correctamente y que además es el último heredero al trono de un mundo que ni siquiera conoce. Lo usual. Todo tranquilo.

¿Debería hablar con Feiyu cuando regrese sobre esta sombra que me está siguiendo?

No. Sé que es el único que me creería, pero no puedo ponerlo en riesgo así. Algo me dice que no me sigue solo porque sí. Me sigue para acercarse a algo más.

Me aterra la idea de que ese algo más sea un alguien.

Hice una promesa, aunque no es suficiente. ¿Y si es culpa mía que alguien quiera hacerle daño a Feiyu? La sombra comenzó a aparecer justo después de que él se confesara conmigo. ¿Y si es un castigo divino por no haber hecho lo mismo? Puede que eso sea lo que esté pasando. Pero puede que no y el simple acto de decirme la verdad, *su verdad*, ocasionó una especie de desequilibrio, lo que significaría que por culpa mía ahora puede estar corriendo peligro.

Siento que le estoy dando demasiadas vueltas al asunto. Estoy harto. Necesito despejar mi mente. Por fortuna, sé la forma en que puedo hacerlo.

XXX

Nunca me molesté en aprender su nombre. ¿Para qué habría de hacerlo? No hay forma de poder presentárselo a mis padres. No podemos coincidir en la escuela sin levantar sospechas (es un año mayor que yo), pero llevamos mensajeándonos en secreto desde

hace unos cuantos meses. Al principio todo era demasiado inocente, una posible confusión al buscar en foros de internet a alguien con quien pudiera ser yo por completo. Pero, por pura casualidad, terminé con un chico que acude a la misma escuela que yo.

Nuestras primeras conversaciones fueron muy comunes, todo formal, pero poco a poco la intensidad en los mensajes creció, hasta un punto en que la pantalla de cualquier dispositivo se volvió un completo impedimento. No se lo he contado a nadie. Ni siquiera a Feiyu. ¿Me juzgaría acaso por lo que estoy haciendo? Tal vez, pero en estos momentos es lo único que necesito para poder distraerme un poco. Si comienzo a dudar estando con Feiyu, se dará cuenta de que algo no está bien. Pobre muchacho, ya tiene muchos problemas encima como para que llegue yo con uno más. Con un problema que mide 1.80 metros, tiene unos ojos intensos como la noche, incluso más oscuros, y huele al bosque de madrugada.

Carajo. *Es un grave problema*.

—¿Cuándo puedo ir a tu casa? —me preguntó un día al salir de clases.

Se acercó a mí cuando no había nadie más cerca de nosotros. No podíamos arriesgarnos a que alguien nos viera. Fue una movida inteligente, aunque no sé qué tan dispuesto estoy a vivir en una mentira.

Más bien, seguir viviendo en una mentira.

—No lo sé —es lo único que respondí.

Y con eso supo que no era el lugar ni el momento para hablar. Feiyu regresaría en cualquier momento y no podía arriesgarme a que me descubriera de esa manera.

XXX

Feiyu regresó.

Pero hay algo diferente.

No tiene la marca, ni tampoco está su mamá o su abuelo. Al principio no parecía muy seguro de querer contarme qué pasó con ellos, pero creo que tampoco él lo termina de entender del todo. No sé si creerle, aunque no lo creo capaz de mentirme. No otra vez.

Sea lo que sea que haya ocurrido realmente, parece afectarle bastante. No lo sé…, hay algo en él que no se siente como él. Es como si hubieran drenado por completo a Feiyu de toda emoción. ¿Será el trauma de lo que ha vivido? No me extrañaría, nadie con un poco de cordura y sentido común sería capaz de seguir igual después de tantos cambios repentinos. Pero no lo sé…, ¿cómo puede cambiar alguien en tan poco tiempo? Es como si hubiera perdido absolutamente todo lo que en algún momento lo motivó a seguir adelante.

Está… perdido. Sin rumbo.

No creo que una persona así sea capaz de aguantar mucho tiempo.

Y luego está Rose.

La verdad es que no le había puesto demasiada atención. No sé qué le ve todo el mundo. Es bonita, sí. Pero su belleza es demasiado típica. Como si quisiera parecerse a alguna celebridad de un canal infantil.

El problema con Rose es que, a pesar de haber existido juntos por tanto tiempo, es como si de la noche a la mañana se hubiera dado cuenta de que, realmente, *existimos* a la par que ella. No me termina de agradar del todo, pero si a Feiyu lo hace feliz, ¿quién soy yo para interponerme en esa felicidad?

Le propuse una fiesta.

Tal vez sea la idea más estúpida que he tenido. Pero ¿qué otra cosa esperaba? Además, si hago una fiesta en mi casa, con tanta gente, será menos probable que alguien se dé cuenta si desaparezco un par de horas, ¿o no?

Creo que, después de todo, no soy tan buen amigo como le hago creer a Feiyu, así que necesito compensarlo.

¡Ya sé! Una máscara. Será el regalo perfecto. Aunque, ¿será suficiente para ocultar la culpa que siento?

No. No creo que sea suficiente. Si por mi fuera, daría la vida por él sin esperar nada a cambio. Sea un dragón o no.

Supongo que con la máscara tendrá que bastar por mientras.

XXX

¡Maldita sea! Amo a Feiyu. Juro que lo amo. Es como un hermano para mí, sin embargo, ¿por qué tiene que hacer todo un maldito espectáculo para él?

¿Ponerse borracho? ¿Es en serio? Carajo, ni siquiera sé quién fue el imbécil que empezó a abrir botellas. Ni siquiera sé de dónde salió tanta gente. En ese momento no me importó. Solo me importaba él.

Carajo, ¿por qué no me aprendí su nombre? Ahora no puedo volver a verlo a la cara sin morirme de vergüenza.

Después de que Feiyu salió de la habitación, ni siquiera me volvió a mirar.

—Tu amigo huele a mierda —fue lo único que dijo, luego de levantarse de la cama, tomar su ropa e irse. Como si fuera un cliente suyo que no valió la pena.

Eso es lo que más me dolió. Ni siquiera me miró a la cara. Tan solo se levantó y se fue.

Estaba terminando de vestirme cuando su voz chillona me llamó por mi nombre.

Fue la primera vez que Rose pronunció mi nombre.

—¡Feiyu se desmayó! —no necesitó decir más. Simplemente suspiré e hice lo único que parece que estoy destinado a ser.

El sirviente de Feiyu.

Ayudé a Rose a levantarlo. Como me habían dicho, olía a mierda. No podía dejarlo así, entonces decidí bañarlo.

Estaba inconsciente, pero no muerto. Su respiración pesada me lo indicaba. Me duele en el alma admitirlo, pero hubo un momento en que deseé que dejara de respirar.

—¿No puedo tener un solo momento para mí? —le pregunté a su cuerpo inconsciente mientras lo enjabonaba— *Wáng bā dàn!* ¿Por

qué todo tiene que girar siempre en torno a ti?

En ese momento no me sentí mal por insultarlo, pero llamarlo estúpido me seguía pareciendo algo demasiado suave.

Sé que yo quería ser honesto con él, pero no estaba listo. Encima, tenía que arruinar mi momento con el único chico que me ha hecho sentir deseado. ¿Y para qué? Para llegar vomitando su porquería en la habitación.

Pero más estúpido soy yo. Encerrado en el baño y limpiando todo su desastre.

Por su culpa no podré volver a ver a ese chico.

Por su culpa no podré ser honesto conmigo mismo ni con nadie más.

¿Y si lo dejo en el agua corriendo? ¿Qué se ahogue en sus propios problemas?

Sé lo que le prometí.

Sé lo que le pedí.

Pero ¿por qué no puede hacer algo por mí? Sé que suena egoísta, y quizá lo sea. Si mis padres descubren que he tenido pensamientos así por mi mejor amigo, me matarían. Si Feiyu descubriera que he pensado algo así, no sé qué haría. Él tiene todo el derecho a sentir, sí, ¿por qué yo no?

Cuando terminé de bañarlo, no me molesté en vestirlo. Escuché a Rose limpiarse el desastre en su ropa en la otra habitación. Qué superficial resultó ser. Vaya sorpresa.

Lo dejé recostado sobre la cama.

Después de pensarlo, había algo que no estaba bien.

No sé por qué no puse mayor cuidado en ese momento.

Tal vez haya sido un sueño. Quizá haya sido el enojo o incluso el mismo alcohol en mi sistema (porque sí, me enfurecí debido al alcohol, porque no puedo negar que bebí).

Solo sé que debí tener más cuidado y poner atención a lo que tenía frente a mí.

El agua corría, como si alguien se estuviera bañando. Yo salí del cuarto y me acerqué al jardín para respirar un poco de aire fresco. Tenía frente a mí la habitación donde dejé a Feiyu. El problema es que afuera de la habitación, cerca de mi vista, estaba la ropa de

Rose. Y a su lado, una sombra negra como la que por días me ha perseguido.

Debí darle más importancia, pero me dio completamente igual.

¿Habría cambiado algo si decía las cosas?

XXX

No he vuelto a hablar con Feiyu.

¿Qué puedo decirle? ¿Que me arruinó la única oportunidad que tenía con alguien como yo? ¿Con alguien que pensara que podría ser interesante o sexy?

¿Le diría que tuve que poner sus intereses antes que los míos y eso me costó la única relación que pude tener en mi vida lejos de él? ¿O le diría que incluso pensé que las cosas serían más fáciles si no estuviera con él?

No lo sé. Lo único que sí sé es que no quiero estar cerca de él. No importa lo que prometí. Ya estoy cansándome de que sea solo Feiyu. ¿En dónde queda Bao?

Estos días es lo único que hay en mi cabeza. Y parece que lo negativo atrae lo negativo.

Mis padres están fuera de la ciudad. Ni siquiera se molestaron en decirme a dónde irían esta vez. Pero al llegar un día a casa, descubro que no estoy solo.

Mi primer instinto es llamar a la policía, sin embargo, el hombre me detiene con su voz.

—Tóng Bao —me quedo helado al reparar en que conoce mi nombre. Puedo sentir el pulso subir por mi cuerpo, a punto de estallar en un grito o en llanto. El hombre me trata de tranquilizar antes de la catástrofe—. Calma, no te voy a hacer daño.

Está sentado en un pequeño sillón cerca del recibidor de la casa. Me extiende la mano y me indica que me siente frente a él.

—¿Quién es usted? —pregunto, sin despegar la mirada de su rostro. Es complicado describirlo. Toda su vestimenta es

absolutamente negra, pero su rostro contrasta por completo. Es un rostro frío, casi inhumano.

No debería estar hablando con él. Tal vez por eso Feiyu es mi amigo. Soy igual de estúpido e imprudente que él.

—Eso no tiene importancia, Bao. ¿Te importa que te llame Bao? Claro que no te importa —mientras dice esto, comienza a jugar con una daga. ¿De dónde la sacó? ¿La ha tenido todo este tiempo?—. Verás, tú ya me conoces. No he sido del todo… discreto, ya me entenderás.

Cuando dice eso, me guiña el ojo. El único que no tiene en blanco, y se ríe con crueldad. Lo sabe.

Sabe mi secreto.

—No hay nada de qué apenarse, muchacho —dice, dejando de jugar con el cuchillo y acercándose a mí sin levantarse del sillón—. No debes sentirte apenado porque te guste otro hombre.

Por la forma en que lo dice, me hace sentir que realmente lo cree. Pero su mirada es la que me indica lo contrario.

—El problema… —continúa— es tu amigo.

Siento que mi respiración se corta.

—Lo sabes.

No me lo pregunta. No necesita hacerlo.

Ante mi falta de respuesta, suspira y vuelve a reclinarse en el respaldo del asiento.

—Te he seguido desde hace un tiempo —continúa—. No soy tu enemigo, ¿sabes? Tú eres cercano a alguien que yo necesito.

—No sé de qué me hablas —lo interrumpo.

Eso parece llamar su atención.

—Ah, ¿no?

Se levanta y camina de un lado a otro. Yo me quedo quieto en mi lugar.

—Verás, *Bao*… —dice mi nombre como si fuera una burla—. Tengo mis sospechas de que tú me dirás lo que quiero.

Guardo silencio, lo que el hombre toma como una señal para continuar.

—Han ocurrido ciertas… complicaciones para una causa mayor —suspira, como si le pesara lo que está diciendo. Entonces regresa su

mirada hacia mí y se detiene—. ¿Sabías que los dragones no existen?

Una oportunidad.

—Claro que no existen —le respondo, sin dejar de mirarlo. Pronto siento que comienzo a desafiarlo con la mirada—. Son un mito.

El hombre toma mis palabras como una indicación para acercarse y puedo notar que el frío recorre mi cuerpo. Pronto, su cara queda tan cerca de la mía que no puedo evitar observar mi reflejo en su ojo ciego. Es como si viera al vacío, pero este fuera un lugar blanco en vez de negro, lo que resulta aún más aterrador.

—Oh, no, muchacho —susurra frente a mi rostro. Pronto siento algo frío recorrer mi mejilla. De alguna manera, logró colocar su cuchillo contra mí—. No son un mito. Jamás dije que lo fueran.

Entonces hago lo único que puedo pensar en el momento.

Le escupo al rostro. Esto hace que suelte un alarido y retroceda un par de pasos. El cuchillo con él.

—*Gǔn dàn* —lo insulto, pero eso lo enfurece más.

Escucho el golpe de la bofetada y de pronto siento caliente mi rostro.

—¡Esto te enseñará a respetarme!

Irónico. Hablando de respeto en una casa que no le pertenece.

—¡Xiao! —grita el hombre. No sé a qué se refiere, pero no me da buena espina.

De repente, un gato aparece en la ventana. Comienza a arañar el cristal hasta que este cede y se termina por abrir.

El gato camina hasta llegar a donde nos encontramos, indiferente a la escena que tiene frente a él, pero con cada paso que avanza va creciendo. Lentamente, el pelaje desaparece y un hombre con apariencia de zorro se pone frente a mí.

Comienzo a entender que este hombre no está jugando.

Cuando el hombre, quien asumo se llama Xiao, se acerca para quedar al lado de su compañero, empiezo a temer.

—Tenemos aquí un pequeño ratoncito al que un gato le comió la lengua —el otro hombre se ríe—. ¿Podemos devolvérsela?

Rápidamente cambian de posiciones y Xiao me tiene apretado contra su pecho, con otra daga en mi cuello. El otro hombre camina

hacia la puerta y nos da la espalda para alejarse.

Antes de irse y dejarme en garras de su secuaz, vuelve su mirada para decir:

—Tu *amiguita* no es tan inocente como parece. Dale las gracias cuando la veas. Nadie es realmente tan delicado como una rosa, recuérdalo.

Cuando dice esto, sale por la puerta y me deja a merced de su amigo con cara de zorro.

Pasan las horas y empieza a oscurecer, pero el sujeto no se molesta en prender la luz siquiera.

Xiao me tiene en mi propia habitación, atado de brazos y piernas contra un rincón. Lleva toda la tarde aquí, pero su compañía no me tranquiliza, a pesar de que no se ha callado en todo este tiempo.

—Pero ¿sabes qué es lo que más me molesta? —dice, siguiendo una conversación en la que ni siquiera soy partícipe—, que la gente estúpida se aferra a seguir diciendo más cosas estúpidas. Entre más estúpida la persona, más necesidad tiene de abrir la boca.

—¿Alguna vez guardas silencio? —lo interrumpo, finalmente colma mi paciencia.

Xiao me observa y se arrodilla frente a mí. Su estúpida sonrisa deja de ser alegre (si es que lo fue alguna vez) y se convierte en algo más frío.

—No te recomendaría ser tan valiente conmigo, muchacho —dice casi en un susurro—. Si sabes lo que te conviene…

Entonces hace algo que me aterra por completo.

Toma un ligero mechón de cabello sobre mi frente y lo acomoda en su lugar. Una acción tan cotidiana, incluso romántica en algunos casos, es lo que me hiela la sangre por completo.

Puedo percibir su aliento en mi rostro. No es desagradable, pero no es algo que quiera sentir en mi piel.

Está a punto de decir algo más, pero un ruido lo interrumpe.

Alguien llama a la puerta de la casa.

Xiao sonríe.

—Creo que tienes visitas.

Feiyu…

Sin embargo, mi captor es discreto. Enciende la luz de la habitación, pero no corre la cortina. Simplemente observa al exterior. No deja de sonreír, aunque la sonrisa se ensancha al ver a mi visitante. Se queda un rato más mirando. En silencio.

Finalmente apaga la luz.

Vuelve a acercarse a mí, esta vez con lentitud, meditando hasta el más mínimo paso.

De repente, y sin esperarlo, me suelta de mis ataduras con gran agilidad. Yo me quedo quieto, sentado en el mismo sitio y observando.

Luego de un largo silencio dice:

—No será la última vez que nos veamos, muchacho —susurra—. Pronto descubrirás la verdad sobre tu amiguito.

Cuando Xiao se fue, corrí de inmediato a buscar a Feiyu de regreso a su casa, pero solo encontré un lugar completamente desolado.

Decidí quedarme unos momentos más dentro de la tienda (ser amigo del dueño tiene sus ventajas). Quizá aún no terminaba su recorrido desde mi casa hacia la suya.

Pero no es Feiyu quien regresa aquí.

Es Rose. Distingo su silueta contra el marco de la puerta. Todavía no entra, pero si lo intenta, no tardará en descubrir que está abierta.

De repente, las palabras del primer hombre regresan como un golpe a mi memoria.

Nadie es realmente tan delicado como una rosa.

Decido esconderme tras el mostrador y escucho que, en efecto, intenta abrir la puerta.

—¿Hola? —pregunta una vez dentro de la tienda—. ¿Feiyu?

Mierda. Si ella también lo está buscando, significa que Feiyu volvió a irse.

—¿Feiyu? —vuelve a llamarlo, pero no obtiene respuesta.

No me muevo de mi escondite. Aunque, tal vez, si está aquí buscando a Feiyu, quizá quiera ayudar.

Pero no.

Suelta un pesado suspiro y, con una fuerza imposible para una chica de su talla, tira con fuerza un anaquel de la tienda hasta que este se cae y hace pedazos algunos de los objetos que había allí.

—¡Maldito dragón! —grita a la par que el mueble golpea el suelo.

Ambos observamos el resultado de su arranque de ira. Yo, intentando no respirar. Ella, con la respiración muy agitada por el esfuerzo.

—Maldito dragón —susurra entre dientes. Desde mi lugar puedo ver lo tensa que está. No había notado tampoco su ropa, que está completamente desgarrada, como si hubiera sido víctima de algún atraco como el que está realizando ahora—. Yo seré quien te encuentre… Yo seré quien ponga fin a esto. Y cuando te encuentre, finalmente te mataré.

Con una patada, termina de romper las cosas que tiró al piso y, sin añadir nada más, sale de la tienda, sin preocuparse en ocultar su desastre.

Nadie es realmente tan delicado como una rosa.

Y ella es el perfecto ejemplo.

XXX

Feiyu aún no ha regresado.

Necesito encontrarlo.

Necesito verlo.

No me importa todo lo que pensé antes. Le hice una promesa.

Es mi mejor amigo. Nadie debe lastimar a su mejor amigo.

Lo perdono. Le perdono absolutamente todo lo que ni siquiera fue su culpa. Necesito verlo. Él no lo sabe, pero está en peligro. Necesito que se aleje lo antes posible de ese mundo.

Necesito que deje de confiar en Rose.

Tengo un sueño.

Es un sueño horrible.

Sueño con un emperador. No sé quién sea. Pero tiene una mascota.

Feiyu es su mascota.

El emperador prohíbe la caza de dragones para proteger a su mascota, pero llega una joven de otro reino. Y cuando llega ella, el dragón muere.

Feiyu muere.

A la mañana siguiente del sueño, Feiyu apareció frente a mi casa por segunda vez.

Pasamos un rato en familia, como si nada hubiera pasado entre nosotros.

Me regaló un libro. El libro sobre su muerte.

No le vi sentido contarle todo lo que ha ocurrido desde que nos separamos.

—Por favor, prométeme que nada malo va a pasar —le pido como único consuelo frente a lo que siento en mi interior.

—Te lo prometo.

Miente. Pero no puedo decir nada más.

Al caer la noche, Feiyu regresa a su casa.

Mis padres deciden dormir temprano, pero al entrar a mi habitación para seguir su ejemplo, descubro que no estoy solo.

No tengo tiempo de reaccionar, así que solo puedo escuchar unas últimas palabras antes de perder la conciencia por no sé cuánto tiempo. Algo me dice que esta será la última vez que pueda convivir con mis padres. La última vez que estaré en mi habitación. Sin embargo, eso no es lo que me duele. Mi dolor está en saber que fallé. Le fallé a Feiyu. Me fallé a mí.

—Te dije que nos volveríamos a ver —dijo Xiao, antes de que me arrebatara mi libertad.

Índice

Nota del autor
Primera parte. El chico
- Capítulo I. El dragón
- Capítulo II. La leyenda
- Capítulo III. Robo a medianoche
- Capítulo IV. La verdad
- Capítulo V. El amor es una marca
- Capítulo VI. Un amigo de verdad
- Capítulo VII. Una nueva visita
- Capítulo VIII. Un viaje inesperado
- Capítulo IX. La casa del dragón
- Capítulo X. Un corazón desinteresado
- Capítulo XI. El emperador amarillo
- Capítulo XII. Un hogar vacío
- Capítulo XIII. La fiesta
- Capítulo XIV. En la oscuridad de la noche
- Capítulo XV. Después de la tormenta
- Capítulo XVI. Un lugar al que ir
- Capítulo XVII. Otra sombra en la noche
- Capítulo XVIII. La marca

Segunda parte. El dragón
- Capítulo XIX. El engaño
- Capítulo XX. De regreso a casa
- Capítulo XXI. Soledad
- Capítulo XXII. Reencuentro

Capítulo XXIII. Incendio
Capítulo XXIV. Bao
Capítulo XXV. Vacío
Capítulo XXVI. Una decisión
Capítulo XXVII. Sin retorno
Capítulo XXVIII. La resistencia
Capítulo XXIX. Problemas
Capítulo XXX. Nuevos aliados
Capítulo XXXI. Una historia de amor
Capítulo XXXII. Revelación
Capítulo XXXIII. Sin salida
Capítulo XXXIV. Intervención
Capítulo XXXV. Traición
Capítulo XXXVI. El zorro
Capítulo XXXVII. Lo correcto
Capítulo XXXVIII. La verdad
Capítulo XXXIX. Libertad
Capítulo XL. Caos
Capítulo XLI. Lo que hay que hacer
Capítulo XLII. Después
Capítulo XLIII. Un mes después
Memorias de Bao



¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Encuéntranos en

facebook.com/VRYA México

www.instagram.com/vryamexico

twitter.com/vreditorasya

Dirección editorial: Gonzalo Marín
Edición: Luz Vázquez
Ilustración de portada: MMIvens
Armado de diseño de interiores: Cristina Carmona
Diseño de interior: Dalia Jiménez
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Alex García
© 2025 VR Editoras, S. A. de C. V.
www.vreditoras.com

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

Primera edición: febrero de 2026

ISBN 978-607-637-290-6

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editorasmexico

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Alex García
Portada
Nota del autor
Primera parte. El chico
- Capítulo I. El dragón
- Capítulo II. La leyenda
- Capítulo III. Robo a medianoche
- Capítulo IV. La verdad
- Capítulo V. El amor es una marca
- Capítulo VI. Un amigo de verdad
- Capítulo VII. Una nueva visita
- Capítulo VIII. Un viaje inesperado
- Capítulo IX. La casa del dragón
- Capítulo X. Un corazón desinteresado
- Capítulo XI. El emperador amarillo
- Capítulo XII. Un hogar vacío
- Capítulo XIII. La fiesta
- Capítulo XIV. En la oscuridad de la noche
- Capítulo XV. Después de la tormenta
- Capítulo XVI. Un lugar al que ir
- Capítulo XVII. Otra sombra en la noche
- Capítulo XVIII. La marca

Segunda parte. El dragón
- Capítulo XIX. El engaño
- Capítulo XX. De regreso a casa
- Capítulo XXI. Soledad
- Capítulo XXII. Reencuentro
- Capítulo XXIII. Incendio
- Capítulo XXIV. Bao
- Capítulo XXV. Vacío
- Capítulo XXVI. Una decisión
- Capítulo XXVII. Sin retorno
- Capítulo XXVIII. La resistencia
- Capítulo XXIX. Problemas
- Capítulo XXX. Nuevos aliados
- Capítulo XXXI. Una historia de amor

Capítulo XXXII. Revelación
Capítulo XXXIII. Sin salida
Capítulo XXXIV. Intervención
Capítulo XXXV. Traición
Capítulo XXXVI. El zorro
Capítulo XXXVII. Lo correcto
Capítulo XXXVIII. La verdad
Capítulo XXXIX. Libertad
Capítulo XL. Caos
Capítulo XLI. Lo que hay que hacer
Capítulo XLII. Después
Capítulo XLIII. Un mes después
Memorias de Bao
Índice
Créditos


Cubierta